

ESTUDIOS DE TEORÍA E HISTORIA DE LA SOCIOLOGÍA EN MÉXICO

Verónica Camero Medina
(Coordinadora)



ISBN UNAM: 978-607-02-7507-4



Universidad Nacional Autónoma de México

Estudios de teoría e historia de la sociología en México

Verónica Camero Medina
Coordinadora

Proyecto digital RL301214



Universidad Nacional Autónoma de México
2015

Directorio



Rector
José Narro Robles

Secretario General
Eduardo Bárzana García

Director General de Publicaciones y Fomento Editorial
Javier Martínez Ramírez

Dirección General de Asuntos del Personal Académico
Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica
Director General
Dante Jaime Morán Zenteno

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Director
Fernando Rafael Castañeda Sabido

Jefa del Departamento de Publicaciones
Ma. Eugenia Campos Cazares

Legal

La edición electrónica de este libro fue financiada con recursos de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México, mediante el Programa de Ediciones Electrónicas de libros PAPIIT, PAPIME, e INFOCAB y el proyecto “Estudios de teoría e historia de la sociología mexicana” con número de registro RL301214 y coordinado por Martha Verónica Camero Medina.

Estudios de teoría e historia de la sociología mexicana

Primera edición impresa, 1995.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, C.P. 04510, México, D.F.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales Ciudad Universitaria,

Circuito Mario de la Cueva s/n, C.P. 04510, México, D.F.

D. R. © Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco

Avenida San Pablo 180, Azcapotzalco, Reynosa Tamaulipas,

02200 Ciudad de México, D.F.

ISBN: 968-36-4632-8

Primera edición electrónica en ePub ver. 2.0.1.: 2 de diciembre de 2015.

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, C.P. 04510, México, Distrito Federal

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

Ciudad Universitaria, Circuito Mario de la Cueva s/n, C.P. 04510, México, D.F.

[ISBN UNAM: 978-607-02-7507-4](#)

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Compilado y hecho en México

La primera edición *Estudios de teoría e historia de la sociología mexicana*, coordinado por Martha Verónica Camero Medina, fue realizada por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, se terminó de imprimir en 1995, en los talleres Enkidu Editores México, D.F, Teléfono 563-03-10. El tiro constó de 1000 ejemplares impresos mediante Offset en papel bond de 75 gramos. El cuidado editorial estuvo a cargo del Departamento de Publicaciones, FCPyS, UNAM.

La primera edición electrónica de *Estudios de teoría e historia de la sociología mexicana*, fue realizada por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, se finalizó el 2 de diciembre de 2015. La producción de este ePub estuvo a cargo de Erika Maya Vargas. Corrección y revisión de la edición: Martha Verónica Camero Medina. Portada y maquetación: Leonel Rivera. El cuidado editorial estuvo a cargo del Departamento de Publicaciones, FCPyS, UNAM.

Contenido

Estudios de teoría e historia de la sociología en México 1; **Directorio** 2; Legal 3; **Contenido** 4; **Presentación** 5; 1. Algunas reflexiones de sociología por Óscar Uribe Villegas 7

La sociología en el timón 8

Óscar Uribe Villegas 8

Nóminas y perfiles de sociólogos congresistas 9

Óscar Uribe Villegas 9

Cómo construir una tradición académica 12

Óscar Uribe Villegas 12

Sobre la producción y la productividad académicas 14

Óscar Uribe Villegas 14

II. Estudios históricos 16

Dos fuentes de la sociología mexicana: el caso de Porfirio Parra y Rafael de Zayas Enríquez 17

Laura Cházaro G. 17

De recepciones, rechazos y reivindicaciones: la lectura de Weber 25

Nora Rabotnikof 25

La recepción de la obra de Durkheim en la sociología mexicana 31

Lidia Girola 31

El emperador va desnudo... 35

José Hernández Prado 35

La sociología en México en los años cuarenta y cincuenta 40

Lidia Girola y Margarita Olivera 40

La germinación de la sociología académica en México 52

César Delgado Ballesteros 52

Francia en la sociología y el pensamiento social latinoamericano 56

Ricardo Pozas Horcasitas 56

III. Estudios Teóricos 64

Desarrollo teórico en la sociología mexicana en la década de los noventa: crisis de paradigmas y coexistencia de tradiciones 65

Alfredo Andrade Carreño 65

Reflexiones sobre el desarrollo teórico de la sociología mexicana: comentarios mínimos para una ponencia enriquecedora 76

Alfredo Gutiérrez Gómez 76

Situación actual y perspectiva de la investigación sociológica 82

Gilberto Giménez M. 82

El estado actual de la investigación sociológica en México 86

Luis F. Aguilar 86

La sociología en México. Dos diagnósticos de su estado actual 90

Rafael Farfán H. 90

La propuesta metateórica y su validez para el estudio de la sociología en México 94

Gina Zabudovsky 94

La problemática de la racionalidad en la teoría de la acción 108

Ángel Federico Nebbia Diesing 108

Colofón 113

Presentación

El libro que a continuación presentamos *Estudios de teoría e historia de la sociología en México* fue resultado del trabajo de dos proyectos de investigación: *La Sociología Contemporánea en México* de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, y del Grupo de Investigación sobre *Pensamiento Sociológico* del Departamento de Sociología de la UAM-Azcapotzalco; se exponen inquietudes orientadas a formalizar un análisis que sirva como herramienta en la reflexión del estudio de la teoría y la historia desde una perspectiva sociológica.

Los artículos incluidos en este libro se presentaron en dos eventos: *Tradiciones y perspectivas de la sociología en México*, que tuvo lugar en noviembre de 1994 en la AUM-Azcapotzalco. En este evento se presentaron los artículos de Luis F. Aguilar, Laura Cházaro, Rafael Farfán, Lidia Girola, Gilberto Giménez, Ricardo Pozas y Nora Rabotnikof.

El segundo evento se organizó en la FCPyS de la UNAM titulado: *Desarrollo Teórico y Construcción del Conocimiento*, coordinado por el proyecto: *La sociología contemporánea en México: formas de producción teórica y conocimiento de la realidad nacional* y se llevó a cabo en junio de 1995. Los trabajos que se presentaron en este seminario fueron los de Alfredo Andrade Carreño, César Cansino, César Delgado, Lidia Girola y Margarita Olvera, Alfredo Gutiérrez, José Hernández Prado, Angel Nebbia y Gina Zabludovsky.

Posteriormente se publicó el libro en coedición con las dos instituciones: la UAM-Azcapotzalco y la FCPyS de la UNAM. La práctica docente, las inquietudes de la investigación en sus diversos ámbitos y dimensiones se encargaron de que se agotara la edición al año de su publicación. Ahora la UNAM nos brinda la oportunidad mediante el Programa de Ediciones Electrónicas de libros del Personal Académico de recuperar la obra y ofrecer a los diversos lectores las reflexiones sobre el desarrollo del pensamiento sociológico en México.

En esta edición digital se propuso incluir una sección con artículos del Dr. Óscar Uribe Villegas,¹ quien ha sido considerado un precursor de la sociología en México, y a sus 87 años sigue escribiendo y discutiendo temas de filosofía, historia, teoría y sociología por lo que consideramos importante que sus reflexiones sean parte de las inquietudes de la teoría y la historia de la sociología, que se presentan en esta edición.

El conjunto de ensayos que aparecen en la segunda parte tienen que ver con los *Estudios Históricos*, relevante el trabajo de Laura Cházaro, “Dos fuentes de la sociología mexicana: el caso de Porfirio Parra y Rafael de Zayas Enríquez”, donde la autora analiza los trabajos de Porfirio Parra y Rafael de Zayas Enríquez quienes intentaron adaptar los discursos científicos a las temáticas sociológicas.

El trabajo de Nora Rabotnikof y Lidia Girola “De recepciones, rechazos y reivindicaciones: la lectura de Weber” y “La recepción de la obra de Durkheim en la sociología mexicana”, respectivamente, exploran las recepciones y rechazos que han sido objeto los clásicos. El trabajo de José Hernández Prado es un comentario a una ponencia de Fernando Castañeda sobre *La democracia en México*. Por su parte Lidia Girola y Margarita Olvera analizan detenidamente la producción publicada en la Revista Mexicana de Sociología en la década de los años cuarenta y cincuenta; éste artículo es objeto de interesantes comentarios de César Delgado sobre las cuales es pertinente reflexionar la actividad de la “sociología de la sociología”. Finalmente, Ricardo Pozas Horcasitas con su artículo titulado “Francia en la sociología y el pensamiento social latinoamericano”, hace un recorrido por la influencia del pensamiento sociológico francés en México.

La tercera parte del libro, se presentan los trabajos que hacen énfasis en el análisis de los aspectos teóricos, Alfredo Andrade Carreño analiza el “Desarrollo teórico y crisis de paradigmas en la década de los noventa”, donde analiza la producción publicada de las diferentes perspectivas teóricas en las revistas de la disciplina durante la década de los años ochenta y principios de los noventa; Alfredo Gutiérrez Gómez realiza el comentario correspondiente de los retos de las varias perspectivas teóricas y metodológicas posibles. Los trabajos de Gilberto Giménez y Luis F. Aguilar, “Situación actual y perspectivas de la investigación sociológica” y “El estado actual de la investigación sociológica en México,” respectivamente, hacen dos diagnósticos de la situación de la investigación sociológica que son comentadas por Rafael Farfán para pensar los diagnósticos desde una metasociología, quien pone énfasis en el papel de las comunidades.

Por su parte el artículo de Gina Zabludovsky, “La propuesta metateórica y su validez para el estudio de la sociología en México”, destaca pensar nuestra sociología desde una postura que reflexione sobre los estudios de George Ritzer y Paul Colomy; analiza el uso de la metateoría para la construcción de una “sociología de la sociología” en México. Finalmente, Angel F. Nebbia cierra el libro con un análisis sobre la racionalización en la teoría de la acción social.

Así, estos *Estudios de teoría e historia de la sociología en México* se presentan como una contribución al crecimiento de las investigaciones y reflexiones del pensamiento sociológico en México, que esperamos ofrezca el conocimiento y la inquietud por seguir trabajando la reflexión sociológica.

Expresamos un agradecimiento a los colaboradores que aceptaron publicar en esta versión digital, a la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM por el apoyo brindado y los miembros del proyecto que han colaborado de manera incondicional: Ma. Teresa Ruth García Montes de Oca, Débora López Cerón, Gerardo García Baldomero, Yair Carrillo Reyes y Alejandra García Reyes, por su apoyo y colaboración para que esta edición se pudiera concretar. Deseo agradecer especialmente al Dr. Óscar Uribe Villegas sus comentarios, consejos y compromiso con la Universidad.

Notas al final del capítulo

1 Reflexiones. *Los grandes maestros: una distinción necesaria. 52 años de estudio, peregrinación y combate de Óscar Uribe Villegas en la UNAM*, México, La biblioteca, FCPyS-UNAM, 2015, 349 pp.

1. Algunas reflexiones de sociología por Óscar Uribe Villagas

De día en día se hace más evidente que el mundo no puede seguir marchando a la deriva como hasta ahora lo ha hecho. Durante siglos hemos sido los seres humanos asemejables a perezosos marineros ignorantes y desaprensivos que creemos que se puede cruzar el mar tendidos sobre cubierta, con los brazos cruzados y con la pipa entre los labios, viendo como los vientos complacientes y las corrientes marítimas amablemente se encargan de gobernar nuestra nave. Sin embargo, la nave se ha sacudido ya varias veces: fue primero el movimiento rebelde de las revoluciones francesa e inglesa el que nos hizo descubrir que los vientos no eran deidades tan benignas, no los dioses de las corrientes simples servidores nuestros; nos hizo percatarnos de cómo hay que tener el oído y los ojos siempre abiertos, atentos a los cambios de humor de esos espíritus; de cómo hay que estar constantemente preocupado por los vaivenes que en nuestra nave puede producir el malestar del mundo.

En las revoluciones inglesa y francesa, quienes ocupaban la parte más castigada de la embarcación humana, protestaron: si las clases dirigentes, por una ceguera increíble, querían irse a pique, estaba bien; si así lo querían, ellos mismos –los desheredados– se encargarían de atarles piedras en los pies y lanzarlos al mar; pero eso no quería decir que aquellos a quienes explotaban hubieran de seguirles en un destino que no por buscado inconscientemente, dejaba de ser trágico.

Aquellos, los que viajaban en los camastros de 5ª o 6ª, clases, se percataron de que faltaba alguien que sirviera las funciones de timonel; así fue como –empujados por las necesidades y sufrimientos de la sociedad– aparecieron como hijos de la misma revolución francesa y de los movimientos posteriores, los escritos de Saint Simón y de Comte dando con ello nacimiento a la sociología.

La sociología, representaba en esos momentos una dirección a la que aún niña y necesitada como estaba de ser amamantada y dirigida, se le pedía que asumiera funciones directivas; se le cargaba con el peso de las mayores responsabilidades. Era a ella a quien se exigía con urgencia que puesto quien la sociedad la había hecho nacer de su entraña para lograr su propia supervivencia, la salvase de la ruina hacia la cual iba.

Y la Sociología se levantó y dijo: “Para hacerme cargo de este timón que me confiáis; para conducirnos a puerto, es necesario que conozca previamente el derrotero; que, conociéndolo, sepa yo de los peligros que amenazan nuestra nave que conduzco; que, conociéndolos, los evite, que evitándolos, os salve”.

Dispuestos a salvarse, los miembros de la Humanidad en esa hora decidieron colaborar con el nuevo timonel y le aportaron sus luces: la Geografía y la Historia, le marcaban cuáles eran los obstáculos que tenía que evitar: escollos que ellas conocían por la nave, perdida la dirección, había dado muchas vueltas sobre sí misma; había hecho viajes circulares en los que más de una vez había tropezado con arrecifes y coralígenos y con escolleras.

La sociología logró levantar, en tanto, el rumbo; logró sacar a la embarcación de los mares de Sargazo en los que se había estancado por tan largo tiempo; logró sacarla de aquellas aguas semiputrefactas e inmóviles y, cuando apenas marcaba el rumbo hacia un puerto lejano que ella –como visionaria– avistaba en lontananza, los mismos que le habían dado vida, le arrancaron el timón de entre las manos; salvados del marasmo en el que estaban sumidos, se rebelaban contra su salvador.

Sistemáticamente se aherrojó entonces a la Sociología –timonel que cobraba experiencia– en una prisión sin rejas; se le llamo loca y se le dejó vagar sobre cubierta. Siempre y cuando no se acercara al timón que ahora todos se disputaban. Se tildaba de necia y se decía que no tenía consigo todas sus facultades en la misma forma en que se tildó a Colón de loco temario, porque en una ambición semejante a la del genovés, conducía la nave hacia un continente en el que esperaba hallar la felicidad en la concordia humana; la felicidad en la concordia humana la felicidad de los individuos puesta en función de la felicidad y el mutuo acuerdo de los integrantes del grupo.

La sociología se proscribió de muchas universidades; en muchas otras se le ignoró totalmente; en muchas se dijo ¿qué categoría podría tener para pretender entrar a ellas? ¿Cuáles justos títulos alegaba en su favor? En muchas partes se dijo por los “filisteos” o reaccionarios del conocimiento que la Sociología era demasiado poca cosa para ser Filosofía y en cambio era demasiado grande para ser ciencia”. Les molestaba a todos ellos el que no hubieran descubierto un casillero en el cual encerrarla bajo un rubro de determinado.

Y, si la tildaron de loca fue porque ellos no alcanzaban a avistar la meta hacia la cual marchaba con la mano puesta sobre el timón y la vista perdida a lo lejos; porque no podían o no querían comprender que ella veía más lejos a ojo limpio y desnudo que ellos con ojos provistos de catalejos. A unos, los años pasados en los laboratoríficos ni los filósofos eran ya capaces de ver lo que la Sociología recién nacida y sus cultivadores más dedicados; por eso le quitaron de las manos el timón.

Durante algún tiempo la embarcación surcó el océano con alguna calma; pero al fin empezaron de nuevo las oscilaciones; sin la vista aguda de la Sociología; sin su mano firme, la nave era sacudida ya en pleno mar abierto por las más desencadenadas tempestades. Así se arremolinaron en torno las nubes del 14 y del 39. Salvada de tales tormentas, la nave milagrosamente, vino a hacer notar a quienes viajaban en ella que era nuevamente necesario dejarle el timón a aquella recién nacida, tan visionaria, pero de brazo tan firme y va tan robusto, que si no pretendía llevarnos hacia la estrella Orión como la Filosofía tampoco pretendía anclarnos en los fangales de una ciencia miope.

Es así como vemos que en estos cinco lustros del siglo XX se suceden los tratados sociológicos de toda índole; es así como contamos entre las obras más recientes los libros de Kardiner sobre el Individuo y su Sociedad y los de Linton que muestran cómo la Sociología y las ciencias sociales parciales tienen el más amplio campo en nuestro mundo actual. Es así también cómo con diferencia de unos años algunas de las universidades más prestigiada del mundo –las de México y de Uppsala, por ejemplo– establecen en los años de mitad de este siglo (en 51 o en 47) una nueva escuela de Sociología, dedicando así muchos de sus esfuerzos a una ciencia que también ellas habían visto con cierto recelo por una cierta imprecisión de sus conclusiones; imprecisión disculpable como ciencia nueva que es.

Ahora con la Sociología de nuevo en el timón, ¡no reincidamos en arrebatárselo! ¡Dejemos que ella guíe porque esa es su función! Seguramente ella nos llevara a un puerto, desde el cual podamos lanzar nuestras naves-cohete que nos llevaran a las estrellas, con lo que nos habrá dado los medios para realizar las ambiciones de la Filosofía pero en tanto vamos cruzando por este mar, ¡dejemos que ella guíe!

Nóminas y perfiles de sociólogos congresistas¹

Óscar Uribe Villegas

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES, UNAM

Mi primera experiencia de un congreso de sociología la tuve en el tercero de los Nacionales, de México; de aquellos respetos de los que comentaba en Nuremberg el sociólogo y falangista Fraga Iribarne “Sí, Ustedes, los mexicanos no vienen a los internacionales porque los tienen excelentes, propios.

Aunque para entonces, por mi edad, sería un grandulón” para las calificaciones actuales de niños de seis y menos años que ya cruzaron el Atlántico llevados por sus padres o al solo cuidado de azafatas (y, por supuesto, sin percatarse de nada), yo no tenía a más de los veinte de mi edad, la experiencia de viajar sólo, y únicamente la tenía limitada de haberlo hecho en compañía de mis padres y hermana. Y aunque ahora resulte ridículo, tuvo que forzar la decisión de mi madre, para asistir a una reunión que sentía tendría que formar parte integral de mi trabajo académico.

La sede del tercer congreso de sociología (realizado en México, tanto o más que “mexicano”) con “nacional” como después se verá) fue Monterrey. Era Gobernador del estado el Doctor Ignaro Morones Prieto (a quien el señor De La Cerda había conocido en su San Luis Potosí). El Rector de la Universidad de Nuevo León era un joven, antiguo discípulo de los segundos mandos del instituto en la facultad de Derecho de México, Don Raúl Rangel Frías, dinámico funcionario universitario (después Gobernador), un tanto miope.

El maestro Lucio Mendieta –un poco menos ostensible que el también maestro Gómez Robleda– siempre gustó de darles oportunidades de desarrollarse y evolucionar, a los jóvenes de su tiempo. Y se complació también en revestir con la pirotécnica verbal (sobre compensación mexicana) a tener que enfrentar las dificultades de usar un idioma ajeno) eventos que, sin ello, hubieran podido parecer a comodinos a una sociedad que aún no conoce o re-conoce el brillo de la inteligencia. Y sí a mí me dio la oportunidad de demostrar que de algo servía pasearse semanas y meses entre papeles polvosos en un galerón de la Calle “de Licenciado Verdad”, también le proporcionó un nuevo forro de lucimiento al desde entonces carismático Porfirio Muñoz Ledo, ya campeón de oratoria, menor que yo pero ágil de pensamiento, verbo-motor, con el talento y la chispa juvenil en los y que en destreza, podía parangonarse con la verba magnífica de Don Luis Recasens Siches (a quien admiraba tanto Don Víctor Manzanilla Schaffer) o de Carmona Nenclares (cuyas exposiciones, menos elegantes pero más preñadas, me fascinaron siempre). Nuestra cuasi-cotaneidad (soy cuatro o cinco años su mayor, los de mis estudios antropológicos) nos hicieron identificarnos y alternar productivamente, en una época en que le acompañaba Salvador Bermúdez Castro, después mi compañero en el instituto.

Y a Porfirio le habrían de suceder otros campeones de oratoria, como Manuel Ossante López (de complexión de Notario, amigo de Ángel Bonifaz Ezeta, sobrino de Don Rubén y mío, a quienes Mercedes Ezeta, mi prima, repasaba los discursos) y, como él, Soto Izquierdo, que dirigiría después del Instituto de la Juventud (¿Me recuerda Ud. Licenciado?) y otros más, como ellos.

Para Porfirio, fue una buena oportunidad. El señor Gobernador de Nuevo León descubrió su talento, sus posibilidades, y cuando él mismo ingresó a la administración federal, le hizo seguirlo en sus puestos: en el Seguro Social, en la Secretaría de Educación Pública, en la Embajada de México en París.

Él y otros compañeros suyos también amigos míos formaban parte de grupos universitarios en que se campeaba por los propios ideales o las propias creencias y hacia los que convergían los procedentes de otros rumbos, como Rodolfo Siller (que con Mario Ojeda, se nos reunió en Monterrey), miembro del grupúsculo más íntimo de amigo (“Ausencio” Mas, “Elodio” Siller, “Modesto” Uribe según el bohemio encantador que nos rebautizaba) y que, compartiéramos o no sus afiliaciones, nos resultaba más próximo que nuestra propia piel. Hacia la noche allá, una gran puerta iluminada, y “Aquí nos quedamos” y si me acompañaron fue a tomar leche (¡¡¡) a una taberna para irme a dormir SOLO al hotel ... en el que a la madrugada me despertaría ... ¡Una sorpresa!

Era la época en que Morones Prieto trataba de mejorar urbanísticamente Monterrey. Cuando nos condujo a ver las obras de entubación del Río de Santa Catarina, cuando –ante el desprecio de una eminente penalista por mis magros logros de aprendiz de sociólogo– Don Mariano Ruiz Funes, con toda su autoridad, asumió mi defensa “No” ya este joven tiene avanzado mucho terreno; conoce bien la criminología estadounidense, y sólo necesita completarlas estudiando la Eurocopa”. Mientras, por otro rumbo, la señora impulsaba la carrera académica y política de una neolonesa que desde orígenes modestos se había de elevar a altos puestos de la administración y de la representación popular federal.

Fueron esas las primeras ocasiones en que se hicieron presentes algunos de los más devotos asistentes a los Congresos: el magistrado Vedla (primero del Tribunal de Justicia del Distrito, después de la Suprema Corte) con “mi impedimenta” (su señora Esposa, y su bella hijita), y Fernando Anaya Monroy, de “la Procu”, de “la Grande”, a cargo del control de la acción penal (historiador y jurista) y aquellas jóvenes lumbreras del penalismo de entonces (mayores que yo) como el Licenciado Manuel Rivera Silva y el Licenciado Arnulfo Martínez Lavalle a quienes en otro congreso de la acción penal (historiador, jurista), y el licenciado Desiderio Graue (descendiente del oftalmólogo alemán).

Después harían su aparición en Guanajuato, en el Quinto sobre todo, los economistas:

Romeo Rincón Serrano que, después, dirigió el correo, “Pepe” Anttolini, que ponía en solfa la existencia de México como nación, y Hugo Rangel Couto, quien escribía en la editorial de un diario nacional, cuando nos levantaba la ventolera de la planeación (antes de que a ella llegara el Arquitecto Rosell), y con ellos el siempre eufórico Vicente Fernández Bravo (a quien vemos de cuando en cuando por la antigua “Glorieta de Riviera”) y Francisco Ortega Ruíz, simultáneamente ácido y despreocupado, y en el puntual y puntilloso y técnico primo suyo Rodolfo Ortega Mata (con experiencia de Alemania), y Manuel Bravo Jiménez que antes que muchos otros, estudiaba el problema de la productividad, y Antonio Canchola y muchos más.

Fue hacia el Sexto Congreso cuando hicieron su aparición, también, varios suramericanos: el casi tan joven como nosotros, Eduardo Santa, esbelto y elegante, que nos explicó las oposiciones políticas de su nativa Colombia, y Dionisio Jorge Garmendia, más reconcentrado ideológicamente, más batallador por sus ideas, y Rama ese estupendo colega surgido de filas de historiadores, que llegó a publicar algo nuestro en el Uruguay, dentro de una línea de lucha que sin dejar de ser política seguía siendo académica, que era más sólida, más consciente y más consecuente consigo misma que otras.

Ya desde el Tercero había estado con nosotros el guatemalteco Del Valle Matheu; después estaría el amigo del maestro, el peruano Roberto Mac-Leann y Estenós y su guapa esposa Adriana, el ecuatoriano Juan Yopez del Pozo, el argentino Figueroa Román y aunque no vino a los nacionales sino al internacional – Alfredo Poviña el eminente sociólogo de Córdoba, en Argentina.

1 Material recuperado de los artículos publicados por el Dr. Óscar Uribe Villegas en El Universal.

Corro el riesgo de dejar de mencionar a más de uno, porque mi línea no es sistemática sino evocadora; pero, fueron algunos de ellos que ilustran tipos y tendencias.

Porque en los Congresos se manifiestan corrientes y contracorrientes y así, por ejemplo en Tepic, algunos participantes jóvenes (que, sin ser discípulos habían sido alumnos míos) trataron de constituir una falange en contra de la que consideraban la demagogia del Licenciado García Téllez (uno de los ideólogos del cardenismo de Don Lázaro, antiguo Secretario de Educación Pública, antiguo Rector de la Universidad) uno de los dioses tutelares de Don Lucio y del Instituto de entonces. Un Congreso en el que el hermano menor del Gobernador (PPS y esas cosas) presentaba los testimonios vivos (espontáneos, sinceros o “prefabricados y manipulados” según sus opositores) de campesinos que ofrecían su visión ideologizada, pero al fin versión que el sociólogo debía someter a crítica de cómo los había afectado la Reforma Agraria de 1910 y como los estaban afectando sus administradores posteriores revolucionarios y cripto-revolucionarios. Porque con ello se hacía presente EN CONCRETO como la revolución (que LMN había mostrado no es sólo ni principalmente violencia sino cambio estructural) se estaba frenando y comenzaba a cobrar ímpetu una contra revolución que denunció otro de los Congresos, en Zacatecas.

Que no todo era susceptible de vilipendio (en cuanto “demagogia” lo demostraba el que diarios de envergadura nacional se hicieran eco de los debates del Congreso, en el que las derechas estaban tan representadas como las izquierdas a la mexicana, y el centro.

Aspi en el Cuarto Congreso, dedicado a la educación, uno de los participantes destacados fue “el Padre Mayagoitia” jesuita que, en cierto modo había sucedido al prestigiado Vertiz en la conducción de jóvenes estudiantes católicos, pero a quien le dio la batalla el Licenciado Luis Martínez Mezquida, en enfrentamientos en que alguien que veía a los púgiles desde el luneta río comentaba que “al primero no le habían podido conectar un solo golpe pues se había pasado el tiempo bailando por todo el ring.

Y aunque no llegaron a hacerse ostensiblemente presentes, como en ese Congreso habíamos ofrecido bibliografía para los posibles congresistas, me la fue a demandar el entonces rebelde líder del Magisterio Nacional (era la época de Vallejo y otros dirigentes parecidos). En cambio, si se hicieron presentes funcionarios como el Licenciado Antonio de P. Moreno (que mayor que yo, me consideraba su mentor, por la que le había proporcionado para tratar de la influencia de Pemex en la urbanización del país.

Y aunque el Congreso se declaraba “nacional”, se invitaba a él a destacadas figuras de la sociología mundial. Nunca se invitó, que yo sepa, al ruso francés Georges Gurvitch u aunque después se le hizo Doctor Honoris Causa de nuestra Universidad mexicana, a moción de Don Lucio tampoco intervino en ninguna de esas reuniones del ruso finés estadounidense Piritirm A. Sorokin (catedrático de Harvard) aunque sí lo hizo su asociado Carl Zimmerman (ascendencia teutónica y ojo verde).

Y vino Hans Freyer, el alemán, modelo de Bonhornía autor de “La sociología, ciencia de la realidad” quién, como buen adorador de Gambrinus, nos preguntaba a un sonoreño y a mí, tras los debates en que Don Mario de la Cueva hubo de apoyarlo con sus conocimientos del alemán, “¿En dónde hay una buena cervecería?”

Y también tuvimos entre nosotros a Talcott Parsons (el sintetizador de Durkheim, Weber y Pareto) y primera figura en la sociología estadounidense (y mundial). A quién recibí, procedente directamente del aeropuerto, en un salón de la universidad local, sola, un poco fatigada, sin brillo y hasta un poco ¿tímido? (o soberbio que es el haz de ese envés).

Y fue presencia constante entre nosotros, desde el sexto (de Morelia, la Patricia, en donde nos preguntaba “¿Cuándo vamos a Pátzcuaro, que ¡claro! ¿Era Pátzcuaro a la francesa) ese estupendo amigo que fue Émile Sicard, Serrano (“montagnard, je seis montagnard, de Clermond-Ferrand), profesante en Bordeaux, conocedor de la zadruga yugoslava, que parangonaba las artesanías de los Balcanes con las nuestras, y quien desde su centro, en la parisina Chaussée d’Antin impulsaba a jóvenes estudiosos de los “Países inn fieri” (su expresión latina para los “en vías de hacerse o construirse”) de entre quienes nos envió a esa estupenda usuaria del castellano que era Michelle Mack (“No Michelle, le decía “el Padre Ibáñez” en Núremberg “La mujer” o la cama (perdón, CASSA) o al convento), que aquí suscitó la reprobación de pudibundas damas mexicanas que tal vez envidiaban las bien tornadas piernas que lucía en el presidium y que Don Lucio, impenitente admirador de la belleza femenina defendía “!Que la dejen! Si tiene que enseñar que enseñe”.

Y también llegaron ecos de aquella violencia colombiana, y de las luchas a lo Camilo Torres y de la llegada a tierras sureñas de este continente de sacerdotes católicos en misión moderna – como François Houtart y hasta tuvimos a un laico lego (que en griego no significa sino “del pueblo” y traslaticamente no conocedor de técnicas como Gastón Bardett, que pasaba por un tanto “místico” con frases que impactaban a cripto-eclesiales, como yo duermo. Pero mi alma vela”.

Y de nuevo para que no enrojecza el papel (aunque estos sean de los “azules” o de los “blanco y amarillo”) ¡Dejémoslo ahí, para mejor ocasión. ¡Si la hay, después de lo dicho!

Notas al final del capítulo

Cómo construir una tradición académica¹

Óscar Uribe Villegas

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES, UNAM

A América se la suele contrastar con Europa como una región del mundo que –contra lo que ocurre en aquella, llena de tradiciones venerables– carecería de tradiciones. Los historiadores de las ideas y de las instituciones podrían mostrar que el juicio es extremado. Y podrían demostrar –por otro lado– que lo nuestro no es simple prolongación de lo europeo. Esto, incluso, en el caso de nuestras universidades, que ni son prole sino madre nata (generación sin madre) ni mero trasplante europeo en tierra americana. Pero sí es verdad, en cambio, que en América necesitamos tener más conciencia de esas tradiciones y buscar, también, medios de fortificarlas, especialmente en el ámbito académico.

Que nuestras universidades no carecen de prosapia es algo que se evidencia al considerar el caso que tenemos más a mano; la Universidad de México, pues nuestra casa de saber tiene alcurnia salmantica. Su tradición tiene con todo, su sello propio, americano. Hay, sin embargo, algo de razón en quienes juzgan que su tradición es endeble. Ha habido entre nosotros, astros universitarios de la cultura pero –con la mayor frecuencia– se ha tratado de cometas, de meteoros, que rasgaron, fulgurantes, la oscuridad, y se hundieron en la noche. Y la cultura requiere de algo más que iluminaciones pasajeras: necesita un permanente campo iluminado; depende de la existencia de constelaciones, de sistemas solares, de conjunto de planetas que giren armoniosamente en sus órbitas.

Nuestras universidades de América, de Latinoamérica (más concretamente, de México) necesitan una tradición más firme, una continuidad tradicional, una mayor conciencia de que tienen esas tradiciones y de que ellas son valiosas, particularmente en el campo académico. De ahí que los universitarios de México, debamos preguntarnos cómo se ha constituido en otros países una sólida tradición académica; que busquemos modelos pertinentes para fortificar la nuestra.

Instituciones gestadas en otras áreas de civilización deben adaptarse a un medio geográfico y sociocultural nueva y complementarse con otras surgidas en ese medio (ef. Calmecac y Telpochcalli) fundadores de hombres de acción y no sólo de hombres de pensamiento.

De mi ámbito limitado de conocimientos y experiencias, trataré de entresacar algunos ejemplos (de Francia, de Inglaterra, de Suiza) que muestran cómo se constituyen y preservan las tradiciones universitarias.

Francia produjo, hace ya algunos años, en el campo de la sociología, una de las más auténticas y grandes luminarias del pensamiento: el que, para mí, resulta ser el sociólogo por antonomasia, Emile Durkheim (ya no en 2009, pero aun así respetable).

Durkheim no sólo nos dio hipótesis, nos habilitó con métodos pertinentes, nos enseñó a aplicarlos a fenómenos concretos (como el del suicidio) y nos legó una teoría bien estructurada sobre lo social, sino que supo ejercer tal fascinación intelectual sobre un grupo selecto de mentes privilegiadas, de estudiosos franceses (como Mauss, Enhardt, Levi-Bruhl, Davy, Halbwachs un discípulo que sin proponérselo replanteó el enfoque de su maestro) que, en torno suyo, se formó una escuela de pensadores. Los discípulos siguieron las indicaciones del maestro y con ello permitieron que el mundo llegara a identificar una manera francesa de hacer sociología. Pero, esos mismos discípulos nunca siguieron al maestro en forma servil, ya que los resultados obtenidos por Durkheim (de nuevo, en el campo del suicidio) fueron sometidos a examen, crítica y revisión por ellos mismos (por Halbwachs, particularmente, en el caso del suicidio).

La primera guerra mundial diezmó ese grupo; pero, aun así, en cuanto sus obras constituyen un conjunto armónico, son una aportación permanente a la disciplina sociológica. Todas esas contribuciones tuyas convergen –efectivamente– en un punto: todas ellas responde a “un modo de ver lo social”. (Escuela). De ahí que se justifique el que a sus autores se les considere como integrantes de una “escuela francesa de sociología”. Esta no nació tanto del hecho de que todos estudiaran en el mismo país o en el mismo edificio escolar, sino que de que todos pensaban de modo parecido; de que ese modo de pensar común era original, y de que, además de original, era adecuado a las realidades que sometían a estudio.

La tradición académica creada por la escuela francesa de sociología se prolonga, ahora, allende las fronteras políticas de Francia, pues hay sociólogos, no nacidos en ese país y que incluso pueden no ser francoparlantesque, a sabiendas o sin saberlo, pertenecen –por su modo de enfocar la sociedad– a dicha escuela.

En “escuelas de pensamiento” como ésta (sociológicas unas, económicas otras, filosóficas otras más y lingüísticas, también) se asienta, en gran parte, la tradición académica de Francia y su prestigio como hogar del saber.

Inglaterra es menos favorable a la constitución de escuelas; pero tiene otros métodos para formar y preservar sus tradiciones universitarias.

Quien, a través de los textos universitarios reconocidos en Inglaterra haya podido seguir el desarrollo de la estadística en ese país, puede descubrir una línea continua que liga a sus cultivadores. Esta se establece gracias a que Yale, al escribir su “Introducción”, siendo ya un viejo maestro, asoció a su nombre y a su esfuerzo el de Kendall –que por entonces se iniciaba en tales menesteres; gracias a que Kendall– convertido, a su vez, en brillante maestro–siguió la práctica en su monumental “Teoría Avanzada de la Estadística” (recién concluida) uniendo al suyo los nombres de Stuart y de Allen, de quienes, por lo menos Allen ha publicado ya, por su parte, un texto de “Estadística para Economistas”, y que siguen formando, en las universidades inglesas nuevos y notables discípulos dignos de continuar la tradición estadística británica. Ejemplo de la relación paradigmática universitaria Maestro-Discípulo.

En otros sectores –en Historia, en Derecho– los textos universitarios se benefician de esa colaboración; de una cooperación que se establece no ya sólo entre contemporáneos, sino entre quienes pertenecen a generaciones sucesivas. Los textos que han probado ser buenos en su tiempo y tener virtudes permanentes suelen ser actualizados por otros estudiosos (en esta línea muy modestamente, de parte nuestra esta la edición que Gilberto ha hecho de los apuntes del maestro Pérez Abreu. Deshaciendo analíticamente lo que el sintetizaba dialécticamente pero de acuerdo con lo que es otra visión distinta de la que yo habría asumido más próxima a la del Maestro), una vez que han muerto los autores iniciales. Responde esto al deseo de no desperdiciar esfuerzo humano; de no considerar que una obra ha caducado por el sólo hecho de que su autor haya desaparecido físicamente de este mundo. Responde al deseo de no permitir que quienes tendrían que emplear esfuerzo igual o parecido en obtener casi los mismos resultados lo gasten inútilmente en vez de revisar y actualizar puramente esas obras y de emplear el tiempo restante en escribir otras obras, propias; en investigar y dar a conocer nuevos aspectos de la realidad.

La tradición académica se forma también, a veces, como en Suiza, gracias a una admiración decidida, incondicional, por el trabajo de un maestro, dentro de la cátedra; por el deseo de darle valor permanente en un libro. Un ejemplo nos lo ofrece el “Curso de Lingüística” del ginebrino Ferdinand de Saussure, al cual se le reconoce como punto de cambio de la lingüística moderna, en cuanto esta toma posiciones en pro o en contra de él –importancia del RESCATE por los discípulos del Legado del MAESTRO–.

EL “Curso” de Saussure no hubiera podido tener más amplia repercusión a no ser por la devoción de los discípulos del autor. Saussure nunca

¹ Material recuperado de los artículos publicados por el Dr. Óscar Uribe Villegas en El Universal.

publicó el “Curso”, pero, a su muerte, los discípulos recordaron en forma tan viva sus valiosas enseñanzas que pidieron a la viuda del maestro que les permitiera revisar los papeles de esto. Lo hicieron con la esperanza de encontrar el manuscrito de un “Tratado”. Pero, como no lo hallaron, se dirigieron –entonces– a todos los que habían sido sus alumnos. Así pudieron recoger varios cuadernos que clase que, debidamente comparados, confrontados, sujetos a crítica, a depuración, a ordenación y sistematización, permitieron redactar el “Curso” del que hoy se enorgullece la ciencia lingüística.

Son éstos solo tres ejemplos de la forma en que se han creado en otras tierras tradiciones académicas duraderas. Pero ellos quizás sirvan de inspiración a los universitarios mexicanos empeñados en fortificar las nuestras.

Notas al final del capítulo

Sobre la producción y la productividad académicas¹

Óscar Uribe Villegas

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES, UNAM

Periódicamente, en medio de crisis-de-crecimiento como las que experimenta la sociedad mexicana (una de las grandes sociedades potenciales, renacientes, del futuro) Oscar Uribe-Villegas siente la necesidad de dar a conocer sus opiniones en un ámbito más amplio que el que le permiten sus relaciones –cara a cara– con algunos colegas, y hacerlas circular en el ámbito mayor de todo IISUNAM y allende los pisos del mismo, en otros diámetros académicos cercanos al nuestro y susceptibles de examinarlas con seriedad.

Uno de los problemas mayores a los que frecuentemente se enfrenta la UNAM es el que procede de la falta de comprensión (tanto externa, como parcialmente interna) de lo que es ella misma; de las funciones socio-culturales y económico-políticas que tiene que cumplir en la vida del país y de la responsabilidad que se le puede y debe demandar por la sociedad mexicana (que la sostiene) y por el mundo académico –en general– (que es la que en última instancia se integra, para el servicio HUMANO).

Los equívocos en los que se cae al definir la universidad y al responsabilizarla de su actuación son fáciles de entender especialmente para quienes nos vemos obligados a manejar procesos sociales y productos culturales coercionantes, en sentido diacrónico. Hemos visto, en efecto, cómo, a través de la historia de la cultura, desde un sector predominante, se difunde a toda la sociedad de-la-época un ethos, un modo de concebir el mundo y la vida, una atmósfera general. Fácilmente puede encontrarse el contraste entre la época medioeval, por ejemplo, y la época actual. En la medioeval, desde el centro religioso (o incluso, concretamente, eclesial) predominante, se difundía un ethos religioso que acababa por impregnar toda la vida, de tal manera que empresas bélicas, políticas, comerciales... se tenían que hacer pasar por empeños de carácter religioso... misional. En la época contemporánea, en cambio, desde la Revolución Industrial, el ethos económico y, más concretamente, fabril irradia de tal manera que, en último término, aún el Estado, o las Iglesias tratan de justificarse en términos económicos.

De acuerdo con esa tónica, no puede extrañar que la Universidad, como a otras instituciones sociales, se les juzgue en términos económicos, como fábricas y se mida su rendimiento en términos de producción e incluso de productividad (MATERIAL) hasta tal punto que los impreparados para adaptarse a la óptica propia de lo académico juzgan que la actividad de una universidad, de uno de sus institutos, de un grupo de trabajo, de un investigador debe medirse en términos de tantos o cuantos libros producidos, tantas o cuantas páginas publicadas... o cualquier otro criterio tan absurdo para el caso como fácilmente contable. Porque, lo que se ha conseguido, así, en último término, es el introducir el FILISTEISMO (sólo cuenta lo tangible, palpable) en el que era el hogar o último refugio de los Davides esforzados dispuestos a derribar, con su honda, a Goliath. Porque, parecemos habernos olvidado ya de que como decía Matthew Arnold, la Universidad [en apariencia] “es el hogar de todas las causas perdidas y los sueños imposibles”, porque [en realidad] es el campo por excelencia en el que se han peleado todas las batallas y en donde se han ganado todas aquellas de las que, en última instancia SE HA BENEFICIADO LA HUMANIDAD, porque... la Universidad ha sido la plaque-tournante del pensamiento y sólo gracias a ella, el ser humano ha podido cambiar de derrotero en vez de seguirse COMO MAQUINA LOCA, derecho... arrollando cuanto se pusiere a su paso.

Pero, no es sólo a base de idealismo y de hidalguía decimonónica, como tenemos que defender nuestro ámbito universitario del “reducionismo fabril” en el que se empeñan personas bien intencionadas, quizás, pero ¡de una miopía que asusta! Don Pablo González Casanova –Un rector impar, cuya grandeza probablemente él mismo no comprendió– supo reaccionar airada y tempranamente contra esos intentos... y de este modo nos enseñó el camino...

Actualmente se habla de que “la Universidad debe servir a la sociedad que la sostiene”, que “no debe desperdiciar el dinero del pueblo”... Y tales reclamos parecen válidos... y SON válidos, si no se les interpreta por el lado por el que no se les debe de interpretar. La Universidad no tiene que producir COSAS... Y es cosificante el criterio fabril: acabará por convertir a la Humanidad también en COSA... como Midas, sufre la maldición de convertirlo todo... en Oro (que, al fin y al cabo es, como decían los antiguos nahuas, excremento... divino; pero excremento).

La Universidad más que producir cosas (libros u otras, aunque yo aprecie tanto los libros, pues ellos también son COSAS) tiene que producir IDEAS (y confrontarlas dialécticamente con la REALIDAD), a fin de cambiar el sentido de la vida, a fin de hacer visible una vida que –interroguémoslo o no– nuestros compatriotas y nuestros congéneres humanos consideran o desprecian lo repugnante. La Universidad, en este sentido, se justifica si explora honestamente en qué sentido, hay que reorientar la vida (humana, en general; mexicana, en particular) para hacerla visible... y digna de ser vivida.

Pero, quiero ser más concreto, para que puedan encontrarme quienes SOLO piensan en lo concreto. He olvidado ya quien hizo la clasificación por sectores de la economía y es probable que me equivoque al citarlo pedem litterae; pero, aun así, el argumento se sostiene por encima de mi error de precisión.

La falla básica –la miopía– de quien quiere medir a la Universidad con criterio fabril o comercial están en que, llevado de un burdo materialismo (no del otro, que jamás será capaz de manejar) piensa que los humanos se dividen en PRODUCTIVOS Y ZÁNGANOS... De acuerdo con esa clasificación nosotros, investigadores, seríamos “zánganos” puesto que no producimos cosas materiales y productor es sólo quien hace cosas que se pueden sentir... o “paladear” (pues en el fondo hay una patológica obsesión por la comida).

Fuera de ironías... lo que está fallando es una distinción más matizada de niveles; porque la actividad económica no abarca sólo las actividades primarias, productoras de materias primas y las secundarias, fabricantes de productos elaborados sino también LOS SERVICIOS (que son intangibles, y que quizás más que su misma producción industrial, han enriquecido a Inglaterra como lo testimoniarían Lloyd y otras referencias y que... nuestros críticos desprecian... porque NO SE VEN, ni se palpan... ni paladean).

Pero, aún estas distinciones son insuficientes. Hay algo, por debajo del nivel primario de las materias primas que es actividad económica (respetable mientras no incida en otros extremos). Quien maneja “desperdicios industriales” es productivo sea que “disponga” de ellos (uso el término de la inglesa) simplemente, en términos de eliminador de basura... o sea que los ponga a disposición de quien los transforme y –más rigurosamente– los “recicle”. A veces “producir”, económicamente no es crear cosas nuevas, sino destruir cosas viejas o perjudiciales, tal y como el organismo humano vive tanto por las sustancias favorables que incorpora como por las desfavorables que deshecha.

Eso, por el extremo inferior... por debajo de las actividades primarias... Pero, por encima de los servicios o de las actividades terciarias existen actividades que los rebasan y entre las que se cuentan, justamente, las académicas. Se trata del sector cuaternario de la economía. Y es probable que muchos de los colegas sociólogos lo conozcan y manejen, pero, como es más propiamente categoría económica, debo proceder como si todos

1 Ponencia presentada el 24 de septiembre de 1984 en el Instituto de Investigaciones Sociales y en el libro *Reflexiones. Los grandes maestros: una distinción necesaria. 52 años de estudio, peregrinación y combate de Óscar Uribe Villegas en la UNAM*, México, La biblioteca, FCPyS-UNAM, 2015, pp 109-114.

fueran tan ignorantes como yo, que descubrí la referencia en la Geografía de Jacqueline Beaujeu-Garnier.

Para quien sólo ha rascado las primeras páginas de un tratado de economía tal categoría es o totalmente inexistente, o totalmente incomprensible. Ni siquiera como servicio puede entenderlo. Porque ¿quién es el destinatario de tal servicio? Las exploraciones de Marcos Moshinsky, en física teórica... ¿le sirven a alguien? Más concretamente ¿le sirven, en México...? ¿Sirven para algo más que para que “nos paremos el cuello” por tener a un hombre tan sabio entre nosotros... El filisteo, colado en nuestras filas responderá que NO... que hay que eliminar a los Moshinsky... y para defenderlos, tal vez tendríamos que mostrar que, a la postre, tras muchos años, tal vez, eso que parece inocuo en las publicaciones de Moshinsky, concretará en un invento técnico que beneficiará a los nietos del filisteo... Tras lo cual, el filisteo, tal vez a-revienta-cinchas diga... “Sea... dejémosle” en tono patronizing. Tras lo cual se planteará, pero lo que hace –disculpen la referencia personal, es para no ofender a otro colega– “Lo que hace ese loco de Uribe, con su sí... pero... no... aunque también... ¡tan confuso! ¿a quién sirve?... Sólo produce embrollo... confusión... inquietud... ¡Descabecémoslo!” Porque, al fin y al cabo, lo que por este rumbo busca el filisteo es la PAZ DE LAS TUMBAS... O sea que, en última instancia habría que eliminar: a) el pensamiento abstracto (aunque imparcial) por abstracto, por no concretar en COSAS... y también habría que eliminar el pensamiento concreto (no inmune a las ideologías, dramáticamente controvertible, polemizador) por comprometido con la verdad, con la vida, con la justicia, con la bondad.

O sea que, en última instancia, para el filisteo, la Universidad ES UN ENTE POR DESTRUIR, porque el científico-teórico es una inversión que para él en particular egoístamente, en vida, NO LE RENDIRÁ; porque el humanista, es una inversión de-máximo-peligro que todo su mundo pueda llegar a subvertir.

Oscar Uribe Villegas ve un gran peligro en el dominio del filisteo que se apodere de la Universidad y le imponga su angostura de miras en términos de producción y productividad material; que no sea capaz de ver que la Universidad ni es una empresa, ni es un partido, ni es una iglesia... sino algo muy diverso (que, por desgracia, en México, se entiende menos que en otras latitudes y que, en años recientes, parecemos entender menos bien, sobre todo desde que nos dejaron nuestros maestros, transterrados españoles que entre errores y aciertos, nos legaron, por lo menos, la idea europea de la Universidad).

Es indispensable que luchemos, para no volver a la barbarie en que, habiendo Universidad-de Nombre, ya no exista en México Universidad.

Tenemos que re-injertarnos en la tradición universitaria universal a través de esa concepción primigenia de la Universidad (de Salamanca, y París, y Bologna y Oxford). DÁNDOLE ADEMÁS nuestro sello personal. Porque sí es cierto –SI NO SE INTERPRETA MAL EN TÉRMINOS DE PRODUCCIÓN FABRIL– la Universidad debe servir tanto a la Humanidad en general como particularmente al pueblo que la sostiene. Pero, debe servirlo COMO UNIVERSIDAD y ¡no como sacacorchos (por muy digna que sea la función de un sacacorchos)!

En este sentido, hay una aportación útil en la intervención de Alfonso de María y Campos, Coordinador de Extensión Universitaria, en cuanto en esta se tuvo el acierto de señalar que ES PECULIARIDAD DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO reconocer como una de sus funciones primarias (que nunca podrán reducirse a la enseñanza profesional o técnica) la difusión cultural. En efecto, en el grado en que no sólo enseñemos técnica, pero también –y aún más– profesional, científica-filosóficamente y en el grado en el que INVESTIGUEMOS (sin investigación puede haber Escuelas muy eficaces, pero no serán nunca Universidades), en México, los universitarios TENEMOS LA OBLIGACIÓN de difundir y hacer inteligibles nuestros hallazgos, nuestras búsquedas, y NUESTROS FRACASOS, al pueblo de México, a fin de que él se beneficie de unos y, con su práctica diaria nos brinde elementos para ayudarlo a que supere sus limitaciones y superemos el fracaso de nuestra búsqueda.

Oscar Uribe-Villegas pide disculpas a sus colegas por haber ocupado su atención con estas consideraciones –burdas pero bien intencionadas– porque cree incidir, en ellas, en unos puntos vitales no sólo para nuestra justificación institucional, sino para nuestra auténtica utilidad para la vida de México.

Notas al final del capítulo

II. Estudios históricos

Dos fuentes de la sociología mexicana: el caso de Porfirio Parra y Rafael de Zayas Enríquez¹

Laura Cházaro G.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES EN
MATEMÁTICAS APLICADAS Y SISTEMAS, UNAM

Introducción

El tema que aquí se desarrolla nació de un viaje inquietud: conocer el surgimiento y desarrollo de las ciencias sociales en México. Con el tiempo, como usualmente suele suceder, las interrogantes crecieron. Pero, a pesar de las enormes tempestades, seguimos insistiendo en el tema.

Con estas interrogantes he podido explorar los terrenos de un pensamiento sociológico que no corresponde a los límites imaginarios que la actual sociología define como propios. Con ello he podido reconocer que la historia de las ciencias sociales no se puede ceñir a las “verdades” del presente; más bien, hay que construir una mirada, entre muchas otras, que nos permita echar luz en el pasado de esas ciencias en sus propias circunstancias, recuperando todas sus riquezas.

En ese sentido me propongo revisar algunos de los rasgos de dos vertientes del pensamiento social positivista decimonónico: aquella que aquí llamaremos la teoría sociológica de la moral y la evolucionista. Partimos de que ambas vertientes fueron los hilos que tejieron una buena parte de la definición y desarrollo de una teoría sociológica en los tiempos del dominio positivista.

Tenemos que advertir que se trata de la exploración de una teoría social inspirada en el positivismo, cuyos límites disciplinarios no corresponden con los cercos que actualmente definen a las ciencias sociales. A fines del siglo pasado, la ciencia que tomo como objeto de estudio a *lo social*, exploro teorías y supuestos en una convergencia de disciplinas y temáticas que ahora un sociólogo moderno, consideraría ajenos a su disciplina.

Nuestro interés está puesto en reflexionar las temáticas que adoptaron los mexicanos positivistas de finales del siglo pasado para llevar este ámbito al terreno de lo definido como científico para ese entonces.

Este pasado, de aficionados y no por ello menos decididos estudiosos de lo social es relevante no solo por las lecciones históricas que ofrece en cuanto a las formas en que se desarrollaron las ciencias sociales en un país considerado dependiente sino también porque son una voz que interpreto el pasado mexicano.

En este contexto repasaré algunas ideas de la obra de Gabino Barreda, Porfirio Parra y Rafael de Zayas Enríquez, a quienes consideramos como representativos de esa labor positivista orientada a adaptar criterios científicos a las temáticas sociológicas.

La tesis de este trabajo es que el positivismo, para explicar lo sociológico adopto por lo menos, dos estrategias teóricas y metodológicas, mostrando su naturaleza filosófica heterogénea, negando haber sido un cuerpo doctrinal monolítico o ahistorico. Recién llegado el positivismo a México, para hablar de lo social recurrió a una perspectiva frenológica con lo que definió lo social como una cuestión moral, es decir como el problema de la acción individual frente a las normas (jurídicas) de la sociedad, definidas por los órganos del cuerpo humano. Perspectiva elaborada por Gabino Barreda y posteriormente desarrollada por el médico Porfirio Parra. Más tarde, sin embargo, esta propuesta, poco a poco, se reelaboro. Fue así como ese positivismo se abrió a una segunda vía: la adopción de una base biológica que sostuvo un discurso evolucionista, aunque empapado de restos lamarkianos y de las voces de los médicos frenólogos franceses.

De ese modo, a finales del siglo pasado, el positivismo adopto un discurso biológico evolucionista, definiendo lo social en términos del grupo y no de la psique individual. Ese fue el caso de Rafael de Zayas Enríquez, entre otros tantos que incursionaron en la temática. Supongo que este proceso de transición fue producto de un complejo de factores y circunstancias teóricas e históricas.

En primer lugar, por la búsqueda de cientificidad del positivismo esta filosofía ensayo dos tipos de determinismo biológico: primero, el positivismo manejo la idea de que los fenómenos de la moralidad humana se hallaban supeditados a las leyes de equilibrio anatómo-fisiológicas de los órganos que médicos como Pinel, Bichat y Broussais, entre otros proponían. En ese sentido para los mexicanos, al estructura y funcionalidad de los órganos definían y dirigían los actos de la sociabilidad, del orden o del desorden social. La moralidad social adquirió los rasgos de un dato de la naturaleza, se convertía así en la resultante de las fuerzas de los organismos que integran el cuerpo humano: el cerebro, el sistema nervioso y hasta la morfología ósea, eran los datos de esa medicina social.

Esta vertiente para finales de los años ochenta del siglo pasado, sin embargo, vio emerger una explicación de lo social que se centró en una determinación inspirada en una biología de corte evolucionista. Con esta versión, también positivista se privilegiaron los factores externos tales como el medio ambiente y las características raciales de los grupos sociales. A partir de ese momento, para explicar lo social, el positivismo busco señalar los efectos del medio ambiente y las fuerzas físico-geográficas a las que se enfrentaban los grupos sociales.

En segundo lugar, este doble proceso de determinación biológica de lo social muestra como el positivismo mexicano tomo resoluciones propias ante los supuestos filosóficos y teóricos que le imponían la doctrina comteana.

Y aunque la lectura positivista obligo a una insaciable búsqueda por positivizar al universo que diera con fórmulas que domesticas el ámbito de lo social, renuente a la casualidad inductiva, al solución fue mexicana. Primero el positivismo de Barreda, cuando abordo el problema del conocimiento (como teoría pero también como práctica) de lo social, se guía por la moralidad humana. Los temas como la moral, los valores sociales, las acciones morales (normales o patologías), la decisión individual y su creatividad la libertad humana, se convirtieron en el espacio para una reflexión científica de lo social. Como médicos que eran, la problemática se ciñó al funcionamiento de los órganos rectores de la vida moral, (normas o patológica), en este caso al cerebro. Fue así como ese primer positivismo se enfrentó a una difícil convivencia entre su propia temática y la de sus exigencias metodológicas (la medicina).

De ese modo, por razones filosóficas y teóricas el enfoque barrediano se vio sometido a la tensión que suponía adoptar razones científicas causalmente explicadas versus la temática de la moral y la obediencia las normas morales.

Por este contexto que ya se había desarrollado alrededor del positivismo barrediano es interesante observar que el discurso evolucionista en los temas de la sociología positivista decimonónica tardía no fue producto ni resultado de un “encuentro” con Herbert Spencer o con Charles Darwin o como otros prefieren, del interés racista de la elite porfirista o gobernante.

1 Ponencia presentada en el congreso *Tradiciones y perspectivas de la sociología en México*, en la UAM-A el día 7 de noviembre de 1994. Para profundizar en los temas aquí tratados véase Cházaro, 1994.

La implantación de la temática evolucionista en la sociología fue mucho más compleja. Para entenderla creo que importante reconocer la interpretación que habían elaborado, previamente, los médicos fisiólogos del tipo de Porfirio Parra. Así, entenderíamos como el evolucionismo estuvo mediando por la medicina y por las ideas antropológicas del tiempo, concretamente, la Escuela de Criminología italiana de Cesáreo Lombroso.

Si reconocemos estas otras circunstancias, quizá, se explica mejor como fue que apareció una sociología evolucionista en México, y porque, a pesar la temprana llegada de Darwin México, el positivismo barrediano, en un principio se mostró “inmune”, a la influencia del evolucionismo.

En tercer lugar sostenemos que dichos cambios en el positivismo no nacieron de un soliloquio positivista. Más bien, creo que esta transición y tanteo positivista se dio a fuerza de una discusión con otra corriente filosófica que, desde el arribo del positivismo al poder inicio un fuerte diálogo con ellos: la presencia del espiritualismo decimonónico mexicano abanderado por las reflexiones que hiciera José María Vigil a las ideas entorno a la sociabilidad humana, la nueva sociedad positivista y la ciencia.

Efectivamente una buena parte de las transformaciones del positivismo no se pueden explicar sin mencionar la importante presencia que tuvo el espiritualismo en México. El positivismo mexicano, con algunos de sus adictos como fue el caso de Porfirio Parra, fue capaz de escuchar las críticas del espiritualismo y hasta asimilarlas. Sin duda, esta característica de receptividad a las críticas espiritualistas, que tuvo ese positivismo que se preocupó, por reflexionar una lógica y temática para la moral, ya había sido mencionada en algunos trabajos del positivismo comteano.

En ese mismo sentido no se puede obviar que los intereses temáticos por la moral y luego por el evolucionismo no nacieron, únicamente, de la pura influencia del positivismo comteano, se dieron condiciones políticas e históricas, para que el positivismo social del tiempo de Barreda y Parra se desarrollara en esa dirección. La disputa jurídica entre los liberales puros o doctrinarios o los liberales conservadores acerca de las posibles transformaciones de la constitución de 1857 (notablemente el tema de la reelección presidencial entre 1888-89) fue una importante fuente de controversias, ello ánimo, sin duda el interés por reflexionar acerca de la moral y la obediencia a las normas jurídicas.

No olvidemos que interés del positivismo mexicano por la cuestión del indio y su lugar en la historia evolutiva de México, también derivó de problemas concretos que enfrentaron esos actores, del porfiriato. Una vez que los porfiristas consolidaron su poder, los intereses de los positivistas estudiosos de lo sociológico se desplazaron. La moral cedió en importancia y se abrió paso el indio y la raza.

Por eso pensamos que ese cambio teórico es representativo de un cambio histórico y político, sin duda, al empuje de los problemas que el gobierno porfirista enfrentó el positivismo provocó la separación de la biología frenológica.

La moral y el enfoque biológico de la frenología: la tradición de Gabino Barreda y Porfirio Parra

Gran parte del conocido proyecto educativo positivista organizado por Gabino Barreda fue la base de la que se derivaron muchas ideas en torno a una ciencia de la sociedad. Entre sus discípulos sobresalió Porfirio Parra, médico y fisiólogo, periodista y político aficionado.

Gabino Barreda estuvo interesado en la educación por representar una vía para emancipar al país de su herencia metafísica (correspondiente al famoso estado metafísico o negativo de Comte). La educación proporcionaría las bases científicas para generar una moral que aseguraría un nuevo orden social.

Junto a la delicada organización de la Escuela Nacional Preparatoria (ENP), Barreda trabajó para desarrollar su hipótesis acerca de dicha moral positiva. Se trataba de modelar, por medio de una educación científica, normas morales que harían compatible a la vida entre los individuos. Con una moral científica, los sujetos tendrían que acordar sus actos. Esto se lograría a través del aprendizaje de los criterios –irrefutables– de la lógica científica. Así, dado el carácter incuestionable de los criterios, de la ciencia, la moral, positiva sería la base que evitaría los conflictos sociales y el desacuerdo. Más allá de la fuerza coercitiva del Estado lo fundamental para lograr la paz y la convivencia social, estaba anclado en la moral.

A través del entrenamiento que proporcionaba el aprendizaje de la lógica inductiva se formaría un fondo común de verdades, compartido y aceptado por todos, proporcionándoles criterios comunes, que los guiarían en todas sus decisiones: desde las más altas operaciones mentales de la ciencia hasta las más prácticas de la vida cotidiana.

El interés de Barreda por estudio de la moral fue una cuestión central en sus ideas. Contra la ortodoxia positivista pugno porque esta disciplina se estableciera como parte del cuerpo de las ciencias positivas que se impartían en la ENP en quinto año, en la cátedra de lógica, ideología y moral.

En cuanto a la moral, como una disciplina de estudio Barreda, la definió como el estudio de las facultades morales: las intelectuales y las afectivas. La moral no era una materia derivada de los dogmas religiosos, sus fuentes estaban en los actos humanos. En ese sentido por moral entendió, todo aquello relacionado con la actividad humana regida por el cerebro, órgano director de los actos vitales y los relacionales. Entonces la vida moral se explicaba por la vida orgánica y fisiológica del cerebro.

Estas ideas barredianas derivaron de la influencia que ejerció la escuela francesa de medicina y la biología frenológica, que ya formaban parte importante de la obra de Auguste Comte (Comte 1975:158-160).²

Desde la perspectiva del positivismo comteano, la sociología debía subordinarse filosófica y metodológicamente a los estudios biológicos que bordaban los fenómenos intelectuales y morales: era con esos estudios con los “que debe establecerse el principio de subordinación directa de la sociología con respeto a la biología” (Comte 1975:157). Y a pesar de que advertía que “la fisiología cerebral, siendo una institución reciente y su estado científico naciente, todavía vagamente esbozado”, la biología fisiológica era necesaria para abordar las características de la sociabilidad humana y las condiciones organizadas que determinan su carácter. Solo así se aseguraría una base científica para edificar la estática social, una de las partes en las que subdividió a la sociología (la otra parte era la dinámica).

De todas las teorías existentes en torno a las facultades humanas según Comte, la que más se acercaba a una postura científica era la de Franz J. Gall (1758-1828), fisiólogo a quien se le considera el fundador de la frenología o teoría de las localizaciones cerebrales. Previamente dicho, Gall sostuvo que todo sentimiento y acción (consecuencia de ese sentimiento) tenía una localización en el cerebro. Además estaba el principio de Broussais que Comte tomó con el tiempo, como suyo. Broussais en su tratado *De l'irritation et de la folie* (1828) coincidiendo con Gall, decía que las perturbaciones de las funciones vitales se debían (y correspondían) alguna lesión en los órganos, especialmente en los tejidos. Pero, además explicaba que estas lesiones se debían a una excitación de uno o varios tejidos, ya fuera por encima o debajo de normal.

Barreda y Porfirio Parra heredaron estas ideas de Gall y Broussais a través de la obra comteana, sin embargo, lo hicieron con modificaciones,

2 Anterior a la influencia del evolucionismo muchos biólogos y médicos franceses desarrollaron en Francia una importante tradición de escritos abordando a la patología como una estrategia para conocer el cuerpo humano. Ese fue el caso de Cabanis (1757-1808) con su “Rapport de Physique et du Moral”, publicado en 1802; B.A. Morel con su “Traité des Dégénérescences” 1857; además de los trabajos de herencia lineal y la patología de Prosper Lucas expuestas en su libro “L’Hérité Maturelle” 1847 I Théodule Ribot con su libro “Psychologie Naturelle” 1868. Más tarde apareció Claude Bernard quien abandonó el punto de vista de la vivisección, para seguir explorando el tema de la patología desde un enfoque experimental (Pickstone, 1881:117).

Barreda adoptó la idea de que toda inclinación moral tenía un depósito orgánico. El cuerpo humano poseía órganos de la bondad y los que regían la maldad. El funcionamiento de estos órganos explicaba la moral de los sujetos, así cada facultad moral se localizaba en una parte del cerebro y según estuviera más o menos desarrollada, los individuos tenderían a reforzar o debilitar los sentimientos altruistas.

Los actos morales estaban regidos por las inclinaciones innatas del alma que mueven a las facultades morales activas del individuo a que se satisfaga independientemente de la utilidad, sino más bien por el placer que resulta de una necesidad (Barreda 1941:116); por ello, era incorrecto, según Barreda, abordar los actos individuales como buenos o malos por naturaleza; aunque según esta hipótesis, los individuos poseían una mayor disposición natural hacia la sociabilidad, consideraba que el hombre se debatía constantemente, entre sus inclinaciones innatas buenas y las malas.

A pesar de esta determinación frenológica, Barreda creyó en la posibilidad de atenuar y hasta modificar la determinación biológica que pesaba sobre el ámbito moral mediante una gimnasia moral; es decir los individuos con una educación científica desarrollarían los órganos de las facultades positivas o “buenas” atrofiando, por la falta de ejercicio, los órganos de las facultades negativas. Con el aprendizaje se propiciaría el desarrollo de las facultades altruistas y se inhibirían las facultades egoístas.

Al mismo tiempo, la moral era producto de la necesidad biológica cerebral y el espacio de la libertad humana y la cultura. Por ello la herencia innata, a fuerza del ejercicio educativo, podía ser modificada. De algún modo, para el positivismo barrediano el estudio de la moral y la socialización de las normas morales humanas se convirtieron en la medida de lo social. Es por ello que al adoptar al determinismo frenológico como una base para darle cientificidad a los estudios de la moral, forzó en límites demasiado reducidos a los procesos educativos y de socialización moral.

Con Barreda lo social tomó significado como ese espacio de las normas culturales y morales que aseguraban la existencia de valores altruistas y si bien la biología frenológica parecía un medio seguro para presentar esta temática como parte de la vida objetiva, todo parece indicar que le hizo pagar un alto precio.

Por su parte, Porfirio Parra originario de Chihuahua y alumno de Barreda en la escuela nacional de medicina y, posteriormente, su colega en la Escuela Nacional Preparatoria, trabajó con el cometido expreso de explicar las acciones normales versus las patológicas que desequilibraban el orden colectivo normal aunque Parra fue más heterodoxo que su maestro Barreda abordó la explicación frenológica desde un enfoque netamente criminológico. Decía que el cuerpo humano estaba constituido por una serie de fuerzas y funciones bio-morales, explicativas de los modos en los que los individuos aceptaban y, a veces, violaban, las normas morales, reguladoras de la convivencia social.

En *ensayo sobre la patogenia de la locura* (1878), que Parra escribió para poder obtener el título de médico en la escuela nacional de medicina, se introdujo al problema del comportamiento humano como un fenómeno fisiológico y moral abordó a la locura como su tema central definiéndola como una afección médica y fisiológica que se expresaba en la vida moral de los individuos la caracterizó como una serie de alteraciones de las facultades más elevadas del hombre, manifestándose incluso como una perturbación de los efectos y el trastorno de la inteligencia, modificando la percepción de la realidad de los afectados.

Parra decía que la locura, los crímenes y otros tipos de afección de la conducta debían abordarse como enfermedades morales cuyo origen se localizaba en desarreglos del funcionamiento cerebral. Estos desarreglos morales afectaban el actuar social de los sujetos, sobre todo porque amenazaban el orden y el derecho que resguardaban la paz social.

Para analizar dichas enfermedades, Parra propuso adoptar un enfoque fisiológico, pero enmarcándolo en una perspectiva más amplia: la filosófica y moral.

Adoptando a la fisiología se avanzaba sobre las ideas patológicas y clínicas que habían avanzado ya médicos franceses como Pinel, Esquirol, Baillarger y Carneuil. Aunque estos médicos habían aportado a la cuestión, dejaron aspectos oscuros en el estudio de la locura y que solo podrían ser develados por un enfoque que revelara las funciones del mecanismo cerebral en su relación con las acciones de los individuos y sus consecuencias sociales.

En el enfoque de Parra, la fisiología se convirtió en el medio que aseguraría un estudio científico y completo del hombre sin por ello sacrificar a la temática de la moral, pues los estudios acerca del hombre y sus afecciones no caerían en la abstracción de los estudios del ser humano que los metafísicos proponían:

[a la fisiología] no la arredre, el inconsolable abismo de los fenómenos morales, hoy que ha sabido arrancar al tejido nervioso el secreto de sus misteriosas propiedades (Parra 1878:8)

El universo que se abría con la fisiología debía ser completado con la psicología. A diferencia de Barreda, Parra se acercó a la Psicología, disciplina que entre los positivistas provocó múltiples polémicas, pues en el *Cours de Philosophie Positive* (1875), Auguste Comte le negó un lugar en la jerarquía de las ciencias por considerarla fuera del corpus científico.

Parra en cambio, veía muchas posibilidades en el estudio de esa disciplina. Explico que había sido considerada una pseudociencia porque insistió en detener las investigaciones en las “proteicas manifestaciones vesánicas y en alteración de un principio ontológico primitivo y simple” y “había hecho de la locura, erróneamente un estudio de las desviaciones de las facultades del espíritu y no del cerebro como lo proponía la fisiología”. Sin embargo, creía que solo había que impulsarla hacia la investigación de las causas de los fenómenos del espíritu, haciéndola aceptar que los fenómenos de la vida moral se regían por una naturaleza regular, del mismo modo que los fenómenos físicos.

En su idea, el cuerpo humano era un organismo regido por fuerzas que, a semejanza del universo de Newton, poseían una energía que las hacía moverse en dos sentidos: las que se movían de fuera hacia adentro (dirección centrípeta) y la segunda que se movían desde dentro del organismo hacia afuera (dirección centrífuga). Las enfermedades morales lejos de reposar en sucesos metafísicos eran fenómenos regidos por las leyes causales de la naturaleza. El cuerpo humano y en este caso el cerebro, órgano rector de las afecciones psíquicas hallaba explicaciones mecánicas y determinísticas. Aquí el cuerpo humano, depositario de funciones y fuerzas, emerge como el objeto de la observación metódica del médico o como decía Claude Bernard (Canguilhem 1970:135-138), para la experimentación médica, que le permitiera remediar las patologías. El cuerpo es fuerza mecánica y determinista que sin embargo posee procesos fisiológicos identificados con la salud y la enfermedad, con lo patológico y lo normal.

Por eso una vez que adoptó un enfoque fisiológico y psicológico positivo (haciendo a un lado las objeciones de Comte y Barreda con respecto a la Psicología), pensó que las manifestaciones morales y psicológicas de los individuos adquirirían la forma de una materia moral, es decir, adquirirían vida objetiva aunque ellos pagara el precio de convertirse en un pálido reflejo de la vida fisiológica del cuerpo humano. Parra accedió a los supuestos de la escuela de criminología, abriendo a la moral barrediana a la distinción de lo normal y lo patológico como un fenómeno del orden social, más allá del orden biológico.

Esta moral materializada con la fisiología, según propuso Parra, podría entonces sí, convertirse en el objeto de una nueva disciplina: la me-

dicina social (Parra 1895, 1895 a y 1902). Esta ciencia se inspiraba en la posibilidad barrediana de atenuar el determinismo que habían hecho pesar sobre las acciones humanas. La medicina social como la disciplina moral de Barreda constituyó una propuesta de la ciencia sociológica.

Así, tanto la moral de Barreda como la medicina social de Parra buscaron medir y objetivar ese vago término de lo social optando por esa biológica de los desarreglos fisiológicos, lo social aparecía como un terreno más dominado por causas. Entonces, la normalidad como la enfermedad social se convirtieron en una función de la capacidad orgánica de los individuos para generar una coordinación armónica de las diferentes fases del dinamismo cerebral, a semejanza de la naturaleza de la mecánica física.

Esta vía resolvía el problema más grande que le planteaba la teoría del conocimiento comteana: plantear a lo social y moral como fenómenos de la vida objetiva de la naturaleza viviente, fuera de toda sospecha metafísica.

Sin embargo, a cada paso le cerraba un espacio a su propia consideración de que había en lo social algo más allá de la pura biología: la convivencia humana estaba sometida también a problemas de obediencia, desorden moral más allá de la determinación biológica: Barreda creyó en el poder de la educación y Parra en el poder de la regeneración social mediante la modificación de los códigos penales.

Sobre todo Parra fue quien mejor visualizó este problema. Para él, sin duda la vida moral estaba ligada también a funcionamientos y efectos basados en acciones empáticas y hasta espirituales que modificaban ese carácter rígido que tenían las causas físicas.

Fue esta convicción lo que llevó a Parra, a tomar un punto más heterodoxo que Barreda. Así mismo, le permitió establecer un importante diálogo, con el espiritualismo de Ma Vigil, jurista y literato nacido en Jalisco, que defendió la lógica racionalista-deductivista que propuso el espiritualismo de Alexandre Tiberghien y Christian Krause³

Por herencia, Parra le otorga una naturaleza paradójica a lo social: tensando entre el reconocimiento que se trataba de una naturaleza “especial” y la sujeción a la determinación objetiva que le ofrecía la biología con la fisiología. Sin embargo conforme Parra profundizó sobre la criminalidad humana y la locura más difícil esa sostener esto.

Parra llegó al encuentro con las ideas de la escuela de antropología y criminalística Italiana de Cesareo Lambroso y sus tesis acerca del comportamiento criminal, como una función, al mismo tiempo de la biología y la antropología parecía una solución.

Aunque todavía nos falta mucho por conocer esta escuela es indudable que en ella se encuentra una rica veta explicativa de las ideas que sostuvieron todos aquellos interesados en analizar las afecciones morales de los individuos expresados en patologías.

La antropología criminal fue una escuela formada alrededor de la idea de Cesareo Lambroso, profesor de Medicina Legal en la Universidad de Turín, este médico legista, en 1876, publicó, el hombre delincuente, libro que se convirtió en la máxima de la escuela de antropología criminal. Sus discípulos más importantes como, Garofalo, quien escribió su criminología y Enrico Ferri, con su sociología criminal, defendieron dentro y fuera de Italia, la idea de que las características morfológicas del organismo humano, previamente determinadas por Lamarck y Darwin (sic), tenían una directa correspondencia con la normalidad o patología del individuo. De ese modo en el mismo estilo que un frenólogo, decían que un delincuente era producto de la herencia. Pero, los italianos, buscando afirmar sus ideas, se dieron a la tarea, de hacer estudios que etnográficamente reseñaban esos signos. Las deformaciones morfológicas acusadas en los cuerpos de los criminales, empezaron a ser buscadas, medidas, palpadas. La propensión al crimen y la locura, era en la escuela italiana una cuestión que debía probarse, experimentarse, en el más vulgar sentido del sensualismo. De ese modo, la anormalidad, empezó a tener una media por país, por región, por sociedad.

En poco tiempo, la escuela italiana difundió, y expandió sus ideas aunque, paradójicamente, cuanto más fueron conocidas más fueron rechazadas y criticadas. Durante la década de los ochenta los italianos organizaron y participaron en congresos y encuentros donde expusieron y defendieron sus ideas acerca de las causas de los delitos. En menos de seis años se realizaron cuatro congresos, tres de los cuales se dieron en Roma, en 1885; otro dos en París y Lisboa 1899 y finalmente el de Bruselas en 1892, momento en que sus ideas habían prácticamente perecido en manos de sus críticos (Nye 1981:234)

En México, los partidarios de esta escuela, según el testimonio de Verdugo adoptaron la tesis de que “el delito aparece como resultado indefectible de anomalías físicas del individuo, consistentes unos en deformidades del cráneo, otros en imperfecciones faciales y no pocos hasta en las dimensiones de otros miembros del cuerpo humano y aun de sus estatura” (Verdugo 1895:42)

Parra como otros legalistas mexicanos⁴ tuvo acceso a las ideas de la escuela antropológica de Lambroso a través del archivo de psiquiatría editado en Francia. También, según testimonio de Verdugo, se conoció el *Archivio di Psichiatria et Antropologia Criminale*, editado desde 1880. Estas revistas no solo difundieron las ideas criminalísticas en México, además constituyeron un material que ofreció muchos “datos” y “testimonios” sobre la influencia de los factores morfológicos y hereditarios en los comportamientos humanos. Ahí las etnografías pero también toda serie de estadísticas morales empezaron a publicarse. Siguiendo el mismo estilo, Parra fundó en la Gaceta Médica de México, una sección de medicina legal⁵ donde se publicaron algunos de sus artículos sobre el tema e invitó a otros hacerlo. Ahí aparecieron sus trabajos Consideraciones sobre el método en fisiología (1876); Clasificación médico legal de las lesiones traumáticas que no causen la muerte (1877) entre otros.

Inspirado en la criminología, en la ocasión del Concurso científico (1885), Parra expuso su idea de que las leyes humanas, aunque regidas por una naturaleza regular al mismo tiempo, respondían a factores sociales, más allá de los puramente fisiológicos se trataba del cuerpo o del cuerpo humano. El caso que Parra tomó fueron las leyes contenidas en el código Penal.

Según él, las leyes penales debían reconocer que si bien todos los organismos humanos estaban sometidos a las mismas leyes (fisiológicas) los había algunos que no respondían de la misma forma que otros ante los eventos externos (los eventos del medio exterior sobre la mente). Así, los códigos tenían que reconocer que los actos morales, estaban regidos por la herencia, pero también la experiencia marcaba que aun sin nacer sin una propensión fisiológica a la anormalidad había individuos que a lo largo de sus vidas podían convertirse en criminales. Y es que el sistema de las conductas no se restringía allá pura herencia: la normalidad de los actos o sus patologías también se construían a partir de las relaciones con los otros.

El argumento de Parra era que si se tenía en cuenta que muchos de los criminales existentes presentan algunas lesiones cerebrales o morfológicas el sistema jurídico debía atenuar y diferenciar las penas, que, hasta ese momento, castigaba a todos por igual, (Parra, 1885).

Los intereses de Parra no estaban puestos únicamente en resolver los problemas que el positivismo moral enfrentaba. Sus reflexiones son un reflejo de una discusión más amplia que se estaba dando en la política.

Una transición en las temáticas sociológicas: la aparición del discurso evolucionista

3 Véase Cházaro 1994:57-66, donde se hace una discusión más amplia del tema.

4 Entre los más conocidos fueron Miguel S. Macedo y Ezequiel Chávez, quienes escribieron también siguiendo las ideas de la escuela Lambrosiana, véase Macedo 1901. Y Chávez 1901.

5 Desde 1870 La Catedra de Medicina Legal, se impartió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y Parra, en múltiples ocasiones impartió esa materia.

En más de una ocasión la presencia de Spencer y Darwin en México provocó fuertes enfrentamientos. Su llegada data desde muy temprano, colocándose en las discusiones periodísticas y públicas como un asunto conocido desde la década de los setenta del siglo pasado. Sin embargo, la percepción y tratamiento que la temática evolucionista recibió no fue siempre la misma.

Justo Sierra quizás fue el primer mexicano en rendirle tributo a la teoría evolucionista de Darwin. En el debate organizado en el Liceo Hidalgo sobre el espiritismo y el positivismo. Sierra menciona a Darwin como uno de los sabios más eminentes del siglo pues proponía una teoría poderosa que “de contar con un número de hechos en su favor superior quizá al que presentan los que sostienen la teoría de la perpetuidad de las especies” (Sierra 1984:28). Más tarde, el mismo Sierra tuvo que enfrentar una discusión con el Diario la Voz de México pues en la primera edición de su libro de historia para la ENP Compendio de historia general,⁶ había un pasaje que refería a las virtudes científicas de la hipótesis de la evolución darwinista (Moreno de los Arcos 1989:22-26).

Es interesante observar que para los primeros positivistas formados bajo las enseñanzas de Gabino Barreda, el transformismo de Darwin y, en general, la idea de la evolución no fue aceptada. Ya que Moreno de los Arcos (1989) y Hale (1991) han hecho notar que las ideas evolucionistas sugeridas en los planteamientos darwinianos, no fueron recogidas por los positivistas desde el momento que lo conocieron. Ya Barreda, cuando la Asociación Metodológica Gabino Barreda (AMGB) abordó el tema de la evolución y su relación con el estudio del hombre, en la quinta sesión realizada el 25 de febrero de 1877,⁷ se definió contrario a las ideas de Darwin (Barreda 1877:63-63)

Dijo que Darwin era un verdadero metafísico pues los dos conceptos centrales de la teoría de Darwin, la selección natural y la adaptación de las especies, no derivan de la observación y experimentación, sino de puras deducciones y metáfora. Según Barreda, el concepto de la selección natural de las especies, más que una hipótesis, era una creencia en que la naturaleza poseía un espíritu, es decir un plan preconcebido para los organismos vivos. Además remarco que la explicación del mecanismo evolutivo de la naturaleza estaba refutado por la experiencia. Y ello era así porque Darwin, para formularlo, se basó en una comparación metafórica entre la forma en que los hombres seleccionaban las especies (quienes lo hacen en función de sus intereses o por utilidad individual) y cómo funciona la naturaleza. Para Barreda Darwin había confundido las cosas pues solo el hombre era capaz de tomar decisiones según sus intereses y la naturaleza no poseía esta facultad.

El problema central era justamente ese, por ello subrayó la comparación entre el hombre y los seres vivos, planteaba en la teoría evolucionista. Darwin hablaba suponiendo de igualdad de circunstancias entre el hombre y los animales y esto era lo que Barreda le pareció equivocado. No podía ser que se atribuyera a la constitución morfológica y funcional de los animales.

Para Barreda los hombres se constituían por una moral transmitida, de forma privilegiada, en la educación. Solo los hombres poseen la capacidad de decidir y por lo tanto de adaptarse, no así los animales (Barreda 1877:64). Siendo condescendientes con las ideas darwinianas, solo se podía suponer que la variación por efecto de la selección natural y la lucha por la existencia eran aplicables al hombre, poseedor de voluntad y capacidad de decisión.

Y es que Barreda, como hemos visto, poseía una noción de la biología que abordaba a los individuos como producto de fuerzas biológicas que determinaban sus fuerzas morales. Estas fuerzas no podían ser equiparables a las que regían el comportamiento animal. Y es que si los hombres eran analizados desde la biología, dicha ciencia tenía que referirse a un individuo que poseía órganos como el cerebro, centro de las operaciones del raciocinio y moral, ajenos a los animales. Solo el hombre, como parte de grupos, eran cuerpos constituidos de órganos que, con el tiempo iban adquiriendo una estructura más compleja (Barreda 1877:63).

Barreda había bebido de la postura anti-liberal de Comte, son salidas conservadoras en cuanto al control y orden sociales. Según Comte, la idea del progreso no requería ser demostrada pues la historia de los pueblos europeos la confirmaba a diario. Esta Convicción, fuente del supuesto normativo de la Ley de los Tres Estados, no suponía un hombre que persiguiera intereses propios, calculados racionalmente.

Desde su lógica de pensamiento no era posible que la lucha por los intereses económicos surgiera de un acuerdo que llevara, finalmente, al bienestar individual y social. Al contrario para hablar científicamente la sociedad era necesario concebirla como una entidad cohesionada de todos los hombres a través de un poder moral. Esta fue la idea que Barreda defendió, negándose a la influencia spenceriana.

El positivismo barrediano derivó de un Comte que no estudió biología con Lamarck. Más bien aprendió de Bichat y de Gall, tomando partido por Cuvier en la cuestión del origen de las especies. Creía que la anatomía y la fisiología eran el medio para analizar complejas formas de vida del hombre y, de ahí derivar el análisis de las sociedades. Así se centró más en las influencias del medio ambiente y su intervención en las transformaciones de estos, alejándose de la evolución orgánica.

Sin embargo, esta negación de Barreda, poco a poco, fue cediendo: la criminalística de Lombroso reformuló esas ideas. Parra y Alfredo de Zayas muestran como el problema positivista barrediano de las conductas morales se transformó hasta trasladarse a problemas como el de la evolución y cambio de las razas y su moralidad.

Así pues, el enfoque evolucionista y spenceriano se implantó en un terreno ya trabajado bajo ciertas orientaciones: unas lamarkianas todavía, otras deudoras de los médicos frenólogos franceses. No es por azar entonces que los interesados en la temática evolucionista se dirigieran a cuestiones como la cohesión y el orden político expresados en el problema racial. Estos asuntos que también eran preocupación de los políticos también pudieron ser atrapados desde las ideas evolucionistas que se presentaban como “científicas”

Sin duda, el “Darwin y el Spencer puros” llegaron a México a un campo dominado por una temática sociológica estructurada alrededor de la moral y dominada por intereses políticos, más allá del puro racismo y fundamentalismo científico.

Rafael de Zayas: entre la criminalística y la evolución

Rafael de Zayas Enríquez nació en Veracruz en 1847. Estudió en Alemania y regresó a México para pronto convertirse en Diputado del Estado de Veracruz. Poco tiempo después, volvió a dejar el país para ocupar el puesto de Cónsul General de México en San Francisco California.

Su obra, que fue muy extensa y variada, abordó el comportamiento criminal y desviado. Desde esas perspectivas, a Zayas se le puede considerar como un ejemplo interesante del positivismo sociológico en su tradición frenológica, se transformó. En ese sentido, Zayas es autor ilustrativo

6 Por la aclaración bibliográfica hecha por O’Gorman y luego por Moreno de los Arcos, ese texto que fue objeto de las críticas de *La Voz de México*, 1978, Justo Sierra lo reelaboró y de esa corrección se obtuvo lo que hoy se conoce como el *Compendio de la historia de la antigüedad*. Se ha probado, según Moreno de los Arcos, que hubo una primera versión, que dicho compendio llevó el nombre de *Compendio de historia general*, de 1877, pero este cambió su contenido sensiblemente a causa de las críticas de que fue objeto. Sensible a este ataque, se supondría que Sierra cambió justamente las partes donde se hablaba positivamente de las teorías de Charles Darwin en otras dos ediciones, la de 1879 y la de 1880 que solo difieren de la redacción y son las que hoy conocemos, como el *Compendio de historia Antigua*, Véase Moreno de los Arcos, Roberto 1989:141-146

7 Pedro Noriega, alumno de la Escuela de Medicina, presentó en aquella ocasión el trabajo titulado “Consideraciones sobre la teoría de Darwin”, meses más tarde, Manuel Ramos, también estudiante de la Escuela de Medicina, presentó el trabajo, “Estudios de las relaciones entre la sociología y la biología”. Este trabajo apareció en *Anales de la Asociación Metodológica Gabino Barreda* 1877:255-279. Citamos la versión de Zea 1990:172-180.

del proceso de cambio de las tesis sociológicas positivistas de su tiempo. Refleja como la filosofía positivista ensayo, por lo menos, dos enfoques para abordar lo social y sus mecanismos para mantener el orden: se pasó de las cuestiones de la moral y el derecho a un evolucionismo que recogió las ideas de las cuestiones de la moral y el derecho a un evolucionismo que recogió las ideas de los vulgarizadores de Spencer y Darwin, especialmente de Ernest Haeckel, en el caso de Andrés Molina Enríquez.⁸

Entre 1885 y 1886 Zayas publicó su *Fisiología del crimen*, estudio jurídico-sociológico y, siguiendo los trazos marcados por Porfirio Parra, trabajo con la tesis de que la moral se podía definir a partir de las funciones fisiológicas de la morfología cerebral.

Sin embargo, a la misma tesis de Parra, Zayas la modificó con un espíritu de documentación y recabación de fuentes. Según su lectura, numerosas etnografías de criminales de Europa y los Estados Unidos verificaban una estrecha relación entre la constitución cerebral y las acciones criminales. Busco caracterizar el género humano, pero especialmente al mexicano; recabo tipologías de delincuentes, de enfermos mentales y las comparo con los comportamientos de los hombres supuestamente, normales.

Su cultura, antropológica y etnográfica fue importante: mezclando las recomendaciones de la Escuela Italiana con las experiencias de antropólogos médicos y viejos como Bordier, E Pinel y Agazzis, entre otros. Afirmo que la fisiología tenía la virtud de “arrancar” al cerebro, científicamente, los secretos que caracterizaban la vida anímica del hombre. Y en este caso, la vida anímica o moral o cerebral se convirtió en la fuente explicativa de los actos sociales o individuales.

Zayas igualmente orientó sus reflexiones en torno al problema jurídico que enfrentaban los códigos penales y civiles mexicanos en cuanto a la locura y otras acciones vesánicas. Buscando explicar las causas del delito y sus tipos, afirmo que se necesitaban aportar bases científicas y etnográficas sobre la vida psíquica a partir de los cuales se pudiera adecuar, científicamente, las leyes que normaban la vida social (Zayas 18885:3). El campo jurídico normativo que regulaba la vida social no podía absolverse, ni tampoco condenar sin tomar en cuenta la constitución cerebral de los sujetos: la “salud”, estructura y funcionamiento de la psique humana afectaban las conductas sociales.

Con Zayas la relación entre lo fisiológico y lo moral busco la mayor claridad posible. Dado que los fenómenos sociales eran externos a la constitución cerebral de los sujetos, según Zayas era necesario que se establecieran cuáles eran los factores fisiológicos que afectaban o intervenían en los comportamientos sociales. Para realizar esa labor se tenía que recurrir al médico y no al punto de vista de los filósofos.

Se trataba de un médico muy especial: del conocedor de la *medicina moral*. Esta nueva ciencia se ocuparía de dos problemas: los psicológicos y los fisiológicos y tendría por objetivo llegar a definir “el estado del hombre” (Zayas 1885:5). Por su parte, el psicólogo definiría el secreto del pensamiento humano y sus mecanismos, es decir, el cerebro, se ocuparían del yo moral como integrado a un *yo material*. Del otro lado, la fisiología debería estudiar las perturbaciones del órgano material, es decir, del cerebro que fungía como un instrumento del pensamiento. Su objetivo era proponer un *ciencia médica* moral a la jurisprudencia, ciencia conservadora aun dominada por la metafísica. Tanto los jurisconsultos como los legalistas (Zayas 1885:39) tendrían que considerar, seriamente, sus dogmas a partir de las consecuencias que se extraerían de la ciencia médico moral. Había que abandonar el enfoque jurídico que negaba la posibilidad de que el terreno de las potencias del espíritu pudieran ser abandonadas por medio de la observación (Zayas 1885:27)

La antropología criminalística tenía la virtud de negar la existencia (científica) de la salud o locura absolutas; más bien, las afectaciones en la consulta se daban por grados, según se hubieran perdido algunas de las facultades mentales. Siguiendo estas ideas, Zayas enfatizó que los padecimientos vesánicos no eran un atributo propiamente permanente y característico de los afectados. Lo absoluto en la naturaleza no tenía significado para Zayas. Por ello, las manifestaciones de la vida psíquica eran relativas como relativas sus afecciones.

Hay que observar que el tratamiento que hizo Zayas acerca de la normalidad y patología sociales aunque siguió inmerso en la contradictoria relación que le imponía la exigencia de tratar a las manifestaciones morales como datos puros de la naturaleza, poco a poco, cedió ante la fuerza de los factores colectivos. En el segundo tomo de la citada obra (Zayas 1886) el autor parece dejar atrás sus ideas el tema de suicidio como determinado por factores biológicos localizados en el medio ambiente que enfrenta el individuo. Distinguió entre la determinación biológica que ya había caracterizado como una causalidad interna o propia de los individuos y la determinación de los factores externos. Valiéndose de series estadísticas de la época, busco las razones del suicidio. A partir de los datos estadísticos encontró que los suicidios no solo eran causados por las disfuncionalidades orgánico o, específicamente, cerebrales, además estaban en directa dependencia de factores externos: desde los climáticos y ambientales hasta la situación que deriva de la alta división del trabajo social, la industrialización y la pobreza de las sociedades modernas. Grandes ciudades como París, Marsella y Lyon, en Francia; Londres y Liverpool, en Inglaterra, eran más propensas al suicidio que las sociedades menos civilizadas pues, explicaba los efectos del trabajo y la civilización, así como el crecimiento de las grandes ciudades, provocaban trastornos que podrían orillar a los individuos a suicidarse.

Esta exploración abrió sus perspectivas. Diseñó una tipología de suicidios donde cabían aquellos que eran provocados por los efectos de la civilización, es decir aquellos, causados por razones externas a los órganos del cuerpo (Zayas 1886:239)

Estas últimas conclusiones de sus extensa *Fisiología del Crimen*, acerca de las causas de mayor morbidez en las sociedades civilizadas sobre el más atrasado reposo, entre otros factores en la “emigración de la gente del campo y de las pequeñas poblaciones hacia los grandes centros La perspectiva de la fortuna, los placeres que brindan las grandes ciudades, las relaciones de aquellos que alguna vez estuvieron en ellas atrae a los incautos, quienes queman allí sus alas y pierden la vida” (Zayas 1886:242)

El suicidio empezó a transformarse; paso de ser una enfermedad explicada con causas individuales (las deformaciones fisiológicas y cerebrales) a ser una manifestación de un mal que dependía de causas ambientales, trasladando la explicación hacia el exterior de cada individuo: las razas y pueblos enteros serían los afectados o propensos a esas patologías.

Pero entonces, ¿Cómo se podía afirmar que el suicidio era un fenómeno regulado por leyes ineludibles si podía depender de una multiplicidad de factores? Es en este momento cuando Zayas echa mano de temática evolucionista: la selección natural y la lucha por la existencia que parecen explicar esos estaos patológicos.

La explicación criminológica y frenológica del suicidio abordó este problema moral como una patología que aquejaba a ciertos individuos con disfuncionalidades orgánicas, óseas y cerebrales. Sin embargo, el proceso que siguieron estas ideas parece haberse trasladado hacia otro tipo de explicación y análisis. Si bien se continuaba reconociendo la regularidad de esos fenómenos vesánicos, se empezaron a explicar por otro tipo

8 Ernest Haeckel (1834-1919) fue uno de los vulgarizadores de Darwin más famoso en México pero también se le conoce por haber sido su más grande tergiversador. Lo vemos parecer desde los escritos de Alfonso L. Herrera quien a pesar de criticar a Haeckel también se inspiró en sus ideas. Así, la cultura biológica mexicana no fue ajena a la influencia de este biólogo pues sus ideas fueron atractivas en tanto proponía haber llegado a una solución intermedia entre las ideas de Lamarck y Darwin, reconciliándolos. Entre las ideas más sugerentes para los mexicanos y luego que Andrés Molina Enríquez exploró ampliamente *Los grandes problemas nacionales*, fue su tesis de que de tanto diferentes razas animales o humanas podían hibridarse obteniéndose productos fértiles. Esta tesis de la fertilidad de los híbridos raciales fue, sin duda, central para hablar de las características de las dos razas conformantes de lo mexicano: el indio y el español o europeo. Para un comentario más amplio de las ideas de Haeckel en México, Véase Ruiz 1991 y Basave 1992:240.

de enfoque biológico: por una aproximación que privilegia el medio ambiente, la selección natural y la lucha por la existencia. De ese modo, la industrialización y la división del trabajo surgieron como los detonantes de una lucha encarnizada por la sobrevivencia.

Los suicidios y los crímenes eran ejemplos de cómo los individuos con una misma capacidad racial para sobrevivir a las presiones de una sociedad en vías de civilizarse, deben entrar en competencia con sus semejantes (Zayas 1886:247). Aunque afirmó que la lucha por la existencia debería ser un fenómeno pasajero, que solucionaría el relajamiento moral de la época del crecimiento de la industria, el desempleo y la pobreza. Zayas creía esperanzado, que esta situación tendría fin al llegar el Estado Positivo, alcanzándose un equilibrio entre la naturaleza y la moral humana.

Su obra mostro con los años, un fuerte desplazamiento hacia factores biológicos externos (con respecto a la constitución cerebral del sujeto) como explicativos de los fenómenos sociales. En su libro *La redención de una raza, un estudio histórico sociológico (1897)*, Zayas prácticamente abandono la formula frenológica y su argumentación acerca del orden y organización social se transformó, abocándose a la cuestión indígena.

Sin duda, el problema indígena en México no tuvo su origen en los estudios hechos por los porfiristas sobre el tema: los indios eran una realidad palpable, innegable antes del porfiriato.

Sin embargo el positivismo fue la filosofía que llevo a las razas convertirse en un “dato” para la teoría, dejando de ser un mero “hecho” de la vida socio-política y económica de la nación. Así, la raza la evolución se convirtieron en un concepto central de la ciencia social mexicana: la convivencia racial y la mezcla abigarrada de diferentes físicos, costumbre y religiones se convirtieron en temas de estudio relevantes y estructurantes de muchas disciplinas del tiempo: desde la medicina hasta la antropometría, la somatología y la sociología se interesaron por estas cuestiones.

Luis Villoro planteo (1984:175-176) que las formas de abordar al “indio” han sido múltiples, al ritmo de los diferentes problemas nacionales. Efectivamente, finales del siglo XIX el indio se concibió como el elemento desgarrado de la Nación, su formación espiritual autóctona, ajena a la lengua y religión nacional lo construyo como una figura aislada de los beneficios que la política y el Estado juarista había inaugurado. Sin embargo, para el gobierno porfirista esa alteridad se vivió como un problema de política interna: la presencia del indio afectaba la deseada unidad nacional.

Bajo esta perspectiva, afines del porfiriato al indio se le integro como un objeto de teoría y reflexión positivistas. Nos solo era, en la política nacional, una presencia física, sino que se construyó como parte de una reflexión teórica.

Zayas fue parte de un grupo de estudiosos que vieron en los indios y los mestizos un aparte de la naturaleza observable, es decir, le dieron la forma de una especie, y la convirtieron en una suerte de concepto teórico. En el mencionado libro de la *Redención de una raza*, se propuso *probar* la ley de la desaparición fatal de las especies mediante la tesis de la evolución natural y los efectos del medio sobre la organización social.

Decía que México, dada la situación racial, se debía adoptar un enfoque evolucionista. El problema que vivía el indígena mexicano se reducía a una cuestión histórica-sociológica que desde la teoría evolutiva, haciéndole algunas modificaciones, se podía abordar científicamente y solucionar. En primer lugar, la sociología debía admitir la tesis del origen común de las especies (Zayas 1897:42). Al mismo tiempo, debía hacer suya la idea de que en la sociedad, como en la naturaleza las razas estaban fatalmente sometidas a la ley de la evolución. Para Zayas esta ley de la evolución equivalía al drama del transformismo que afirmaba que la naturaleza creó a los seres para que sirvieran de base principio en la cadena de la creación.

La vida de todas las razas, incluidas las humanas, en su perspectiva suponía la destrucción de sus elementos componentes. Considerando la historia racial de América y especialmente la de México, planteo que otras razas menos civilizadas que las indígenas por la fuerza de la naturaleza habían perecido y del mismo modo, los indígenas estaban destinados a desaparecer.

La propuesta de Zayas sobre la evolución racial de las especies y la ley de la desaparición de las razas menos aptas no fue producto de una lectura directa de las ideas de Darwin, ni tampoco de las de Herbert Spencer. Su postura más bien se inspiró en diferentes interpretaciones antropológicas de su tiempo que hacían eco de las ideas darwinianas y spencerianas.

En México ya existía una suerte de temas clásicos acerca del encuentro de las razas europeas con los pueblos primitivos. Sobre todo, sobre las características raciales de los indios frente a los europeos orientadas a hablar de las capacidades biológicas y hasta morales de ambas razas. El mejor ejemplo de ello son los temas tratados por Riva Palacio en *México a través de los siglos*, donde afirmó que los indígenas o solo podrían considerarse una raza; además se les podía considerar la raza más evolucionada.

Zayas orientó sus reflexiones sobre la cuestión de razas humanas, en parte, retomando algunas ideas de la antropología de evolución unilineal son: mencionado pues hayas entre otros Edward Burnett, Taylor con su *Primitive Culture (1871)* Morgan, con su *Ancient Society (1877)* o J F MacLennan los *Studies in Ancient History*.

Todos ellos se interesaron en la vida de pueblos primitivos, Mezclando la biología evolucionista con las etnografías hechas por viajeros y aficionados sobre la vida en otros Continentes, Morgan y Taylor creyeron que los grupos humanos, a lo largo de la historia habían seguido un curso lineal y unidireccional hasta hacerse al punto terminal de sus historias. El Progreso era un desarrollo lineal hacia metas similares, partiendo en una fase salvaje hasta llegar a la civilizada. Las formas de nombrar esas etapas fueron múltiples: En todo caso marcaban que había un camino a recorrer de lo simple a lo complejo, de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo irracional a lo racional.

Zayas representó un esfuerzo similar por explicar, los retomando estas teorías inglesas, el caso mexicano. Hubo, por supuesto una sustitución de conceptos y en algunos puntos, modificó las formas de abordar la temática de la evolución: prácticamente no le interesó analizar la evolución en términos de las innovaciones culturales (como si lo hizo el evolucionismo de Taylor, por ejemplo). Su preocupación era exponer la historia de México a partir de las variedades raciales que existían, explicar sus cambios y transformaciones, y luego a firmar el poder racial del mestizo, híbrido biológico y cultural del indio y el español. Por esas características Zayas complementando con la antropología inspirada en los divulgadores de la idea evolucionista, elaborar una propuesta de sociología muy interesante.

A diferencia de la postura de los políticos liberales se interesaron en la cuestión racial con el objetivo de anular los elementos indígenas bajo el “benigno baño de sangre blanca” justificados en convenciones religiosas y atávicas. Zayas decía optar por las explicaciones basadas en la observación y los métodos científicos. Zayas presentó la cuestión racial y su evolución como una expresión o representación de lo social. Está hallaba su explicación en la biología evolucionista el mestizaje, la organización híbrida y el curso fatal de la evolución de las razas que afectaba la organización de las sociedades eran fenómenos de la biología había comprobado científicamente entre los hombres y organismos vivos.

Esta nueva determinación de los fenómenos biológicos sobre los sociales mostraba a los interesados en el estudio científico de la sociedad nuevas soluciones. Sin duda a la biología evolucionista había adquirido ya un estatus y autoridad de científicidad que la sociología podía seguir aprovechando. Pero por encima de ello, con la temática del evolucionismo los estudios de lo social, se abrieron a otra perspectiva del problema.

En primer lugar, el análisis del comportamiento humano, por las características arriba enunciadas, limitaba los análisis de lo social a una fisiología psicológica, ciñendo a la moral a un análisis focalizado en los procesos de cuerpos individuales. Con el evolucionismo si bien la determinación biológica persistió, se dio un desplazamiento en el concepto mismo de lo social se significó como una cuestión de grupos afectados por las

fuerzas ambientales o de la naturaleza. Sus cambios e historia se desplazaron de los individuos a los grandes cambios que sufrían grupos raciales.

Basta revisar las ideas que plasmó Molina Enríquez en *Los grandes problemas nacionales* para ver cómo está vertiente se dio a la tarea de tratar los problemas sociales como expresión de la relación entre nichos ecológicos y los grupos sociales. La historia está dada a partir de las cambiantes formas en los grupos humanos interactúan y obtienen el alimento, del medio ambiente.

Algunas ideas finales

La transición entre las interpretaciones sociológica del tipo barrediano y las de evolucionistas que adoptó Zayas, las que, posteriormente, Andrés Molina Enríquez trabajó extensamente, no se dieron en el vacío. Se establecieron muchos debates, entre los propios positivistas, como entre los positivistas y los espiritualistas, que intervinieron en el curso que, finalmente tomaron estas reflexiones.

Sin duda, no se puede pretender que estas dos fases que hemos expuesto más arriba, se hayan dado con una solución de continuidad y de perfeccionamiento de las teorías sociales positivistas. Son soluciones propuestas y tanteos teóricos que corresponden a circunstancias históricas y políticas que no pueden soslayarse.

En ese sentido quisiéramos terminar este planteamiento señalando como la historia de las ciencias sociales mexicanas nos remiten, nuevamente al viejo problema de cómo contar la historia de la ciencias. La diversidad de circunstancias de azares y cuestionamientos que fueron planteándose los hacedores de estas reflexiones nos obligan a reconocer la existencia de más de una voz en la formación de esas ciencias.

Sin duda, aún quedan muchos huecos vacíos, para explicar por qué, el positivismo primero se mantuvo dentro de los criterios que le marcó la frenología y sólo hasta los años ochenta, tomó la temática de la evolución para hacer explicaciones sociológicas.

Sólo como una tentativa de análisis, propongo aquí que en México, durante la hegemonía del positivismo, la explicación sociológica osciló entre dos tipos de reflexiones. Primero se presentó una explicación de lo social que ensayo abordarlo social qua expresión de las actividades individuales. Luego por las transformaciones de esa temática pero no de la estrategia metodológica y subordinar lo social a lo biológico, se generó una explicación cuyos supuestos abordaron las cuestiones de lo social desde la perspectiva del medio ambiente. A los primeros bien se les puede llamar segundos *individualistas* y a los *colectivistas u holistas*. Porfirio Parra, formando en la más temprana escuela positivista se aproximó a lo social desde el cuerpo del médico, cuya característica era la manifestación de los órganos. En cambio Rafael de Zayas también positivista, partiendo prácticamente de los supuestos más elaborados de Porfirio Parra acerca del funcionamiento cerebral y sus consecuencias en el actuar de los individuos, término elaborando un enfoque que se interesó por la transformación colectiva y externa que podría provocar en los cuerpos del medio ambiente. Ambas representan sólo un aspecto de cómo la historia de las ciencias de la vida y las sociales en México del siglo pasado tejieron sus historias.

Bibliografía

- Basave Benítez, Agustín (1992), “El mito del mestizo en el nacionalismo mexicano”, en Elio, Cecilia (coord.) *El nacionalismo mexicano*, México. El Colegio de Michoacán.
- Barreda, Gabino (1877), “La polémica del darwinismo en México en el siglo XIX”, sesión del 25 de febrero de 1877, en Moreno de los Arcos (1989), *Anales de la Asociación Metodológica Gabino Barreda, Testimonios*, UNAM, México.
- Canguilhem, Georges (1970), *Etudes d’Histoire et de Philosophie des Sciences*, Vrin, París.
- Canguilhem, Georges (1991), *The normal and the Pathological*, Nueva York, Zone Books.
- Comte, Auguste (1975), *Cours de philosophie positive. Physique sociale (Leçons 46 à 60)*, París, Hermann Editeurs.
- Chávez, Ezequiel (1901), “Ensayo sobre los rasgos distintivos de la sensibilidad como factor del carácter mexicano”, en *Revista Positiva*. Núm. 3, 1 de marzo, México.
- Cházaro García, Laura (1994), “El pensamiento sociológico y el positivismo a fines del siglo XIX en México”, en *Sociológica*, núm. 26, septiembre – diciembre, México, UAM-A.
- Giddens (1987), “Las nuevas reglas del método sociológico”, Amorrortu, Buenos Aires.
- Hale, Charles (1991), “La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX”, *Vuelta*, México.
- Lukes, Steven (1984), “Emile Durkheim. Su vida y su obra”, Madrid, Siglo XXI.
- Macedo, Miguel S., “El delito considerado como fenómeno natural”, en *Revista Positiva*, núm. 1, 1 de enero, México.
- Moreno de los Arcos, Roberto (1989), “La polémica del darwinismo en México en el siglo XIX”, *Testimonios*, México, UNAM.
- Nye, Robert A. (1974), “Heredity or Milieu: The Foundations of Modern European Criminological Theory”, en *ISIS*.
- Parra, Porfirio (1878), “Ensayo sobre la patogenia de la locura”, México, *Tipografía Literaria*.
- Parra, Porfirio (1895), *Juicio crítico de la clasificación del código penal relativo a las heridas*. Memoria leída en la sesión del día 29 de julio de 1895 en el Concurso de la Sociedad Médica Pedro Escobedo, México, Secretaría de Fomento.
- Parra, Porfirio (1895^a), “Según la psiquiatría, ¿Puede administrarse la responsabilidad parcial o atenuada?”, *Primer Congreso Científico*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.
- Pickstone, J. (1981), “Liberalism and the Body in the Post – Revolutionary France: Bichat’s Psisiology and the Paris School of Medecine”, en *History of Science*, núm. 44, vol. 19.
- Ruiz Gutiérrez, Rosaura (1991), *Positivism y evolución: introducción del darwinismo en México*, México, Limusa.
- Sierra, Justo (1984), “Obras Completas”, vol. VIII, La educación nacional, México, UNAM.
- Verdugo, Agustín (1885), “La responsabilidad criminal y las modernas escuelas de antropología”, en *Concurso Científico*, México, oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento.
- Villoro, Luis (1984), *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, Ediciones de la Casa Chata.
- Zayas Enriquez, Rafael de (1885), *Filosofía del crimen; estudio jurídico sociológico*, México, tipografía Rafael de Zayas.
- Zayas Enriquez, Rafael de (1897), *La redención de una raza. Estudio sociológico*, México, tipografía de Rafael de Zayas.
- Zea, Leopoldo (1990), *El positivismo mexicano. Surgimiento, desarrollo y decadencia*, México, FCE.

De recepciones, rechazos y reivindicaciones: la lectura de Weber

Nora Rabotnikof

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS, UNAM

De las recepciones

Si revisamos la presentación o nota preliminar de Medicina Echavarría a la primera edición en español de *Economía y sociedad* de 1944, hay algo que nos llama la atención. No solo se trata de la introducción de un traductor cuidadoso ni de la presentación global del conocedor ante un público que por primera vez tiene acceso a la obra. Hay algo de justificación de aclaración, hasta podemos decir de intento de reivindicación que la luz de los años, si pensamos en Weber como en un clásico de la sociología, resulta por lo menos extraño. En todo caso, algo que nos habla de confusiones o incomprendimientos previos pero sobre todo de un clima intelectual no demasiado grato o receptivo. La tercera línea de la presentación anuncia: "...hay algo así como un destino adverso que le persigue aun en su propia gloria..." y más adelante "lo que de su obra ha pasado al público y se repite en las aulas no deja de ser una deformada caricatura de su propio pensamiento". Estamos en 1944 y según consigna Medina solo han sido traducidas la *Historia económica general* (FCE) y *La decadencia de la cultura antigua*, además de conocerse *La ética protestante*. Sin embargo, incluso frente a esta escasa difusión en español, el traductor se siente obligado a despejar equívocos, sobre todo a dos cuestiones. 1) En primer lugar Weber no dijo que el protestantismo era la causa del capitalismo: hay algo más complejo en su epistemología, en su intento de articular comprensión de sentido y explicación causal, en las pistas de su grandiosa *Sociología de la Religión*, que hace insostenible esta interpretación. El traductor no abunda en este mapa de ubicación de la tesis puntual de *La ética protestante*, pero todo parece indicar que ya *Economía y sociedad* se instala en un clima de sospecha. 2) En la breve reconstrucción biográfica del autor, especial énfasis merece la conexión entre pasión política y ciencia y la idea de ética de la responsabilidad como supuesto de sentido de una compleja metodología. La aclaración parece presagiar la confusa y farragosa discusión en torno a la neutralidad valorativa y al compromiso del científico que serviría durante muchos años, para que en México, Weber fuera identificado con la figura del intelectual hipócritamente apolítico, encubridoramente encubridor, potencialmente tecnocrático.

Si nos vamos veintitantos años después y vemos el prefacio, ya no de una obra weberiana sino de un libro de un autor mexicano sobre Weber (tal vez una de las mejores reconstrucciones del contexto teórico en el que se inserta el trabajo weberiano, de las líneas que anudan y hacen eclosión de la tradición alemana, y que permiten así iluminar el tipo de problemas teóricos que Weber enfrenta y ponderar su aporte innovador) me refiero por supuesto a *Weber: la idea de ciencia social* de Luis Aguilar (1989), recepción, un tono similar. Cito el prefacio del autor "En el corazón de los setenta de las ciencias sociales mexicanas, enseñar-aprender acerca de Weber era una actividad intelectual no solo marginal sino sospechosa". ¿Marginalidad y sospecha en relación a Weber? ¿Paranoia del intérprete? ¿Otra vez Weber el gran incomprendido? ¿Estamos hablando de los años setenta en México, es decir de esa etapa que casi todos los que reconstruyen el desarrollo de la sociología en el país llaman "etapa de la sociología crítica", de una actitud que se supone reflexiva respecto de sus propios supuestos y modos de funcionamiento? ¿Hablamos de Weber, del clásico de la sociología o de Schmitt, Lenin, Bakunin o Hayek? ¿Por qué entonces la sospecha o la novedad? ¿Por qué otra vez un prólogo defensivo?

Cuando surgió la oportunidad de enfocar la recepción de la sociología weberiana en México, en principio declaré explícitamente mi incompetencia sobre el tema. La reflexión sobre el desarrollo de la sociología en el país ha sido objeto de un seguimiento detallado y erudito, y hoy contamos con una serie de trabajos que desde distintas perspectivas teóricas reconstruyen la constitución de la disciplina, dibujan periodizaciones más o menos convergentes, utilizan el concepto de paradigma o de programa de investigación, se centran en la temática, los tipos de práctica de investigación, los modelos de científico social etcétera, y articulan este desarrollo de manera más o menos coherente con el contexto nacional e internacional, podríamos citar una serie de trabajos de consulta obligatoria. Con esto quiero decir que el tema es ya cuestión de especialistas o por lo menos objeto de investigación más o menos rigurosa. Por otro lado, todo enfoque en torno a la "recepción" de un autor o de una teoría debería basarse precisamente en alguna teoría de la recepción, es decir en un marco que pudiera dar cuenta de los problemas de traducción, de las resistencias y aperturas, de los vocabularios, de la manipulación de convenciones heredadas, de las redes institucionales, de la articulación entre lo que solía llamarse "lo externo" y "lo interno".

La respuesta de los organizadores ante esta confesión de diletantismo fue: "cuenta tu experiencia", que es una respuesta más o menos fácil, sobre todo, ahora que está de moda la perspectiva de las historias de vida, la dimensión testimonial, etcétera. Pero visto desde más cerca, el ejercicio era difícil. En primer lugar, porque si de historia vivida se trataba, mi experiencia cubría solo una etapa, lo que podría haber sido la recepción de Weber o la nueva lectura de unos 10 o 15 años a esta parte. Se trata de una etapa importante, tanto porque en la discusión teórica europea se asistió a lo que se dio en llamar en su momento el *Weber revival*, como porque también en México este *revival* dio lugar a la publicación de nuevos trabajos sobre Weber de autores nacionales. Pero esta etapa cercana dejaba de lado gran parte de la historia, que solo podía ser cubierta con un conocimiento que yo no tenía o con una investigación que no había hecho.

Por otra parte, había que aclarar que se entendía por la recepción de Weber. Es decir, si nos referíamos a diferentes lecturas desde momentos históricos y lentes específicos; o si se trataba del impacto de lo que podríamos llamar proyecto Weberiano de la sociología en la constitución de la disciplina, de enfocar la influencia de su construcción categorial, o de la metodología de la construcción típico ideal o de inspiraciones weberianas en obras sociológicas mexicanas esta última forma de interpretar la recepción suponía una investigación mucho más minuciosa, ante la cual, sospechaba, se podía partir del supuesto de que en muchos trabajos de la sociología política en torno al tema del poder y los tipos de dominación, en la literatura sobre el liderazgo político y los partidos y en toda la producción sobre el Estado de los años sesenta y setenta, encontraríamos introducido de contrabando o filtrado a través de la sociología o la ciencia política anglosajona o no siempre reconocida como tal, de todos modos podía ser plausible suponer que más allá de adhesiones o de interpretación explícitas, se podría rastrear la presencia de la sociología weberiana en varias áreas de la producción sociológica específica.

El tercer problema es que esta distinción entre la interpretación y la discusión teórica explícita por un lado y la "teoría en uso" nos lleva a la cuestión más general de la relación entre el nivel o la discusión teórico epistemológico y la investigación concreta. En general uno encuentra en la literatura sobre este tema en México ciertas afirmaciones no siempre profundizadas, del tipo "la sustitución de un paradigma dominante por otro no se dio en una confrontación rica, exhaustiva y explícita sino generalmente por agotamiento del anterior o por viajes bruscos en preferencias y valoraciones sin claros saldos de cuentas" (De la Garza, 1989) o afirmaciones en torno a la ausencia de una "conciencia epistemológica" (*Ibid.*), lo cual en el primer lugar nos lleva a pensar en el uso o abuso del término paradigma en la historia de las ciencias sociales en México. Pero también nos lleva a considerar que si bien hay más agotamiento y abandono que confrontación pública que ajuste de cuentas, también es cierto que a

veces existe una manera pomológica de contar la historia como si la historia de las ciencias sociales pudiera relatarse como lucha entre contrarios (Hermenéuticos vs. Positivistas, funcionalistas vs. Marxistas, holistas vs. individualistas) con virtual triunfo y dominio (con exclusión de todo lo demás) de una de las posiciones. Y no es infrecuente encontrar que en algunas formas de ordenar el mundo, de seleccionar y resolver problemas, con supuestos ontológicos y epistemológicos distintos, sino al mismo tiempo con designios liberadores y encubridores, posturas políticas correctas o incorrectas que, y esto es lo curioso, no siempre dan cuenta del desarrollo de la disciplina ni parecen hacer referencia auténticas oposiciones.

Todo esto me lleva a decir que el recurso de contar la experiencia era tentador pero demasiado fácil ; en segundo lugar, a señalar que hay un serie de problemas que realmente habría de discutir, y en tercer lugar a que mi intento se limitara a aceptar o una visión más o menos *estándar* del desarrollo de la sociología en México, a tomar por sentado sin mayor discusión las periodizaciones más convergentes de las etapas de la sociología y a tratar de encontrar algunas pistas para entender las distintas lecturas, indiferencias o adhesiones. Se trata pues de una historia que tomo prestada de una historia solo parcialmente vivida y de una historia en gran parte conjetural.

Los rechazos y las reivindicaciones: los periodos.

a) En general, más allá de divergencias y convergencias, la mayoría de los trabajos que analizan el desarrollo de la sociología coinciden en señalar como posible punto de partida del análisis, la creación de condiciones institucionales-incluso –como momento previo a la consolidación de tradiciones científicas- (Farfán, 1994), alrededor de finales de la década de los años treinta. Si dejamos de lado la herencia del positivismo y el momento inmediatamente pos revolucionario, casi todos los analistas reconocen un momento privilegiado en la creación del instituto de investigaciones sociales en 1939 (Sefchovich 1989; Farfán 1994; Loyo 1973; Castañeda 1990). y de este periodo que en general se hace transcurrir hasta la década de los cincuenta se suele señalar típicamente los siguientes rasgos : el intento de articulación explícita entre investigación, planificación y ejecución de políticas públicas: una ausencia de fronteras disciplinarias claras tanto en lo que hace al perfil de los profesionales como a la especificidad de un campo sociológico ; la fe en la utilidad del conocimiento para “crear nación” un compromiso con el positivismo francés , continuando así una bien fincada tradición en México ; una reflexión un tanto ingenua sobre la cuestión epistemológica ; una concepción acumulativa de la ciencia ; lazos laxos y abiertos con filosofía , el derecho, la historia y la antropología. En este periodo se asiste a la introducción de Weber a través de los transterrados españoles con las traducciones señeras del Fondo de Cultura Económica, básicamente *Economía y Sociedad*, y en el que se continúa el trabajo iniciado por *Revista de Occidente*. Weber entra así en el flujo de traducciones de esos años de obras centrales del historicismo alemán o de la cultura alemana de principios del siglo (Tonnie 42, Manheim 41, Simmel 39 en edición argentina que reproduce una anterior de *Revista de Occidente*). En los seguimientos puntuales de la *Revista Mexicana de Sociología*, la presencia de Weber se da a través de los artículos Recasens, de García Maynes, del propio Medina Echavarría.

Mi impresión (en esta historia conjetural) es que la lectura de Weber y en general esta recuperación del historicismo alemán se da en cierta medida en un escenario “preweberiano” ya que más de un intento serio de fundamentación de las ciencias sociales, se recupera en clave filosófica la antítesis entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu preweberiano en el sentido de que parece recuperarse el problema en el punto en el que weber lo hereda y no en el punto de su intento de resolución o respuesta. Así , en estos relatos polemológicos, algunos analistas se refieren a un enfrentamiento, que en cierta manera , retoma la oposición entre positivistas y ateneístas así como entre las tendencias historicistas (más presentes en el campo de la filosofía y la historia) y un positivismo genérico (predominante en la *Revista Mexicana de Sociología*) ligado a la idea de unidad del método científico. Naturalistas y culturalistas (Hernández 1994), positivistas y hermenéuticos (De la Garza 1989), cientificistas y humanistas (Sefchovich 1989): daría la impresión que hacia los años cuarenta el escenario parece girar en torno a la reivindicación de un programa naturalista, más ligado a una imagen acrítica de ciencia, enfrentada a la reivindicación del ámbito del espíritu o de la cultura, pensado y defendido como ámbito ontológico diferenciado.

Si esto fue así, es decir, si estos fueron los términos de la discusión implícita o explícita, la propuesta de una sociología como “ciencia que pretende comprender, interpretando la acción social para así explicarla causalmente en su desarrollo y efectos”, según la famosa caracterización weberiana, no podía tener mayores afinidades electivas con contrarios ni con troyanos. Para unos, es decir para quienes recuperaban la herencia del historicismo, tal vez Dilthey y la idea de “la vida que comprende a la vida” resultara más funcional que Weber para la polémica contra el positivismo. Sospecho que para la recuperación filosófica de aquellos años, el intuicionismo, el vitalismo y posteriormente la filosofía de la existencia podía parecer más potentes contra ese positivismo ingenuo que un Weber, cuya novedad metodológica tal vez se conocía poco. Solo que por ese camino no se llegaba a las ciencias sociales. Si uno reconstruye la innovación metodológica weberiana, la recuperación del legado del historicismo alemán atendiendo a la vez a sus limitaciones se tiene la impresión de que la polémica entre ciencias de la naturaleza y ciencias de la cultura llega un poco tarde y que se desenvuelve por un carril condenado al fracaso por lo menos frente a esa vocación genéricamente llamada positivista.

Así, para los llamados humanistas, que se identificaban más con una lectura vitalista del vitalismo, Weber seguramente parecía como representante de un historicismo poco historicista. Si el camino era insistir en la antítesis entre comprensión y explicación, la propuesta Weberiana debía parecer un programa de fundamentación sociológica demasiado riguroso, una perspectiva demasiado racionalista y formal. Y para el positivismo , es posible que un weber enmarcado dentro de una genérica perspectiva hermenéutica, ligado a una idea de acción social con sentido y de orientaciones de valor, apareciera como una propuesta poco operacionalizable, genéricamente vaga , metodológicamente muda . Si estos fueron efectivamente los términos de la polémica larvada o de alternativas, me parece que la línea de continuidad se establece más con la tradicional división que sigue hasta nuestros días entre las ciencias y las humanidades, que con una discusión epistemológica o un enfoque productivo. Esto podría darnos pistas para pensar porque a esa temprana traducción y difusión al español (incluso antes que al inglés) de algunas obras, parece seguirle una especie de eclipse.

b) Hay un segundo momento, cuyos contornos son más borrosos. En general cuando se habla de América latina (pero se toma como referente a Sudamérica) se menciona el periodo que va desde mediados de los años cincuenta hasta mediados de los sesenta como el periodo del predominio de la “sociología empirista”. La caracterización es bastante vaga, entre otras cosas porque a menudo se hace desde la etapa posterior, desde la percepción de la dependencia, el marxismo y la revolución. En el caso mexicano, parece haber acuerdos en que durante estos años se asiste a una difusión creciente, a veces en términos un poco ingenuos, a veces vergonzantes, de la sociología empírica. Pero también parece haber acuerdo en que esta incorporación no fue lo suficientemente vigorosa en México como para formar una escuela, ya que existieron tanto elementos académicos como sociales que impidieron la completa asimilación de los presupuestos epistemológicos y metodológicos de la sociología empirista (Loyo y Arguedas 1973; Villa 1973). Ello hace bastante complicada la reconstrucción histórica.

Si lo comparamos por ejemplo con la etapa de la institucionalización de las ciencias sociales en el caso del cono sur (y la comparación no resulta ociosa en tanto, repito, muchas periodizaciones parecen basarse en lo ocurrido en aquellas tierras) reconocemos un claro predominio del estructural funcionalismo y con presencia polémica del Marxismo. Es decir, en lo que se refiere a nuestro tema se podría afirmar que se leía o se

estudiaba la recuperación parsoniana de Weber, se lo captaba oblicuamente a través de las teorías de la modernización, reaparecía en la temática de la sociedad tradicional y sociedad moderna, en las variables *patterns*, y en las doctrinas que acompañaron en ese contexto la institucionalización de la sociología. Un periodo corto en el que Weber aparece leído a través de Parsons, y en el que el llevado y traído tema de la neutralidad valorativa es tomado, como diría Gouldner en aquel artículo clásico del Minotauro, como mito útil a la defensa de la autonomía de la Universidad y del sistema de la ciencia, no necesariamente como apoliticismo, ni ausencia de valores, ni como teoría burda de la objetividad, etcétera.

Allí donde ese periodo está claro, también resulta más comprensible aquello con lo que la teoría de la dependencia viene a romper, a través de la reivindicación de la especificidad latinoamericana, del énfasis en la problemática de la Reforma estructural, de la ruptura con esquemas más o menos evolucionistas etcétera, y el tipo de científico social que se pretende y de compromiso que se plantea. Y también resulta más claras las continuidades el intento de explicación y comprensión de nuestros procesos el *background* que nos rechaza la investigación empírica ni la abstracción conceptual y también la posibilidad de otras lecturas diferentes de la cuestión de la relación ciencia y política y del perfil del sociólogo. Es decir, allí donde hubo con donde hubo condiciones para vertebrar una primera lectura de neutralidad valorativa en términos de defensa de los valores propios de la ciencia ligados a una etapa de su institucionalización y autonomía se posibilitaba otra que pareciera ligar de manera diferente ciencia y política. Tales por ejemplo la del prólogo de J Carlos Torres en 1966 a *El político y el científico* “porque encontramos en él la misma tensión entre conocimiento y acción entre el saber y política que caracteriza a la situación de los intelectuales latinoamericanos. Protagonistas de un mundo en transición, hasta nuestras cátedras y nuestros laboratorios llegan las demandas de un futuro que reclama de nuestra acción para constituirse.”

En el caso mexicano, la etapa de los años cincuenta hasta mediados de los sesenta parece menos nítida. Según algunas interpretaciones es el momento de un empirismo o neopositivismo que nunca se instauró como tradición sólida, pero qué será de todos modos el “otro” al que el marxismo y la procedencia y la dependencia de la etapa posterior se enfrenten. En ese sentido la institucionalización el rápida del marxismo (como doctrina oficial o como ideología promedio de las universidades) es un fenómeno cuya dimensión todavía no se evalúa del todo algunos artículos señalan que toda la discusión dentro del funcionalismo “paso de noche” otros que dibujan el periodo de la sociología crítica de mediados de los años sesenta como enfrentamientos a la retórica de la , al privilegio de las orientaciones y los comportamientos por encima de las estructuras, cómo denuncia al fraude de una imagen del técnico del especialista por encima de la política (G Casanova 1984) no siempre dejan en claro en qué momento esos proyectos se institucionalizaron en México. Si es cierto que “El marxismo académico fue en la sociología mexicana lo que el empirismo en la sociología americana: el discurso a través del cual se institucionaliza la sociología” (Castañeda) me da la impresión de que esta ubicación temporal e institucional la marca de manera muy fuerte la recuperación que se hace el antes y el después.

c) En lo que hace a la recuperación de Weber en el periodo que va desde mediados de los años sesenta a fines de los setenta yo recalcaría dos momentos. Por un lado ciertas perspectivas de análisis de las situaciones concretas de dependencia, en las que se intenta “comprender y explicar sus características singulares tanto en sus orientaciones como en sus formas concretas de organización y acción”. Es decir se intenta repensar la idea de orientación a la acción en términos de clase la nación (en Cardoso y Faletto encontramos un explícito reconocimiento al legado weberiano).

En segundo lugar, reaparece a mediados de los años setenta con el tema del estado burocrático autoritario, qué marcaría casi una década de discusión en América Latina. En la teorización de O’Donnell se reivindica explícitamente el origen de la sociología del estado weberiana (cómo lo hace por otra parte en sus estudios más recientes con el énfasis de la dimensión jurídico- normativa del Estado). A quién el tema preocupó y tuvo su impacto en México, ya sea para cuestionar su aplicabilidad para repensar la especificidad del estado mexicano se inserta, paradójicamente en la discusión de si existe una teoría marxista del Estado o más en general una teoría marxista de la política no se la intenta traducir en clave althusseriana al tema de los aparatos ideológicos.

En ese contexto, para el marxismo estructuralista Weber eso irracionalista, psicologista, individualista metodológico. El llamado marxismo crítico se queda en cambio con la interpretación lucacsiana de *El asalto a la razón* o, en menor medida con una unilateral acción Frankfurtiana de la razón instrumental. Weber paradójicamente aparece así como representante del positivismo (término que ya esta altura servía para designar al enemigo), o era culpable de alguno de los ismos que por aquellos años parecían dar cuenta de la teoría de la realidad. Entre la abstracta invocación a la totalidad concreta y la caricatura del método hipotético deductivo parecía no haber mayor lugar para nada. Tampoco entre el intelectual crítico-revolucionario y el científicismo tecnocrático había mucho espacio para una interpretación que pudiera recoger con todo su patetismo las tensiones entre ciencia ética y política.

Y es así cómo llegamos a los años ochenta y a entender un poco más esta mención de Aguilar en torno a la marginalidad y la sospecha reconocimiento no tanto un clima intelectual como una especie de atmósfera residual agobiante que se identifican do Weber con el científicismo y el formalismo con el positivismo o con la vivencia el institucionalismo y la irracionalidad.

d) Quizá tan tarde como a finales de los años setenta o a principios de los ochenta y justamente en torno a la posibilidad de pensar el Estado y la política desde el marxismo, sopla un gran aire renovador (que se encarna entre otras cosas en la recuperación de Gramsci) y que obliga a varios movimientos entre otros a romper con un modelo de determinación rígido y a otro lento pasaje que podríamos llamar de lo estructural a lo institucional. Ello supuso una apertura del diálogo con otras corrientes que habían quedado fuera en el cerco de la exclusión así en parte bajo la influencia de algunas corrientes del marxismo italiano, se inicia un derrotero teórico y político interesante que lleva a desandar el camino y volver a principios de siglo, para encontrar interlocutores olvidados o desconocidos a veces austromarxismo a veces que Kelsen muchas veces otro Weber.

Por otro lado la discusión del Congreso 64 con la intervención de Mommsem, la publicación de los llamados escritos políticos, la impresionante reconstrucción de Habermas en *Teoría de la Acción Comunicativa* también sacan a la luz un Weber diferente y así el manido tema de la neutralidad valorativa pueden plantearse en otros términos en ese sentido es imposible dejar de recordar aquel artículo en *Nexos* donde el problema de la neutralidad valorativa se interpreta más en términos de una “descientifización” de la política de una despolitización de la ciencia se ponen en juego así cuestiones tales como los límites de la ciencia las “garantías” en política las relaciones entre molar moral y política y temas que volverían a marcar el debate de una década.

De manera muy esquemática podríamos resumir Los ejes de esta nueva lectura que conecta con el nuevo clima intelectual en los siguientes rasgos: 1) En el plano filosófico la ruptura con la filosofía de la historia, con teorías providencialista sitio los sismos históricos que afectaban tanto la visión marxista como el evolucionismo acrítico de la modernización. En ese sentido hay mucho en Weber anticipa la crisis de los grandes relatos y que también obliga (y en esto hay una función ilustradora) a reconocer la presencia y la recurrencia de ciertos temas y planteos (ilustración y romanticismo, individualismo y holismo, etcétera) en la historia de la teoría. 2) Una perspectiva que permitió avanzar en la polémica con el determinismo sin caer en la playa realidad de narrativas y sin diluir la especificidad el discurso científico. 3) Una forma de pensar el individualismo metodológico articulando con ineludible comprensión del sentido. 4) El gran tema del “desencantamiento del mundo” entendido no solo en su afinidad electiva con el fracaso de ciertas opciones, no sólo como renunciamento o claudicación, o como realismo político subalternos y no como cierta sobriedad o recelo ante cualquier intento de volver a conectar hecho y sentido de manera crítica qué marcaría el tono espiritual de la

década siguiente. 5) Por supuesto el gran debate en torno a la democracia en el sentido de los problemas de esta democracia y burocracia inercia e innovación, decisión política, participación y eficacia técnica. 6) La cuestión, si se quiere más filosófica pero también política de la racionalidad de la acción en la organización en el cambio social etcétera. 7) Una forma menos fácil o más de garra de plantear la articulación entre la ciencia, ética y política

Todos estos ejes están recogidas en artículos y libros que son producto de esta última década y que marcan un clima teórico distinto. Por lo menos, esa difusión ha ayudado a ver que no todo lo nuevo es nuevo y que no todo lo viejo debe ser desechado. Y si hoy vuelven a plantearse las cuestiones que el mítico Minotauro encerraba en esa caverna de acceso difícil, es porque una vez más la excelencia científica que hoy se pregona con cierta soltura encierra dimensiones técnico-institucionales pero también ético valorativas que Weber supo si no resolver, al menos ver, Y supo también decirnos que no hay recetas fáciles.

Bibliografía

Aguilar Villanueva, Luis (1981), “La política después de las ilusiones”, en *Nexos*, núm. 38, enero.

Aguilar Villanueva Luis (1989), *Max Weber: La idea de ciencia social*, Porrúa.

Arguedas, Ledda y Aurora Loyo (1973), “La institucionalización de la sociología en México”, en *Sociología y Ciencias Políticas en México*, México, UNAM.

Castañeda, Fernando (1990), “La constitución de la sociología en México”, en *Desarrollo de las ciencias sociales en México*, México, CIIH, UNAM.

De la Garza, Enrique (1989), “Historia de la epistemología, la metodología y las técnicas de investigación en la sociología mexicana”, en *Revista Mexicana de Sociología*, IISUNAM, México, enero-abril.

Farfán, Rafael (1994), “La contribución de P. González Casanova a la formación de una teoría crítica de la sociedad en México (1966-1970)”, en *Sociológica*, UAM-Azcapotzalco, enero-abril.

Hernández, José (1994), “El replanteamiento de la sociología profunda de Antonio Caso”, en *Sociológica*, (*ídem*), enero-abril.

Galván, Francisco y Luis Cervantes (comps.) (1984), *Política y desilusión*, UAM-A, México.

Girola, Lidia y Gina Zabudovsky (1991), “La teoría sociológica en México en la década del ochenta”, en *Sociológica*, UAM-Azcapotzalco, México.

Gonzalez Casanova, Pablo (1984), “Las ciencias sociales en América Latina”, *Revista Mexicana de Ciencia Políticas*, FCPyS-UNAM, pp. 117-118.

Medina Echavarría, Jose, “Nota preliminar a Max Weber”, *Economía y sociedad*, México, FCE.

Nelson, C. (comp.) (1985), *Max Weber: elementos de sociología*, México, UAM-A.

Rabotnikof, Nora (1989), *Max Weber: desencanto, política y democracia*, IIF, UNAM, México.

Sefchovich, Sara (1989), “Los caminos de la sociología en el laberinto de la Revista Mexicana de Sociología”, en *Revista Mexicana de Sociología*, IISUNAM, México, enero-abril.

Serrano, Enrique (1994), *Legitimación y racionalización. Weber y Habermas: la dimensión normativa de un orden secularizado*, Madrid, Anthropos.

Torres. J. Carlos (1967), prólogo a *El político y el científico*, Madrid, Alianza.

Villa Aguilera, Manuel (1973), “Ideología oficial y sociología crítica en México”, *Estudios*, CELA, FCPyS y UNAM, México, núm. 16.

La recepción de la obra de Durkheim en la sociología mexicana

Lidia Girola

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES,
UAM-AZCAPOTZALCO

El tema de este trabajo es la recepción en México de la obra del que es considerado como uno de los fundadores de la sociología como disciplina científica, Emile Durkheim.

La reconstrucción del impacto y las formas específicas de la recepción de la obra del autor requiere desde mi punto de vista la reconstrucción de las variaciones en el “clima intelectual” de la época o de las épocas, de las características de las comunidades disciplinarias en las cuales puede darse el impacto de las condiciones que rodean el desarrollo disciplinar concretamente, de las necesidades técnico profesionales que las instancias de poder y de otorgamiento de fondos y de contratación de personal calificado plantean a la comunidad el clima político e ideológico que experimenta la comunidad científica y la sociedad en su conjunto. La reconstrucción a nivel de historia y sociología de las ideas tienen una complejidad que rebasa las posibilidades de este trabajo.

Mi propósito es, por tanto únicamente sugerir algunos elementos que permitan posteriormente recomponer, a través de las diversas etapas de la institucionalización y la profesionalización de la sociología mexicana, la historia y los avatares del impacto del pensamiento durkheimiano.

Para esto, si bien varias vías son posibles,¹ he optado en esta ocasión por la más sencilla, que es revisar las publicaciones académicas y sacar la cuenta de cuantos textos de autores mexicanos, sean artículos o libros, tienen a Durkheim o a aspectos de su obra como referente principal al hacerlo, experimente mi primera frustración: son muy pocos los trabajos de autores mexicanos residentes en México que explícitamente traten sobre Durkheim o sobre algún tema fundamental en su obra, como la anomia, la diferenciación social o el papel de la religión en la sociedad.

Por ejemplo en la *Revista Mexicana de Sociología*, la decana dentro de las publicaciones académicas encontramos sólo tres artículos de nacionales en cuyo título se haga mención del autor francés, si bien hay otros textos en cuyo desarrollo se hace referencia al mismo.² En la misma revista a lo largo de sus cincuenta y seis años de existencia encontramos dieciocho trabajos de autores extranjeros sobre Durkheim, la mayoría de los cuales se publicaron en el número tres de 1959, en un homenaje por el centenario de su nacimiento cuatro en la década de los años sesenta y tan sólo uno en los setenta.

El último artículo serio de un autor mexicano Sobre la obra de Durkheim publicado en la *Revista Mexicana de Sociología* fue uno de Mendieta y Núñez en 1964. Después de eso sólo hay un silencio casi total que se rompe solo en escasas ocasiones por lo general en textos se comparan desfavorablemente la posición Durkheimiana llena con la de otros autores.³

Una primera impresión después de revisar las publicaciones es que la recepción de Durkheim en México ha sido más bien pobre, los textos son escasos y en muchos casos se limitan a repetir con mayor o menor fortuna lo que el propio Durkheim dicen sus obras más conocidas especialmente en *El Suicidio*,⁴ y salvo contadas excepciones,⁵ prefieren el elogio más o menos desmedido y el énfasis en la importancia de su obra,⁶ en lugar del Análisis profundo y crítico de sus supuestos y afirmaciones.

Existe sin embargo una opinión acerca de qué Durkheim fue el padre fundador que más influencia y delineó la obra de los sociólogos mexicanos en las primeras décadas de su funcionamiento institucional (las década de los años cuarenta y cincuenta y principios de los sesenta) y que luego su influencia decreció hasta prácticamente desaparecer, ahora con la hegemonía del marxismo como corriente teórica ideológica en la Facultad de Ciencias Políticas y sociales setenta y mitad de los ochenta y luego a partir de la profesionalización y la incorporación de otras corrientes de pensamiento y la escasa atención dedicadas a los problemas teóricos en los últimos quince años.

Pero corroborar la opinión acerca del papel fundante de la obra de Durkheim en la sociología mexicana no es para nada sencillo las fuentes con las que contamos (la obra escrita y publicada) podrían a bailar el olvido con respecto a la problemática durkheimiana pero no su previa importancia.

La revisión de los diversos programas de las materias de la teoría sociológica, en los que podríamos encontrar un atisbo del enfoque que se daba su obra es una tarea kafkiana: si alguna vez se contó con ellos, sucesivos cambios de administración han borrado existencia por lo menos en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Eso sin tener en cuenta que una cosa es el programa y otra cosa muy distinta a la impartición concreta de los cursos.

Sin embargo como hipótesis para la investigación podríamos partir de una segunda impresión que se ha ido conformando a través de los intentos de reconstrucción, que tiene como base fundamentalmente las pláticas y entrevistas a miembros de diversas generaciones de sociólogos egresados de la Facultad, la revisión de los contenidos temáticos y las propuestas epistemo-metodológicas que aparecen en los textos de autores mexicanos en las revistas especializadas, y sobre todo en la concepción acerca del papel de la ciencia en la sociedad manifiesta en los programas y proyectos que se hicieron explícitos principalmente en la etapa de institucionalización de nuestra disciplina. Dicha hipótesis se refiere a la gran importancia que tuvo la obra de Durkheim en la creación de un “clima intelectual” favorable a la constitución de un objeto en un campo disciplinar específicos de la sociología y una manera de abordar ese objeto que son propiamente sociológicos.⁷

Creo conveniente en este punto hacer un breve comentario acerca de las corrientes de pensamiento predominantes en el pensamiento social mexicano al momento de la introducción de la obra de Durkheim.

Desde mediados del siglo pasado a la década de los años treinta, el positivismo, en destino y a veces muy peculiares versiones fue una de

1 Para recomponer la historia de la constitución de una disciplina, y las influencias que recibió a lo largo de su desarrollo varios enfoques son factibles: el institucional que se ocupa fundamentalmente de cuestiones tales como ¿Cuándo se contó con un espacio físico propio? o ¿cuáles fueron las formas organizativas que se eligieron para la investigación y la docencia?; el día de la reconstrucción teórica de las tradiciones de pensamiento investigación prevalecientes; o la perspectiva que intenta reconstruir la historia de la disciplina en cuestión a partir de la formación de comunidades entre investigadores también es necesario tener en cuenta las relaciones entre la disciplina, de la reconstrucción se multiplican en la medida en que es necesario no solo considerar las fuentes escritas, sino los contenidos de obras diversas, los testimonios de los actores y fuentes secundarias de todo tipo.

2 Por ejemplo en González Casanova 1949.

3 Por ejemplo en Sosa Elizaga 1988 y en Bravo, Díaz Polanco y Michel 1979.

4 Uribe Villegas 1959.

5 González Casanova 1947 y 1949.

6 Mendieta y Núñez 1959.

7 Agradezco los comentarios y sugerencia de Aurora y Fernando Castañeda en torno a estas cuestiones.

las tradiciones de pensamiento que nos dieron la perspectiva de todos los “proto-sociólogos” en México.

Al hablar de “proto-sociólogos” me refiero a médicos, abogados profesionistas y gente de buena voluntad general que por una u otra razón y muchas veces por un vuelco inesperado de sus propias disciplinas y en que tú deseas se acercaban a los problemas de la sociedad que intentaban estudiarlos y resolverlos teniendo en cuenta condiciones y repercusiones de los mismos que en cierta manera podrían considerarse sociales

Se puede afirmar entonces que los temas de “la salud social” son los relacionados con las sanciones jurídicas al crimen por ejemplo, habían sido considerados con relativa frecuencia por los precursores del pensamiento sociológico en México. Sin embargo, en el caso de los positivistas mexicanos encontramos más de una filosofía positivista de la sociedad y de la historia tiene una clara asunción de los postulados metodológicos del positivismo podemos identificar la asunción del “credo” positivista, más que la aplicación de algunos de sus principios al análisis empírico concreto de la realidad mexicana. Esto que fue evidente en el período previo al surgimiento de un ámbito institucional propio de las ciencias sociales puede observarse prácticamente hasta bien entrada la década de los años cuarenta. Los positivistas mexicanos reflexionarán sobre la sociedad de acuerdo a los principios naturalistas pero no hacían investigación empírica eran fundamentalmente especulativos. Creo que algo que hay que tener en cuenta es que por lo menos en el período previo a la institucionalización de la sociología en México (me refiero sobre todo a las cuatro primeras décadas de este siglo), positivismo no es sinónimo de empirismo, sino más bien de un discurso declarativamente preocupado por estudiar problemas concretos y las condiciones y obstáculos del progreso Pero no logra cuajar a nivel de propuesta metodológica e investigativa específica.

La otra corriente de pensamiento con una importante presencia en el ámbito intelectual mexicano, el historicismo culturalista, tenía pasa en el medio académico y fue también una nutriente fundamental en el terreno de los proyectos políticos; las preocupaciones de corte humanista estaban sin embargo lejos de proponer un programa operativo para el desarrollo de la ciencia con el arribo de la inmigración como consecuencia de la guerra civil española, esta corriente Recibe un reforzamiento intelectual de primer orden pero sus intereses siguieron estando más bien ligados a la reflexión filosófica que a la construcción de un corpus metodológico específico que permitirá abordar el estudio de los problemas sociales del país

Las corrientes anti-positivistas no produjeron un pensamiento homogéneo. Podrían estar ligadas al romanticismo o al historicismo alemán pero también hay que tener en cuenta la influencia de autores como Boas o Manuel Gamio, que frente al positivismo colectivo para poner en un acercamiento a la realidad que implicaba la realización de investigación empírica.

Cuando a través de la acción de esa figura señera de la institucionalización de la sociología en México que fue don Lucio Mendieta y Núñez, se introduce el pensamiento de Durkheim, se lo puede considerar en gran medida relacionado con las inquietudes temáticas preexistentes.

De hecho son Mendieta y Oscar Uribe Villegas los dos autores que trata a través de sus contactos personales con investigadores europeos vía traducciones, introducen temáticamente la obra de Durkheim a la *Revista Mexicana de Sociología*. Sin embargo en otros textos propios éstos aparece dedican más a glosar la obra del autor francés, y a lo sumo a señalar lo que ella dice a de otros autores, que hacer un análisis crítico de la problemática que aborda.

Quizás una virtud de la etapa de conformación de un enfoque sociológico que encabezaron entre otros Mendieta y Uribe Villegas y de cuya carencia en épocas posteriores deberíamos lamentarnos, o cosmopolitismo. Tanto por propósito expresó, como por falta de materias de autores nacionales, la *Revista Mexicana de Sociología* publicó en los primeros treinta años de su existencia a una cantidad impresionante de textos de los más importantes sociólogos europeos y estadounidenses. La relación de los investigadores de otros países fueron muchas veces personal y aunque no puede hablarse de una sociología propiamente mexicana en esas épocas, como creo que sí puede hablarse de una antropología mexicana, por ejemplo, tengo la impresión de que el debate teórico que se refleja en la revista y en el cual a veces participan mexicanos, era similar al que se puede encontrar en cualquiera de los países de tradición de pensamiento teórico más desarrollada, cómo sería el caso de Francia.

Podemos suponer por las menciones a las ideas de Durkheim (de Mendieta ya en el primer número de la revista en 1939, y de otros autores posteriormente) que la obra del sociólogo francés era conocida y discutir en los diversos cursos de sociología que se dictaban en las diferentes instituciones sin embargo este conocimiento nos expresa en un debate por escrito en una reflexión crítica salvan muy escasas ocasiones. El debate y la reflexión estuvieron hermanos o mejor dicho en la pluma de autores extranjeros. Las citas a Durkheim por lo general eran aisladas de su contexto, y eran por lo menos en el caso de Mendieta y Núñez Más bien una apelación de autoridad y una excusa retórica Para apoyar los objetivos propios de una discusión pormenorizada de los planteamientos durkheimianos.

¿Por qué entonces puede decirse que la figura de Durkheim está presente y que quizá es de los fundadores de la sociología la que más presencia tienen los primeros veinte años de la disciplina con anclaje institucional?

Creo que hay dos problemas en relación con esto.

A fines del sexenio de Cárdenas y Durante los gobiernos de Ávila Camacho y Alemán, florece un interés por los estudios sociales y empieza a pensar enlaces sociología como algo más que una disciplina auxiliar del derecho. El proceso de modernización e industrialización del país pone sobre el tapete una serie de cuestiones que ameritan un estudio específico, hecho por especialistas es en estos años cuando surge el Instituto de Investigaciones Sociales, y cuando comienza a conformarse un grupo de estudiosos provenientes de diversas disciplinas que se abocan a tratar de acotar, definir y analizar los grandes problemas planteados los estudios que se intentan realizar tienen por principio y un fin práctico y en sentido político expresó, coadyuvar y colaborar con el poder político en la tarea de la construcción de la sociedad post revolucionaria. La pregonada ruptura con la especulación, el abocarse al estudio de los temas concretos, la utilización de la estadística, son características de la propuesta durkheimiana que resultan atractivas para los abogados involucradas en el proyecto fundacional de Mendieta, y en la elaboración para la modificación estructural del país. Por un lado porque quizá la reflexión epistemológica no es fuerte, y por otro porque el empleo de elementos matemáticos y la utilización de censos, etcétera les impresiona van como factores de cientificidad moderna, acorde con la etapa que se vivía.

La corriente historicista se encargó a veces incluso por pedido expreso del director del IIS-UNAM, de recuperar teóricamente a las grandes figuras del pensamiento europeo, e incluso formular sugerentes comparaciones críticas, pero no sentó las bases para una pérdida operacionalización de los conceptos y la formulación de instrumentos metodológicos. Hubo, por decirlo de alguna manera, un reparto de tareas, bajo el cual parecen haberse gestado conflictos que no se hicieron explícitos, o por lo menos no se publicaron.

Por una parte puede decirse que el peso de la figura de Durkheim y de sus discípulos (muchos de los cuales terminaba la Segunda Guerra Mundial incrementar su participación en la conformación del ambiente cultural y sociológico mexicano ya sea por sus colaboraciones en la *Revista Mexicana de Sociología*, ya sea porque varias de sus obras fueron traducidas por Mendieta y sus allegados), fue muy importante porque de alguna manera brindaban un modelo de sociología científica, rigurosa y acotada, comprometida con la renovación social, como no era posible extraerlo de otras escuela.

Por otra, hay que señalar que en el grupo original de colaboradores del Instituto en los años cuarenta y cincuenta eran ciertos sentido una *melángé*, con ocupaciones de intereses diversos, que el número de los que estaban en condiciones de desarrollar un debate profundo y fundado sobre temas específicamente sociológicos era muy reducido; en fin que no puede hablarse de que existían esos momentos una comunidad disci-

plinar que permitió el desarrollo de una actividad investigativa consciente y coherente. Por lo tanto su capacidad para profundizar en el debate de las propuestas durkheimianas era relativa. Conocer la obra de un autor individual mirarlo y utilizarlo para los propios fines no significa estar en condiciones de criticar a avanzar más allá de eso sus propuestas y limitaciones. Es así que cuando se expone algún aspecto de la obra de Durkheim no era muy difícil pasar de la glosa o de los *clichés*. El trabajo de Mendieta por ejemplo, es más de introducción que reflexión crítica, pero de cualquier manera fundamental. Quizá el primer autor mexicano que recupera aspectos de la obra de Durkheim los contrasta con la obra de otros autores y finalmente los critica y fórmula su propia posición es González Casanova (en el número 3 de 1947 y sobre todo en el número 2 de 1949 de la *Revista Mexicana de Sociología*, donde proponen sus argumentos en relación con el relativismo cultural). Pero es una excepción no es la regla.

Lo habitual es la escasa reflexión original, que incluso lleva al estancamiento en cuanto a la comprensión de la obra del autor francés.

Un caso que tiene que ver con nuestro tema de estudio puede servir de ilustración al respecto. En 1950 se descubrieron unos manuscritos de Durkheim donde el autor trataba de temas como la democracia y el papel del estado en las sociedades avanzadas, que siempre se habían considerado como el gran faltante en sociología. Estos manuscritos atención a la base de algunos de sus cursos en La Sorbona y se presumían extraviadas. En 1958 comienzan a ser editados en francés (son el texto que ahora conocemos como *Lecciones de sociología*), pero el doctor Mendieta había recibido transcripciones de los más importantes, lo traduce en 1959 aparece en el número de aniversario de la *Revista Mexicana de Sociología* dedicado a Durkheim junto con varios textos de autores extranjeros y lamentablemente sólo tres de autores mexicanos mente el propio Mendieta y Uribe Villegas y un texto que pretende ser un balance crítico escrito por Recaséns Siches.⁸ Con esas traducciones se introducen la posibilidad de una nueva lectura del sociólogo francés.

En el trabajo comentada por el doctor Mendieta avalado por las tetas de las *Lecciones* se presenta a un Durkheim preocupado por cuestiones políticas fundamentalmente humanista, pacifista y con una peculiar penetración con respecto al futuro de las sociedades industrializadas. Esto, lamentablemente al parecer no fue registrado en toda su importancia por la incipiente comunidad de sociólogos mexicana. Ni por los nuevos temas de la posible nueva interpretación tuvieron eco; hubo que esperar casi treinta años para ello.

Si uno quisiera ser un primer balance de lo que fue la recepción de la sociología durkheimiana en las primeras décadas de la sociología mexicana, ósea en el período de su institucionalización incipiente que comprenden las décadas de los años cuarenta y cincuenta y principios de los sesenta, podría decir que más que una escuela, el pensamiento durkheimiano no influyó en la conformación de un clima intelectual, en el cual comenzó a desarrollarse la investigación sociológica la definición del objeto los temas propios de la sociología el enfoque relacionado con el interés descriptiva cuantitativa y la utilización de los censos y estadísticas reconocen la impronta durkheimiana. No hay que perder de vista sin embargo, todo eso la investigación sociológica en México es deudora de otras influencias tan fuertes o más, que la de Durkheim, por ejemplo la de la antropología.

Según la opinión fundada de varios investigadores la sociología mexicana pasó los años sesenta y la primera de sus varias crisis.

Por un lado, el contexto sociopolítico tanto a nivel mundial como interno experimentó cambios que incidieron en la visión que los miembros de la incipiente comunidad de investigadores y docentes de la sociología y los propios estudiantes tenían acerca de su papel y de lo que la sociedad podía esperar de ellos. Aparentemente ninguna corriente de pensamiento teórico había logrado arraigar demasiado fuertemente de tal manera que si bien es cierto sesgo empirista y/o funcionalista⁹ esto no fue duradero y constituyó un desarrollo autónomo que diera pie a una escuela teórica.

Por otro lado, según comentan varios autores, el carácter demasiado general y ensayístico de muchos de los textos de autores mexicanos, estaba en tensión con la necesidad manifestada por los estudiantes de la carrera de obtener una formación más técnica y profesional, que fuera un vehículo idóneo para su posterior inserción laboral.

La entrada del marxismo a la Universidad y su progresiva constitución en corriente de pensamiento dominante, fue de alguna manera la consecuencia del clima de convulsión política que imperó en las aulas universitarias durante la década de los años sesenta.

No es el momento ni el lugar para hacer un balance de lo que esto significa para el desarrollo de la teoría sociológica en México, pero desde el punto de vista de la recepción del pensamiento durkheimiano, fue fatal. En los cursos de licenciatura solo se estudiaban sus obras más conocidas en el mejor de los casos, y en el peor, se fichaba y se comentaba ya *El suicidio*, ya *Las reglas del método sociológico*. La visión que se tiene se conforma cada vez más *clichés*: Durkheim es positivista, conservador, funcionalista, interesado fundamentalmente por el problema del orden social y las situaciones patológicas a las que conduce el desarrollo industrial, como la anomia y el incremento en la tasa de suicidios.

La trayectoria del marxismo en Universidad mexicana es de por sí un tema apasionante que me voy a tratar aquí; el análisis de sus impactos, en el balance acerca de sus aportaciones y las consecuencias positivas y negativas de su hegemonía como discurso dominante en las aulas de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM durante más de una década (finales de los años sesenta y principios de los ochenta), es una tarea aun por realizar por parte de los investigadores mexicanos.

Creo sin embargo que se pueden esbozar algunas apreciaciones al respecto. Por una parte, el pensamiento marxista se asimiló en un medio que si bien no tenía una tradición consolidada de investigación, si contaba con experiencias previas de trabajo de campo y reflexión; por otra parte, algo que es necesario señalar es que no puede hablarse de “un marxismo” sino de diversas corrientes de interpretación que un conjunto produjeron un marxismo sui generis, muchas veces más dogmático en el discurso que en la práctica.

Por otra parte, no debe desconocerse que el marxismo, tomado en muchos casos como doctrina, barrió con cualquier posibilidad de pensamiento crítico que no estuviera de alguna manera relacionado con Marx. El regreso al país de muchos jóvenes investigadores que como consecuencia del 68 o avalados por la propia Universidad para completar su formación se habían ido a realizar sus estudios de posgrado a Europa, y que sirvió en el caso de otros autores para reintroducirlos en México, no tuvo la misma repercusión en el caso de Durkheim.

Quizá una de las excepciones más notorias con respecto al olvido de la problemática durkheimiana podemos encontrarla en los trabajos de María Luisa Rodríguez Sala de Gomezgil, quien realiza una interesante investigación sobre el suicidio y los suicidas en México, utilizando los recursos conceptuales y metodológicos del sociólogo francés, pero además recreándolos y aplicándolos a la realidad mexicana.¹⁰

8 El texto de Recaséns Siches titulado “Balance sobre Durkheim” si bien se propone como una crítica lo que el autor llama la beatería en la obra del sociólogo francés queriendo con esto hacer referencia a la adoración de los social por parte de Durkheim, parece más bien una demanda dictada por el resentimiento así Recaséns un autor por lo general serio y medido en sus afirmaciones señala que una delicuescencia emotiva empaña la clara visión intelectual en Durkheim quien se sintió inundado de un erótico fervor hacia los derechos colectivos lo que produjo desenfoques en ulteriores análisis, qué querían ser estrictamente sociológicos pareciera que esos ulteriores análisis como los que se proponían en la revista mexicana de sociología bajo la dirección de Mendieta y Núñez irritaban muchísimo a Recaséns.

9 ¿Porque los textos de autores estadounidenses con una clara propuesta empirista y funcionalista publicados en la Revista Mexicana de Sociología Durante los más de 25 años de gestión de Mendieta y Núñez no fueron suficientes para generar una tradición de investigación de este tipo en México? La respuesta a esta pregunta quizá se relacione con el hecho de que aunque había estudiosos de los problemas sociales, es hasta inicios de la década de los años sesenta que se puede hablar de una comunidad disciplinar en formación, fundamentalmente constituida con los egresados de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Una tradición de investigación genera, ni se cuaja, ni se consolida, a menos que exista una comunidad disciplinar específica que la produzca, reproduzca y desarrolle.

10 Rodríguez Sala de Gomezgil 1963 y 1974.

Pero por lo demás, nos encontramos con que aun a mediados de la década de los años ochenta a Durkheim se lo lee en clave marxista, o sea que los *clichés* siguen operando en cuanto a la interpretación de su obra.

Es interesante señalar que mientras tanto, a inicios de los años setenta es posible observar, principalmente, aunque no solo a Inglaterra, un renovado interés por Durkheim, su vida y su obra. Muestra de ello fueron los excelentes trabajos de Steven Lukes, Anthony Giddens, Mark Cladis, Steve Fenton y muchos otros que conjuntamente con los grupos de estudios durkheimianos de Francia y autores de diversos países han generado más de 1500 artículos y libros al respecto de los últimos 15 años (en México solo seis en el mismo lapso).¹¹

Este interés tiene como uno de sus hilos conductores el debate acerca del tratamiento durkheimiano de temas de la democracia, el papel de los grupos que conforman lo que ahora llamamos la sociedad civil en cuanto al control del Estado, el resurgimiento religioso en las sociedades avanzadas, etcétera.

Si bien Mendieta y Núñez había iniciado, como se mencionó las arriba, esta nueva lectura a comienzos de los años sesenta, la mayoría de los autores mexicanos no lo asumen, no sé si por desconocimiento o porque no la consideren relevante.¹²

A partir del análisis propuesto en los textos de Cladis, Fenton y Giddens, bernar Lacroix, cuyo texto fue traducido rápidamente por el Fondo d Cultura Económica, o Michel Maffessoli, por mencionar sólo a algunos, la imagen que uno tiene de Durkheim el hombre, como de Durkheim como estudios y ciudadano comprometido con las luchas políticas de su época cambia radicalmente. No es este el momento ni el lugar para plantear en qué consiste este cambio: pero lo que más me ha llamado la atención es que en México esta lectura no se recibió, o no se asimiló, por lo menos no de manera explícita, hasta iniciados ya los años noventa.

La sociología es una disciplina que de manera permanente analiza y reinterpreta a sus clásicos. La lectura se hace siempre desde el presente del investigador y esto puede promover una lectura siempre renovada e interpretaciones múltiples, como ha sido el caso con respecto a la obra de Durkheim en otros países, y el caso con respecto a la obra de otros autores aquí.

Posibles explicaciones de por qué esto no ha ocurrido con la obra de Durkheim en México quizás habría que buscarlas en la propia historia de la constitución de nuestra comunidad de sociólogos, nuestra débil tradición de pensamiento teórico, el temor a la originalidad conceptual, las modas intelectuales que hacen de los sociólogos mexicanos un grupo sin historia que les sirva de base y referente, y en fin, en el escaso interés y consecuentemente la pobre producción en el terreno de la teoría, en contraste con la masa creciente de investigaciones específicas.

Bibliografía

- Bravo, Víctor, Díaz Polanco, Héctor y Michel, Marco (1979), *Teoría y realidad en Marx, Durkheim y Weber*, México, Juan Pablos.
- Ferraro, Joseph (1985), "Durkheim y el totemismo en la religión contemporánea. Un estudio sociológico sobre el Vaticano II", en *Cuadernos Universitarios*, México, UAM, núm. 28.
- González Casanova, Pablo (1947), "Un estudio de la sociología religiosa, en *Revista Mexicana de Sociología*, México, IISUNAM, núm. 3.
- González Casanova, Pablo (1949), "Sociología de un error. Notas sobre la mentalidad primitiva", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, IISUNAM, núm.2.
- Gutián Galán, Mónica (1986), "La construcción teórica en Durkheim", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, México, FCPyS-UNAM, núm. 124.
- Mendieta y Nuñez, Lucio (1959), "Breve ensayo en elogio y homenaje a Durkheim", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, IISUNAM, núm. 4.
- Gutián Galán, Mónica (1986), "Emile Durkheim, el Estado y la Democracia", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, ISSUNAM, núm. 2.
- Padilla Pineda, Mario (1990), "Durkheim y la formación social de la subjetividad", en *Sociológica*, México, UAM, núm. 14.
- Recaséns Siches, Luis (1959), "Balance sobre Durkheim", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, IISUNAM, núm. 4.
- Rodríguez Sala de Gomezgil, Ma. Luisa (1963), *El suicidio en México*, México, UNAM.
- Rodríguez Sala de Gomezgil, Ma. Luisa (1969), "Suicidio y status social", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, IISUNAM, núm. 1.
- Rodríguez Sala de Gomezgil, Ma. Luisa (1974), *Suicidios y suicidas en la sociedad mexicana*, México, UNAM.
- Sosa Elizaga, Raquel (1988), *Conciencia colectiva y control social en Durkheim*, México, UNAM.
- Uribe Villegas, Óscar (1959), "Repaso de la metodología durkheimiana a través de su aplicación al estudio del suicidio", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, IISUNAM, núm. 4.

Notas al final del capítulo

11 Véase la bibliografía al final de este trabajo.

12 Una excepción digna de mencionarse es el sugerente ensayo de Mario Padilla Pineda "Durkheim y la formación social de la subjetividad", publicado en la revista *Sociológica*, 1990, núm. 14.

El emperador va desnudo...

Breve comentario teórico al texto de Fernando Castañeda sobre *La democracia en México*

José Hernández Prado

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES,
UAM-AZCAPOTZALCO

En un texto inédito tan brillante como innovador, que es parte de su futura tesis doctoral y que, por ende, no puede ser citado aun de manera literal y directa a pesar de que sus sugerentes señalamientos, todavía a medio elaborar, inviten francamente a hacerlo y a la vez obliguen al comentarista a no excederse en consideraciones y propuestas, Fernando Castañeda reflexiona en forma muy provechosa sobre la presente realidad y legitimidad de un momento considerado fundacional en lo que llama la tradición sociológica mexicana: aquel de la publicación, en 1965, de la democracia en México, de Pablo González Casanova (1975). El escrito de Castañeda se denomina, de un modo provisional, *Programa y tradiciones de conocimiento en la sociología mexicana*.

Luego de una cuidadosa reflexión apoyada en Jacques Derrida y en Hans Georg Gadamer, capaz de convencernos de la preeminencia del texto escrito en el análisis de las tradiciones literarias, científicas y sociológicas de las tradiciones discursivas en general, Castañeda concluye provisoriamente que la tradición sociológica mexicana en verdad dio inicio, tras una serie de esfuerzos personales e institucionales que ocurrieron entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX,¹ con la aparición de dos textos que a su juicio lograron anticipar e inclusive superar las virtudes comúnmente atribuidas a *La democracia en México*. A Saber, *La estructura social y cultural de México*, de José E. Iturriaga, publicado en 1951, y *La industrialización de México*, de Manuel Germán Parra, editado en 1954. En opinión de Castañeda, estos dos textos ya procuraron un rigor de investigación empírica y de análisis sociológico que marcaría la pauta a seguir por el célebre texto de González Casanova, y realizaron también una descripción y un inventario bastante satisfactorios de la estructura y los problemas sociales y culturales de México de mediados del siglo XX.

Nos parece que debieran dejarse en menor de los conocedores de la obra integral de González Casanova los intentos por ponderar y responder a las agudas y prolijas críticas de Fernando Castañeda.² Pero tengan razón ellas o no, y nos parece que la tienen en no pocos aspectos, es importante y digno de encomio el esfuerzo que ha emprendido Castañeda por desacralizar un libro muy respetado en el ámbito sociológico mexicano, por atreverse a denunciar que “el emperador va desnudo” y por arriesgarse a decir que nadie antes tuvo el tino académico, o quizás el ánimo ideológico necesario, de señalar con respecto a la obra más conocida de Pablo González Casanova. Pero ese mismo ejercicio teórico consistente en proponer, no sin justificación adecuada, que “el emperador va desnudo”, pudiera y debiera realizarse, asimismo en relación con una concepción implícita en las críticas que Castañeda hace a *La democracia en México*. Más adelante se pondrá en claro esta afirmación.

Antes que nada sería conveniente recordar en sus puntos principales las críticas de Castañeda a González Casanova, sin el ánimo de examinarlas y evaluarlas a fondo. En primer lugar, se dice que *La democracia en México* no fue tanto un texto pionero en el recurso a un tipo de rigurosa investigación sociológica aplicada al estudio de los grandes asuntos y problemas nacionales, como en la eficaz utilización del lenguaje característico de ese tipo de investigación en un contexto de producción de textos y de discusión intelectual que se hallaba entonces denominado por periodistas y autores de ensayo literario. En segundo término, el libro de González Casanova jamás se planteó analizar los problemas inherentes al concepto de democracia y, en consecuencia, no es un texto que critique con cabal solvencia las enormes limitaciones de la rudimentaria democracia mexicana posterior a la Revolución de 1910. En tercer y último lugar, *La democracia en México* es particularmente limitada con respecto a su diagnóstico de los actores y las tendencias del cambio en la antidemocrática y presidencialista sociedad mexicana de los años sesenta, pues ignora por completo el potencial transformador de las clases medias e idealizo, sin el debido fundamento empírico-sociológico, aquel de los sectores obreros, campesinos y en general “oprimidos” y “marginados”.

En estas críticas es posible apreciar la perspicacia de un joven intelectual plenamente familiarizado con la literatura sociológica y filosófica del pasado y el presente, tanto en el nivel nacional como en el intelectual, que se atreve a discutir, proponer e inclusive “votar” con plena libertad por sus preferencias discursivas, sin asumir prejuicios y compromisos intelectuales e ideológico-políticos de cualquier índole. Bienvenidas sean reflexiones de esta naturaleza; reflexiones que a cientos de años de distancia ratifican la reivindicación decidida del kantiano *sapere aude*, del “atrévete a saber y a pensar” del viejo filósofo mexicano significo la discusión entre Samuel Ramos y Antonio Caso en 1927, cuando el joven filósofo de los Contemporáneos encaró al autocomplaciente maestro de la Generación del Centenario con el dogmatismo cuasi popperiano que le impedía trascender los territorios fijados por la filosofía espiritualista de Henri Bergson. Ahora, Fernando Castañeda cuestiona la validez de uno de los hitos más afamados del pensamiento sociológico en México y aduce la necesidad de reinterpretar la historia entera de la sociología mexicana institucionalizada, a fin de permitirle futuros desarrollos que la liberen de enfoques teóricos que en algún momento la hicieron avanzar y consolidarse, pero que en la actualidad sería factible y hasta deseable superar.

No obstante, para profundizar la reinterpretación del moderno pensamiento sociológico mexicano que propone Castañeda, pareciera necesario exhibir una confusión que anima sus reflexiones, para decir ahí también que “el emperador va desnudo”, para declarar que en esas reflexiones falta algo que se supone que debería haber, porque resulta inimaginable que no lo haya. Ese algo, ese sutil “traje del emperador” sería una *unidad disciplinar hegemónica* en la sociología mexicana, a lo largo de su, solo en apariencia, breve historia preinstitucionalizada e institucional y profesionalizada.³ Castañeda *confunde tal vez tradición con historia*, como si en la historia del pensamiento sociológico y la sociología en México, así como en la de la sociología “en general”, la *pluralidad* de enfoques teóricos y de discurso fuese una simple equívoco que se pudiera resolver con el triunfo determinante de una posición teórico-ideológica, y no una deficiencia estructural del pensamiento sociológico mismo, en virtud de las relaciones que este puede guardar con el sentido común de los individuos de cualquier contexto social y cultural.

En el caso de la sociología mexicana, esa pluralidad comenzado a manifestarse, inclusive antes de que la disciplina tuviera un firme cimiento institucional y texto reconocidos como fundante o fundamentales. Ni puede afirmarse que la totalidad de la sociología mexicana rindió frutos inmediatamente, ni que los frutos que ella alcanzo en forma paulatina surgieron de una “nada” de tradiciones inexistentes. Atrevámonos, pues a

1 Pueden consultarse al respecto los refrescan tres trabajos del propio Fernando Castañeda (1994) y de Laura Cházaro García (1994a y b), José Hernández Prado (1994ay b), Laura A. Moya López (1994a y b) y Adriana Murguía Loes (1994).

2 Para tales efectos conviene recomendar aquí la lectura del reciente estudio de Rafael Farfán Hernández (1994).

3 En la más novedosa literatura sobre la institucionalización y profesionalización de la sociología mexicana, destacan los trabajos de Alfredo Andrade Carreño (1994), Gustavo de la Vega (1994), Lidia Girola y Margarita Olvera (1994a y b) y Gina Zabudovsky (1994).

decir, que González Casanova, José E. Iturriaga y Manuel Germán Parra, en la medida en que Fernando Castañeda los encuentra afines, puesto que sugiere que el trabajo del primero se halla precedido analíticamente por el de los dos últimos, forman parte de una tradición sociológica similar que no sería, por cierto, la misma que ha generado estudios como los del propio Castañeda. Y aquí no hacemos referencia, en estricto sentido, a estudios teóricos que se opongan a estudios empíricos, sino a estudios, *teórico-empíricos* de diferente clase que pertenecen, quizás, a tradiciones de investigación diferentes.

“Tradición”, del latín *tradito, tradere*, acción de traer o entregar, significa, propiamente, transmitir, de una generación a otra, ciertos saberes, creencias y procedimientos técnicos, e “historia”, del griego *istoria*, investigación o conocimiento, significa tanto el estudio de lo ocurrido como lo ocurrido mismo. De esta suerte, en sus críticas a la significación discursiva de la obra más relevante de González Casanova, Fernando Castañeda se refiere más bien a algo que ha sucedido con la sociología mexicana, que a lo que esta *les ha transmitido* a todos sus artífices, ya que si ese fuera el caso, si González Casanova hubiera iniciado propiamente el que decir en la sociología mexicana institucionalizada y profesionalizada, Castañeda ni siquiera hubiera podido cuestionar con justicia, como en verdad lo ha hecho, ese momento presuntamente fundacional que representa *La democracia en México*.

Pero en los fundamentos intelectuales de la pluralidad teórica y discursiva atribuida en cualquier circunstancia histórico-social-cultural al pensamiento sociológico y a la sociología, pudiera radicar tal vez un elemento de la naturaleza humana que amerita un cuidadoso análisis filosófico: el *sentido común*. No es este el mejor momento para emprender ese análisis; pero tampoco resultara impropio mencionar que la expresión sentido común apreció por primera vez con una connotación singular en la filosofía de Aristóteles (Düring 1987:893-894), quien entendió por ella la capacidad general humana de percibir, en primer lugar, justamente, que “se siente”, que se “está sintiendo”, y en segundo lugar, de percibir aquellos rasgos de los objetos que resultan comunes a varios sentidos del ser humano, por ejemplo, su reposo o bien su movimiento, su figura, su cantidad o su tamaño, que son cualidades tuyas apreciables a través de la vista, el tacto, el oído, etc. Del antiguo concepto aristotélico de “sentido común”, fue relativamente fácil que se perfilase la idea consistente en esa presumible manera natural y habitual de percibir las cosas que desarrollo, particularmente, al especie animal de los seres humanos cuando sus individuos, dotados de la razón teórica y la razón práctica que también defendió Kant, acceden hasta esa madurez de que pueden ser capaces en cualquier ambiente socio-cultural. No es insostenible, entonces, una definición aproximada de sentido común como el conjunto de las creencias relativas al saber (sentido común teórico) y la conducta moral (sentido común práctico) que todo ser humano maduro y razonable asiente en forma natural, con independencia de las ineludibles diferencias culturales, históricas o intelectuales que ostente con respecto a otros individuos.

Un elemento de imposible de ignorar, si es que se acepta la realidad de un *pensamiento sociológico* delineado firmemente en la cultura europea desde el siglo pasado, y que daría lugar a la amplia y heterogénea disciplina sociológica, es que la temática del sentido común es, hoy por hoy, inapreciable en forma separada de su aspecto social. En primer término hay que decir que es, en cierto modo, resultado de una confrontación entre la concepción peyorativa del sentido común como conjunto inamovible de saberes y prejuicios teóricos y prácticos, y el pensamiento científico moderno. Por “pensamiento sociológico”, pudiera entenderse aquí al consideración reivindicada por primera ocasión con toda nitidez por C. Wright Mills (1961) y reexamina en tiempos recientes Salvador Giner (1994), aunque existente de manera sostenible en Europa desde el Siglo XIX que indica que la realidad y la vida humanas, y también aquellas no humanas, resultan incomprensibles si no se les ubica en el contexto social humano con el cual ellas se relacionan; resultan inentendibles si no se las considera, en alguna medida, como *efecto* de ese medio ambiente social que conforman los seres humanos, y desde el cual aquella realidad y aquellas vidas humanas y no humanas se generan y se aprecian.

En cierto modo, el pensamiento sociológico es tan viejo como la propia filosofía clásica antigua, pero rigurosamente hablando, él se desarrolla en forma cabal con los autores dieciochescos y decimonónicos considerados “clásicos” de las modernas ciencias sociales: Adam Smith, Karl Marx, Emile Durkheim, Gabriel Tarde, Marx Weber, Georg Simmel, George Herbert Mead, etcétera. C. Wright Mills escribió que el pensamiento sociológico al que se refería directamente como la *imaginación sociológica* obliga a los individuos a considerar su circunstancia en tanto que inscrita en cierta estructura social que desborda sus voluntades y capacidades individuales. Por su parte, Giner ha insistido últimamente en que el pensamiento sociológico o la *inteligencia sociológica* del mundo, como gusta en decir, es un rasgo inequívoco de la actual cultura global universal. Ninguna decisión política suele tomarse hoy en día y ninguna afirmación de carácter ético puede verse sin considerar que los individuos se desenvuelven siempre en una sociedad cuyos límites y cuya naturaleza quizá no sean bastante precisos, pero sí, en definitiva, ineludibles y hasta coercitivos. Al amparo del pensamiento sociológico, la sociología moderna pudo desarrollarse y generar teorías y tradiciones en cuyo análisis se interesa más de algún autor de la teoría sociológica contemporánea.

Especialmente a partir de los trabajos de Thomas S. Kuhn, Imre Lakatos y, en forma tan velada como indiscutible, Larry Laudan (1977), el sociólogo estadounidense Jeffrey C. Alexander ha desarrollado un influyente modelo de cinco tradiciones teóricas en la sociología, con cuatro que llama unidimensionales y una que se estima multidimensional. A estas cinco tradiciones. Alexander las estructura con base en lo que indica que son las presuposiciones generales de toda teoría sociológica, inclusive, de toda teoría en las ciencias sociales. Se proponen así dos “presuposiciones” en forma de respuestas alternativas al problema fundamental “de la acción” o del actuar humano: el racionalismo, conforme al cual el actor social acostumbra desenvolverse en forma “maquiavélica”, e ingenia siempre la manera eficaz de alcanzar ciertos fines que son de su impostergable interés, o el normativismo, según el cual el individuo actúa siempre (kantianamente), y obedece a máximas que regulan su acción y antes las cuales se somete voluntariamente en busca de una coherencia con las normas reivindicadas y sin importarle las consecuencias de su actuar. Así mismo, Alexander se refiere a otras dos presuposiciones generales que juzga capaces de resolver el gran problema “del orden social”, o este es un producto buscado o no buscado, aunque definitivo, de la acción particular de los individuos, según propone el individualismo, o es una realidad estructural que antecede y determina el actuar de esos individuos, como lo establece el colectivismo. Alexander especifica, de esta suerte, las cuatro tradiciones teóricas en sociología: el racionalismo individualista, el racionalismo colectivista, el normativismo individualista y el normativismo colectivista, que serían “unidimensionales” porque enfatizan solamente algunos aspectos parciales de los dos problemas sociológicos fundamentales del orden y de la acción, y menciona además una quinta tradición teórica “multidimensional”, mucho menos socorrida que las anteriores, que sería a la vez y en su justa medida una tradición racionalista, normativista, individualista y colectivista, que se aprecia nacer tan clara como defectuosamente en la primera sociología de Talcott Parsons, aquella de La estructura de la acción social.

En realidad, nos parece tan poco probable como inverosímil una tradición multidimensional que lo sea “desde su origen”. Tal vez fuera más plausible afirmar que las tradiciones unidimensionales alcanzan la multidimensionalidad en determinadas circunstancias histórico-social-personales, a través de ciertas concreciones o ilustraciones tuyas, como Salvador Giner estima que ha ocurrido con todos los grandes autores clásicos de la sociología, sean ellos “antiguos” o “recientes”. Pero sobre todo, las tradiciones unidimensionales de Alexander acusan ese terrible defecto de que la pareja racionalismo-normativismo es, sin duda alguna, racional en los dos casos, y entonces ella mejor debiera llamarse racionalismo-instrumental, racionalismo-práctico, con la consecuencia de que el primer racionalismo, “el instrumental”, es, propiamente, un colectivismo y el segundo,

el “práctico”, un individualismo. Nótese que si el actor utiliza su razón para lograr fines que no puede evitar plantearse, pesan sobre él estructuras sociales que lo determinan, y si, por el contrario, se propone y procura obedecer reglas que incluso son capaces de contradecir con eficacia intereses que le imponen aquellas estructuras, entonces será el actor quien determine a éstas.

Por tanto, es factible reducir las cuatro tradiciones alexandrianas a sólo dos súper tradiciones teórico-sociológicas, que pudieran llamarse la naturalista y la culturalista. De acuerdo con la primera, el actuar social humano se inscribe en la casuística de lo natural; todo cuanto los seres humanos piensan o hacen, es incapaz de romper con aquellas probabilidades naturales no bastan para especificar o determinar el comportamiento social humano; ese comportamiento ha de implicar, además, un actuar racional que desborda las determinaciones y probabilidades naturales e insertan al comportamiento humano en una esfera distinta de la realidad, que es la cultura, no simplemente entendida como la totalidad de cuanto hacen los seres humanos al interior de la naturaleza física, biológica, psicológica y social, sino entendida como una esfera diferente de la realidad, que rebasa a la naturaleza y que no se ajusta a la casuística que le es propia.

Naturalismo y culturalismo no debieran considerarse como casilleros para encerrar la obra de los sociólogos de todas las épocas y lugares. Más bien, serían tendencias teóricas que dominan el trabajo de los sociólogos, y conceptos que permiten comprender mejor ese trabajo. Por tanto, ahora se podría precisar que la sociología mexicana no comenzó a existir cuando produjo resultados que rindieron frutos eficaces de investigación, o que supieron proyectarse al interior de ámbitos intelectuales y político-ideológicos en los que ganaron algún prestigio. En estricto sentido, la sociología mexicana comenzó a existir cuando adquirió conciencia de esas tendencias y se les sumó primero modesta y discretamente (con labor de autores tales como Rafael de Zayas Enríquez, José María Vigil, Andrés Molina Enríquez, Alberto Escobar, Ricardo García Granados, Antonio Caso, Lucio Mendieta y Nuñez, Manuel Gamio, miguel Othón de Mendizábal, etcétera), y sólo después abierta y provechosamente, con ciertos autores y trabajos sociológicos que ya fue imposible ignorar como tales (acaso los de José E. Iturriaga, Manuel Germán Parra, Oscar Uribe Villegas, Pablo González Casanova, Rodolfo Stavenhagen, Francisco López Cámara, etcétera).

Adicionalmente, se pudiera afirmar que las supe tradiciones del naturalismo y el culturalismo han dado cabida, en general, a muy diversos programas y tradiciones de investigación en todo el mundo y ¿por qué no? También en México, algunos de los cuales se hallarían en posibilidades de alcanzar la alexanderiana multidimensionalidad, justamente a partir de esa “unidimensionalidad” inherente a la naturaleza de las “supe tradiciones”, piénsese en los trabajos de Durkheim, de Weber, tal vez del primer Parsons y de un muy reducido número de autores de la sociología y las ciencias sociales. Por el momento, sería más importante señalar que en México pueden estudiarse algunos autores verdaderamente típicos del naturalismo y el culturalismo teórico-sociológicos, sobre todo en aquella etapa en que la sociología mexicana carecía aún del marco institucional más conveniente para su desarrollo. Estos autores pre institucionales típicos serían, entre otros, Rafael de Zayas y Andrés Molina Enríquez, en la veta naturalista; y José María Vigil y Antonio Caso, en la culturalista. En cuanto a la historia de la sociología mexicana institucionalizada y profesionalizada, sería sumamente esquemático “clasificar” a cada uno de sus autores destacados, pero no sería excesivo identificar tendencias naturalistas y culturalistas claras en los estudios específicos realizados por todos esos sociológicos profesionales mexicanos.

Es hasta este punto de las presentes reflexiones que surgen las condiciones para formular una hipótesis que valdría la pena explorar en el futuro. La hipótesis de que el sentido común, interpretado desde una perspectiva culturalista que pondera sobre todo un aspecto práctico, más que su aspecto teórico, es fundamental para corregir la tendencia o la tradición naturalista del pensamiento sociológico y para fortalecer la propia tradición o tendencia culturalista, la que a su vez ha de escuchar los dictados prácticos del sentido común para permitirse romper con los contenidos teóricos del mismo, con pensamiento sociológico. Dicho de otra manera, a mayor “practicidad” de sentido común en el pensamiento sociológico, mayor culturalismo y menor naturalismo sociológicos, y a menor legitimidad teórica concedida al sentido común, mayor naturalismo y menor culturalismo en el denominado pensamiento sociológico. Esto quiere decir, entre otras cosas, que la ciencia no se aparta toda ella y en general del sentido común. La ciencia debe hacerse siempre con sentido común, y de hecho ella nutre indefectiblemente los contenidos prácticos de ese sentido, los cuales pueden abandonarse al paso de los avances de la investigación científica. Pero en las disciplinas científicas que se desprenden claramente del pensamiento sociológico, en especial la sociología, no solo se ha de hacer ciencia con sentido común, y modificarlo a éste con los productos de aquella ciencia; además será pertinente decir que ahí, sin sentido común no puede haber ciencia eficaz de la realidad social humana, porque eso implica truncar al pensamiento sociológico en alguno de sus aspectos fundamentales, el naturalista o el culturalista. De hecho es factible hallar, en consecuencia, a físicos, biólogos o matemáticos. En cambio, los estudiosos de lo social se hallaran perdidos en su calidad de tales si carecen de un sentido común no únicamente “científico”, sino también “humano”. No otra cosa es lo que pudiera verificarse, a fin de cuentas, con la hipótesis arriba mencionada, cuya relevancia teórica radica en que puede ofrecer la clave para comprender la pluralidad inherente e irreductible a la disciplina sociológica considerada en general.

Pero quizás estas reflexiones se han extendido ya demasiado, porque, a final de cuentas, es impropio afirmar que Castañeda ha sido del todo ciego frente a la indefectible pluralidad de los discursos sociológicos reivindicada en estas breves líneas. Lo cierto es que Castañeda parece confundir tradición con historia, y que aquello que en particular le preocupa es averiguar si González Casanova puede considerarse como el legítimo fundador de una consistente tradición de investigación en la sociología mexicana. El quid de sus consideraciones radica entonces, sin duda, en el reconocimiento de que en México es imposible hablar de tradiciones de investigación firmemente constituidas. Por ello es que en algún sitio que no corresponde al texto que le hemos comentado. Castañeda escribió, cuando se refería a la existencia o inexistencia de una genuina sociología en México, que:

En el caso mexicano, las tradiciones de conocimiento son débiles, si no es que inexistentes. En México cada quien es una sociología y cada generación refunda las ciencias sociales. No encontramos verdaderamente tradiciones. Y esto es debido a que no contamos con (esas) formas de construcción del conocimiento a la que hemos aludido.

La tradición sociológica que va de Durkheim, pasando por Mauss hasta Levi-Strauss, refleja una estratificación del conocimiento, donde cada generación ha ido poniendo el piso de la siguiente, haciendo una pirámide de conocimiento extraordinario.

En el caso de Estados Unidos ocurren cosas parecidas. Por ejemplo, el trabajo actual de Jeffrey Alexander, y su crítica al funcionalismo, sería impensable sin la tradición funcionalista y todo lo que aporta (1994:24-25; el subrayado es nuestro).

Aunque de manera impulsiva cualquier estudioso de la sociología mexicana concordaría de buen grado con Castañeda en cuanto a la afirmación de que “en México cada quien es una sociología y cada generación refunda las ciencias sociales”, una cosa es que la peculiar institucionalización y profe-señalización de la sociología y las ciencias sociales mexicanas no hayan permitido todavía una asimilación adecuada de las investigaciones y los trabajos que enriquecieron efectivamente el acervo de esa sociología y esas ciencias sociales, y otra es que ni siquiera pueda hablarse de tales investigaciones y trabajos, y que la prolongada labor que los autores mexicanos han desplegado en las disciplinas científico-sociales, ni se haya gestado desde determinados enfoques que es factible considerar como universales, ni haya nutrido progresiva, aunque veladamente, la propia vida de las supe tradiciones, tradiciones y programas de investigación sociológica en el nivel nacional y en el internacional. Quizás la actividad

de un Lorenzo Meyer “sociólogo” resulte inconcebible sin la de un Arnaldo Córdova y esta, a su vez, sin la de un Pablo González Casanova. Pero basta, asimismo, con voltear la mirada hacia las investigaciones del propio Fernando Castañeda para darse cuenta de que solo autores como él son capaces de estimular de manera tan productiva un debate entre las variadas tradiciones sociológicas nacionales; debate que a la larga habrá de fortalecer una tradición y un programa que no es el caso precisar aquí, pero que en definitiva enriquecerán la historia de la sociología mexicana y mundial.

Bibliografía

- Alexander, J. C. (1989), *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial. Análisis multidimensional*. Traducción de Carlos Gardini, Barcelona, Editorial Gedisa.
- Andrade Carreño, Alfredo (1994), “Comunidades académicas en sociología: su integración a traves de las revistas especializadas”, en Leal y Fernández, J. F. et al., *La sociología contemporánea en México*, México, FCPySDGAPAI UNAM, pp. 195-220.
- Castañeda, Fernando (1994), ‘La sociología mexicana: la constitución de su discurso’, en Leal y Fernández, J. F. et al., *Op. cit.*, pp. 13-32.
- Cházaro García, Laura (1994a), *El surgimiento del pensamiento sociológico mexicana a fines del siglo XIX*, tesis de maestría en Filosofía de la Ciencia, México, UAM-Iztapalapa.
- Cházaro García, Laura (1994b), ‘El pensamiento sociológico y el positivismo a fines del siglo XXI en ‘México’’, en *Sociológica*, México, Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco, núm. 26, septiembre-diciembre, pp. 39-75.
- Düring, Ingemar (1987), *Aristóteles. Exposición e interpretación de su pensamiento*, traducción de Bernabé Navarro, México, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM.
- Farfán Hernández, Rafael (1994), La contribución de Pablo González Casanova a la formación de una teoría crítica de la sociedad en México (1966-1970)”, *Sociológica*, México, Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco, núm. 24, enero-abril, pp. 51-89.
- Giner, Salvador (1994), “La inteligencia sociológica, una victoria incierta”, en *Sociológica*, México, Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco, núm. 24, enero-abril, pp. 163-181.
- Girola, Lidia y Olvera, Margarita (1994a), “Cambios temático-conceptuales en la sociología mexicana de los últimos veinte años”, en *Sociológica*, México, Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco, núm. 24, ene-ro-abril, pp. 91-121.
- Girola, Lidia y Olvera, Margarita (1994b), comunidad disciplinaria: etapas de desarrollo y cambios en la sociología mexicana de los años setenta y ochenta”, en Leal y Fernández, J. F. et al., *Op. cit.*, pp. 175-193.
- González Casanova, Pablo (1975), *La democracia en México*, México, Editorial Era.
- Hernández Prado, José (1992), “Tradiciones de investigación y presuposiciones generales en la sociología”, en *Sociológica*, México, Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco, núm. 20, septiembre-diciembre, pp. 147-158.
- Hernández Prado, José (1994a), “El replanteamiento de la sociología profunda de Antonio Caso”, en *Sociológica*, México, Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco, núm. 24, enero-abril, pp. 33-50.
- Hernández Prado, José (1994b), “Cuando los sociólogos mexicanos eran simples individuos...”, en Leal y Fernández, J. F. et al., *Op. cit.*, pp. 169-174.
- Laudan, Larry (1977), *Progress and Its Problems. Towards and Its Problems. Towards a Theory of Scientific Growth*, Berkeley, University of California Press.
- Moya López, Laura A. (1994a), “Historia y sociología en la obra de Ricardo García Granados”, en *Sociológica*, México, Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco, núm. 24, enero-abril, pp. 13-31.
- Moya López, Laura A. (1994b), “Andrés Molina Enríquez: una sociología de la raza”, en *Sociológica*, México, Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco, núm.26, septiembre-diciembre, pp. 77-100.
- Murguía Loes, Adriana (1994), “Cuatro décadas de análisis sobre el desarrollo de la sociología en México”, en Leal y Fernández, J. F. et al., *Op. cit.*, pp. 69-87.
- Vega, Gustavo de la (1994), “Sobre la profesionalización de la sociología en México”, en Leal y Fernández, J. F. et al., *Op. cit.*, pp. 253-261.
- Wright Mills, C. (1961), “La promesa”, en *La imaginación sociológica*, traducción de Florentino M. Torner, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 23-43.
- Zabludovsky, Gina (1994), “Reflexiones en torno a la teoría sociológica en México: los nuevos retos”, en Leal y Fernández, J. F. et al., *Op. cit.*, pp. 33-54.

La sociología en México en los años cuarenta y cincuenta

Lidia Girola y Margarita Olivera

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES,
UAM-AZCAPOTZALCO

I. Introducción

La primera cuestión que podría formularse un eventual lector de este trabajo tal vez estaría relacionada con su pertinencia. ¿Qué significación disciplinaria tiene el retroceder hacia un punto en el que la sociología se encuentra apenas en una etapa que podríamos dominar de institucionalización incipiente? Sobre todo existiendo una gran cantidad de cuestiones urgentes y acuciantes pendientes de reflexión para la sociología en México, tanto a nivel empírico como teórico.

La respuesta a esta hipotética pregunta necesariamente habría de referirse a la recuperación de un patrimonio disciplinario de conocimiento real y documentado que, sin embargo, parece no estar a disposición de los acervos específicos de los sociólogos mexicanos. Esto es explicable en parte, creemos, por la ausencia de espacios en la formación profesional que se aboquen a poner en relación al futuro sociólogo con la forma que ha asumido el quehacer disciplinario en distintos momentos de su desarrollo. Más tarde, el desempeño laboral suele conducir hacia zonas de especialización más bien alejadas de este tipo de examen.

La puesta en relación del pasado, el presente y el hipotético futuro de nuestra disciplina no ha sido un campo privilegiado de análisis ni mucho menos. Generalmente la sociología se ocupa de la investigación de aspectos relacionados con la realidad social, más que de cuestiones interdisciplinarias que rebasen el mero recuento cronológico de la supuesta evolución de nuestra ciencia. Si a esto sumamos los imperativos prácticos de una sociología cada vez más profesionalizada, especializada y heterogénea y su correlato, la existencia de comunidades de investigación igualmente diversificadas, se puede justificar la discusión acerca de los elementos en los que reposa nuestra difusa identidad disciplinaria.

La búsqueda de respuestas plausibles implica un rastreo crítico de nuestra historia. Por supuesto, no pretendemos elaborar una historia de la sociología, tarea para la cual no estamos habilitadas; más bien, querríamos efectuar una reflexión fundada que nos permitiera rebasar esa amnesia disciplinaria que, consideramos, es un obstáculo innegable para el desarrollo de tradiciones de investigación autocriticas que posibiliten el avance de la zona de conocimiento que pretendemos cultivar.

II. Marco de interpretación

Varios autores han mostrado recientemente el papel y la importancia que tienen los medios impresos y sobre todo las revistas especializadas para conocer a las comunidades de investigadores en una disciplina. Como señala Alfredo Andrade, las revistas académicas no solo son un órgano de difusión del trabajo intelectual, sin que sienten para el enlace entre grupos y comunidades y la ubicación de personas dentro de ciertos grupos afines, a la vez que son un mecanismo de asignación de prestigio y la expresión de perfiles institucionales. Andrade dice que: “Las páginas de cada revista consignan los temas relevantes, para los intelectuales y sus interlocutores; los problemas sociales y científicos del momento; las tendencias de pensamiento dominantes, los debates, las modas, los estilos de reflexión y las formas de generar y de divulgación del conocimiento. Son desde este punto de vista, una fuente privilegiada para comprender el desarrollo histórico de una disciplina y las formas de producción intelectual de una sociedad” (Andrade 1994:195).

Solo con eso quedaría plenamente justificada la tarea de revisión de la Revista Mexicana de Sociología para intentar esbozar el proceso de constitución de la sociología como disciplina científica en México. Sin embargo sería incorrecto de nuestra parte pretender que con esa revisión podríamos dar cuenta de la complejidad y la riqueza del panorama intelectual en los inicios institucionales de nuestra disciplina. Y esto por varias razones. Por un lado, y aunque la Revista es el órgano de expresión de la única institución oficialmente dedicada en esa época al estudio de problemas sociales en el País, no es el único material publicado. Por otra parte, es un fenómeno habitual en esta área el que muchos de los más brillantes expositores en las aulas no dejen constancia escrita de sus ideas, que solo han llegado hasta nosotros a través de los apuntes y comentarios de sus alumnos, pero que lamentablemente se han ido perdiendo a través del tiempo. Podemos decir que en la sociología ha existido durante muchos años un gran peso de la “cultura oral”. Además, y esto es de suma importancia, en los años cuarenta y cincuenta se dieron muchos debates acerca de problemas sustantivos para el país, en Ámbitos diversos; por lo tanto cualquier revisión que solo se atenga a los espacios académicos debe por fuerza ser parcial y no exhaustiva.

Señaladas estas limitaciones de nuestro trabajo, valdría la Pena. Sin embargo, anotar que la Revista Mexicana de Sociología puede ser una buena muestra del derrotero de las preocupaciones, de las temáticas. Y de los debates internos de la incipiente comunidad de sociólogos en los inicios de la institucionalización disciplinar.

A lo largo de este trabajo utilizaremos frecuentemente los términos “disciplina”, “tradición, (de pensamiento, de investigación)” y “comunidad disciplinar”. Proponemos tomar estas nociones tan solo en un sentido heurístico, o sea, en la medida en que nos orienten en nuestra investigación, y no desconocemos el hecho de que hasta cierto punto el debate acerca de su validez para explicar el proceso por el cual se genera y procesa el conocimiento, por lo menos en México no está finiquitado.

Cuando se habla de “disciplina”, por lo general se hace implícitamente referencia a un conjunto de prácticas y reglas, problemas y recursos, concernientes a un ámbito diferenciado de la actividad humana. El arte culinario es una disciplina, el fútbol y la natación, las matemáticas y la biología, la arquitectura, el derecho y la sociología son disciplinas. No es cualquier actividad, pero cualquier podría ser una disciplina en la medida en que tenga un objeto y un ámbito acotados, y ciertos requisitos y procedimientos que deban observarse en su ejercicio. Puede hablarse de la existencia concreta de una disciplina solo en el caso de que exista un grupo de personas que ante en campos acotados de la realidad con enfoques, propósitos e instrumentos conceptuales y/o técnicos específicos, y al desarrollar su actividad siga las reglas y utilice los recursos propios del campo. A este grupo de personas, sea o no consciente de que conforma una colectividad diferenciada, se le puede denominar comunidad disciplinaria. En el caso de las actividades científicas, se puede llamar comunidades científicas.

Cuando se habla de “tradición”, se piensa por lo general en un conjunto de saberes, creencias y formas de hacer las cosas que conforman un corpus más o menos coherente, y que es transmitido de un grupo a otro, de una generación a otra. En el caso de la actividad científica, algunos filósofos de la ciencia como Kuhn, Lakatos y posteriormente Larry Laudan, han trabajado

En torno a la idea de un conjunto de supuestos acerca de la realidad que operan como parámetros de los cuales se derivan planteamientos de problemas específicos y se esbozan respuestas adecuadas a estos. Cada disciplina científica maneja un conjunto de supuestos y tiene también un conjunto de criterios acerca de cómo abordar su campo específico, que se transmite de los investigadores formados a los aprendices y que conforma, si logra una cierta permanencia y estabilidad, una tradición científica.

Aún con notables diferencias en sus formulaciones, esta corriente en filosofía de la ciencia considera que el proceso a partir del cual se genera y reproduce el conocimiento, tiene que ver estrechamente con las comunidades específicas y con la forma y el grado en que el conjunto de saberes y prácticas se transmiten en dichas comunidades. Según la conocida definición de Laudan, “una tradición de investigación es un conjunto de supuestos generales acerca de entidades y procesos en un campo de estudio, y sobre los métodos que deben usarse para investigar los problemas y construir las teorías de ese campo” (Laudan 1977).

Es más o menos habitual considerar que en el caso de las ciencias sociales y específicamente de la sociología, pueden coexistir diversas tradiciones. En algunos casos puede una tradición ser dominante o hegemónica, pero también, se da el caso de que una comunidad disciplinar no se identifique con una tradición determinada.

Nuestra hipótesis es que no puede hablarse de tradición de investigación sin una comunidad disciplinar que la sustente y la desarrolle; sin embargo, la conformación de una colectividad de investigadores no es algo que se produzca en un momento, de la noche a la mañana, sino que es un proceso largo que reconoce diversas influencias y etapas. Por esa razón, creemos necesario introducir una distinción entre tipos de tradiciones que pueden encontrarse en un grupo que intenta y a veces logra constituirse como comunidad disciplinar.

Por un lado es quizá conveniente pensar en “tradiciones de pensamiento”, en el caso de las grandes corrientes filosóficas que como visiones del mundo en general impregnan la actividad de un grupo. Tienen muchas veces un carácter especulativo y general, y en la medida en que no han sido generadas a partir de la propia actividad investigativa, sino que han sido importadas a la disciplina específica desde otros contextos socio-culturales, o desde otros campos del saber, pueden no incluir formas determinadas de operacionalización, ni una crítica vigilante en el aspecto técnico metodológico.

Por otra parte, cuando se piensa en “tradiciones de investigación” no solo se hace referencia a un conjunto de supuestos ontológicos y epistemológicos compartidos que se transmiten sino también a requisitos de procedimiento para abordar el estudio de la materia de que se trate. Por lo general una tradición de investigación tiene, desde nuestra perspectiva, un carácter mucho más específico que una *weltanschauung*, y una dimensión operativa y metodológica importante. Implica a por lo menos dos pero por lo general a varias generaciones de investigadores en su producción, transmisión y modificación.

El cambio de una tradición, su abandono y la creación o asunción de otra es un tema que ha preocupado por lo menos a los filósofos y sociólogos de la ciencia durante los últimos cuarenta años. Lo que deseamos sugerir aquí es que dichos cambios no solo se producen por insuficiencia del marco conceptual propuesto por la tradición de investigación de la que se trate, sino que responder a factores de lo más diversos: desde cambios valorativo-ideológicos en la percepción de la realidad, hasta requerimientos políticos, circunstancias económicas, cambios en los liderazgos intelectuales, e incluso políticas más o menos eficaces de relaciones públicas y con el poder. Los cambios en cuanto a los contenidos de las tradiciones de investigación pueden darse tanto gradual como rápidamente, y pueden ir acompañados de cambios a nivel institucional y profesional, ético y político, lo que a veces puede dificultar su análisis e interpretación.

Otra cuestión que creemos pertinente plantear es la estrecha relación que existe entre el proceso de constitución de una comunidad disciplinar, la conformación de una o varias tradiciones de investigación a partir de la actividad de dicha comunidad y las circunstancias sociales, políticas, económicas etcétera, que conforman un contexto y un clima intelectual específicos en el marco de los cuales las prácticas disciplinares se desarrollan. Los estilos de trabajo, las temáticas y las preocupaciones fundamentales de los estudiosos de una disciplina científica forman parte de los modos de hacer y pensar más o menos habituales en su sociedad en un momento determinado.

Incluso las mentes brillantes, que hacen aportaciones sustantivas al conocimiento del campo de que se trate, y que desde cierto punto de vista están pasos adelante del resto de sus contemporáneos (pensemos en casos como el de Marx, Darwin, Freud, Weber o Einstein), desde otro punto de vista son personalidades típicas o por lo menos propias de su Época (el afán coleccionista de Darwin y Freud, la densidad estilística germana de Weber, por ejemplo).

De ahí que un estudio profundo de las condiciones que constituyen una disciplina científica en un contexto determinado debiera tener en cuenta las complejas imbricaciones entre lo social, lo cultural, lo económico lo afectivo y lo cognitivo que todo proceso de conocimiento supone.

En el presente trabajo esto es más una expresión de deseos que una realidad, aunque forma parte de los propósitos de una investigación a futuro.

III. La discusión en torno al desarrollo disciplinar

Sara Sefchovich sostiene en su excelente artículo “Los caminos de la sociología en el laberinto de la Revista Mexicana de Sociología” (publicado en los cincuenta años de existencia de la Revista Mexicana de Sociología, núm. 1 del 89), que en sus orígenes en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM la sociología mexicana reconoce tres fuentes principales: por una parte el positivismo y sus variantes funcionalistas; por otra el humanismo y también el indigenismo. De la primera es representante el propio director del Instituto, don Lucio Mendieta y Narduzzi, con su idea positivista de ser enlace entre la investigación teórica y la utilidad práctica. La propuesta de Mendieta fue una sociología que pudiera conocer los fenómenos sociales y evitar los males sociales proponiendo la organización adecuada del mundo. Lo único que faltaba para alcanzar este objetivo era la sistematización y el trabajo empírico riguroso al que se dedicaron con ahínco los estudiosos. Las primeras preocupaciones que según Sefchovich se abocaron a dilucidar fueron las referidas a que era la sociología, cuál era su estatuto de científicidad, y cuáles eran sus métodos y sus relaciones con otras ciencias.

También se ocuparon de las corrientes de pensamiento y de autores como Comte, Durkheim, Weber, Simmel, Parsons, Sorokin, Wiese, Lassalle, Merton, entre los más importantes, y también del sociólogo mexicano Antonio Caso.

Dice la autora que la revista hace eco de dos líneas de pensamiento social; la científica que recogía una tendencia a observar, experimentar y medir lo social de la misma manera que lo natural, y que vela a la sociedad como un organismo sujeto a leyes naturales; y la filosófica, que interpretaba los hechos singulares como la actividad desplegada de un espíritu social, influida por el pensamiento hegeliano y el romanticismo, y que en algunos casos llegó a conformarse en una filosofía de la historia.

Señala Sefchovich:

En los primeros diez años de la revista hay una apertura total hacia todas las corrientes de pensamiento, de modo que se pasa indistintamente de

los estudios norteamericanos sobre técnicas de investigación o sobre la dinámica social de Sorokin, sobre sociedades folk de Redfield o sobre retraso cultural de Ogburn, a las preocupaciones marxistas de Rodolfo Mondolfo sobre el ser y la conciencia, a los escritos llenos de jurisprudencia y humanismo de Alfredo y a las preocupaciones filosóficas de Emilio Uranga. Hay una superposición de materiales de distintas escuelas, con puntos de vista tradicionales y modernos, como lo demuestran los artículos de Recasts Siches, que son siempre revisiones críticas de la sociología o notas para la delimitación del concepto(); los de José Medina Echavarría sobre la sociología de aquellos días, entendida la época como especialmente crítica, y sobre su reconstrucción; los de José Gaos sobre la relación entre individuo y sociedad o entre sociedad e historia, e incluso los de Mendieta y Núñez sobre las clases sociales. La razón de esto es que la sociología en México no solo tuvo la herencia del positivismo y el funcionalismo (que la autora considera principales), sino que desde el principio cargo con otra, que era completamente opuesta a aquellas y que tenía una larga tradición en nuestro país: la humanista (Sefchovich 1989:21).

José Gaos, Joaquín Xirau, García Bacca, Roura Parella, Recasens Siches y Eduardo Nicol vinieron a enseñar en México el historicismo alemán, sobre todo el de Dilthey y el existencialismo, tanto el de Heidegger como la versión francesa de Sartre, a la vez que traían una versión renovada directa de Ortega, maestro de muchos de ellos.

Este humanismo mama a los pensadores mexicanos y se aunó a la tradición española del derecho y la jurisprudencia para configurar una perspectiva en la que se conjugaban ciencia y filosofía, modo tradicional y forma moderna, es decir, convivencia del pensador ensayista con el sociólogo científicista para encarar los problemas sociales.

La tercera herencia fundamental de la época la constituye, como lo señala la autora, el indigenismo, que tiene que ver con otro problema que preocupó a la sociología mexicana en sus primeros años: el problema de la heterogeneidad cultural y los problemas de integración de los grupos indígenas. Dice Sefchovich que los sociólogos se dedicaron a conocer al indígena más bien como antropólogos y etnólogos. Los estudiosos encuentran cuarenta y ocho grupos indígenas en el país, hablan de razas y grupos culturales, miden y clasifican, retratan la diversidad racial y explican la pluralidad de orígenes de huastecos, huicholes, seris, y otros.

Diversas preguntas surgen de la lectura del recuento que la autora presenta acerca de los primeros diez años. En primer lugar, ¿realmente puede decirse que la revista es un marco plural, sin mencionar para nada que los grupos no debaten entre sí, y que la situación no es siquiera la de diálogo entre sordos, sino de monólogo de ciegos, porque no hay reconocimiento mutuo como grupos con posiciones divergentes, o por lo menos no aparece en la revista? Cuando Sefchovich dice que los sociólogos fueron más bien antropólogos, ¿no debiera decir, con mayor propiedad, que no había sociólogos, sino estudiosos de cuestiones sociales que desde diferentes perspectivas, fundamentalmente descriptivas, con objetivos también diversos, que encarar la problemática indígena, y producen trabajos de comer etnográfico? Creemos además que salvo en esos estudios descriptivos, y en algún otro intentó (como el de Mendieta sobre la burocracia mexicana), México no aparece como tema, ni como problema, y en muchos casos ni siquiera como referencia. Entonces podría hablarse de sociología mexicana, y cuando mucho, de estudios sociales, o reflexiones sociales, hechas por autores a veces mexicanos pero en general de otros países, en México o para una revista mexicana.

Esto nos lleva a cuestionarnos acerca de la posibilidad de la existencia de una socióloga mexicana no desarrollada por una colectividad de investigadores fincada en el país. Sobre este tema volveremos más adelante.

Sefchovich sérialo que en los años cincuenta aumenta de manera significativa el interés por las técnicas: el muestreo, la entrevista, las taxonomías y tipologías.

Los intereses son de lo más dispares, la sociología era algo muy amplio y general que lo abarcaba todo. En los años cincuenta, la revista mantiene la doble perspectiva que caracterizó a la década anterior: la de una visión tradicional simultánea a una visión moderna de la disciplina. Lamentablemente la autora no señala cuáles son desde su punto de vista las características que distinguen a ambas propuestas. Con todo, la tendencia dominante es la investigación empírica.

Al cumplir sus primeros veinticinco años, la Revista Mexicana de hizo una recapitulación que fue al mismo tiempo el epitafio de una época y de un modo de ejercer su ciencia. En el número aniversario de 1964 se reunieron artículos sobre modelos de sociología aplicada, teoría de la acusación y teorías del cambio social en la sociedad moderna, que serían los 61- timos estudios de socióloga empirista en nuestro país, pues ahí termina para la revista ese tipo de escritos.

Sefchovich no menciona, con lo cual deja el tema abierto al debate, cómo la socióloga empirista ganó el espacio en la revista, como lo perdió, y en qué medida las victorias y las derrotas se reflejaron también en cuanto a la producción de los estudiosos, o sea, ¿era solo una victoria en cuanto al número de artículos de autores extranjeros publicados, o reflejaba un cambio en cuanto a la investigación que efectivamente se realizaba en México? Las razones del cambio ¿eran acaso la vejez de los miembros del equipo original, la escasez de trabajos sociológicos que habían sido capaces de generar un cambio en la ideología predominante en la elite del poder?

Un trabajo sumamente sugerente y quizá de enfoque más crítico que el de Sefchovich, aunque de tema más acotado, es el presentado en el mismo número del aniversario por Enrique de la Garza, donde a la par que un recuento sumamente pormenorizado de los derroteros del debate epistemológico. Metodológico y técnico en las páginas de la revista, desarrolla un planteamiento original acerca de los procesos de surgimiento y los contenidos de la disciplina en México.

De la Garza señala que desde el punto de vista epistemológico, el periodo de 1939 a 1950 se caracteriza por el predominio de las corrientes hermenéuticas traídas a México por exiliados españoles después de la Guerra Civil, y que engarzaron con la tradición vitalista mexicana iniciada desde el siglo pasado como reacción al positivismo y al spencerismo. Aquí podemos notar una primera diferencia de interpretación con lo planteado por Sefchovich: la revista no es tan solo un espacio donde aparecen tradiciones de pensamiento diversas sino que hay un predominio claro de una de las corrientes, la representada por el discurso de los pensadores españoles de formación alemana y orteguiana. Esto coincide con nuestra propia percepción de la corriente de pensamiento predominante en la primera década en la revista. Lo que cabría preguntarse es en qué medida ese predominio se debe al arraigo de ese pensamiento en México, o si más bien se debe al alto nivel intelectual de los transterrados españoles, acostumbrados a escribir y conocedores de autores alemanes de pensamiento coherente y original, y que puede predominar por la carencia de un pensamiento autóctono que sea un interlocutor válido, por lo menos en esa primera década. Los personajes intelectuales de ese periodo en México, o acuerdan con el pensamiento de los inmigrados, como es el caso de Antonio Caso, o no publican en la revista en la misma proporción.

Dice De la Garza que la hermenéutica manifestada en los primeros años de la Revista se caracterizó por una elevación en nivel del discurso filosófico con respecto al de los anti positivistas mexicanos de la primera parte de este siglo. El conocimiento y rigurosidad de Medina Echavarría, José Gaos y Recasens Siches se plasmaron en los primeros números de esta publicación, discutiendo en ellos a los historicistas alemanes, a Max (y Alfred) Weber y Heidegger principalmente.

La hermenéutica que se expresó en la revista en esta época, fue casi toda en el nivel filosófico. No fue la de las corrientes en ciencias sociales y nunca quedó clara la conexión entre la concepción de la relación sujeto-objeto, la teoría en la ciencia social y los métodos y técnicas. Los intelectuales españoles y otros mexicanos seguirían con sus termitas durante la década de los cuarenta y todavía en los cincuenta. Pero la influencia dominante de esta corriente se ubica sobre todo en los primeros años de la Revista. Parte de su debilidad, –y esto que señala De la Garza creemos que es muy importante–, radica en su falencia en cuanto a crear alternativas de investigación: “los pensadores españoles centraron su labor en el plano filosófico o de la gran teoría social, entablando polémicas sin interlocutor con Comte o con Durkheim, mientras en otro plano avanzaba la investigación empírica de corte positivista”.

De la Garza dice que por un lado, el pensamiento social mexicano seguía influenciado por el anti positivismo de Caso, y autores como Samuel Ramos, Vasconcelos y Francisco Larroyo; por otro, la investigación de campo que se hacía en México era poco sociológica, los sociólogos profesionales no existían ni abogados, antropólogos ni filósofos, dominaban el ambiente de la incipiente reflexión en sociología. Mendieta y Núñez fue el abanderado de la cruzada que introdujo el funcionalismo y el positivismo en la metodología, y lo hizo a través de sus propios artículos y de la publicación de trabajos de autores principalmente estadounidenses.

Con la edición por partes de un libro de *Metodología y Técnicas de Investigación Social* de Paulina Young, el positivismo, desde la perspectiva de De la Garza, permeo como técnica, mientras los viejos hermenéuticos seguían combatiendo con molinos de viento sin encontrar interlocutores nacionales. Para 1950, el autor señala que la batalla contra los filósofos ya estaba ganada; la suerte se decidió no en el enfrentamiento franco de posiciones sino en los lenguajes inconmensurables y la conformación de auditorios diferenciados. Como síntesis del periodo, De la Garza indica: desfase epistemológico en todos los paradigmas, ausencia de discusión metodológica o técnica seria, falta de originalidad, predominio del artículo de crítica, de difusión de autores o de técnicas; y específicamente para los años cincuenta, una introducción acrítica de las técnicas de investigación y una ignorancia casi cornúpeta del debate epistemológico que se estaba dando en Europa entre positivismo, neo-positivismo y corrientes críticas como el marxismo y los Interpretativos. El autor dice: “Toda la polémica interna y transformación de la forma de hacer sociología empírica pasó de noche en México, se recogieron sus aspectos más elementales y superficiales, no se siguió la polémica en los Estados Unidos, se mezclaron propuestas, se les presento como simples recetas, se optó por ellas como moda y se les eliminó con la misma superficialidad con que fueron adoptadas, cuando las condiciones cambiaron a partir de 1966” (De la Garza 1989:116).

Quizá el único comentario crítico que se puede hacer al estudio de De la Garza es que pareciera permear el texto una visión conspirativa de las luchas internas por la preeminencia intelectual: como si la corriente empirista hubiera estado agazapada y al acecho de las debilidades de sus enemigos, que aunque débiles finalmente, hubieran propuesto una visión más compleja y rica de lo social, más cercana a la comprensión actual.

Por su parte Aurora Loyo, en un trabajo titulado “El Instituto de Investigaciones Sociales y la Sociología Mexicana” que forma parte del libro *La sociología mexicana desde la Universidad*, editado en 1990, realiza un pormenorizado examen de la historia del IISUNAM, y brinda un cúmulo de información e interesantísimas referencias que hacen posible el estudio del proceso de constitución de la comunidad de sociólogos en nuestro país.

En su texto Loyo se ocupa de remarcar que el Instituto, cuyas bases formales de funcionamiento quedaron establecidas desde 1930, sufrió en los primeros años no solo de penuria económica sino por la variada acción pública de sus fundadores y primeros miembros: Vicente Lombardo Toledano, Narciso Bassols, Luis Chico Goerne, Alfonso Caso y Miguel Othón de Mendizabal. Es hasta 1939, cuando Lucio Mendieta y Núñez, que anteriormente se había desempleado como director del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PNR, asume como director único la conducción del IISUNAM. Loyo señala que la precoz fundación del Instituto, que antecedió en más de veinte años a la de una escuela universitaria de ciencias sociales, lo priva de una base de sustentación firme. Esto es importante para los objetivos de nuestro trabajo porque esboza la que es una de nuestras hipótesis principales: en el caso de la sociología en México, el propósito fundacional e institucionalizado precedió y de hecho intentó conformar a la comunidad disciplinar. El principal centro de investigación en ciencias sociales del país no surge principalmente de la demanda social ni comunitaria, sino como parte del proyecto de una elite ilustrada, que mantenía estrechas relaciones con el poder público. Eso desde nuestra perspectiva es una clave explicativa de toda la historia posterior de nuestra disciplina, que se debate entre el apoyo legitimador y la crítica a los gobiernos de turno, entre la heteronomía de origen y la imprescindible autonomía del discurso científico.

Loyo dice por otra parte que en los primeros años de su funcionamiento, el IISUNAM no produce planteamientos críticos sobre las cuestiones políticas y sociales más relevantes de su momento histórico: ni sobre la industrialización, ni sobre el reparto agrario (esto es especialmente significativo ya que Mendieta y Núñez es uno de los principales expertos en derecho agrario del país, como señala Arturo Warman), ni sobre la participación de México en la Segunda Guerra Mundial y tantos otros.

Información que avala nuestra hipótesis en el sentido de que la constitución de la disciplina en México intentó hacerse desde arriba, es la que brinda el texto de Loyo cuando se refiere al papel y la forma de organización de los Congresos Nacionales de Sociología, que se efectuaron con una periodicidad anual (de 1950 a 1965), en una etapa del desarrollo de nuestra disciplina en la que prácticamente no se contaba con sociólogos formados ni profesionalizados. Remitimos al texto de la autora para profundizar más en este tema.

Creímos necesario hacer este resumen de algunos de los trabajos más relevantes sobre el periodo que nos ocupa como un reconocimiento de ciertos puntos de partida fundamentales y a la vez como una manera de poder sub-secuenciar posteriormente nuestros acuerdos y diferencias con los planteamientos de los autores mencionados.

Pasamos ahora a describir a grandes rasgos ciertos elementos que surgieron en la lectura de la Revista Mexicana de Sociología para extraer de esa revisión algunas propuestas en torno a las características que asumió el proceso de conformación de la sociología como disciplina científica en México.

IV. La sociología en la *Revista Mexicana de Sociología* entre 1940-1965

Los años cuarenta

Es en este periodo cuando encontramos los primeros intentos de conformación de un conjunto de estudiosos con un relativo arraigo institucional académico.

Antropólogos, juristas, médicos, ingenieros interesados en una perspectiva social desde sus propias disciplinas confluyen desde diversos ámbitos (la Universidad Nacional principalmente, el Colegio de México, las funciones de gobierno) y son el semillero que produce “estudios sociales” de variada temática y dispar rigor.

Si bien el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional se habla fundado en 1930, es hasta su reorganización en 1939 que se formula un plan de trabajos y se definen líneas de acción. Su director, Lucio Mendieta y Núñez, señala en el primer número de la Revista

Mexicana de Sociología, que comienza a publicarse al hacerse CI mismo cargo del Instituto, que se quiso, –desde su fundación–, que las actividades del Instituto se orientaran pragmáticamente, a fin de encontrar las fórmulas de acción adecuadas para resolver los problemas sociales más importantes del país”. Hacienda de la necesidad virtud, dada la inexistencia de sociólogos formados como tales, Mendieta señala que “el Instituto... puede realizar una feliz concurrencia de todas las profesiones en la investigación y el estudio de los problemas sociales de México”; así, propone la creación de cinco secciones áreas de investigación: Sociología, Medicina social, Ingeniería y Arquitectura Social, Economía y Trabajo, y la de Biblioteca, Archivo y Relaciones Exteriores. Aun después, cuando se cantó con sociólogos profesionales, esta primera formulación, en torno a “la necesidad de integrar diversos conocimientos para poder captar y explicar la complejidad de los fenómenos sociales” perdura como una de las características del trabajo del Instituto y se reflejó en los materiales de la revista.

Bajo la conducción de Mendieta, figura señora de la que aún no se ha hecho cargo un biógrafo, se propusieron varios proyectos de trabajo. Uno fue el estudio de los grupos indígenas de México. Debemos tener en cuenta que el Instituto Nacional Indigenista se fundó hasta 1948, y que fue el IISUNAM el que asumió como suya esta problemática. En el mismo primer número, Mendieta señala que “hay un México desconocido, y ese México es el indígena” por esa razón, y como una contribución a la obra indigenista del Presidente Cárdenas, el Instituto hizo una muestra etnográfica que aparece en los números de los cinco primeros años de la revista en forma de fotografías de miembros de los diversos grupos étnicos (que como exposición se montó en el Palacio de Bellas Artes en 1946 y según parece fue un éxito) y a la vez se señala que “el conocimiento preciso y extenso de los diversos grupos aborígenes de la República es indispensable, no solo por lo que importa a la Sociología y a la ciencia en general, sino como base de una política de transformación social que México requiere con urgencia inaplazable”. Varios de los miembros del Instituto se dedican, a lo largo de la década, a recorrer el país para recabar información acerca de los usos y costumbres, modos de vida, vivienda, vestido, tradiciones, enfermedades, etcétera, de los indios. Como señala Arturo Warman en su interesantísimo trabajo “Indios y campesinos en medio siglo de la Revista Mexicana de Sociología” (núm. 1, 1989) quizá la preocupación etnográfica le vino a Mendieta, y por su conducto a otros investigadores, a partir de su colaboración con Manuel Gamio en la investigación sobre el Valle de Teotihuacán, que se publicó en 1922. De cualquier manera, esta preocupación por el tema indígena es una presencia constante en los primeros diez años de la Revista, que se manifestó en el número de artículos publicados (47, de los cuales aproximadamente 30 son de autores mexicanos), más que sobre cualquier otro tema.

Sin embargo es de hacer notar que a pesar de su convergencia temática, los trabajos presentan matices diferenciadores muy importantes entre sí. Por una parte encontramos estudios descriptivos muy serios, con un trabajo de campo notable, como por ejemplo las nueve monografías de Francisco Rojas González o las nueve de Roberto de la Cerda y Silva, que según nuestra modesta opinión aportan un conocimiento importante acerca de las etnias mexicanas. Por otra parte, hallamos artículos que involucran una mezcla de elementos descriptivos con valoraciones no sustentadas empíricamente, como es el caso de los trabajos de José Gómez Robleda sobre los tarascos, donde el autor trata de extraer de las características biofísicas del indio mexicano, calificaciones de tipo ético-moral y psicológico. Gómez Robleda dice que “la cara es el espejo del alma” y por esa razón, el autor deduce del hecho de que muchos de los indígenas son lampiños, que “presentan estigmas de intersexualidad” y de sus ojos rasgados dice que “desde el punto de vista psicológico son signos de indiferencia, lentitud y depresión” (núm. 2, 1941). Y aunque Manuel Gamio señala (núm. 2, 1939) que “...en México no hay pre-juicios raciales” a la par que remarca la “necesidad de hacer más investigación para poder vislumbrar siquiera como es la realidad social de la población mexicana”, en el caso de otros autores, la aplicación de tipologías de raigambre lombrosiana o la idea de que “hay que preocuparse por los niños indígenas porque los adultos ya están perdidos” muestran una simiente de racismo y discriminación que iban en contra del pluralismo y la amplitud de criterios que al mismo tiempo se pregona.

Es probablemente por esa disparidad en los estudios realizados y por la falta de una confrontación rigurosa entre los diversos enfoques a la vez que por la permanencia de concepciones caducas, que el conjunto de monografías etnográficas, que se anuncia como una publicación de más de seiscientas páginas, y que apareció con el título Etnografía de México en 1957, desapareció. Warman señala que recibió críticas demoledoras por parte de Juan Comas y de otros universitarios, y al parecer, el debate que nunca se dio en la revista, se produjo en otros ámbitos y provocó el “congelamiento” de los resultados de la investigación. Remitimos al artículo de Warman mencionado (núm. I, 1989) para una mayor ilustración al respecto.

Muy ligado con el proyecto anterior, se propone otro (núm. 1, 1939) que también tuvo algunos frutos y que es el “Estudio integral de la región de Xochimilco”. Es un estudio de las condiciones biológicas, sociales y económicas de la Delegación Xochimilco en el que el IISUNAM participa junto con los Institutos de Geografía, Geología y Biología de la Universidad. Se propone estudiar esa región porque “es netamente indígena y para ello el método que se dice se va a usar es el de Le Play.

En la formulación del proyecto se indica que “Todos los trabajos del Instituto se llevarán a cabo con precisión matemática en cuantas fases del mismo sea hacedera tal precisión...”

Aparentemente los miembros del Instituto que participaban en las diversas secciones del mismo, tuvieron que ver con este proyecto; así, encontramos trabajos sobre la arquitectura de la región, (Parra, núm. 2, 1939), medicina social (Velasco Suarez, núm. 2, 1939, y Bustamante, núm. 2, 1940) y delincuencia (Pedrero, núm. 1, 1943). A pesar de lo prometedor del intento que se vislumbraba, el proyecto tuvo una duración breve, ya que no aparecen resultados publicados después de esa fecha.

Es posible observar a partir de la revisión de la *Revista Mexicana de Sociología*, artículos que se inscriben en ciertos ejes que brindan coherencia temática y sientan las bases para la conformación de un acervo conceptual, y a la vez, una gran masa de colaboraciones, algunas de tan solo tres o cuatro páginas, y de contenido y estilo muy diverso. En la primera década una de las temáticas con presencia notoria (doce artículos), es la relacionada con el derecho, y esto obviamente se debe al origen disciplinar de los colaboradores. Lo que se puede percibir es que incluso en trabajos relacionados con el tema, hay una gran disparidad; algunos son estudios específicos de aspectos socio-jurídicos, y otros son ensayos retóricos cuya fuente es fundamentalmente la especulación más o menos imaginativa del autor, que no tienen un referente empírico concreto.

Una ausencia notable en las páginas de la revista es la relativa a ensayos de corte histórico, sobre todo porque es difícil pensar en el objetivo propuesto de coadyuvar a la resolución de los problemas nacionales, si no se tiene en cuenta el origen y desarrollo de esos problemas.

En los primeros diez años de la revista, se publican ciento catorce artículos de cuarenta y tres autores mexicanos o residentes en México, y ciento cincuenta y nueve artículos de setenta y siete autores extranjeros. De los autores extranjeros, treinta son estadounidenses, cinco franceses, un italiano, nueve brasileños, seis argentinos, cuatro son chilenos y dos son ecuatorianos. Otras nacionalidades tienen representaciones menores. La segunda guerra mundial es un factor que explica al menos en parte la preeminente presencia de colaboradores del continente americano. El mismo Mendieta señala que el conflicto había obstaculizado los contactos intelectuales con autores europeos, Pero que pasado el mismo esperaba poder reanudar el intercambio al nivel deseado (núms. 4 y 5, 1939). De cualquier manera hay que entender que los contactos que daban origen a las colaboraciones publicadas se basaban en gran medida en relaciones personales, y las propias experiencias de formación influían en cuanto a quo se consideraba relevante publicar. Por otra parte, los trabajos provenientes de contextos tan diferentes dan una imagen aproximada de cuál era

el desarrollo alcanzado por la disciplina en los distintos países.

¿Qué puede notarse en los textos publicados en la revista?

En primer Lugar, se puede percibir que la definición de lo social y específicamente de lo sociológico ocupa bastante espacio. Se pueden encontrar dos tendencias principales. Como se menciona en los artículos de Sefchovich y De la Garza comentados más arriba, una de las corrientes es la de los pensadores españoles refugiados en México y algunos de sus discípulos mexicanos, de formación fundamentalmente filosófica, alemana y orteguiana. Sus textos son discusiones especulativas acerca del individuo, lo colectivo, las características de lo social en general, o son comentarios a veces excelentes de la obra de autores como Wiese, Tarde, Alfred Weber, Max Scheler, etcétera. En los primeros diez años de la revista, es la postura teórico-epistemológica que tiene más presencia: veintitrés artículos. Sin embargo, su importancia en cuanto a la conformación de una tradición, y sobre todo en cuanto a sentar las bases para la investigación concreta de la realidad mexicana, es bastante limitada. La trascendencia de su aporte hay que buscarla más bien en la importante labor de traducción, cuyos resultados fueron publicados mayormente por el Fondo de Cultura Económica, y reseñados en la revista, lo que ayudo a constituir un acervo de conocimientos, que han sido aprovechados por las posteriores generaciones de sociólogos mexicanos.

La otra corriente, impulsada en gran medida por el propio Mendieta, tiene por características principales la idea de que la búsqueda científica tiene un propósito fundamentalmente práctico, y el reconocimiento de la necesidad de estudiar problemas sociales concretos, como el alcoholismo en las razas indígenas (Mendieta, núm. 3, 1939), la burocracia mexicana (Mendieta núm. 3, 1941), la familia (Alanís Patiño, núm. 2, 1947 y Martínez Domínguez, núm. 3, 1949), los braceros mexicanos en los Estados Unidos (Martínez Domínguez, núm. 2, 1948) y sobre todo, que estos estudios tengan en cierto grado a México como su sociedad referente. Creemos que el gran peso de los estudios sobre los indios de México puede en gran medida explicarse por esta concepción del papel del conocimiento.

Lo interesante es que las dos posiciones acerca de lo que la sociología era, acerca de lo que podía y debía hacer y de cuál era el papel de los investigadores sociales, nunca entraron en debate explícito en las páginas de la revista. Son como dos ríos que corren paralelos y nunca chocan ni se encuentran. A lo más, Mendieta comenta que "...mientras la sociología no logre perfeccionar una metodología propia, seguirá, por mucho tiempo en el estado de especulación pura, como cadena interminable de teorías y conjeturas" (núm. 4, 1940), en lo que parece ser a la vez una crítica velada y un programa de desarrollo disciplinar. Y a su vez. Recasens Siches, en la década siguiente, en el número aniversario editado en honor a Durkheim, uno de los mentores de la corriente opuesta, se ocupa de señalar acremente la idolatría del hecho social (habla del erótico fervor hacia los hechos colectivos por parte de Durkheim), la excesiva importancia dada por el autor francés a las cuestiones de método y en fin, critica el enciclopedismo de Durkheim manifiesto en su aspiración de tratar sociológicamente una infinidad de temas y aspectos de la vida colectiva. Pareciera un cuestionamiento tardío (en ese momento la victoria de la otra corriente en la definición de lo que debía ser la sociología era bastante evidente, y los transterrados españoles casi habían dejado de escribir en la revista), y por elevación, a traves de un balance agrio, a la posición de Mendieta. (Recasens Siches, núm. 3, 1959.) Pero más allá de esa polémica sutil y mediada por más de quince años de diferencia, el debate no se produjo explícitamente, y mucho menos se publicó.

Quizá la forma en que se impulsó a la concepción más empírica y acotada de la sociología tuvo que ver en el hecho de que las posiciones no se enfrentaran abiertamente, esto al margen de una idiosincrasia nacional renuente a entrar en el terreno del debate abierto y, más bien, proclive a matizar la crítica. Si bien en los primeros años era el propio director el que intentaba en sus colaboraciones presentar la posición, ya a partir del tercero y cuarto años de la revista, comenzaron a publicarse artículos de autores extranjeros que fueron finalmente los encargados de presentar esa concepción de la sociología. Los textos de Stuart Chapin (núm. 1, 1940 y núm. I, 1944), Stuart Queen (núm. 2, 1944; núm. 3, 1944; núm. 2, 1945), y finalmente la publicación por capítulos del libro de Paulina Young, que se comenzó en 1947 y continuó en la década siguiente, fueron los vehículos de la introducción en el ámbito cultural e institucional mexicano de las técnicas de investigación social empírica que se habían desarrollado en los Estados Unidos. La investigación de campo sobre las etnias no produjo un corpus teórico equiparable que se publicará en la revista, y la crítica al empirismo que había comenzado a darse en los Estados Unidos y que se formuló en los trabajos de los teóricos de Frankfurt residentes en Columbia y Stanford, no encontró eco entonces ni en la década posterior en la revista. Así, no hubo contrapesos autóctonos ni importados que problematizaran el enfoque.

Los años cincuenta y comienzos de los sesenta

En términos de la distribución temática de los trabajos publicados durante este periodo, se pone de relieve (sobre todo contra el fondo del panorama delineado por la década anterior) la pérdida de importancia de los estudios sobre los indígenas mexicanos, que redujeron su participación de manera drástica: en este lapso suman apenas cerca de una decena los trabajos relacionados con esta temática. En cambio, se registraron modificaciones, a partir de las cuales, cuestiones que antes estaban ausentes, comenzaron a adquirir significación. Tal es el caso de problemas referidos a la historia de la sociología, aunque cabe aclarar que muchos de ellos se justifican, no tanto por tener detrás procesos de investigación formales sino, más bien, por verificar-se aniversarios de autores como Comte, Durkheim o Weber. Por otra parte, temas como clases sociales y estratificación social, cambios socio-culturales y movilidad social, psicología social, epistemología, empiezan también a figurar en las páginas de la Revista, acompañados de colaboraciones esporádicas relacionadas con temas declarativamente especializados: sociología de la educación, rural, del trabajo, etcétera. Declarativamente, porque, como veremos más adelante, este tipo de ensayos se vinculan con las temáticas de los congresos nacionales de sociología; es decir, también aquí nos hallamos, no tanto frente a productos de investigación propiamente dichos, sino más bien frente a colaboraciones vinculadas con compromisos relacionados con eventos tendientes a promover la sociología en distintos medios de la sociedad mexicana.

En relación con la pérdida de importancia de los estudios etnográficos y etnológicos dentro de la *Revista Mexicana de Sociología* puede hipotetizarse que está relacionada con el proceso de delimitación disciplinaria que acompaña el surgimiento de instituciones específicas para cada rama de las ciencias sociales. Así, no puede desvincularse la reducción del peso de estos temas del hecho de que, para la década de los años cincuenta, se ha fundado ya la Escuela de Antropología. Igualmente, para ese entonces, ha comenzado ya el proceso de desprendimiento de la disciplina sociológica de las matrices jurídica, filosófica e historia. En este sentido puede leerse también la disminución relativa del número de colaboraciones provenientes del derecho.

Igualmente, se mantiene la tendencia a omitir el examen de cuestiones nacionales o mundiales actuales, como en la década anterior, así como la abrumadora presencia de colaboraciones de extranjeros frente a mexicanos dentro de la revista. En este sentido, sin embargo, es importante señalar una diferencia sustantiva: mientras que en la década de los años cuarenta los trabajos de extranjeros tendían a recuperar la tradición intelectual alemana de un modo más bien ensayístico y unívoco, las colaboraciones, por ejemplo de estadounidenses en este periodo tenían un carácter

misceláneo, heterogéneo, pero con una acotación temática clara.

La diferencia cuantitativa entre colaboradores mexicanos y extranjeros tiende a acentuarse respecto de la década anterior. En conjunto, entre 1950 y 1965 se publican alrededor de 350 trabajos de autores extranjeros frente a aproximadamente 80 de mexicanos. Existen incluso números en los que, por ejemplo, de 19 o 20 artículos publicados 1 o 2 son de mexicanos e incluso, números enteros en los que no hay una sola colaboración de nacionales. Estadunidenses, franceses y los miembros de la reducida comunidad latino-americana de estudiosos de lo social a la que ya hemos hecho referencia (brasileños, argentinos, venezolanos, peruanos, principalmente) son los grupos fundamentales cuyos artículos y ensayos se publican en la revista en este periodo.

Es pertinente señalar que lo anterior de ninguna manera significa que autores como Luis Recasens o José Medina Echavarría dejaran de publicar en la *Revista Mexicana de Sociología*; incluso comienza a publicar en ella Francisco Carmona Nenclares con trabajos que tratan de vincular la filosofía con preocupaciones sociológicas. Sin embargo, la composición que adquiere está a lo largo de estos años va reduciendo notablemente el espacio de que disponían los transterrados españoles en sus páginas.

En cuanto a los autores mexicanos, podemos afirmar que conforman un grupo reducido liderado principalmente por Mendieta y Núñez, acompañado de estudiosos que colaboran aisladamente en la revista. Así, junto con figuras como la de este autor y la de Oscar Uribe Villegas, de las que hablaremos más adelante, encontramos principalmente a Jorge Martínez Ríos con aproximadamente 10 artículos sobre temas que tienen una clara acotación sociológica, en una línea de examen compatible con la perspectiva positivista: análisis funcional de la Guelagueta, el pensamiento de Wright Mills, estratificación y poder, etnografía, etcétera. Héctor Solís Quiroga, criminólogo, publica 7 trabajos en el periodo sobre sociología criminal, el menor infractor, las causas sociales de la delincuencia, entre otros. Miguel Bueno expone 4 artículos sobre educación, sociedad, y ética; Rodolfo Ortega Mata, a inicios de la década de los años sesenta, publica 3 trabajos sobre temas que pueden verse como anticipaciones de algunos de las preocupaciones que asumirá la revista con la dirección de González Casanova: desarrollo, seguridad social y planificación del desarrollo.

En un orden menor, hallamos autores que publican solo una o dos veces en el corte temporal que estamos considerando, como Salvador Bermúdez Castro (problemas sociales de México), Gonzalo Aguirre Beltrán, que representa la declinante presencia de los temas indigenistas de corte antropológico con un par de trabajos sobre educación indígena y cultura y raza; Gustavo Sánchez Vargas (sobre seguridad social), José de Jesús Montoya Briones (1.7 valores y teoría social), Jorge Sánchez Azcona (modos colectivos de conducta), Jorge Moreno Collado (derecho rural), José Villanueva (ciencia natural y ciencia social), Francisco Ayala (sociedad de masas), Treviño y Montemayor (la educación del obrero manual en México), Pedro Yescas Peralta (transculturización), Víctor Alba (planificación y clases medias en América Latina).

Puede identificarse en estas áreas un desplazamiento de los focos de interés de la *Revista Mexicana de Sociología* hacia zonas más directamente relacionadas con problemas acotados. Por ejemplo, hacia mediados de la década, Treviño y Montemayor, en su artículo “La educación del obrero manual en México,” analizan el concepto durkheimiano de densidad moral y procuran aplicarlo al análisis del proceso de diferenciación dentro de la clase obrera mexicana. Este examen incluye un intento de aclarar conceptos, significados y acotar temas de investigación, desde una perspectiva que recupera las preocupaciones de la sociología francesa. Igualmente, los trabajos de Jorge Martínez Ríos representan un esfuerzo significativo en el intento de delimitar sociológicamente temas como poder y estratificación, así como la operacionalización de algunos conceptos específicamente sociológicos.

A pesar de estas modificaciones del campo, encontramos que la producen sigue siendo no especializada, ejemplo de ello son los itinerarios intelectuales representados por Oscar Uribe Villegas y el propio Mendieta y Núñez, cuya labor es impresionante en muchos sentidos. En el terreno específico de la producción académica dentro de la Revista, esta labor se manifiesta en la publicación de aproximadamente 50 artículos sobre los temas más diversos. Si consideramos esta data frente a aquel que nos indica que con mucha frecuencia los colaboradores de la revista no pasaban de un par de publicaciones en el periodo o, en el mejor de los casos, de cerca de una decena, este aporte aparece aún más relevante. En 1939 Mendieta publica “Ensayo sobre el alcoholismo entre las razas indígenas de México” (Mendieta 1939) y en 1965 “La sociología en México”, trabajo-balance con el que cierra el ciclo de su presencia en la Revista, como director y autor, para dar paso a la etapa que inicia con Pablo González Casanova en el primer número de 1966. A lo largo de estos años, Mendieta y Núñez escribe sobre una gran heterogeneidad de temas: clases sociales, burocracia, seguridad social, la universidad, teoría durkheimiana, grupos sociales, democracia, Estado, sociología del arte, sociología del desarrollo, historia de la sociología, etcétera. Desde finales de los años cuarenta y a lo largo de los cincuenta, sus colaboraciones dentro de la Revista se van espaciando al mismo tiempo que su producción específicamente bibliográfica aumenta. Así, títulos como *Los Partidos Políticos* (1947), *Las Clases Sociales*, *Teoría de los Agrupamientos Sociales*, *Teoría de la Revolución*, *Sociología de la Burocracia*, *Sociología del Arte*; *Sociología de la Universidad*, *La Universidad Creadora*, *La – Enseñanza de la Sociología*, *Urbanismo y Sociología*, etcétera van apareciendo en las colecciones *Biblioteca de Ensayos Sociológicos* y *Cuadernos de Sociología*, al tiempo que declina el número de sus artículos en la *Revista Mexicana de Sociología*. Cabe mencionar que estas publicaciones son cuadernos que estarían, tal vez con la excepción de su *Sociología del Arte* en un punto medio entre los artículos y los libros de mayor envergadura.

Oscar Uribe Villegas, uno de los primeros egresados de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, ya desde sus primeros tiempos de estudiante destacaba como una promesa para la sociología, especialmente en el terreno de las matemáticas y la estadística. De hecho, aún antes de regresar de la carrera, estas prendas le llevan a asumir la cátedra de estadística en la propia ENCPyS (Mendieta 1965). La producción de Uribe Villegas dentro de la *Revista Mexicana de Sociología* es reveladora: publica en 1952 su primer artículo, denominado “Introducción a la sociopatología”; en 1976 concluye su trayectoria en este espacio con el trabajo “Los hablantes de idiomas indo mexicanos según el censo de 1976”. En el lapso que media entre estos ensayos publicó alrededor de 55 artículos sobre campos sumamente diversos: sociopatología, el chamanismo, la experiencia comunicativa, la responsabilidad social del investigador, la filosofía de las matemáticas en Augusto Comte, el trabajo en México, la democracia, la niñez y la vejez, la metodología durkheimiana, etcétera. Previa y paralelamente a ello, se encarga de muchos de las reseñas bibliográficas, traducciones y noticias de eventos, congresos, etcétera. Su peso dentro del IIS llega a ser tal, que cuando Pablo González Casanova asume la dirección del mismo y de la *Revista Mexicana de Sociología* en 1966 le asigna la responsabilidad directa, no solo de la Revista, sino de la política editorial del Instituto.

La trayectoria de este primer sociólogo relevante formado como tal en México destaca más aún si la comparamos con la de otros dos egresados de las primeras generaciones de la ENCPyS que muestran perfiles muy distintos. Nos referimos a Raúl Benítez Zenteno y a María Luisa Rodríguez Sala de Gómez Gil. El primero de ellos publica su primer trabajo en la Revista en 1959 bajo el título “Tabla de vida de la República Mexicana” y el último, “Las políticas de población como instrumento de desarrollo de América Latina” en 1978. En este periodo suma en la revista un total de 10 artículos con una clara acotación temática de corte sociodemográfico. Es decir, estamos aquí frente a un perfil sociológico más especializado, menos ensayístico y orientado predominantemente hacia el trabajo empírico cuantitativo.

Ma. Luisa Rodríguez Sala publica en 1960 “La regionalización de México” y en 1977 el trabajo “Círculos y Canales de Comunicación en-el dominio de la Ciencia”, sumando un total de 9 artículos en este lapso sobre temas que, si bien no están tan claramente acotados a nivel temático desde el principio como en el caso de Benítez Zenteno, representan un espectro reducido en comparación con los casos de Mendieta y Uribe Villegas. Las zonas en las que se mueve son regionalización, sociología de la música en Weber y la problemática del suicidio, para arribar finalmente en la sociología del conocimiento y de la ciencia. Al igual que el trabajo de Benítez Zenteno, el de María Luisa Rodríguez Sala se inclina claramente hacia el trabajo empírico, sin descuidar por ello los aspectos teóricos de la investigación. Por ejemplo, en su trabajo sobre regionalización sigue un protocolo metodológico que pasa por la definición de conceptos, la identificación de los elementos que involucra, así como procedimientos de operacionalización muy precisos. La influencia durkheimiana se manifiesta en sus trabajos, asimismo, en el intento de extraer de los resultados de investigación elementos útiles para la planificación político-social. Su libro *El Suicidio en México*, publicado en 1963, profundiza esta orientación.

En este punto podemos afirmar que, en términos estrictos, el grupo de académicos que conformaba lo que podríamos llamar protocomunidad sociológica mexicana estaría formado básicamente por Lucio Mendieta y Núñez, Oscar Uribe Villegas, Jorge Martínez Ríos, Raúl Benítez Zenteno, Ma. Luisa Rodríguez Sala de Gómez Gil, y, en la periferia, Ezequiel Cornejo y Héctor Solís Quiroga. El resto de los mexicanos que publican en la revista, como vimos antes y por lo menos en lo que atañe a los productos publicados, no forman parte orgánica de este grupo básico.

Una lectura global del tipo de temas y perspectivas desde las cuales se abordan los artículos publicados en este tiempo, permite identificar una idea que asume a la sociología como un campo de conocimiento sumamente vasto, que potencialmente involucra todo aquello que se relaciona con el mundo humano. El tono humanista, no especializado, convive con una orientación técnico-normativa en esta perspectiva, como lo muestran de manera clara los trabajos de Lucio Mendieta y de Oscar Uribe Villegas.

Lucio Mendieta, en un par de artículos titulados “La sociología en el mundo grecolatino” de 1950 y “La sociología en la Edad Media” de 1951, examina lo que considera ha sido el itinerario histórico de esta disciplina. La concepción que anima su examen se vincula con la perspectiva humanista y enciclopédica de la que hablábamos en el párrafo anterior; en estos términos, afirma que los orígenes de la sociología están indudablemente ubicados en el mundo antiguo, por lo que reivindica la pertinencia de dar comienzo a cualquier ensayo de la historia de aquella, justo en este punto. Así, encuentra en Platón y Aristóteles anticipaciones del análisis sociológico sobre el Estado, clases sociales, teoría de la familia, teoría de las revoluciones que, a través del pensamiento medieval (Santo Tomás de Aquino y San Agustín) llegan a los modernos sistemas de pensamiento. Esta interpretación, evidentemente, está vinculada a un punto de desarrollo de la sociología en la que aún carece de una identidad disciplinaria propiamente dicha, frente a otras disciplinas científico-sociales.

Oscar Uribe Villegas, por su parte, en su artículo titulado “Requerimientos intrínsecos de la pesquisa social y responsabilidad social del investigador” de 1956, plantea el papel de la sociología en un tono que tiene resonancias durkheimiana. Primeramente, postula que esta ciencia (al igual que el resto de ellas) está en crisis y define esta específicamente como una crisis de crecimiento referida a una falta de definición metodológica y objetual. Puesto en este terreno, señala que si la filosofía es el estudio “del ser y el deber ser”, la sociología lo es “del ser”: debe estudiar hechos sociales; la función social del investigador estaría aquí animada por la intención de indagar, de iluminar, de informar y formar, en el sentido educativo del término.

Aunque a nivel enunciativo sostiene que la labor del sociólogo implica tanto valoración e interpretación como causalidad, lo que pesa más en su perspectiva analítica es precisamente la lógica durkheimiana que se concentra en el desciframiento de la mecánica de funcionamiento de los hechos sociales, a fin de encontrar elementos que fortalezcan el papel práctico que esta disciplina debe cumplir en la sociedad. El modo como define la investigación resume esta concepción: “La investigación es una relación inter-personal a través de la cual el investigador informa y forma educativamente al investigado. Significa también para nosotros –en cuanto la educación implique poner al educando (...) frente a una serie de alternativas por las que optar orientándolo en sentido propicio para el enlace con el proceso de desarrollo y autorrealización– un enriquecimiento valorativo, así como una ampliación en el horizonte de las opiniones, en el planteamiento de problemas y de responsabilizarlos para resolverlos”. Estas ideas están tanto sus trabajos sobre técnicas cuantitativas y metodología, como los que se ubican en los terrenos de la sociología de la religión, del trabajo, de la soledad, etcétera.

La influencia que tienen estas nociones en los estudiosos de lo social que publican en la revista en aquellos días, se manifiesta en distintos niveles. Más allá del nivel declarativo tenemos, por ejemplo, los casos de Alberto María Carreño o Treviño y Montemayor. El primero de ellos en su artículo “Las clases sociales en México” intenta aplicar el esquema de estratificación en sectores alto, medio y bajo a partir del uso de datos censales y categorías que se operacionalizan hasta llegar a indicadores como ingreso y ocupación como criterios definitorios de la ubicación en uno u otro de aquellos. Destaca aquí el esfuerzo por definir conceptos, categorías y, en fin, por imprimir al trabajo de investigación cierta rigurosidad metodológica, si bien el nivel de la interpretación es apenas incipiente. Por su parte, Montemayor y Treviño en su estudio “La educación del obrero manual en México” de 1954 parten del análisis de los conceptos durkheimianos de densidad moral, división del trabajo, cohesión y, en general, del conjunto de categorías propuestas en *La División del Trabajo Social*, para examinar el proceso de diferenciación de la clase obrera mexicana. Aunque llegan a conclusiones que se distancian de las de Durkheim en aquel célebre libro, puesto que vinculan la diversificación ocupacional con la desintegración y no con la producción de solidaridad orgánica, es notable el peso que tienen estos conceptos en su trabajo.

Si además de los contenidos de los artículos consideramos también la índole de las reseñas y noticias bibliográficas que contienen los números a lo largo de estos tiempos, se refuerza la idea de que la sociología que se proyecta se entiende como un campo amplio, no especializado y de intención técnico-normativa. En esta línea pueden también interpretarse los congresos nacionales de sociología que van de 1950 a 1965. Sobre esto último volveremos más adelante.

Junto a los cambios temáticos y, en general, paralelamente a la construcción del perfil descrito que asume la *Revista Mexicana de Sociología* entre 1950 y 1965, continúa el trabajo de traducción y difusión de textos de autores extranjeros iniciada en los años cuarenta. Esta labor enfatiza su intención pedagógica a partir de los años cincuenta; específicamente se continúa con la labor de traducción de trabajos sobre técnicas de investigación, como es el caso del texto de Paulina Young, cuyos capítulos se van publicando junto al cuerpo de artículos de la *Revista Mexicana de Sociología* durante esta década. Igualmente, se da cabida a la difusión de autores como Sorokin, Kingsley Davis, Lundberg, R. Williamson, Martindale, Robert Merton, McIver, junto con Maurice Halbwachs, Duvignaud, Friedmann, Levy Bruhl, Crozier, así como autores latinoamericanos como, Gino Germani, los propios Lucio Mendieta y Núñez, Oscar Uribe Villegas, Junior Dieguez, Alfredo Povitina, etcétera.

Se reitera aquí la tendencia presente en los artículos de la *Revista Mexicana de Sociología* en cuanto a la relación entre nacionales y extranjeros, puesto que la abrumadora mayoría de los materiales bibliográficos reseñados y anunciados, corresponden a extranjeros. Así encontramos, por ejemplo, la publicación de una lista llamada *Bibliografía Sociológica Mexicana* en la que escasamente figuran entre cientos de autores, Mendieta y Núñez, Oscar Uribe y Pablo González Casanova. Las tendencias privilegian la difusión de autores anglosajones en el campo de los métodos y técnicas de investigación, los franceses en el terreno de la teoría y los conceptos, acompañados de un conjunto de obras y autores que podemos

ubicar como misceláneos.

Pensamos que las características de los autores y perspectivas que se tras-tan de difundir en este tiempo, responden a la intención de proveer a los potenciales sociólogos y, en general, a los incipientes científicos sociales de un patrimonio de conocimiento afín con el proyecto de sociología que se está construyendo. Es decir, compatible con la idea de una ciencia sociológica empírica, capaz de mostrar su pertinencia, ofreciendo elementos para el diseño de la política.

En este punto, es importante hacer algunos señalamientos en relación con los Congresos Nacionales de Sociología que tuvieron lugar entre 1950 y 1965. El tipo de convocatorias que les preceden, las temáticas a las que e orientan, así como la índole de sus participantes (tanto a nivel de personas, como de instituciones), muestra, al igual que los artículos y las reseñas, la naturaleza del proyecto de sociología que anima la labor investigativa y editorial del IIS y de la *Revista Mexicana de Sociología*. El Primer Congreso de Sociología tiene lugar en 1950 en la Ciudad de México y se dedica a la reflexión sobre lo que se nombra “sociología general”, al igual que el segundo celebrado en Guadalajara en 1951. La convocatoria a este primer congreso de sociología en un medio académico y social en el que no existen sociólogos, reivindica la necesidad de que la sociología identifique remedios aplicables a la acción política, en compatibilidad con el ideario de la UNESCO que, bajo la idea de que las ciencias sociales deben asumir un papel técnico en la sociedad, se aboca a su promoción en el mundo occidental. Al congreso asisten desde abogados, médicos, profesores normalistas, sacerdotes y académicos, hasta funcionarios gubernamentales y secretarías. Una de las resoluciones básicas del evento es lograr que la sociología mejore su quehacer para aplicarlo con eficacia al mejoramiento de las condiciones sociales de nuestro País (Rojas González 1951). Las convocatorias a los congresos mundiales y latinoamericanos de sociología están planteadas más o menos en los mismos términos.

Así, vemos que el Primer Congreso Latinoamericano de Sociología, reconoce la necesidad de una sociología latinoamericana, así como de sociologías nacionales, cuya función debería ser proveer de un conocimiento científico de cuestiones vinculadas al medio físico y geográfico de la región, los recursos naturales, la población, las instituciones, la educación, “el espíritu americano”, etcétera (*Revista Mexicana de Sociología*, vol. 14, núm. 2, mayo-agosto de 1952). Desde este marco, es posible entender la participación en estos eventos de geógrafos, antropólogos, médicos, abogados, profesores: serían estos profesionistas y estudiosos los encargados de examinar todos estos elementos, a fin de utilizar el conocimiento generado en la transformación de la sociedad latinoamericana. Esto manifiesta la intención técnico-normativa que se atribuía a la sociología y a las ciencias sociales en general, como expusimos antes, en un sentido análogo al contenido en el lema positivista “prever para actuar”.

Los siguientes congresos nacionales reiteran y profundizan esta tendencia. Algo que destaca en ellos es, por ejemplo, la preocupación por involucrar el espectro más amplio posible de zonas sede y temáticas. Así, a lo largo de este periodo, estos eventos tienen lugar en Guadalajara, Monterrey, Guanajuato, Morelos, Zacatecas, San Luis Potosí, entre otras entidades; los temas a los que se abocan van, desde la sociología criminal, de la educación, rural, urbana, del derecho, de la planificación, pasando por sociología de la revolución, hasta la sociología del trabajo y el ocio.

El sentido que tuvo este tipo de organización de los congresos Nacionales de Sociología está vinculado, sin duda, a la intención de promover la disciplina entre instituciones públicas y educativas potencialmente vinculables con los procesos de cambio social que se estaban dando en ese momento en nuestro país. Se puede entender así, por una parte, la existencia de congresos de sociología sin sociólogos en sitios (Cd. Victoria, 1960) que carecían de un desarrollo siquiera incipiente de esta disciplina; por otra, el que contaran con apoyo y financiamiento de los gobiernos estatales en los que se celebraban, como muestran las reseñas de los mismos. Cabe preguntarse ¿cómo era posible tal cobertura para una disciplina que aún no estaba plenamente institucionalizada? La cuestión adquiere más sentido aún, si comparamos esa situación con la actual, en la que contamos con una sociología bastante más consolidada a la que, lamentablemente, se le regatean ese tipo de apoyos. La respuesta necesariamente ha de buscarse en la coherencia que mantenía el proyecto animado por Lucio Mendieta y Núñez con la definición de las demandas de la sociedad y el gobierno en ese corte de nuestra historia. Paradójicamente, justo cuando puede decirse que la primera generación de sociólogos de formación mexicana comienza a rendir sus primeros frutos, se suspenden dichos congresos.

Pensamos que los rasgos del quehacer- de los-estudiosos de lo social descrito aquí, por supuesto, no pueden explicarse solamente en función de la historia interna de la disciplina, sino que necesariamente han de ponerse en relación con las condiciones sociales, económicas e intelectuales de la sociedad mexicana en ese momento. No intentaremos hacer una reconstrucción de esas condiciones, solamente nos limitaremos a plantear algunas cuestiones que nos parecen fundamentales para tratar de entender por qué la sociología en México asume los derroteros señalados y no otros.

Paralelamente a la fundación del IIS y de la *Revista Mexicana de Sociología*, la sociedad mexicana está experimentando procesos de cambios cruciales: construcción del Estado moderno, industrialización, búsqueda de una identidad nacional con claras referencias al indigenismo, etcétera. En 1917 se funda la Dirección de Antropología, por Manuel Gamio, como dependencia de la Secretaría de Fomento; en ella se inician esfuerzos organizados y sistemáticos de investigación social de orientación arqueológica e histórica. Gamio estudia exhaustivamente regiones habitadas por diversas etnias, dando lugar a un conocimiento más fino de los indígenas mexicanos (Mendieta 1965). Posteriormente, ya en el periodo cardenista, se funda el Departamento de Asuntos Indígenas, antecedente del INAH, creando una demanda gubernamental de antropólogos, etnólogos, historiadores, etc. A lo largo del periodo que ponemos a examen, van surgiendo instituciones que demandaran y justificaran el quehacer de los estudiosos mexicanos de lo social, como los Centros de Bienestar Familiar del DDF, el IMSS (y su Departamento de Previsión y Prestaciones Sociales, así como su Oficina de Planeación Social y Económica la Secretaría de Salubridad y Asistencia (con su Dirección de Bienestar Social Rural), el Instituto Nacional de la Vivienda, por mencionar solo algunos de los espacios en los que colaboraran los primeros estudiantes y egresados de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales.

Esto en conjunto muestra la existencia de instituciones no académicas que están demandando un conocimiento empírico de la sociedad mexicana en distintos niveles que, en asociación con los esfuerzos de la UNESCO y OEA (con sus programas de postgraduados en ciencias sociales aplicadas), influirán en las tendencias teóricas y temáticas de la *Revista Mexicana de Sociología*.

V. Conclusiones

El principal proyecto del Instituto, por lo menos visto desde la posteridad, y sin duda el que mayor trascendencia ha tenido en la formación del pensamiento y la investigación sociológica en México, fue la propia *Revista Mexicana de Sociología*. Si pensamos en como la carencia de recursos afecta a nuestras publicaciones actuales, puede calibrarse el valor de la obra emprendida en un momento de la historia nacional en el que había necesidades acuciantes de todo tipo y en la que el reconocimiento del que podía gozar la tarea intelectual de los investigadores sociales era hasta cierto punto ambivalente (Cf. Loyo 1990).

En el primer número (n.º 1 del 39), Mendieta señala que la Revista “...tiene el propósito de despertar el interés en la República Mexicana sobre esta índole de investigaciones y estudios hasta hoy no suficientemente apreciados” y que “buscan la colaboración de los escritores nacionales y extranjeros para enriquecer sus propios trabajos con la sabiduría y la experiencia que puedan aportarle” (p. 13). Más adelante dice “Pensamos que no habiendo motivo profundo de distanciamiento, la Universidad debe colaborar de manera cordial y digna con la Administración Pública

si quiere realmente prestar un servicio social. Porque solamente los recursos del Poder Público pueden realizar los proyectos que se deriven de la contribución científica de la Universidad [...] Si esto –una comprensiva unión– no se ha logrado hasta ahora, plenamente, se debe a la actitud preferida de la Universidad, y al desprecio que han sentido nuestros Gobiernos, casi siempre en menos indoctas, por todo lo científico en materia de administración”. En cuanto a la ideología Mendieta señala “... muestra posición es una firme posición de izquierda, pero no sectaria; [...] la sociología es una ciencia revolucionaria por excelencia” y “No se concibe un Instituto de Investigaciones Sociales, sino fundamentado en el principio del libre examen, de la indagación libre sin cortapisas ni de carácter religioso ni de carácter político, ni de otra índole alguna. En consecuencia, el uso estará abierto a todas las corrientes del pensamiento y no será extraño, sino antes bien, deliberadamente buscado el que en la *Revista Mexicana de Sociología*, su órgano de difusión, aparezcan artículos o estudios de diverso y hasta de encontrado criterio”.

La extensa cita tiene por objetivo mostrar las distintas dimensiones del proyecto, que no comprende tan solo a una publicación, o a un grupo de investigadores, sino que es el programa de constitución e institucionalización de la disciplina en México.

En primer lugar, es notorio el énfasis puesto por el director del Instituto en la necesaria mancuerna entre el conocimiento y el poder. En una sociedad emanada de una revolución, heterogénea y conflictiva, se ve a la sociología como un instrumento fundamental para lograr los cambios que son imperiosos. La intención del programa de Mendieta y Núñez se relaciona con una concepción de la naciente ciencia social en México que la entiende como panacea (Loyo, 1990) y como una clave fundamental para descifrar la lógica de una sociedad que se desea transformar. A la vez, esa transformación es imposible sin recursos y sin una voluntad política que la alimenten. La Universidad requiere del Poder Público, del cual puede convertirse en instrumento. No hace falta ser demasiado perspicaz para percibir que la idea del papel de la ciencia que tiene al menos una parte de la elite intelectual mexicana de la cual Mendieta y Núñez es un ejemplo, participa de la utopía ilustrada que concibe al conocimiento científico como clave explicativa del mundo y a la vez como ingrediente necesario de una política progresista. Es tarea de los intelectuales convencer al Poder Público de que necesita a la Universidad.

En segundo lugar, el anunciado cosmopolitismo y el pluralismo tienen que ver no solo con la búsqueda de colaboradores intelectuales de los que se carecía en el país, sino con la necesidad de conformar un acervo de conocimientos que posibilitará la acción social y política.

¿Cuál es la estrategia que subyace a esta titánica labor fundacional? Por un lado se intenta convertir a la revista en un espacio intelectual de primer orden, donde las personalidades intelectuales más relevantes de la época puedan expresarse. Así, se encuentran en sus páginas manifestaciones de lo más dispares: tanto la especulación histórica filosófica, como trabajos empíricos pioneros. Por otro lado, se apela a una elite intelectual extranjera, que permita situar el nivel de la discusión en un plano internacional, y de esto aparentemente se espera que tenga un impacto en el pensamiento autóctono.

Tanto los aportes de extranjeros como los de los nacionales muestran una tendencia: los nombres se repiten, de tal manera que es posible pensar en que la revista es expresión de la progresiva constitución de elites intelectuales por lo menos a nivel latinoamericano y mexicano.

Una pregunta que inmediatamente surge al leer los artículos publicados, en los que cuantitativamente predominan los textos de autores extranjeros (tendencia que se agudiza de los años cuarenta a los cincuenta), es la relativa a la influencia de dichas publicaciones en el ambiente cultural y específicamente sociológico mexicano. En primer lugar no tenemos demasiados datos acerca del público lector, en segundo, no sabemos en qué medida la lectura de los textos implicaba una asimilación y una recuperación crítica de los mismos. Algo que nos ha sorprendido mucho al leer los trabajos de autores que se han dedicado a revisar la revista es que cuando hablan de la socio-logía del periodo mencionan a los autores nacionales y a los extranjeros en bloque, como si la recuperación de temáticas y metodologías hubiera sido automática.

Creemos por el contrario que la asimilación de la producción extranjera fue muy dispareja, y dependió fundamentalmente de si la temática abordada era relevante para algunos investigadores autóctonos que efectivamente estaban estudiando la cuestión de que se tratara. Por ejemplo, el gran impacto de la obra de Redfield, porque aquí había gente interesada y que estaba trabajando seriamente la temática indígena. La posición de Redfield con respecto al indígena mexicano, al campesino, al mestizo, a sus formas de vida, etcétera, de una de las pocas que suscitó un debate en el seno mismo de la revista (núm.3, 1942).

Uno de los propósitos que animan nuestra investigación, como antes hemos señalado, es utilizar la revista como un indicador del proceso de constitución de una comunidad disciplinar, y de la formación de tradiciones de investigación en la sociología mexicana, razón por la cual hemos hecho especial énfasis en la producción de nacionales y revisado la producción internacional como una manera de definir y acotar el objeto y el método de la disciplina que se intentaba constituir en nuestro país.

Desde esta perspectiva, una de nuestras principales conclusiones, como lo sugiere ya nuestra exposición anterior, es que en el periodo que hemos examinado no existe sociología mexicana propiamente dicha, en tanto no existe un volumen apreciable de resultados de investigación hecha por estudiosos nacionales o afincados en el país, que conforman un *corpus* conceptual e instrumental propio, ni es posible encontrar una comunidad disciplinar que produzca la masa crítica de conocimientos que permitan hablar de un acervo autóctono. Más bien de lo que podríamos hablar es de sociología en México, como la manifestación y la presencia de corrientes de pensamiento originadas en otros contextos socioculturales y/o en otros campos disciplinarios y que tienen como preocupación fundamental las cuestiones sociales; y que producen un conjunto de trabajos que como se ha señalado más arriba, tienen un carácter misceláneo y de un rigor conceptual dispar.

Pensamos el proceso de constitución de la comunidad disciplinar como atravesado por un conjunto de tensiones, de las cuales una muy importante es la relativa a la distancia que separa las intenciones prácticas que la socio-logía se planteaba en relación con la política, y los resultados efectivos que esto tuvo en su momento. Si bien es cierto que por estos tiempos se registra la apertura de un mercado gubernamental muy importante para las disciplinas sociales en general, gracias al cual se genera una colaboración importantísima de juristas, antropólogos, geógrafos, médicos y estudiosos de lo social en la propuesta y ejecución de políticas en diversos terrenos, también lo es que el desconocimiento de la lógica específica de algunos de los problemas abordados explica parcialmente el fracaso real de muchos de estos planes. Muestra de ese desconocimiento, es el escaso número de colaboraciones que aborden lo que podría definirse como las grandes cuestiones nacionales, especialmente en los años cincuenta.

En este sentido, es imprescindible destacar que la coherencia formal del proyecto encabezado por Lucio Mendieta y Núñez no es tan evidente en relación con los objetivos técnicos que se proponía. Acaso sea esta una cuestión relacionada con el carácter dilatado del proceso y los ritmos de una disciplina en constitución, en contraste con la imperiosidad de los correspondientes a la política. Estos últimos lo llegan a ser tanto, que incluso contribuyen a que una disciplina social se presente a sí misma como capaz de lograr objetivos para los que aún, en esa perspectiva, no se encontraría preparada. Esto al margen de la distinción que sería necesario establecer entre las demandas cognoscitivas propias de cualquier ciencia y las demandas práctico-normativas que la sociedad le hace.

La cuestión es que, al margen de las intencionalidades, lo que se registra es una gran labor intelectual y académica por parte de un grupo reducido de estudiosos, en medio de la cual se aclaran perspectivas, enfoques, formas de entender el quehacer disciplinario, se construye un patrimonio diverso y a la vez *sui-generis* de conocimiento y se definen itinerarios institucionales y personales, pero en la cual no tiene lugar una

alimentación eficiente de la política, puesto que no existe lo que en esa perspectiva sería un requisito indispensable: un conocimiento empírico amplio de los problemas sociales y políticos. En otras palabras, no existe el conocimiento de las leyes empíricas que gobiernan los fenómenos que presuntamente se desean modificar. Al margen de la ubicación teórica y política de la investigación empírica, es claro que su carácter fragmentario e incipiente puede ser visto como indicio de la inexistencia de una comunidad de sociólogos.

Paradójicamente, en el momento en el que por fin existía una generación de sociólogos de formación en México, hipotéticamente calificados para realizar esta tarea bajo los lineamientos propuestos en los años cincuenta, ocurre el viraje disciplinario, generacional e institucional representado por el relevo de Mendieta y Núñez por Pablo González Casanova en 1966. El IIS y la *Revista Mexicana de Sociología*, a partir de este momento continuarán, ciertamente, reivindicando la idea de que la sociología encuentra su legitimación ante la sociedad en las tareas prácticas que le puede ayudar a definir y realizar. Pero esto se hará desde una óptica diversa de la planteada en el período anterior, como muestra con toda claridad el carácter del proyecto crítico que propone González Casanova para la sociología en México y su inclinación al examen de las cuestiones sociales desde la perspectiva de la dependencia y el subdesarrollo (Cf. Farfán 1994). *La Revista Mexicana de Sociología* se desplazará así, de un punto en el que asume un estatus afín con la modernización y el desarrollo, a otro en el que lo fundamental será la adhesión a objetivos vinculados con lo que hacia finales de esa década será considerado una perspectiva de izquierda.

Otra cuestión relacionada con la ausencia de comunidades es la relativa al carácter que asume la introducción de las técnicas y una visión más operativa de cómo hacer sociología (estamos de acuerdo con De la Garza en que la concepción de la sociología sustentada por los inmigrantes españoles no conducía a la consolidación de una tradición de investigación pero sobre todo no conducía a la conformación de la disciplina como ciencia empírica) y el hecho de que la propuesta fue acriticamente planteada. Pensamos que esto en gran medida se debió a que no había mucha gente que pudiera criticar, porque no había sociólogos profesionales, ni había un grupo que pudiera debatir, frente a sus propias necesidades de investigación, cuáles eran los problemas que las diferentes propuestas teórico-metodológicas le planteaban.

Una zona de tensión más, es el liderazgo organizacional que ejerce Lucio Mendieta y Núñez, especialmente, el hecho de que se fundamenta en una concepción que pretende promover desde arriba la constitución de la disciplina, como lo muestra el intenso trabajo de relaciones públicas que lleva a cabo, su participación incansable en congresos, en la fundación de asociaciones internacionales y nacionales de sociología, en la puesta en marcha de proyectos editoriales, y en la asunción de las propuestas de la UNESCO, en el sentido de la necesidad de crear una escuela de Ciencias Políticas y Sociales en México.

En este contexto, cabe un señalamiento respecto del carácter que se ha atribuido a la labor emprendida por Mendieta y Núñez. Genéricamente se ha calificado esta como ligada a una perspectiva positivista, tanto en lo metodológico como en lo normativo. Frente a ello, pensamos que es necesario establecer ciertos matices que permitan definir exactamente en qué zona es admisible tal juicio. Mendieta y Núñez, al igual que Uribe Villegas, establece en algunos de sus trabajos que, principios como el referido a la neutralidad valorativa o el relativo a los criterios positivistas de observación que eliminan la subjetividad por considerarla un obstáculo epistemológico, merecen cierta revisión. Con ello hacen alusión al indudable hecho de que los investigadores involucran necesariamente en sus observaciones elementos vinculados con valoraciones. Ello es muestra de que, más que ligado a un positivismo ingenuo, el proyecto de sociología que promueve Mendieta está asociado específicamente con la idea positivista según la cual el conocimiento científico, en este caso de la sociedad, necesariamente han de extraerse consecuencias normativas.

Tendríamos así indicaciones de que no ha existido en México una sociología neutra, sino más bien, una disciplina invariablemente comprometida con proyectos sociales, sean estos los relacionados con la modelización (como en el caso del período que hemos examinado) o con el subyacente a las perspectivas del desarrollo y la dependencia latinoamericanas, como ocurrirá en el período siguiente.

Con esto último se sentarán las bases para el surgimiento de una colectividad de investigadores y estudiosos que procese y recupere de manera crítica las diversas propuestas acerca del objeto y el método de la sociología. Pero esto no se dará sino hasta el final de la década siguiente.

Bibliografía¹

- Andrade, Alfredo (1994), "Comunidades académicas en sociología: su integración a través de las revistas especializadas", en Leal y Fernández et al. (coords.), *La sociología contemporánea en México*. México, UNAM.
- Cházaro, Laura (1994), "El pensamiento sociológico y el positivismo a fines del siglo XIX en México", en *Sociológica*, México, UAM-A, núm. 26.
- De la Garza, Enrique (1989), "Historia de la epistemología, la metodología y las técnicas de investigación en la sociología mexicana", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, IIS UNAM.
- Farfán, Rafael (1994), "La contribución de Pablo González Casanova a la formación de una teoría crítica de la sociedad en México (1966-1970)" en *Sociológica*, UAM-A México, núm. 24.
- Hernández, José (1994), "Cuando los sociólogos mexicanos eran simples individuos", en Leal y Fernández et al. (coords.), *Op.cit.*
- Laudan, Larry (1977), *Progress and its problems*, Berkeley, University of California Press.
- Loyo, Aurora (1990), "El Instituto de Investigaciones Sociales y la sociología mexicana (1930-1990)", en *La sociología mexicana desde la Universidad*, México, UNAM.
- Moya, Laura (1994), "Historia y sociología en la obra de Ricardo García Granados", en *Sociológica*, México, UAM-A, núm. 24.
- Sefchovich, Sara (1989), "Los caminos de la sociología en el laberinto de la Revista Mexicana de Sociología", en *Revista Mexicana de Sociología*, mim.1, México, IIS, UNAM, núm. 1.
- Warman, Arturo (1989), "Indios y campesinos en medio siglo de la Revista Mexicana de Sociología", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1.

Notas al final del capítulo

¹ Nuestro principal material de consulta hemerográfica fue la *Revista Mexicana de Sociología*, por lo que es imposible transcribir aquí las fichas de los cientos de artículos publicados en los primeros veinticinco años de su existencia; remitimos por lo tanto a la consulta directa en acervo

La germinación de la sociología académica en México

Comentario metodológico a “La sociología en México en los años cuarenta y cincuenta” de Lidia Girola y Margarita Olvera

César Delgado Ballesteros

COORDINACIÓN DE SOCIOLOGÍA, FCPyS, UNAM

I. Introducción

Antes que nada, quiero agradecer la invitación a participar en el seminario “Sociología: desarrollo teórico y construcción del conocimiento” del proyecto *La Sociológica Contemporánea en México*, ambos, el seminario y el proyecto, constituyen una actividad colegiada trascendente en esta disciplina en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Al mismo tiempo, resulta sumamente alentador que el proyecto que se impulsa aquí, en el Centro de Estudios Básicos en Teoría Social, establezca estos diálogos con otro equipo que, gracias a sus logros académicos, ofrece también la posibilidad de ser optimista. Me refiero al *Grupo de Investigación sobre Pensamiento Sociológico* que anima la investigación *Las Ciencias Sociales en México*, en la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco, el cual nos incita a pensar en un conjunto de problemas de la evolución de las ciencias sociales, particularmente de la Sociología, que han venido investigando con sistematicidad.

En esta ocasión reconoceremos como, más allá de siglas y adscripciones institucionales, ambos esfuerzos se suman y ofrecen ciertas alternativas para la sociología en México, tan urgente del señalamiento de nuevos derroteros.

En este sentido, es para mí un doble honor servir de puente de enlace y comunicación entre ambos grupos de investigación.

Reconozco y acepto el honor otorgado, al igual que la libertad que me ofrece el ensayo de Lidia Girola y Margarita Olvera: *La Sociología en México en los años Cuarenta y Cincuenta* (notas acerca de la Constitución de Comunidades Disciplinarias y Tradiciones de Investigación), que dada su condición de avance de investigación, tiene el primer gran valor de permitir hacer un conjunto de observaciones y abrir la posibilidad de intercambiar opiniones, en un intento de diálogo franco.

Existen enormes aciertos en todo lo analizado en la parte conceptual ex-puesta por Lidia Girola, así como en la explicación brindada por Margarita Olvera sobre la indagatoria acerca de comunidades y tradiciones en un universo muy claramente delimitado: la *Revista Mexicana de Sociología* (RAE). De entrada, constituye una magnífica decisión haber seleccionado a esta publicación, tanto más cuanto que precisamente en las décadas de los años cuarenta y cincuenta existe un proceso de transición en nuestra disciplina que requiere esclarecimiento cabal.

Otra virtud, de no del todo perceptible en esta primera versión, pero que será consecuencia inevitable del tratamiento adoptado, es el no poner solo el acento, como tradicionalmente se acostumbra, en los grandes personajes; en este caso, los considerados sociólogos afamados. En términos metodológicos, constituye un éxito lograr que los más reconocidos, los consagrados en las historias predominantes de la Sociología –los que quizá se podrían concebir hoy como “best-sellers”– no impidan escudriñar a los otros, sociólogos menos conocidos, pero que sin duda contribuyeron también a edificar esa primera literatura de la disciplina. Al observar el conjunto completo de la producción de los artículos, abren la generosa posibilidad de reconocer a todos sus autores.

En ese sentido, es muestra de gran sensibilidad de investigación el destacar a la *Revista Mexicana de Sociología* como pionera de la disciplina agregaría de la Sociología académica– no necesariamente de la sociología como ciencia. Realzarla y reconocerla como un primer espacio de reflexión social sistemática –me quedaría solamente con el adjetivo de sistemática–, permite reconocer que si no es todavía una revista del todo científica, si constituye empero una punta académica que requiere ser valorada como tal, en su tiempo y contexto: una avanzada sobresaliente en la producción de esta literatura específica que cuenta ya con la atribución de sociológica.

A diferencia de las ponentes, me congratulo de su denominación como *Revista Mexicana de Sociología* y no como sugieren *Revista Latinoamericana de Estudios Sociales*, en tanto que el término Sociología implicó una demarcación y proyecto, de manera implícita (mediante su línea editorial), un programa que no obstante no haber sido del todo cumplido en estas dos décadas –como se mencionó–, no va en demérito de una demarcación disciplinaria que consideraría relativamente temprana: en 1939 en México, no existía ninguna revista especializada con una delimitación de este tipo; por ejemplo, la revista *Historia Mexicana*, de El Colegio de México, verá la luz hasta el año de 1951¹. En sí mismo, el propio título de la RMS produjo un esbozo de programa; más o menos cerca de él, los colaboradores de la publicación estuvieron de alguna manera consuetudinarios a entrar en un campo que contaba con una primera delimitación. Fue pues una primera y suficientemente clara demarcación disciplinaria.

Habría también que subrayar que la revista es un espacio abierto, una tierra fértil abonada con traducciones y colaboraciones extranjeras. Ello no debería demeritar la incipiente producción mexicana, sino que reflejaría de alguna manera una voluntad de recepción y al mismo tiempo una labor de difusión pedagógica, como bien lo dicen en la ponencia Girola y Olvera.

Una de las cuestiones más sugerentes del ensayo es que al volcar su esfuerzo hacia la *Revista Mexicana de Sociología*, se abocan hacia un universo de información perfectamente delimitado, un universo que goza además de varios atributos que permiten un tratamiento riguroso: el universo es homogéneo, continuo y abundante. O sea, la revista ofrece una fuente primaria de información sólida. Gracias a su continuidad ininterrumpida y prolongada, es un fenómeno que puede verse en el tiempo, en la perspectiva histórica: no simplemente una producción literaria en un año determinado, sino una expresión que por su permanencia por más de medio siglo –cincuenta y seis años, para ser precisos constituye un magnífico mirador de la evolución y los cambios de la Sociología en México y, en cierta medida, en América Latina.

2. La metodología utilizada

Ahora bien, las autoras no nos explicitan del todo su metodología. Sin embargo, resultaría conveniente abordar cuestiones de una metodología específica para el análisis de una literatura como la contenida en la RMS.²

En primer lugar, la atención está casi exclusivamente focalizada en los artículos de la Revista y no se abordan todavía, por lo pronto, otros niveles. Habría pues dos procedimientos no del todo explicados: por un lado, cuantificación decenal de la producción de artículos y un cierto

1 Ciertamente, en otras latitudes, no ocurre simultáneamente lo mismo: en Francia, el Arme 1899. Cf. Ernesto de la Torre Villar, *Lecturas históricas mexicanas*, Editoriales S.A., 1971, 818 p., década de 1891-1900, en las Tablas cronológicas.

2 Honor a quien honor merece. En buena medida las observaciones metodológicas a este ensayo tienen por matriz original las ideas del historiador francés Charles-Olivier Carbonell, plasmadas en su *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens francia*. 1865-1885, Toulouse, Eduard Privat Editeur, 1976 - 604 pp.

desglose por rubros temáticos, en el cual no se exponen los criterios de clasificación (por cierto se incluye el rubro epistemológico, que pareciera gozar de una cierta predilección de las autoras). Por otro lado, es evidente la lectura de contenido de los artículos; no obstante desconocemos los criterios de su realización.

Más allá de mayor esclarecimiento, esos dos procedimientos suponen en sí mismos un tratamiento novedoso, con respecto a casi todos los balances realizados de la literatura sociológica e incluso de las humanidades mexicanas. Estos se llevan generalmente a cabo por motivos conmemorativos, son demasiado impresionistas, o ponen excesivamente el énfasis en las predilecciones de quienes los escriben (sean temáticas, de orden teórico e incluso políticas). Este ensayo, en donde es considerada seriamente la cuantificación y la lectura de contenido, ofrece nuevas posibilidades de comprensión. Si se revisan los balances realizados por afanes conmemorativos o por interés de mercadotecnia editorial, casi siempre son estudios de tipo circunstancial, que no forman parte de un proyecto de mayor aliento, como la investigación sobre *Las Ciencias Sociales en México*, impulsada en la UAM-Azcapotzalco.

Me pregunto también sobre los cortes en el tiempo. Aun si el título de la ponencia se refiere a las décadas de los años cuarenta y cincuenta, informalmente han aclarado que su interés se concentra en el periodo que corre del año 1939 al 1964. Habría, no obstante, que considerarlo de forma provisional. De hecho, es una primera periodización de la propia revista a través de sus ritmos más visibles: el final de ese lapso coincide con el momento en que Don Pablo González Casanova asume la dirección del Instituto de Investigaciones Sociales. Por lo pronto, ese periodo provisional de veinticinco años (1939-1964), proporciona un primer enmarcamiento a un cúmulo de información abundante, pero manejable, si se investiga en equipo.

Por otra parte, es menester reconocer una amplitud en el horizonte de la investigación, fácilmente detectable cuando las autoras se otorgan todo el derecho de observar con libertad su objeto de estudio, a veces incluso con una irreverencia, que refleja un espíritu crítico decantado. Sin embargo, en ocasiones existe también una cierta arrogancia, no siempre la más conveniente, si acaso pudiera poner en riesgo la solidez en las conclusiones generales, que inmediatamente comentaremos.

Por cierto, en este tono de una cierta arrogancia, desearían quizá dejar mal parada a Sara Sefchovich a través de sus apreciaciones sobre su artículo dedicado a la conmemoración del cincuentenario de la *Revista Mexicana de Sociología*.³ En mi opinión, el vasto ensayo de Sefchovich es magnífico, aceptada su naturaleza cualitativa. Ofrece una visión de conjunto muy escrupulosa de toda la trayectoria de la publicación. Por supuesto, considero más sofisticado proponerse desbrozar cuantitativamente y hacer el tratamiento cualitativo específico que están realizando Girola y Olvera sobre la RAIS, sin embargo ello no desmerece la apreciable contribución de Sefchovich.

3. Las primeras conclusiones

Coincido con casi todas las conclusiones parciales, correspondientes al análisis de las décadas de los años cuarenta y de los cincuenta. Así, por ejemplo, estaría plenamente de acuerdo:

- * Con la idea de cambios en las orientaciones temáticas. El hecho de estar respaldadas con procedimientos cuantitativos, les permite ponderar con precisión cuando se presentan, por ejemplo, disminución de los estudios etnográficos en los años cincuenta; o bien, cuando aparece el aumento de colaboraciones de estadounidenses que —como afirman las autoras “tienen acotación temática clara”.
- * Estoy también de acuerdo con afirmaciones conclusivas como aquella de que no había propiamente sociólogos, sine estudiosos de cuestiones sociales (no obstante, al final hare algunas observaciones dirigidas exclusivamente al nivel particular de los autores).
- * Nuevamente coincido con expresiones como “mal se puede hablar de Sociología mexicana”. Es ciertamente más precisa la idea de Sociología en México, no Sociología con el gentilicio *mexicana*, como si el atributo de nacionalidad fuese una especie de originalidad disciplinar.

Por momentos, la lectura del ensayo refleja una cierta ansiedad por hallar tradiciones de investigación fuentes y bien establecidas. Esa ansiedad pareciera conducir a buscar en el pasado, lo que se ha establecido —previa definición y progreso científico— en el presente. Y esto supone correr el riesgo de imponer una cierta distorsión a aquello que el universo de información debería decir por sí mismo, más allá de lo que se establece conceptualmente, es decir, en abstracto, en esa diferencia dicotómica entre tradición de pensamiento y tradición de investigación, y sus expresiones correlativas en las comunidades.

También me interrogo si acaso no hay una relativa exageración cuando afirman que hay un predominio claro del discurso de los pensadores españoles, con formación alemana y orteguiana. Ahí, para no caer en las tentaciones dictadas por las predilecciones personales, me atrevería a sugerir que se requiere un tratamiento diferenciado de los autores, toda vez que si el propósito es reconstruir tradiciones y comunidades en un ambiente cultural muy particular en México, se requiere una distinción inicial (no digo exclusión) entre autores mexicanos y extranjeros, concediendo metodológicamente un lugar especial y provisional para los transterrados españoles, particularmente en la década de los años cuarenta, cuando recién hablan llegado.

A lo largo del texto, se plantean preguntas muy agudas: por ejemplo, porque disminuyo la presencia del pensamiento español con influencia alemana. O bien interrogantes sobre el por qué —a diferencia de Sefchovich que simplemente lo anuncia y da por sentado— gana la llamada Sociología empiricista el espacio de la revista. Ese tipo de cuestionamientos nos pueden conducir hacia las pistas de transformaciones intelectuales de fondo.

4. Sugerencias metodológicas

Desde el primer momento de lectura, el ensayo de Girola y Olvera me ha sido muy sugerente, en la medida en que lo relaciono con el interés personal por una historia interna y una sociología de la historiografía mexicana.³ De ahí nace la motivación por un diálogo abierto y franco, donde en función de la creatividad intelectual, considera válido hacer observaciones que además de reconocer los frutos alcanzados, sugieran posibles derroteros metodológicos de profundización en la investigación.

Después de haber escuchado lo expuesto por Lidia Girola en principio resulta esclarecedora la definición sobre comunidades y la distinción entre tradiciones de pensamiento y de investigación. Sin embargo, me atrevería a sugerir que se buscara con mayor detalle la manera de traducir, desglosar y operacionalizar esas definiciones. Si el tratamiento tiene la doble vertiente de lo cuantitativo y la lectura de contenido, habría que construir formulas e indicadores que permitieran alcanzar matices, a fin de no llegar a conclusiones tajantes, del estilo de aquella que afirma que

3 César Delgado Ballesteros, “Sociología de los historiadores y la historiografía mexicana durante la Revolución (1910-1940)”, inédito, 105 p.

no hubo una comunidad científica, alrededor de la RMS; o bien que no existió tradición de investigación alguna, en el periodo considerado.

Como en el terreno de la historiografía mexicana y el mundo de los historiadores, tengo la intuición de que las distintas tradiciones no surgen de un momento a otro, sino que están entreveradas y coexisten en mezclas, a veces abigarradas. Muy posiblemente la tradición académica, proto-científica ya está presente, pero oscurecida por otra predominante, menos profesional, cercana a la antigua actitud intelectual enciclopédica, plena de descripciones líricas y de tono ensayístico (rayana en una especie de amateurismo en el pensamiento social). Por ello, sugeriría el desarrollo de algunos niveles metodológicos más específicos.

a) La RMS, el universo básico de información

Sugeriría, en primer lugar, la crítica del universo básico de información seleccionado. Hay que aplicarle varios criterios para su crítica y validación. En primer lugar, criticarlo en el sentido de preguntarse cuál es su naturaleza y su composición, con respecto al conjunto global de la producción de ideas sociológicas o ideas sociales, si se prefiere. Parte de la hipótesis, como lo establecí desde un principio, de que la RMS me parece más bien una punta académica sobresaliente, una especie avanzada en el desarrollo de la Sociología en México. Por otro lado, validarlo en el sentido de conocer su grado de representatividad, en la totalidad de expresiones sociológicas.

Todo esto con la finalidad de evitar extrapolaciones automáticas, como aquella que of que el análisis de los artículos de la RAE nos van a permitir establecer cuál era el estado de la Sociología en México, en la época. El universo básico de información está constituido por los artículos de la revista, el estado de la Sociología a nivel nacional es un ámbito mayor. A través de la RAIS, sería alcanzable siempre y cuando se demuestre que nuestro universo es por lo menos medianamente representativo y homogéneo, con respecto a la naturaleza y dimensión de la totalidad de la producción de la literatura sociológica, en el lapso considerado. ¿Cómo se podría efectuar la crítica y la validación del universo seleccionado?

Hay un magnífico instrumento, el texto de Luis González y González titulado *Fuentes de la historia contemporánea de México*.⁴ En él, el gran humanista michoacano construyó la infraestructura básica para la investigación histórica del periodo revolucionario 1910-1940. Conformado con las fuentes bibliográficas (libros y folletos) publicados durante esas tres décadas, es el catálogo más completo existente para la época.

Aun cuando se consagra al periodo inmediato anterior a las décadas de los años cuarenta y cincuenta que están siendo observadas, esas Fuentes tienen dos cualidades que pudieran ser un recurso indirecto para criticar y validar en cierta medida el universo básico de información seleccionado.

Por un lado, el tomo I tiene un apartado denominado “Estructura Social”, o sea, la relación de libros y folletos que tiene por coincidencia temática la visión de la estructura social. Presenta rubros sobre Cuestión-social vista de conjunto, clases sociales, las razas, los sexos. Es pequeño, de manera que se puede estudiar con relativa rapidez y saber, por ejemplo, que tratamientos y variantes existen con respecto a esto que genéricamente denominaron estructura social, en un universo construido con una visión más vasta, toda vez que estas Fuentes se elaboraron mediante una revisión amplia a bibliotecas: todas las mejores de México, complementadas con catálogos de las norteamericanas más significativas para nuestra cultura.

Por otro lado, en el tomo II de las *Fuentes de la historia contemporánea de México*, Luis González y González tuvo la sabiduría de incluir una parte referida a “Filosofía y Ciencias”, donde afortunadamente está considerado un sub apartado de “Psicología y Ciencias Sociales”, dentro del cual hay un rubro consagrado a la Sociología. En otras palabras, en el periodo 1910-1940, están incluidos los libros y folletos de inspiración sociológica: ¿Cuáles son? ¿Qué naturaleza tienen esos textos? ¿Qué instituciones los ampararon en su elaboración? ¿Qué editoriales los promovieron? ¿Quiénes son sus autores? ¿Cuáles sus preferencias y perspectivas? Responder a éstas y otras preguntas puede ayudar a saber que tan diferenciado es el universo de la RMS (al menos en sus años iniciales -los años treinta del lado de las Fuentes y los cuarenta del correspondiente a la RMS-), con respecto a la producción de la literatura sociológica general y nacional.

b) El nivel de los autores: ¿Hacia una sociología de los “sociólogos”?

Ahora bien, es muy importante el tratamiento cuantitativo y cualitativo de los artículos. En ello se manifiesta una voluntad de búsqueda seria. Sugeriría que se agregaran además otros dos niveles: el de autores y el de instituciones. De hecho, el primero está contemplado dada que la propuesta de Girola y Olvera sobre los agentes, se refiere directamente a ellos.

Si nuestro propósito es descubrir tendencias y comunidades, los autores tienen que agruparse por sí mismos, en razón de múltiples coincidencias en su trabajo intelectual, manifiestas en evidencias empíricas. Por ello, a los autores se les debe conceder también un tratamiento variado: saber cuánto producen; quienes tienen una productividad sobresaliente, mediana y escasa; en qué lapso se expresan en la revista; que características socioprofesionales tienen.

A partir de ello, se pueden crear distintos tipos de agrupaciones. Por ejemplo, si con la ayuda de diccionarios biográficos o de escritores, se cruza a los autores con la variable edad, se van a encontrar que existen grupos de edad, a los cuales se les puede ordenar en función de la teoría de las generaciones.⁵

De efectuarse esta operación debería llamar la atención la aparición de autores que, de acuerdo con su edad, surgen intempestivamente en el escenario de la RMS. Así fue el caso de Oscar Uribe Villegas, que en la segunda parte de los años cincuenta, era menor de treinta años, dado que fue egresado de la primera generación de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales. A diferencia de otros grupos de edad, Uribe Villegas es un autor muy joven, un sociólogo en toda la extensión precisa de la palabra, que aparece al final del periodo que ellas analizan. Cabrían entonces las interrogaciones acerca de si su sensibilidad intelectual es diferente, comparada con la de otros, mayores (obviamente, no egresados de la ENCPyS, recientemente fundada), que dominaron el escenario editorial en el periodo analizado.

Además en el universo de autores, habría que diferenciar a los mexicanos de los extranjeros, porque si no los grandes, de reconocido prestigio –como los españoles –, oscurecen a los otros, que no necesariamente deben ser *a priori* catalogados como menores o pequeños. En otras palabras, hay que llevar hasta sus últimas consecuencias el tratamiento cuantitativo, en el sentido de romper con la orientación que sólo se fija en los “caudillos”, en los grandes personajes intelectuales. Al menos, de entrada, en un sentido metodológico cuantitativista, no pueden ser considerados así. Evidentemente, Don Lucio Mendieta y Núñez merece una atención especial para saber si era solamente organizador y promotor o si tenía también trascendencia como maestro, formador de nuevos sociólogos.

c) El Instituto de Investigaciones Sociales

4 Luis González y González (con la colaboración de Guadalupe Monroy y Susana Uribe), *Fuentes de la historia contemporánea de México* (libros y folletos), 3 tomos, México, El Colegio de México, el primer tomo fue editado en 1961. 107 pp.

5 Para considerar la idea de generaciones intelectuales en el siglo xx, recomendamos el artículo de Enrique Krauze, “Cuatro Estaciones de la Cultura Mexicana”, en *Vuelta*, noviembre de 1981.

Existiría otro nivel, distinto al de artículos y al de autores, el de las instituciones: en este caso el del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Requerimos información del Instituto: ¿cómo estaba organizado el IIS, en un primer momento? ¿Eran, como mencionan las autoras, muy escasos los recursos? ¿Cuál era su naturaleza y sus orígenes? ¿Cuál era la condición de la relación entre los autores y el Instituto? En pocas palabras, información ligada a la institución para saber incluso normas explícitas, o incluso implícitas: quiénes podían y quiénes no podían escribir en la revista. La ausencia, por ejemplo, de marxistas mexicanos, es muy sintomática. ¿Qué significa esto en el periodo de los años cuarenta y cincuenta? ¿Por qué no están? ¿Qué orientaciones ideológicas hay en la línea editorial de la revista que impide que intelectuales, como Vicente Lombardo Toledano, estén presentes?

Llama la atención ausencias de este tipo porque sucede de manera diferente en otras instituciones y disciplinas en el mismo periodo, como en la Historia, donde hay autores francamente marxistas o socialistas, como Ramos Pedrueza, Mancisidor, Chávez Orozco, Teja Zabre, por ejemplo. ¿Qué es lo que ideológicamente sucede en el Instituto de Investigaciones Sociales y en la RMS?

d) Profesionalización institucional preuniversitaria

Lo mejor de la investigación que estamos comentando proviene precisamente de hacer historia interna de la Sociología: esa perspectiva donde la propia dinámica de la producción de ideas, en un primer momento separada del clima cultural y político, nos de autonomía para volcarnos hacia la evolución en sí misma de la disciplina. No obstante, como un telón de fondo, sí habría necesidad de pensar al menos el clima cultural, a manera de tener una perspectiva de las transformaciones de las instituciones culturales.

En relación con la llamada profesionalización de las ciencias y humanidades en México, generalmente se concibe que se inaugure cuando la UNAM –u otras instituciones– fundan las escuelas e institutos donde se enseña y se investiga una determinada rama del saber. Sin embargo, a partir de un mejor conocimiento de finales del siglo XIX y principios del XX, se puede notar que hubo una fase previa a las profesionalizaciones, mucho más intensa de lo que tradicionalmente se ha imaginado.

Así se puede observar que en el caso de la Historia y los historiadores mexicanos en el periodo 1910-1940, si hay autores que no son profesionales, en el sentido de que cuentan con la acreditación universitaria, entonces inexistente, no obstante se dedican de lleno a la elaboración de libros de historia; algunos llegando a cifras sorprendentes.

Están pues mezclados en el escenario editorial autores protoprofesionales, con amateurs y otros autores meramente circunstanciales, que solo escribieron un libro o un folleto.

En esa época, ciertamente hay autores definitivamente tradicionales: católicos, aristócratas, hispanófilos, cultivadores sobre todo de la temática colonial; y generalmente conservadores con respecto a la revolución mexicana, incluso reaccionarios frente a la reforma agraria. Sin embargo, al mismo tiempo que nos encontramos con autores de estas características y otros –cuyo origen socio profesional de profesores, militares, periodistas, -etcétera–, hallamos también historiadores, generalmente más jóvenes, que son francamente novedosos, cuya producción va a dejar huella en la literatura histórica mexicana. Por ejemplo, José C. Valadés o Luis Chávez Orozco, quien será una especie de padre intelectual de la historia económica en México. En otros términos, simultáneamente se encuentran escritores tradicionales cultivando, verbigracia, el tema de las genealogías, así como historiadores que están recopilando documentos para la historia del trabajo en México. En realidad, vienen entreveradas tradiciones de dos signos: las más literarias y descriptivas, al mismo tiempo que las científicas u objetivistas.

Existen, además, ciertas instituciones en el caso de la historia que nos indican que hubo un proceso de modernización proveniente de más atrás, incluso previo a la Revolución y, en algunos casos, antes de la crisis del porfiriano: el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, institución que es el antecedente remoto de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y del Instituto Nacional de Antropología e Historia; el Archivo General y Público de la Nación que se modifica a raíz de la celebración del centenario de la independencia; la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; la Escuela de Altos Estudios, de la Universidad Nacional; la Academia Mexicana de la Historia (correspondiente de la Real Academia de la Historia, en España.); la Academia Nacional de Historia y Geografía; el Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Ninguno de éstos es todavía un espacio universitario –excepto la Escuela de Altos Estudios–, no obstante son instituciones que están sufriendo cambios y alentando a intelectuales para que entren de lleno a la investigación histórica.

e) Modernización de la edición y la cultura

Finalmente, el proceso de modernización manifiesta otra vertiente que no puede dejarse de lado. En el periodo inmediato anterior al considerado por nuestras autoras, hay un proceso de modernización de la edición que va a revolucionar la cultura nacional.

Revolucionado desde antes del estallido social de 1910, atenuado durante la lucha armada y después catalizado durante los años veinte y treinta, el proceso de Ya. , dijo. Se transforma y va a tener otra naturaleza. Dicho en forma muy resumida: tiende a desaparecer el taller familiar, mientras emerge la gran industria, gracias a la aparición en México del linotipo y la prensa rotativa. Es un cambio radical que deja de lado lo artesanal y artístico, para dar lugar a la producción de los grandes tirajes, donde la nueva industria nacional del papel jugará también un papel complementario. A su vez, se modifica también el fomento () editorial, originalmente raquítico y en manos de particulares, en el cual el gobierno casi no interviene –o lo hace sin voluntad central, mediante dependencias públicas diversas–, para dar lugar al gran fomento editorial gubernamental. Este ira acompañado por nuevas instancias que van a cobijar a la producción de forma masiva de libros, como los Talleres Gráficos de la Nación.

Entonces, la modernización no se manifiesta solamente en el sentido estricto de la institucionalización, sino que es más vasta, es una transformación de la cultura que tiene otros asideros, que de alguna manera debemos también tomar en cuenta.⁶

No puedo terminar sin volver a agradecer la gentileza de Lidia Girola y Margarita Olvera, quienes me han permitido realizar estas observaciones su investigación sobre la *Revista Mexicana de Sociología*, ensayo que ya es una fuente de inspiración para el estudio de otras publicaciones periódicas dignas de ser consideradas en la historia de las ciencias sociales en México.

Notas al final del capítulo

6 Este último punto, referido a la modificación de la edición como base de un cambio en la cultura nacional; podrá verse con mayor detalle en el artículo “La Transformación de la Edición a - Finales del México Moderno”, de próxima publicación en la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*.

Francia en la sociología y el pensamiento social latinoamericano¹

Ricardo Pozas Horcasitas

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES, UNAM

El pasado fue humanista

El primero de los problemas a los que se enfrenta el que quiere hacer un recorrido por la influencia francesa en México y América Latina es que no todo producto intelectual en Francia ha sido creado por los franceses, aunque se considere francés, y el segundo es que el tema resulta inabarcable y prácticamente inagotable, ya que no hay manifestación cultural significativa en las ciencias sociales que no tenga como referente su cuota gala.

La estrategia que he adoptado para enfrentar el problema de la influencia francesa en las ciencias sociales mexicanas es realizar la reconstrucción general de las distintas etapas en el pensamiento social contemporáneo en México y sus vínculos con la producción francesa en ciencias sociales.

Uno de los rastros que seguiré en la reconstrucción histórica de la influencia francesa es que ha dejado en la producción de conocimiento social, a lo largo de sesenta años, en la *Revista Mexicana de Sociología (RMS)*, publicada por el Instituto de Ciencias Sociales. Fundada en 1939, es el órgano de la difusión académica especializado en ciencias sociales más antiguo de América Latina y, por lo tanto, el único trazo permanente del pensamiento social mexicano. El recorrido se complementa con la producción de las principales editoriales, y de otras revistas especializadas.

En la primera etapa (1939-1950) la influencia francesa aparece en las páginas de la revista bajo la forma esencialmente abstracta y analiza problemas teóricos propios de la tradición del conocimiento francés y europeo.

Desde el primer número de la *Revista Mexicana de Sociología* de 1939, el texto francés coexiste con el latinoamericano, escrito por los especialistas en problemas sociales más renombrados de la época, como Lucio Mendieta y Núñez, Recaséns Siches, Francisco Rojas González, Manuel Gamio y Antonio Caso, Todos ellos pioneros de las disciplinas sociales mexicanas.

El primer texto francés aparecido en este país en una revista académica es el ya clásico trabajo de Raymond Aron Sobre “El concepto de clase”.² En este trabajo, Aron plantea por primera vez en México el problema del estudio teórico del conocimiento sociológico; “en una palabra – afirma quien tuviera su primera formación como filósofo en la *Ecole Normal Supérieure* y a quien una estancia profesional en Alemania hiciera virar de manera definitiva hacia la sociología-, una teoría es indispensable para comprender singularidades y regularidades, estructura y evolución”.³

Para Raymond Aron, “la sociología se esfuerza por dar a los problemas planteados por la filosofía política una formulación precisa y respuestas posibles. Si cesa de estar inspirada u orientada por cuestiones de alcance filosófico, corre el peligro de perderse en estudios de detalle cuyo rigor mismo no bastara para asegurar el conocimiento empírico y objetivo”. Por el estudio de los hechos sociales o de los mecanismos económicos, determina los resultados posibles de una decisión. En un dialogo en el que siempre están presentes Marx y Tocqueville y en torno a la sociedad de la posguerra, el profesor de la Sorbona⁴ enfrentaba el problema de las simplificaciones y las previsiones dogmáticas al aseverar que “la teoría debería salir de la investigación empírica, si no demostrada, por lo menos confirmada”.⁵

Este es el primer dialogo teórico entablado entre la sociología contemporánea mexicana y el mundo europeo a través de un gran intelectual francés. Hoy, paradójicamente, a 64 años de distancia, podríamos decir que el reto planteado en el origen es aún parte de del fin en la ciencias sociales y que simbólicamente, la búsqueda de la respuesta planteada en el principio está presente en los problemas teóricos formulados en este fin de siglo. El mundo de la teoría es casi un círculo que se recrea, se abre y se cierra, en la búsqueda de los contenidos de la interacción social de la sociedad moderna.

Este texto, escrito por uno de los grandes de la sociología del siglo XX, convive en una sociología mexicana cuya fuerte carga filosófica es deudora de la filosofía positiva y espiritualista decimonónica, que incorpora además a Bergson. Esta sociología filosófica mexicana desarrollada por los mexicanos, está más enraizada en los problemas “del hombre, del ser”, que en los constitutivos de las relaciones sociales y políticas. En los principales representantes se encuentran: Antonio Caso,⁶ y dos grandes ensayistas mexicanos, José Vasconcelos y Alfonso Reyes.⁷

Dos años después fundada la *Revista Mexicana de Sociología*, aparece en el escenario cultural mexicano la otra gran revista cultural de la cuarta década del siglo: *Cuadernos Americanos*. Esta revista surge de la iniciativa de Juan Larrea, Leon – Felipe, Bernardo Ortiz de Montellano y Jesús Silva Herzog.⁸

Cuadernos Americanos logró concertar a parte importante de la intelectualidad mexicana y latinoamericana, así como de la España “traste-rada” –el concepto es acuñado por Don José Gaos–; no faltaron intelectuales estadounidenses y franceses, quienes publicaron en ellas las primeras versiones españolas de textos que hoy son clásicos en la literatura de las distintas especialidades del conocimiento social y humanista.

La reflexión de la tercera y cuarta década del siglo mexicano tenía como afluentes el pensamiento histórico filosófico, la filosofía del derecho, un indigenismo surgido en el llamado periodo clásico de la antropología mexicana y un historicismo más marcado por el testimonio y el ensayo reflexivo que por un acontecimiento sistemático de los fenómenos históricos.

1 Este trabajo fue presentado en el coloquio “México en Francia: tradición y modernidad. Actualidad de la investigación mexicana en ciencias sociales”, los 3 días 3 al 12 de mayo de 1995, Organizado por el CEMCA y la embajada francesa en México. La versión francesa será publicada por el CEMCA y el Centro de Estudios Mexicanos de Perpignan, Francia. Una versión inicial se presentó en el ciclo “Tradiciones y perspectivas de la ciudad de México”, organizado por el Departamento de Sociología de la UNAM-Azcapotzalco, en Noviembre de 1994.

2 Raymond Aron, 1939, “El concepto de clase”, *Revista Mexicana de Sociología*, año 1, vol. 1, núm. 1, pp 97-98.

3 *Ibidem*, p. 106.

4 Los cursos impartidos por Raymond Aron en la Sorbona, entre 1956 y 1957 aparecieron publicados bajo el título de *La lutte des classes: dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*, Barcelona, Seix Barral, 1965. Para el renombrado discípulo Jean Paul Sartre “ el estudio de los hechos sociales o de los mecanismos económicos, determina los resultados posibles de una decisión o el género de ventajas que presenta un régimen(...) quizás no se pueda determinar jamás , el nombre de la razón científica, la decisión que conviene tomar o el régimen que se debe escoger, porque no hay acto que no comporte inconvenientes, ni régimen que carezca de defectos”, p. 270.

5 *Ibidem*. p. 107.

6 La sociología de Antonio Caso fue un texto fundamental en la formación de la capa intelectual mexicana, y sirvió de base para la carrera de derecho, en donde el filósofo mexicano daba la cátedra de sociología. Su primer ayudante en la cátedra fue Daniel Cosío Villegas y el segundo, Gilberto Loyo.

7 Según la conversación personal con Alberto Villegas.

8 “La revista nació– escribe Jesús Silva Herzog– al calor de tres conversaciones de sobremesa entre los poetas Juan Larrea, León Felipe, Bernardo Ortiz de Montellano y él que esto escribe. Resolvimos en nuestro entusiasmo, editar una revista de ámbito continental ante la urgencia de enfrentarnos con los problemas que reclamaban la continuidad de la cultura en aquellos años dramáticos de la Segunda Guerra Mundial”. Jesús Silva Herzog, “primer prefacio” en *indices 1942-1952*, p. V.

Dos de los filósofos de la historia que más influyeron en el México de esa década fueron el Español José Gaos,⁹ y el mexicano Samuel Ramos. En ambos casos se confirma la tradición del conocimiento humanista constituida por la reflexión especulativa sobre la sociedad y sus avatares en el tiempo.

Tanto en el caso de José Gaos como en el de Samuel Ramos es clara la búsqueda de la unidad totalizadora del conocimiento humanista y social, fundada en la convergencia de la filosofía, la historia y las llamadas disciplinas sociales de su tiempo, no obstante la terquedad contemporánea en sólo resaltar sus especificidades.

Para estos filósofos que reflexionaban sobre lo social, hay un ámbito del saber al que da origen la relación entre filosofía, historia y disciplinas sociales, el cual resuelve problemas sustantivos al desarrollar un conocimiento que las vertebró, para dar una imagen más clara, que anuda los cabos de estas tres modalidades del saber sobre lo humano, al reflexionar sobre el contenido de sus supuestos epistemológicos.

La reflexión filosófica sobre la teoría de lo social se mantiene en el plano de esos supuestos, y sostiene que la revisión constante de los fundamentos del saber contribuye a la solidez, al alcance posible de los métodos y a las categorías centrales de las teorías en las ciencias del hombre.

En el caso concreto de José Gaos, es importante la influencia de Martin Heidegger, cuya obra *El ser y el tiempo* tradujo al español.¹⁰ En torno a su seminario se creó el grupo del Hiperón, que fue uno de los espacios donde surgió la corriente llamada “filosofía de lo mexicano”, muy influida por Gaos y su versión heideggeriana del tiempo. Esta filosofía “temporalista”-el adjetivo es de Ortega y Gasset-¹¹sustenta la interpretación de la identidad mexicana en torno al tiempo y sus múltiples “filosofemas” (la expresión es de Don José Gaos): azar, insustancialidad y muerte.

Las dos obras culminantes de esta época son, por una parte, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 1934,¹² texto que abreva en el neocriticismo, el vitalismo francés y la filosofía de la libertad. Todas estas teorías eran una reacción en contra del materialismo y la tradición positivista.

La otra obra culminante de la época es “*El laberinto de la soledad*”, 1959,¹³ de Octavio Paz. Este éxito sintetiza la tradición de análisis de lo mexicano, y en él se concilian el neocriticismo galo y el existencialismo de Camus, el indigenismo mexicano el ensayo iberoamericano.

Detrás de estos dos grandes ensayos que definen y forman a varias generaciones intelectuales en México, se encuentra un diálogo vivo con lo mejor de la cultura francesa; en el primero, con Boutroux y Bergson¹⁴ y en el segundo, con éste último y las vanguardias francesas.

El conocimiento de la relación entre filosofía y ciencias del hombre dejó una primera huella en la sociología y las ciencias sociales mexicanas; pero su rastro se perdió en el origen de su camino y hoy queda en el olvido.

En una revisión pausada de uno de los primeros *Catálogos de Publicaciones del Fondo de Cultura Económica* de 1934, aparece ya una cantidad significativa de traducciones de autores en francés contemporáneos o clásicos de las ciencias sociales francesas, entre otros encontramos los primeros ensayos filosóficos de Augusto Comte o los textos sobre Voltaire, Proudhon, Fourier, Diderot, así como la *Historia de Francia* de André Ribard o, como reza el catálogo, *Origen y evolución del capitalismo moderno*, de Henri Seé (antiguo profesor de la Universidad de Rennes). Estas historias económicas y políticas abrirán la brecha en el conocimiento latinoamericano para realizar lo mejor de la historiografía mundial.

Unos años después entrarían en la escena intelectual mexicana y latinoamericana los grandes de la escuela de los Annales. En 1950, Marcel Bataillon con su *Erasmus y España. El Lutero* de Lucien Febvre, libro aparecido en Francia en 1928, ve la luz en México a principios de los años cincuenta (FCE, 1951). Marc Bloch ve aparecer su Introducción a la historia, FCE, en 1952; y en 1953 se publica en lengua española el trabajo de Fernand Braudel, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. En relación con Fernando Braudel, es importante señalar que el famoso texto titulado *Historia y Ciencias Sociales: la larga duración*, aparece tan sólo un mes después de haberse publicado en francés,¹⁵ para mediados de los años cincuenta, el inmenso capital intelectual de la historiografía francesa formaba parte del acervo bibliográfico mexicano y latinoamericano.

Sin embargo, los ensayos y trabajos históricos sobre México tuvieron que esperar más de dos décadas para reprocesar esta influencia teórica e histórica, francesa y europea en general.

En esta época, una dimensión significativa en el tratamiento de los problemas del pasado fue la reducción del tiempo histórico, mexicano a la linealidad cronológica y al acontecimiento como su único desarrollo posible, condenando el conocimiento de una visión cerrada y autorreproductora de los procesos. En la mayoría de los casos de historiografía mexicana no hubo análisis de las tendencias sociales que explican la historia, sino más bien una historia de la política cuyos significados no trascienden el puro acontecimiento y su individualización, característica del estudio historiográfico de la época. A esta ausencia se añade la del análisis comparativo, así como el de la simultaneidad como dimensiones analíticas en el tratamiento histórico mexicano.

La ausencia del análisis comparativo, tan recurrente en la historiografía francesa, aumentó la tendencia al exclusivismo del fenómeno histórico-político mexicano, sobre todo en lo que tocaba a la Revolución y sus consecuencias. Esta noción ideológica hace aparecer los hechos en el discurso historiográfico de la época, con la misma carga mítica con la que aparece en la retórica política: “como un fenómeno único e incomparable”.

El hincapié en la exclusividad de la Revolución Mexicana permite todo tipo de excesos en la interpretación de la historia de la historia política del país y omite en su inserción en los procesos globales. Al final de la década de los años cincuenta, el análisis de la Revolución Mexicana empieza a permearse por las concepciones teórica y analítica de las disciplinas sociales, y aparecen en el campo intelectual mexicano otros textos

9 En la *Revista Mexicana de Sociología* aparecen los siguientes artículos de José Gaos: “individuo y sociedad”, vol.1, núm. 3, julio-agosto, 1939, pp. 7-16. “sobre la sociedad e historia”, vol. 2 núm. 1; enero-marzo de 1940, pp. 5-21.

10 Martin Heidegger, 1951, *El ser y el tiempo*, México, FCE. Es importante consultar la obra de José Gaos, *Introducción a El ser y el tiempo*. Esta obra junto con la primera, fueron la base del seminario de filosofía que el maestro impartió en la facultad de filosofía y letras, seminario que dio origen al llamado grupo Hiperión, donde surgieron Leopoldo Zea y Manuel Huranga. Es importante resaltar también la influencia de Hegel en el filósofo español. Conversaciones del autor con Alberto Villegas. Cuenta el filósofo que José Gaos era muy dado a calificar a sus alumnos como “geniales o tontos”.

11 La relación entre José Gaos y Ortega y Gasset fue estrecha, aunque Ortega no sentía una especial inclinación por Martin Heidegger, pues decía que lo que el filósofo alemán había dicho, él ya lo había escrito antes, si bien en unas cuantas líneas. El disgusto entre Gaos y Ortega según cuenta Abelardo Villegas que le dijo Leopoldo Zea- surgió a raíz de la invitación a visitar México que Gaos hizo al filósofo español, que contestó que “él no iba a un país de barbaros”.

12 Samuel Ramos, 1934, *El perfil del Hombre y la cultura en México*, México, imprenta Mundial, 181, pp. El filósofo mexicano publica la revista *Cuadernos Americanos*, varios artículos importantes, entre los que destacan: “La influencia de la cultura francesa en México”, septiembre-octubre de 1944, pp. 140-153; “planeación de los problemas humanos de la postguerra”, noviembre-diciembre de 1948, pp. 83-97 y “El mexicano en busca de lo mexicano. En torno a las ideas sobre el mexicano”, mayo-junio de 1951, pp. 103-114.

13 Una primera versión de “*El laberinto de la soledad*” aparece en *Cuadernos Americanos*, Septiembre-octubre de 1949, pp. 17-30; enero-febrero, 1950, pp. 79-92. Una segunda versión “revisada y aumentada” apareció en el fondo de cultura económica, México 1959, 193 pp.

14 En el caso de Samuel Ramos, es importante revisar el trabajo *Hacia un nuevo Humanismo*, aparecido en 1940, donde fija su posición frente a filósofos como Boutroux, Bergson, Ortega y Gasset, Hartmann y Husserl.

15 Fernand Braudel, “Histoire et science sociale: la longue durée”, *Annales E.S.C.* núm. 4, octubre-diciembre de 1958, pp. 73-110. Según Jacques Le Goff, este texto es escrito ante el peso que empezó a tener el estructuralismo de Lévi Strauss en el historicismo francés, (Conferencia impartida en el IFAL- México, el miércoles 13 de octubre de 1993). Una de las influencias del estructuralismo fue la inspiración del concepto del “tiempo” y la transformación de lo diacrónico en sincrónico aportado por Saussure.

que rompen con la tradición historiográfica revolucionaria.

En el análisis cultural, el de los mitos, creencias, y ritos que forman el basamento de los estudios antropológicos y etnográficos funcionalistas,¹⁶ las disciplinas sociales dominantes en la cuarta y quinta década de este siglo (prolongando su peso en el conjunto del conocimiento social hasta a mediados de los años sesenta) no lograron permear la historiográfica de la época. Nunca se hizo un estudio histórico del ritual político, pues los ritos eran considerados potestad de las sociedades indias.

A principio de los años sesenta se había iniciado ya la traducción de la obra de Mircea Eliade, *El chamanismo*, FCE, 1951 y 1960. La de Claude Lévi-Strauss, *-La pensée sauvage* aparecida en Francia en 1962, veía la luz en 1964, publicada por la misma editora. La literatura antropológica mexicana debería esperar un poco más para contar con la obra de Marcel Mauss.

La década de los años cincuenta no sólo vio, en sus inicios, la consolidación de las teorías en sociología y antropología sobre el mundo agrario, sino que –hacia mediados del decenio– contempló la aparición en el imaginario intelectual de un nuevo paradigma¹⁷ que orienta el sentido de las preguntas fundamentales del conocimiento y de la práctica ideológica: el desarrollismo.

Una mención especial merece en este itinerario francés por América Latina el caso de Roger Caillois (1913-1978), quien en 1938 funda junto con George Bataille y Michel Lairis el colegio de Sociología, destinado a estudiar las manifestaciones de lo sagrado en la vida social. Entre 1940 y 1945, tiene una estancia en Sudamérica, en donde crea en Buenos Aires, el instituto Francés de Buenos Aires y edita la revista *las cartas francesas*. De regreso a Francia. De regreso a Francia, crea en el seno de la editorial Gallimart la colección: *La cruz del sur* (LA Croix du sud), en donde publicó a los grandes autores latinoamericanos, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias, entre otros.

En 1948 asume la dirección de letras y después de desarrollo cultural de la UNESCO y funda en el seno de esta institución la revista *Diogenes*, que hoy continúa su circulación en español por toda América Latina.¹⁸

El primer texto traducido por Caillois es *El hombre y lo sagrado* (publicado en Francia por Gallimard en 1938 y en el FCE, en México, en 1942). En este primer texto el autor intenta una síntesis de las relaciones de lo sagrado con lo profano desentrañando su ambigüedad polar, así como el respeto que dimana de las leyes santas y de los actos sacrilegios.¹⁹

La especificidad del conocimiento: desarrollo y desarrollismo

La década de los años cincuenta marca el inicio de la cientificidad de las disciplinas sociales en México y en América Latina. En el caso mexicano ocurren fenómenos importantes: el cambio en el régimen de la Revolución Mexicana, su salida del periodo populista, el inicio de la industrialización y la integración nacional de los grupos indígenas. En el caso de América Latina se inicia un proyecto metropolitano de desarrollo, conjugado con políticas internas de crecimiento y urbanización en los países.

Estos hechos inciden directamente en las disciplinas sociales, cuyos objetivos se vuelven más seculares y menos especulativos. El paso de los problemas del hombre a los de las sociedades particulares y los problemas concretos se da en este entorno histórico.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial parecía que algunos países de América Latina estaban en condiciones de completar el proceso de formación de su sector industrial e iniciar transformaciones económicas y sociales capaces de lograr un desarrollo autosustentado.

Uno de los antecedentes teóricos del llamado “desarrollismo” se encuentra en las investigaciones de Colin Clark antes de la Segunda Guerra Mundial. En su trabajo *The condition of Economic Progress*, aparecido en 1938, el economista norteamericano analiza las diferentes estructuras de los sistemas de producción a partir del análisis de la utilización del factor trabajo. Sus investigaciones estadísticas (basadas en datos nunca antes agrupados ni sistematizados en forma coherente) demostraron una elevada correlación entre la composición de la población activa y el nivel del ingreso por habitante.²⁰

El trabajo de Colin Clark puso en evidencia que no podía haber desarrollo sin industrialización; que el desarrollo se hace mediante hondas transformaciones en las estructuras económicas y sociales y que el fenómeno de la elevación persistente en los niveles de bienestar no había beneficiado más que a una pequeña parte de la humanidad.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, en el clima de la reconstrucción europea, se inicia y emplea la discusión acerca de las condiciones que un país debe poseer para que su economía se desarrolló con rapidez y estabilidad. Volvió a la escuela de que el desarrollo se hace mediante el recorrido y la superación de una secuencia de fases a manera de una carrera de obstáculos.²¹

La formulación más sistemática de la concepción del desarrollo mediante el recorrido y superación de una secuencia de fases la formuló W.W. Rostow en una trilogía²² que culmina con su obra *The Stages of Economic Growth, A Non-Comunist Manifesto*. El profesor del instituto Tecnológico de Massachusetts distingue cinco “etapas de crecimiento” y su punto de partida es el concepto de sociedad tradicional.

En la sociedad tradicional rostowiana su estructura se determina por funciones de producción limitada, fundada en la ciencia y en la tecnología pre-newtonianas y en actitudes pre-newtonianas respecto del mundo físico.

16 De entre los clásicos de la antropología que publicó la *Revista Mexicana de sociología*, se encuentran los trabajos de Bronoslaw Malinowski. Véase “El grupo y el individuo en el análisis funcional”, vol.1. núm.3, julio-agosto de 1939, pp. 111-133, y “Un análisis antropológico de la guerra”, vol. 3, núm., 4, octubre-diciembre de 1941, pp. 139-149.

17 Tomo “paradigma” en el sentido Khuniano. En su trabajo *La estructura de las revoluciones científicas*, el autor afirma: “principalmente, me asombre ante el número y el alcance de los desacuerdos patentes entre los científicos sociales, sobre la naturaleza de problemas y métodos científicos aceptados. Tanto la historia como mis conocimientos me hicieron dudar de quienes practicaban las ciencias naturales poseyeran respuestas más firmes o permanentes para esas preguntas que sus colegas en las ciencias sociales. Sin embargo hasta cierto punto, la práctica de la física, la astronomía, de la química o de la biología no evoca, normalmente las controversias sobre fundamentos que, en la actualidad parecen a menudo endémicas, por ejemplo entre los psicólogos o los sociólogos. Al tratar de descubrir el origen de estas diferencias llegue a reconocer el papel desempeñado en la investigación científica por lo que entonces llamo paradigmas.

18 Roger Caillois es electo en 1971 miembro de la academia francesa y poco antes de su muerte recibe una secuencia de reconocimientos: el gran premio nacional de letras, el premio Marcel Proust por su obra *Le fleuve Alphée y Estetique généralisée*.

19 Roger Caillois, *L'homme et le sacré*, Guillimart, 1939, México, FCE, 1948, traducción de José Domenchina. Otras obras de Roger Caillois, traducidas al español son *Le mythe et l'homme, la pente de la guerre*, 1963, Paris, La Renaissance du livre, traducción de Rufina Bórquez, México, La Cuesta de la guerra, 1972, México, FCE; *aprosches de l'imaginaire*, 1974, paris, Éditions Gallimard, traducción de José A. Pérez Carballo, México, FCE, 1989, 1ª reimpresión en 1993, *Les jeux et les hommes, le masque et le vertige*, 1967, paris, Editions Guillimard, México, FCE, traducción de Jorge Ferreiro, 1ª edición en español 1986, 1ª reimpresión en 1994.

20 La proporción de población ocupada en las actividades primarias (agricultura, ganadería y pesca) surge como una función inversa del nivel del ingreso por habitante. El empleo de mano de obra en el sector secundario (industria en general) aumenta rápidamente durante cierto periodo, en el que se eleva el nivel de ingreso por habitante, para luego estabilizarse. En la fase superior del desarrollo será el sector terciario (servicios en general) el que empleará más mano de obra. Colin Clark, 1938, *The Conditions of Economic Progress*, citado por Celso Furtado, *Teoría y política del desarrollo económico*, siglo XXI Editores (segunda edición revisada y aumentada) p. 117.

21 Celso Furtado, *Teoría y política del desarrollo económico*, Op. cit., p. 117.

22 La trilogía escrita por W. W. Rostow es: “*The Process of economic Growth*”, 1953, Oxford, The Sages of Economic Growth”, en *Economical Historicae Review*, agosto de 1959.

En las sociedades tradicionales los cambios se procesan con extraordinaria lentitud, a causa de su bajo nivel de productividad. La mayor parte de la población está trabajando en la agricultura, lo cual se traduce en una rígida estructura social. La consecuencia será que la estructura de poder político estará controlada por los propietarios de la tierra. La sociedad tradicional no es sinónimo de sociedad estacionaria: su población puede aumentar y nuevas formas de producción, entre ellas la manufactura, pueden desarrollarse en su seno. El objetivo de Rostow es describir el paso de una sociedad tradicional a una de consumo de masas a través de cinco etapas, mediante cambios cualitativos tanto en la estructura económica como en las formas de comportamiento.

El cambio implica: a) la elevación del coeficiente de inversión productiva de un 5% a un 10% del ingreso nacional; b) la implantación de uno o varios sectores de la industria de transformación que se expanda a ritmos acelerados y c) la implantación o rápida institucionalización de un aparato político social, base de una profundización de las tendencias expansionistas del sector moderno, también capaz de realizar economías en la compra de productos externos, a la vez que de transformar el crecimiento en un fenómeno de larga duración. El despegue (*take-off*) se debe a un impulso súbito y brusco, exógeno al sistema económico.²³

La cuarta etapa es la continuación del despegue, periodo en el que la economía aplica con toda efectividad la gama de técnicas modernas, disponibles sobre el conjunto de sus recursos, con todas las modificaciones en la composición de la población activa.

La quinta y última etapa es la era del consumo de masas. La riqueza es fuente de poder internacional, y el fundamento del Estado benefactor, que financia una rápida expansión del consumo a gran escala.

Competirá a Raúl Prebisch sugerir otro importante perfil de la base histórica que busca explicar el desarrollo de la economía moderna. La doble base de su formulación era: a) el análisis de la propagación de la tecnología moderna y b) la distribución de los frutos del progreso técnico.²⁴

La característica más importante de la economía contemporánea -según Prebisch- es la coexistencia de un centro que produce desarrollo tecnológico con una vasta y heterogénea periferia. El centro tampoco es homogéneo, pues está formado por subconjuntos de importancia desigual, existiendo, sin embargo, una economía cuyo papel es el principal.

Los tipos de relaciones existentes entre el centro y la periferia contribuirán a los fenómenos de la concentración del ingreso en escala mundial, cuyo principal aporte proviene del deterioro de los términos de intercambio de los países periféricos, lo cual favorece a los países del centro.

El desarrollismo es una ideología que concibe el movimiento de la sociedad global en un sentido concéntrico, del subdesarrollo al desarrollo. Históricamente hablando, se sustenta en una noción del tiempo uniforme y lineal, bajo el supuesto evolucionista de que un estudio superior contiene desarrolladas las características esenciales de los estudios anteriores.

El desarrollismo tiene una visión global y una específica; esta última se ubica en el plano del análisis empírico. En el nivel empírico, es concebida como el *continuum* folk-urbano que exprés, en el ámbito del mundo social, una continuidad gradual y progresiva entre lo rural y lo urbano. Esta visión funcionalista del *continuum* tuvo gran influencia en la antropología y en las ciencias sociales de esos años.

Entre los principales exponentes que plantean el paso de una sociedad tradicional a una moderna en América Latina, están R. Redfield, con *The Folk Culture of Yucatán*, 1940: en una perspectiva sociológica, B. Hoselitz, con *Sociological Factors in Economic Development*, o bien su texto *Economic Growth in Latin America*. En esta perspectiva, el más importante exponente latinoamericano fue sin duda Gino Germani, con *Política y sociedad en una época de transición*. Este sociólogo centra el problema del subdesarrollo en una actuación arcaica hacia el poder de las clases dominantes, conceptualizadas como tradicionales.

Sin embargo, este periodo muestra un rasgo distintivo: los estudios sobre la “realidad mexicana” pasan de ser una apología heroica de personajes que dan forma a gobiernos, una visión más estructurada de análisis de instituciones y formas de gobierno. Es ésta la época en la cual se inicia la apología de la paz revolucionaria y en la que la estabilidad política es la clave del desarrollo económico. México iba a perfilarse como un paradigma frente a América Latina.

El desarrollismo se mantuvo hasta más allá de la mitad de la sexta década y presionó al mundo académico para dar una visión global de los fenómenos sociales y políticos. Esta visión analítica comparativa entre desarrollados y subdesarrollados, o entre distintas etapas del desarrollo, rompió los márgenes de la singularidad de los procesos y acontecimientos históricos mexicanos, prejuicio del nacionalismo revolucionario que permeó a un mundo académico poco profesionalizado en la primera mitad de nuestro siglo.

Resulta interesante que, frente a la visión cepalina del subdesarrollo, o los textos de Rostow o Prebisch, la literatura francesa hiciera también su aportación a la visión del “otro mundo” no metropolitano.

Entre las múltiples denominaciones que “los otros países” recibieron por parte de la intelectualidad francesa, se encuentra el texto de Pierre Gourou, *Les Tropicaux*, publicado en Francia en 1947 y en México en 1959,²⁵ o el ya clásico texto de Raymond Barre, *El desarrollo económico*, publicado en Francia en 1958 y en México en 1962. Este texto, surgido de un ciclo de conferencias en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Oporto (la entonces Europa subdesarrollada), fue importante en la formación académica de sociólogos, politólogos y economistas mexicanos.

Para Raymond Barre, el problema del desarrollo económico es el problema más agudo e importante del mundo actual; esos eran los años en que “la igualdad de los hombres era -según el autor- el elemento central de las ideologías nacionales e internacionales: el subdesarrollo -continúa diciendo el exministro francés- expresa desigualdades intolerables en el plano moral y político”²⁶

Hacia el final de la quinta década del siglo, América Latina vería aparecer otra alternativa al subdesarrollo, distinta de la planteada por la CEPAL. Esta otra visión fue dada por el triunfo de la Revolución Cubana, acontecimiento que tuvo profunda repercusión en las concepciones sociales del continente, aumentando el peso del análisis histórico a través del marxismo y su postulado del materialismo histórico

En esta otra concepción de América Latina el pensamiento de la izquierda es fundamental. El texto que inaugura la colección de Casa de las

23 El impulso súbito y brusco, exógeno al sistema económico, puede originarse en el plano político, por ejemplo una revolución que modifique el equilibrio del sistema del poder, abriendo paso a la sustitución de los grupos tradicionales por grupos progresistas; es posible que el impulso se desencadene desde el plano tecnológico o en el plano de las relaciones internacionales. El factor exógeno es un agente catalizador que interviene en el proceso en el momento más oportuno. Celso Furtado. *Teoría y política del desarrollo económico*, pp.118-119.

24 Las ideas centrales del pensamiento de Raúl Prebisch aparecen por primera vez en “El desarrollo en América Latina y algunos de sus principales problemas”, CEPAL, mimeografiado 1949, que fue reproducido en el *boletín económico para América Latina* CEPAL, febrero de 1961.

25 Este es uno de los primeros textos franceses publicados por una universidad de provincia: la Universidad Veracruzana, al que en 1959 estaba dirigida en la rectoría por uno de los antropólogos más importantes del país, Gonzalo Aguirre Beltrán y en la facultad de Filosofía y Letras, dependencia que publicó el libro de Gourou, por uno de los filósofos que alcanzaría renombre nacional, Fernando Salmerón. La importancia del libro radica también en el hecho de que parte importante de su teoría sobre los países tropicales y sus límites para el crecimiento y desarrollo se encuentra en una interpretación histórico-genética de la decadencia del imperio maya en Yucatán y en la crisis ecológica del bosque tropical y sus efectos económicos.

26 Raymond Barre, 1958, *Le développement économique, analyse et politique*, institute de Science Economique appliqué, paris, France. Version en español *El desarrollo economic*, 1958, México, FCE, 114.pp.

Américas” ¿Revolución en la Revolución?”, de Regis Debray,²⁷ es un deslinde frente al papel desempeñado por los partidos comunistas tradicionales y una apología del movimiento guerrillero a partir de la experiencia cubana. Se inicia la época de la guerrilla latinoamericana.

A mediados de los años sesenta, una parte importante de la literatura de izquierda fueron los textos anticoloniales, en donde África aparece como la compañera de ruta en la liberación. Los más significativos textos anticoloniales provienen también de Francia. ¿Quién puede olvidar el best seller, *Los condenados de la tierra*, de Franz Fanon militante argelino, aparecido en Francia el año de su muerte (1a. edición en francés, Francois Maspero, en 1961 : México. FCE. 1963).²⁸ Y el prefacio de Jean Paul Sartre, quien el 10 de diciembre de 1964 consolida su presencia mundial al no aceptar el premio Nobel de literatura.

Es en ese mismo año de 1963 y como prueba del antirracismo que privaba en el ambiente. que se le concede a Luther King el premio Nobel de la Paz (14 de octubre de 1964). Actos anti-coloniales y anti-racistas complementan las manifestaciones en Berkeley y el Barrio Latino en contra de la guerra de Vietnam, inician la larga carrera de politización que emprendería la joven generación de la posguerra.

Entre el 3Y el 15 de enero de 1966 se crea en La Habana la Organización Tricontinental de Solidaridad de los Pueblos de África, de Asia y de América Latina. En Francia la Editorial Maspero será la encargada de difundir la revista *Tricontinental*. En este periodo aparecen los nuevos pensadores de la sociología norteamericana, que confrontan, dentro de la tradición estructural funcionalista, a sus clásicos.

La tradición de la sociología estadounidense tiene su momento de consolidación como tradición de pensamiento en 1937, con el texto de Talcott Parsons, *La estructura de la acción social*, trabajo que recupera las tesis weberianas y funda una tradición sociológica. La consolidación de esta concepción sociológica se asienta con la obra ya clásica de Robert Merton, *Teoría y estructura sociales*.

La tradición sociológica norteamericana es revisada a principios de la década de los años sesenta por una corriente de pensamiento emergente. Sin duda alguna, uno de sus principales representantes es Wright Mills y la obra *La imaginación sociológica*²⁹ la otra lectura en el interior de la tradición sociológica norteamericana de sus clásicos. Wright Mills escribe a principio de los años sesenta una defensa de la Revolución Cubana, Escucha, Yankee, y será uno de los pilares teórico teóricos de lo que se conoce como la New left, corriente que tiene su órgano más importante en la revista *Monthly Review*, *An Independent Socialist Magazine*.

Los años sesenta son los de la revuelta el final del relevo en la convicción de la bondad democrática metropolitana. La llamada “Sociedad industrial avanzada” empieza a dejar de ser, para los que viven dentro del triunfante en contra de! fascismo, la defensora de la democracia en contra del totalitarismo del bloque comunista. La crítica social interna empieza por desagregar el mundo feliz: el existencialismo se confirma como movimiento contestatario y la felicidad se vuelve enajenación.

Este es el tiempo de Eros y civilización, de Hebert Marcuse, publicado en Boston en 1953 y traducido por Joaquín Mortiz en México en 1965 y del *Hombre unidimensional*: ensayo sobre la ideología de la sociedad avanzada, aparecido tan sólo unos meses antes del movimiento estudiantil, en febrero de 1968. Esta obra constituye el gran suceso editorial en la Francia del movimiento estudiantil. Aparecido el 31 de mayo de 1968, en Editions Minuit, *Coll Arguments*, de esta obra se venden más de mil ejemplares diarios.

Estos son los textos que los intelectuales y los jóvenes urbanos universitarios mexicanos comentan en los cafés de la “Zona Rosa” con la *nouvele bage*, la libertad sexual y la “pareja abierta”. Para ellos Simon y Garfunkel son una mezcla de paradigma y familiaridad snob. En este ambiente intelectual y contestatario aparece el trabajo de André Gorz, *Historia y enajenación*, 1964 (edición en francés de 1959).

Sin embargo, la coherencia ideológica de la sociedad industrial desarrollada se resquebraja no solamente por dentro. A mediados de los años sesenta se elaboran las respuestas sistemáticas a la teoría del desarrollo. Esta nueva visión surge bajo el postulado de que América Latina no es “subdesarrollada”, sino “dependiente”. Es decir, no va llegar a ser, sino que ya es.

El 6 de abril de 1965 ocurre un hecho significativo en la cultura sociológica francesa. Bourdieu funda la colección de sociología “*Le Sens Commun*” en la editorial Minuit, en donde serán notables los colabores Boltanski, Castel, Chamboredon y Benveniste, entre otros. El mismo mes Robert Fossaert lanza la colección “*Société*” en la editorial Seuil, para someter a discusión las principales interrogantes en las que se funda la sociedad francesa contemporánea, según sus propias palabras.³⁰

Un espacio privado para la crítica pública

A mediados de la década de los sesenta sucedió en México un acontecimiento singular que marca el fin de una época en la historia editorial latinoamericana y el principio de un nuevo espacio cultural. Este hecho estuvo constituido por la salida del doctor Arnaldo Orfila Reynaga del Fondo de Cultura Económica y el surgimiento de la editorial Siglo XXI.

La empresa editorial Siglo XXI fue todo un acontecimiento cultural, 300 intelectuales y artistas de México y América Latina se solidarizaron en torno a Arnaldo Orfila, el editor más prestigiado de América Latina en ese momento, Siglo XXI: Editores surgió en 1966, en pleno boom latinoamericano.

El doctor Arnaldo Orfila Reynaga fue una pieza clave en la difusión de la cultura francesa en lengua española, casado con una francesa y amigo personal de Francaise Maspero, la editorial introduce en América Latina y después en España, parte importante del debate francés. El primer título que esta editorial lanza al mercado de las ideas fue *Heráclito: textos y problemas de su interpretación*, de Rodolfo Mondolfo.³¹ A este autor le seguirán Lacan, Foucault, Barthes, Bastide, Bataille, Baudrillard, Boudieu Kristeva y Émile Benveniste entre otros.

A la difusión europea se sumarán, dentro del espacio de la editorial, las nuevas teorías e interpretaciones sobre América Latina y México, La nueva generación de autores críticos latinoamericanos aparecerá bajo el sello de esta casa: Fernando Henrique Cardoso, Celso Furtado, Osvaldo Sunkel, Pedro Paz, González Casanova y Rodolfo Stavenhagen, que conviven con Víctor Urquidí, Octavio Paz, Jorge Luis Borges, Carpentier y otros.

La editorial Siglo XXI será durante la década de los setenta la gran empresa cultural de México y América Latina.

27 Regis Debray “¿Revolución en la Revolución?, La Habana, enero de 1967 (año del Vietnam heroico), *Cuadernos de la revista casa la Américas*, núm.1

28 Véase también Franz Fanon, *Por la revolución africana, escritos políticos*. FCE, aparecido en francés con el mismo título en 1964, en Françoise Maspero, Este texto reúne los textos políticos más importantes, producidos en el periodo más activo del militante argelino entre 1952 y 1961: Y además *Sociología de una Revolución*, 1966, México. Ediciones Era. En 1962 aparecerá en Francia el libro de Rene Dumont, *L’Afrique noire est mal partie*, en la editorial Seuil, colección “Esprit”, en donde se plantea la relación entre desarrollo y colonialismo.

29 En junio de 1966 es traducido al francés el texto de Wright Mills, *White Collar*; aparece en la editorial Maspero en la colección “Textes á l’ appui”, bajo el título francés de *Les cols blancs*. El trabajo era anunciado como “anatomía de un nuevo actor social”, “vanguardia involuntaria de la sociedad moderna”.

30 Resulta interesante señalar que es hasta marzo de 1964 que aparece por primera vez traducido al francés el texto de Max Weber que es el primer tomo de sus estudios de sociología de la religión: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, en la editorial Plon, colección, “Recherches en sciences humaines”. En ese mismo mes de marzo, Roland Barthes publica *Essais critiques* en la editorial Seuil, colección “Tel quel”. Este texto desarrolla la oposición entre la crítica de oposición y desencadena una polémica importante entre Barthes y Picard, *Le Monde*, 14 de marzo, E. Guitton, 23 de marzo y L.Goldmarm, 11 de abril.

31 Rodolfo Mondolfo, 1966, *Heráclito, textos y problemas de su interpretación* México, la. edición, 408 pp. Traducción de Oberdan Caletti.

Las críticas al desarrollismo

Al inicio de la década de los sesenta, la marcada desigualdad en distribución del ingreso y la participación cada vez mayor de los capitales extranjeros en la economía pueden considerarse como factores que alteran las hipótesis presentadas por los desarrollistas, en lo que se refiere al desarrollo auto-sustentado.³²

La primera vertiente crítica fue en este sentido la realidad social latinoamericana; la segunda se desglosa en una serie de teorías que en el fondo son profundas deudas del desarrollismo y que buscan explicar las causas del no desarrollo autosustentado y sus posibles salidas.

Una primera crítica teórica a la teoría del desarrollismo surge como economía política, con una fuerte dosis de análisis histórico y sociológico, lo que origina una visión dinámica del desarrollo latinoamericano,³³ en la cual no existe una tendencia al pase automático de una fase inferior de desarrollo otra superior. Por el contrario, la única tendencia a la vista es la que los países subdesarrollados sigan siéndolo. Esta propuesta teórica, planteada por Celso Furtado a principios de los años sesenta, parte de una seria crítica a la teoría rostowiana de las etapas del desarrollo.

La teoría sustentada por Rostow no explica, desde el punto de vista de Furtado, el hecho principal: el tránsito de las formas de producción tradicionales a las formas de producción industrial. Para Celso Furtado, en la base de los sistemas de organización social y de estructuración del poder se encuentran las formas de apropiación y utilización del excedente, que son la base de la teoría del desarrollo. De igual modo en el control de las estructuras de poder -al igual que en la apropiación y utilización del excedente por parte de grupos no motivados principalmente por la actividad productiva residen los más grandes obstáculos para el desarrollo de los países subdesarrollados.³⁴

Una de las críticas a la concepción desarrollista del tránsito del folk a lo urbano fue hecha desde un análisis particular de la sociedad mexicana, mediante la propuesta del colonialismo interno. Esta concepción parte del supuesto del carácter pluricultural de las sociedades latinoamericanas, y del sentido dual de las relaciones políticas, sociales y económicas mediante las cuales se realiza la explotación y dominación entre grupos culturalmente distintos.

El ladino no era -para la concepción del colonialismo interno- un tránsito a un estado social superior en el desarrollo, frente una sociedad tradicional -prenewtoniana, como diría Rostow- de carácter indígena, sino el representante de una estructura de dominación nacional sobrepuesta a las comunidades indígenas.³⁵

Otra vertiente crítica fue desarrollada por la teoría de la dependencia, que busca recuperar la especificidad latinoamericana a partir del análisis genético-histórico y rompe con la noción evolutiva y sincrónica por etapas de desarrollo, tal como había quedado postulada en la teoría rostowiana o en el proyecto general para América Latina elaborado por Prebisch.

La dependencia como teoría abrevia en varias fuentes sociológicas: el marxismo -parte importante de éste, llega a través de las lecturas de los jóvenes latinoamericanos en el Barrio Latino- y los postulados weberianos sobre la metodología y la acción social, transmitidos a través de la sociología de la acción y la sociología de los movimientos sociales, desarrollada por Alain Touraine en su seminario de la École des Hautes Etudes en París, en sus estancias de la FLACSO, Chile, y en aquellas otras en Brasil, en los seminarios donde se formaron los jóvenes sociólogos dependentistas.

Podemos afirmar que detrás del clásico latinoamericano Dependencia y desarrollo, de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto (entonces recién fundada editorial Siglo XXI) se encuentra la influencia de Alain Touraine, que en ese momento daba forma al trabajo sobre Sociologie de l'Action. Con Alain Touraine y su grupo dedicamos mucho tiempo al analizar nuestro material acerca de Brasil. Touraine estaba interesado en la movilidad el proceso social, lo que para mí significaba contrapeso adecuado, pues me inclinaba más hacia los problemas estructurales.³⁶ La teoría de la dependencia rehace la historia de América Latina, la que deja de concebirse como una sucesión de etapas de desarrollo y pasa a constituirse un continuum con períodos significativos y coyunturas de inflexión.

En el inicio de la segunda mitad de la década de los años sesenta, se realiza un hecho editorial significativo que reafirmará los vínculos entre los intelectuales franceses y los latinoamericanos. Este acontecimiento se llama Aporte, la revista del Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales, con sede en París, y aparecida en julio de 1966 bajo la dirección de Luis Mercier Vega y la gerencia de Jean-Yves Bouedo.

En su primer número, aparecieron dos artículos significativos en la cultura sociológica latinoamericana: el de Carlos Fayt, "El fenómeno peronista" y el ya clásico texto sobre "Las élites en América Latina", de Françoise Bourricaud, acompañado de "Un inventario de los estudios en ciencias sociales sobre América Latina". A estos nombres se sumaran los de Gino Germani Albornoz, Aldo Solari, Glaucio Soares, Orlando Fals Borda, Helio Jaguaribe y el de uno de los grandes maestros de las ciencias sociales en América Latina, Florestan Fernandes, amigo personal de Braudel y Lévi Strauss.

Esta revista franco-latinoamericana no sólo quedó abierta él ambos mundos; fue también el espacio en donde aparecieron textos de las otras sociologías o politologías. En Aporte, los jóvenes latinoamericanos y franceses interesados en esta parte del mundo pudieron leer trabajos tan importantes como el de David L. Raby sobre el "Cardenismo", o el de Burke y Malloy sobre "populismo y corporativismo en Bolivia".

Una nueva perspectiva frente a la teoría del desarrollo y la modernidad fue la propuesta analítica elaborada a principios de los años setenta por Eisenstadt, en su trabajo Modernización, movimientos de protesta y cambio.

Este trabajo inaugura una nueva perspectiva dentro de las teorías de las fases en las que la modernización no desemboca en un sistema funcional y democrático.³⁷

32 Un primer trabajo que analiza el problema del desarrollo y el subdesarrollo lo elaboró Celso Furtado, En *Desenvolvimento e subdesenvolvimento*, Editora Fondo de Cultura, Rio de Janeiro, 196L Furtado hace una revisión crítica de las tres principales fuentes teóricas de la economía política para explicar los problemas específicos del subdesarrollo: la clásica, la keynesiana y la marxista, para producir un pensamiento autónomo que explique el mundo subdesarrollado y hacer una propuesta viable de industrialización.

33 Un texto importante en esta perspectiva analítica del desarrollo y el subdesarrollo es el trabajo de Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, 1970, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Editorial Siglo XXI, (en 1985 tenía ya 18 ediciones), En este trabajo, que es un texto producido en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), se un examen crítico de los conceptos de desarrollo y subdesarrollo, concluyendo que el desarrollo no es un "momento" ni una "etapa" de una sociedad aislada y autónoma, sino parte de un proceso global de desarrollo del capitalismo. Los autores sostienen la hipótesis de que desarrollo y subdesarrollo son estructuras parciales perointerdependientes, que conforman un sistema único, en el cual la estructura desarrollada (centro) es dominante y la subdesarrollada (periferia) es dependiente.

34 Celso Furtado, 1968, *Teoría y política de desarrollo económico*, México, Siglo XXI Editores. pp120-121.

35 Pablo González Casanova, 1965, *La democracia en México*, México, Ediciones Era. Este concepto abrió una polémica con Rodolfo Stavenhagen.

36 Véase Joseph A. Kahl, *Tres sociólogos latinoamericano*, Germani, González Casanova.

37 S. N. Eisenstadt, 1968, *Modernización, movimientos de protesta y cambio social*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

El marxismo

En el mundo académico mexicano, el marxismo tiene un periodo formativo de cerca de diez años, aunque su versión militante se remonta a la segunda década del siglo XX.

El marxismo académico irrumpe a partir de la Revolución Cubana y se asienta con el movimiento estudiantil de 1968. Estos dos hechos dejaron su impronta en la actividad intelectual, la cual dio origen a una teoría social comprometida, que se fue transformando a lo largo de la década de los años setenta en una de las teorías hegemónicas de la interpretación social, hasta quedar convertida en una verdadera filosofía social y de la historia, con un acendrado determinismo económico y un postulado político autoritario y excluyente, que en su visión más radical fue incapaz de dialogar con otras visiones del mundo.

En una sociedad en donde los problemas agrarios eran, en la sexta e incluso en la séptima década, significativos, el marxismo mexicano dio prioridad a varias de las categorías de las que forman esta teoría. Dichas categorías fueron la clave intelectual en la explicación de América Latina y México.

La categoría “modo de producción”, “formación económica social” y “renta de la tierra”, fueron centrales en la explicación de la realidad agraria latinoamericana, así como de su origen y límite. El uso de estas categorías llegó a ser el marco explicativo que sustituyó a la etnohistoria y politizó a la antropología social. heredera del funcionalismo y de la escuela de Chicago.

La concepción marxista de los problemas agrarios fue enriquecida por teóricos franceses que formaron a los analistas mexicanos. Entre ellos está Henri Lefevre, con sus trabajos: “La teoría marxista leninista de la renta de la tierra”, en Estudios Sociológicos sobre la Reforma Agraria, 1964, México, Ed. UNAM, o “De lo rural a lo urbano”, 1971, Barcelona, Ed. Península; M. Godelier³⁸ y Michel Gutelman, con su trabajo Capitalismo y reforma agraria en México, 1974. México, Ed. Era. Este último texto es, sin dudas, la visión francesa más acabada sobre la reforma agraria mexicana.

Sin embargo, el marxismo tuvo una deformación central: reducir la riqueza de la interacción social a la acción binaria de dos clases sociales y fundar el sentido del movimiento social en la historia, en una visión teleológica cuyo fin era la noción de libertad, expresada en el cambio de los términos de dominación de una de estas dos clases por la otra: el proletariado.

El postulado de centralidad marxista redujo la interacción social y los posibles sentidos en la historia a la mutación del análisis de clases en el análisis de una sola clase así como el estudio de la interacción social y de la relacionalidad entre Estado y Sociedad al conocimiento de la dominación política.

La fuerte carga ideológica de la investigación social se vinculó a una creciente militancia en los centros universitarios y tendió a empobrecer la práctica y la reflexión teórica. En este periodo, ocurre un triple acontecimiento editorial. El primero llamado Louis Althusser (Para leer El Capital y La revolución teórica de Marx) y el segundo llamado Martha Harnecker, discípula del primero y autora de Los conceptos fundamentales del materialismo histórico, un texto aparecido en 1969 y que para 1980 se hallaba en su edición cuadragésima segunda.

A los dos acontecimientos anteriores siguió el que acabó por perturbar totalmente la conciencia intelectual militante: Clases sociales y poder político en el Estado capitalista, texto en francés escrito por el griego Nicos Poulantzas.

El estudio de los movimientos sociales es otra de las vertientes sociológicas que dejaron una impronta en el desarrollo intelectual latinoamericano. Este tipo de análisis tuvo como simiente a la sociología de la acción y, de manera especial, la propuesta teórica de Alain Touraine y sus discípulos, quienes formaron a una generación de jóvenes estudiosos de la realidad social latinoamericana. Entre estos discípulos se encuentran los autores de los mejores estudios mexicanos sobre el movimiento estudiantil de 1968.

La categoría “movimientos sociales” se desparramó por las investigaciones del mundo agrario y las de la ciudad, apuntaló la investigación sobre las acciones populares y cubrió toda una nueva gama de temas y actores, volviéndose el eje analítico de una acción social múltiple y polivalente. De esta diversidad temática dio muestras la Revista Mexicana de Sociología, -a la que dejamos por allá, a finales de los años treinta- y que, revisada en los años ochenta, nos muestra una gran cantidad de páginas dedicadas a estos nuevos temas.³⁹ Esta es quizás la última gran perspectiva teórica generalizada en el análisis sociológico mexicano.

Una extensión importante de la sociología de los movimientos sociales, combinada con el marxismo.⁴⁰ Fue primero el estudio de los movimientos sociales urbanos y a través de ellos, de la sociología urbana. Entre sus fundadores se encuentra Manuel Castells,⁴¹ a quien se sumaron Cristian Topalov, Edmond Preteceille y Henry Coing. En este caso, como en otros, la influencia de discípulos sudamericanos que llegaron exiliados a México consolidó la presencia de la sociología urbana y de un tipo de análisis regional que hoy se encuentra bien establecido como un análisis sociológico que empieza a deslindarse de sus pioneros.

Hacia mediados de los años ochenta, las grandes cosmovisiones empozaron a ceder su lugar a otro tipo de investigaciones en el campo de la sociología.

Hacia mediados de los años ochenta, los cambios políticos nacionales lucieron que la explicación de los acontecimientos se construyera acciones particulares, más que de sus contenidos abstractos y sus tendencias. Sobresalen temas de la alternancia en el poder, la ampliación de la competencia partidaria y la creación de nuevas instancias institucionales como la asamblea de Representantes.

La investigación “micro” y el estudio de lo particular, con una gran carga empírica o documental, hizo evidente que los tiempos de las grandes preguntas y la búsqueda de los sentidos de largo plazo se habían agotado. La gran cosmovisión, cuya salida fue en muchos casos una respuesta ideológica, cedió su espacio en el conocimiento de lo social a los estudios regionales, a las microhistorias, a los estudios de caso y a los estudios de grupos.

El terremoto de 1985 en la ciudad de México es el entorno social en el que surgen nuevas formas de organización social y política intermedias y autónomas. que se convertirán en objetos importantes de investigación en la sociología urbana y política. Es a partir de esta coyuntura y haciendo referencia directa a estas movilizaciones vinculadas a acciones de solidaridad, frente a la cual el aparato corporativo del Estado Y el gobierno tuvo poca capacidad de respuesta inmediata. que la categoría política de sociedad civil aparece como una categoría envolvente de las acciones de los grupos sociales o políticos que se enfrentan a la red corporativa.

Cabe señalar que en esta coyuntura significativa para la historia política y social del país, la inteligencia francesa estuvo a través de Claude Bataillon, uno de los más importantes especialistas europeos en la ciudad de México (según sus propias palabras: aujourd'hui laPlus grande ville

38 Maurice Godelier, 1968, *Las sociedades primitivas y el nacimiento de la sociedad de clases según Marx y Engels*. Medellín, Colombia, ed. La Oveja Negra.

39 Ignacio Levy, “Los movimientos rurales en México y la Reforma Agraria”, vol. 39, núm. 3, julio-septiembre de 1977. pp. 951-984; Steven E. Sanderson, “Lucha agraria en Sonora. 1970- 1976: manipulación, reforma y derrota del populismo”, val. 41, núm. 4, octubre-diciembre de 1979, pp. 1181-1232; Samuel León, “El Comité Nacional de Defensa Proletaria”. vol., 40, núm. 2, abril: junio de 1978, pp. 729-762

40 Jean Lojkine, 1979, *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*, México. Siglo XXI Editores, (Presses universitaires de France, 1977).

41 Jean Lojkine, 1979, *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*, México. Siglo XXI Editores, (Presses universitaires de France, 1977).

du monde).⁴² mondev. Su balance a mediano plazo sobre el terremoto de la ciudad de México,⁴³ confirma una larga tarea de investigación del mexicanista.⁴⁴

Hacia finales de los años ochenta, los cambios políticos nacionales hicieron que la explicación de los acontecimientos se construyera acciones particulares, más que de sus contenidos abstractos y sus tendencias. Sobresalen temas de la alternancia en el poder, la ampliación de la competencia partidaria y la creación de nuevas instancias institucionales como la Asamblea de Representantes.

Es una época en la que el Estado redefine sus funciones y sentidos y en donde la visión del Estado-propietario e intervencionista es suplida por una concepción que reduce la participación directa del Estado en la economía a través de grandes proyectos de infraestructura para la industrialización autónoma, o a través de la inversión directa de capital en la industria básica o de transformación, como ocurrió durante el periodo del desarrollo estabilizador o durante el periodo de la petrolización previo a la crisis de 1982.

El cambio muestra varias aristas teóricas y analíticas en las cuales el pensamiento francés es importante. Los trabajos de Michel Crozier Estado modesto, Estado moderno: estrategia para el cambio (edición francesa de 1987 y del FCE en 1989) y Como reformar al Estado: tres países, tres estrategias: Suecia. Japón y Estados Unidos (edición francesa de 1988 y del FCE del 1992) completan su presencia en las editoriales mexicanas.

En el estudio de las conductas colectivas el análisis empírico contemporáneo se vio reforzado por los estudios de opinión pública, por encuestas o por mediciones de conductas posibles a través de grupos de enfoque. Estas técnicas aplicadas en la mercadotecnia se trasladaron al análisis de las conductas electorales, a los estudios sobre la aceptación de alguna figura política o una medida gubernamental. Por lo general, este tipo de trabajos, dado el costo y lo inmediato de los datos, fueron poco desarrollados en los centros académicos y cada vez más han sido el territorio de grupos particulares vinculados a revistas, periódicos u oficinas de gobierno.

Desde mediados de la década de los años ochenta y principios de los noventa, las instituciones académicas y las editoriales mexicanas han persistido en la traducción y publicación de trabajos de sociólogos franceses.

Entre los autores franceses más traducidos en este periodo destaca Alain Touraine, quien hiciera su aparición en la sociología mexicana a mediados de los años setenta. Una revisión sistemática de las publicaciones académicas y de los libros traducidos por las instituciones universitarias y de educación superior, lo confirma como uno de los autores de mayor influencia en la sociología mexicana.

En menor medida, otro autor que durante el segundo lustro de los años ochenta y el primero de los noventa fue asentando su presencia en la información sociológica mexicana, fue Pierre Bourdieu, con su sociología de la cultura. Este autor aparece por primera vez en las traducciones mexicanas con la versión española de mediados de los años setenta con *El Oficio del Sociólogo*, publicado en 1975 (en francés data de 1973), Hacia principios de la década de los años noventa, aparece en México *Questions de Sociologie*, bajo el título *Sociología y Cultura* (versión francesa 1984 y en español en 1990). Las traducciones de sus textos irán apareciendo en las revistas académicas y los estudiosos publicarán diversos artículos sobre su visión teórica.⁴⁵

Sin embargo, la referencia al estudio de los campos o los modos de producción y consumo cultural, salvo contadas excepciones” ha sido más una posición discursiva que una propuesta analítica y de estudio para los problemas de la cultura y las relaciones de poder en México.

Un tema central en la sociología mexicana lo constituye la sociología de las religiones y de las instituciones eclesásticas. Este problema de estudio responde al nuevo status que adquirió la Iglesia mexicana a partir de las reformas constitucionales de los años noventa que le permitieron acceder al espacio público. En este campo de estudio, los trabajos de discípulos de Emile Poulau comienzan a tener una presencia importante.

Resulta significativo que Touraine siga siendo el autor preferido de los estudios sobre los movimientos sociales, los problemas de la sociología, a nivel conceptual y en América Latina, las categorías analíticas de actores sociales y de la modernidad sociológica Pero es hasta ahora que su texto *La producción de la sociedad*, un clásico de la sociología contemporánea, ha aparecido en español.⁴⁶

La revisión de este itinerario deja un sabor de boca francés y una conclusión innegable: la cultura francesa es parte ineludible de ese diálogo culto y sistemático del pensamiento social mexicano y latinoamericano con otros pensamientos, como frontera viva que es. Hoy se mantiene un diálogo tan intenso con la obra de Pierre Bourdieu y Alain Touraine, como el que en su momento se entabló con Michel Foucault, Roland Barthes o Jean Paul Sartre.

Este diálogo sólo ha sido posible por la influencia formadora francesa en los jóvenes intelectuales mexicanos, una influencia que ha renovado, por más de medio siglo, a la élite de la intelectualidad nacional y que un estudio sistemático de las generaciones de pensadores mexicanos corroborará.

Notas al final del capítulo

42 Véase el texto aún no traducido al español de Claude Bataillon y Louis Panabiére. 1988. *México, aujourd'hui: la plus grande ville du monde*, París, Publisud, 244 P.

43 Véase Claude Bataillon, “El terremoto de la ciudad de México: balance a mediano plazo”. en *Revista Mexicana de Sociología*, 01. 5 L núm. 2, abril-junio de 1989, pp. 473-480, IJS\JNA\1. México.

44 La editorial Siglo XXI publica por primera vez a Claude Bataillon en 1969, con el libro *Las regiones geográficas en México*, México, cuya edición en francés es del Institut des hautes études de l'Amérique Latine, París 1967; también destaca *La ciudad y el campo en el México central*. Publicada en México en 1972 y en francés por Anthropos, 1971.

45 En la revista *Sociológica* de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. han aparecido traducciones y trabajos sobre la obra de Bourdieu; entre éstos se encuentran: Pierre Bourdieu (1987), “los tres estados del capital cultural”, *Sociológica*, núm. 5, p. 11; Murilo Kuschie Ramos (1987) “notas sobre la sociología de Bourdieu”, *Sociológica*, núm. 5, p. 19; Y Jean Francois Proud homme (1988) “identidad social y representación política en la obra de Pierre Bourdieu”, *Sociológica*, núm.6.

46 Alain Touraine (1995), *La producción de la sociedad*, México, IISUNAM.

III. Estudios Teóricos

Desarrollo teórico en la sociología mexicana en la década de los noventa: crisis de paradigmas y coexistencia de tradiciones

Alfredo Andrade Carreño

CENTRO DE ESTUDIOS BÁSICOS EN TEORÍA SOCIAL, FCPyS-UNAM

En el presente trabajo expongo una caracterización de las relaciones que se establecen entre las orientaciones teóricas y la conformación de consensos en el desarrollo teórico actual de la sociología en México. Mi propósito es argumentar: primero, que el momento presente de la sociología en nuestro país se caracteriza por la coexistencia de diversas orientaciones teóricas y prácticas de construcción del conocimiento producto de las distintas etapas del proceso de institucionalización de la disciplina: segundo, que el desarrollo teórico adopta simultáneamente las siguientes formas: la reproducción y renovación de las tradiciones teóricas, la promoción de enfoques alternativos y la proposición de confluencia entre diversos enfoques, contribuyendo así a la diversificación de la comunidad académica y de las prácticas científicas; y tercero, que la reproducción y la coexistencia de orientaciones teóricas, y su eventual confluencia, se relaciona con la forma en que se constituyen y redefinen los consensos teóricos.

Para ello concentro la atención en los rasgos distintivos del momento actual, que nos permiten identificar las orientaciones teóricas y los consensos constituidos, a partir de la revisión de la producción intelectual publicada en las revistas especializadas en sociología.¹

1. El diagnóstico del momento actual en la sociología mexicana

Los esfuerzos por caracterizar la situación de la sociología en nuestro han centrado la atención en una amplia gama de aspectos relativos él sus problemas centrales, entre los que destacan: cuestiones teóricas y metodológicas las áreas de conocimiento sus formas de las condiciones institucionales, su vinculación con el contexto social más amplio, etcétera. Entre estas caracterizaciones prevalecen las interpretaciones que coinciden en reconocer una situación de crisis que, según enfoques en cuestión, ubica a diferentes niveles.

Hablar de “crisis de las ciencias sociales” supone una valoración desde determinados criterios, mismos que varían según la perspectiva de análisis desde la que se aborda, así como de los recursos cognitivos, metodológicos e instrumentales empleados en los diagnósticos. Pero sobre todo supone haber realizado dichos diagnósticos. Y aquí es oportuno destacar que si bien desde mediados de la década de 1970 al presente ha sido relativamente constante la referencia a una situación de crisis en las ciencias sociales resulta sorprendente, sin embargo, el contraste en nuestro país entre la cantidad de artículos que asumen como un hecho dicha situación y los escasos diagnósticos en los que se establecen atributos de la misma² Es también notable la escasa precisión y la ambigüedad con que se ha empleado el término. En aquellos pocos trabajos que han abordado con mayor rigor la cuestión e inclusive la han asumido como objeto de estudio, resulta evidente que están presentes no sólo distintas concepciones de lo que se entiende por crisis, sino también énfasis en los diversos niveles involucrados.

Tomados de conjunto, estos trabajos arrojan la conclusión de lo que eufemísticamente llamamos “crisis de la ciencia sociales” -y en su caso de la sociología en particular- es un fenómeno complejo cuya conceptualización requiere a su vez de un tratamiento diferencial que debe atender menos los siguientes aspectos: las condiciones de organización y de desarrollo institucional: la conformación y estratificación de las comunidades académicas; las modalidades de práctica científica y académica: las formas de producción del conocimiento: las formas de valoración del desarrollo teórico y de los avances científicos.

Desde el punto de vista del desarrollo de la teoría y de las formas de construcción del conocimiento, los diagnósticos del estado actual de desarrollo de la sociología han destacado como rasgos distintivos uno o varios de los que a continuación menciono, según los énfasis que orientan los respectivos análisis:

a) pérdida de vigencia, o al menos de predominio, de tradiciones intelectuales, corrientes de pensamiento o paradigmas³ que en las etapas

1 Considero oportuno destacar los siguientes acotamientos del trabajo: en primer lugar, asumo que las formas en que una disciplina se consolida y desarrolla se expresan en su capacidad de proporcionar conocimientos de nuestra realidad y en el caso de las ciencias sociales, además, de proveer elementos para la comprensión de las formas de vida social y recursos para la interpretación de constitución y transformación, como de elementos para orientar las prácticas sociales. concentro la atención en la investigación, considerándola como la actividad que rige las formas de práctica académica, entre las que podemos destacar la formación profesional, el entrenamiento especializado de personal para la investigación, y la difusión y divulgación de los conocimientos científicos.

En segundo lugar, sin pretender restar importancia a la influencia y condicionamiento de los contextos social e institucional de desarrollo, y en particular aquellos que han sido reconocidos como problemas y obstáculos recurrentes (tales como la carencia de recursos, el insuficiente reconocimiento, prejuicios desfavorables o incluso hostiles, frágil legitimación social, desinterés de las instancias de provisión de recursos financieros, deterioro de las condiciones de vida académica) que han sido tratados por diversos autores, quiero destacar que mi interés se centra en las condiciones propias de conformación de la práctica académica que intervienen en el desarrollo teórico y cuya forma de influir es relativamente diferenciable - sin que ello signifique que sea independiente- de la presencia o de la ausencia de tales factores sociales e institucionales y de sus efectos favorables o adversos.

2 Los trabajos más recientes que nos informan sobre el estado de la disciplina son dos censos nacionales y estudios derivados sobre el estado de las ciencias sociales en general con información del año de 1984 (Benítez Zenteno I 1987a, 1987b; Guzmán Gómez 1987; Herrera Reyes 1986; Andrade Carreño 1988. 1990 Y 1994; R. Béjar Navarro y Héctor Hernández, Centro Regional en Investigaciones Interdisciplinarias, en prensa); un conjunto de artículos reconstructivos de la historia y tendencias actuales de la sociología como disciplina (Meyer 1979; Arguedas 1979; González Casanova 1981; Castañeda 1987): caracterizaciones sobre los estudios de posgrado de sociología (Benítez Zenteno y Silva Ruiz 1984; Paoli Bolio 1986); ensayos interpretativos sobre aspectos temáticos o de los objetos de estudio de la sociología en la UNAM: sobre el Instituto de Investigaciones Sociales (Benítez Zenteno 1970; Arguedas 1979; Casas 1990 y Pérez Espino 1981), sobre la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (De la Garza 1989, Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, número especial 1984), y sobre la *Revista Mexicana de Sociología* (número especial del 50 aniversario 1989); interpretaciones de cuestiones teórico-metodológicas exclusivamente de la Revista Mexicana de Sociología (De la Garza 1989) o de las características de los artículos exclusivamente referidos a la teoría y la metodología (Girola *et. al.*, 1990) Y compilaciones de allíwlos sobre la sociología o las ciencias sociales en general (F.J. Paoli 1990; J.F. Leal y Fernández. A. Andrade Carreño *et. al.*, 1994 y M. Perló Cahen, 1994).

3 *Tradiciones, escuelas, corrientes, o paradigmas*, etcétera, son expresiones de las variadas formas en que se ha pretendido conceptualizar las formas históricas y concretas en que se ha desarrollado la investigación científica, la producción teórica, y la constitución y reproducción de comunidades científicas. En el ámbito de los debates de filosofía y sociología de la ciencia, el empleo de dichas nociones se impone mediante una progresiva precisión de su significado e implicaciones por lo que generalmente remite a orientaciones e interpretaciones excluyentes con las que se identifican diversos colectivos de científicos o de filósofos. En los ámbitos de la práctica cotidiana de la investigación, incluido obviamente el caso de las ciencias sociales, el empleo de dichos términos, generalmente en sentido laxo, cumple una función de identificación o de denominación de los colectivos que comparten ciertos planteamientos teóricos. metodológicos, filosóficos, ideológicos y políticos. En los análisis del desarrollo de las ciencias sociales y la sociología, los términos en cuestión han sido empleados en su sentido general e inclusive como sinónimos. Sólo muy recientemente se ha un puesto un esfuerzo por precisar su significado y su empleo de manera más rigurosa.

- precedentes ejercieron una influencia considerable o bien, gozaron de amplio prestigio.
- b) Debilitamiento de las posiciones teóricas e ideológicas sólidamente sustentadas y a temperamento de las posiciones sustentadas.
 - c) Impulso de esfuerzos dirigidos a la renovación o al replanteamiento de los enfoques tradicionales;
 - d) Emergencia de nuevos enfoques y resurgimiento de planteamientos abandonados o escasamente conocidos;
 - e) Generalización del pragmatismo en la orientación de las investigaciones empíricas;
 - f) Conformación de estilos plurales o flexibles de la práctica científica⁴

El diagnóstico de los cambios y transformaciones de las formas de producción del conocimiento sociológico se ha efectuado considerando, además el contexto social de desarrollo tanto en México como en los países de la región Latinoamericana.

2. Tradiciones intelectuales y proceso de institucionalización de la sociología en México y América Latina.

Al abordar las formas concretas en que cada tradición cómo ha influido en el desarrollo de la sociología en nuestro país, podemos apreciar que la sucesión de enfoques predominantes la sobrevivencia de elementos de cada etapa contribuyen a la transmisión de elementos de una generación a la otra, pero también a giros y rupturas radicales. Así, en el momento actual coexisten tradiciones que se consolidaron en etapas precedentes con esfuerzos renovadores y orientaciones alternativas emergentes.

Orientaciones teóricas como el positivismo, el funcionalismo y las teorías del desarrollo y la modernización ejercieron una importante influencia en nuestro país durante las etapas iniciales de la institucionalización de la sociología en América Latina durante la década de 1940 y 1950, a través de las obras de los precursores Lucio Mendieta y Núñez, José Medina Echeverría, Gino Germani, Raymond Lenoir, entre otros, y sobre todo por la publicación de la traducción de trabajos de autores estadounidenses y europeos. La conformación de una generación en la región latinoamericana formada bajo la orientación de estos planteamientos se refleja en los trabajos publicados por el Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la UNAM de Jorge Martínez Ríos, Emile Sicard, Mario Linz, Fausto Vallado Berrón, Francisco Carmona Nenclares, Alfredo Poviña, Oscar Uribe Villegas, Luis Pinto Ferreira, Demetrio Porrás, Eduardo Palières, Roberto Agramonte, Juan Carlos Agulla, entre otros. Esto fue posible, por una parte, a consecuencia del prestigio que dichas orientaciones habían alcanzado en los principales centros académicos del momento; y, por otra parte, al irrumpir en un medio social favorable en el que las iniciativas gubernamentales interesadas en la promoción del desarrollo y la modernización estimularon la demanda por el análisis científico de lo que entonces se reconoció como una condición de desfase de los países de la región latinoamericana, con el interés de disponer de elementos informativos para sustentar las políticas gubernamentales.

El gradual desplazamiento de estas orientaciones teóricas tuvo lugar en el marco de un contexto de confrontación política e ideológica. El proceso operó primero como una transición en la que destacados intelectuales promovieron el interés por adaptar aquellas formulaciones a la situación de los países de la región, en una óptica que incluía tesis de enfoques alternativos.⁵ En la década de 1960 la nueva generación de intelectuales formados en economía, sociología y ciencia política como Raúl Prebisch, Oswaldo Sunkel, Jorge Graciarena, Aníbal Quijano, Fernando Henrique Cardoso, Theotonio Dos Santos, Pablo González Casanova, Orlando Fals Borda, entre otros, se destacó desplazando en cierta forma a la generación precedente. Un proceso que tuvo lugar en el marco de un debate intelectual que sometió a revisión los planteamientos y se esforzó por formular nuevas teorizaciones que articulaban un mayor número de elementos específicos para comprender la complejidad de la situación latinoamericana. La promoción de estudios económicos ligados al impulso de políticas regionales y nacionales, la creación de nuevos centros académicos y la intensificación de los vínculos entre los intelectuales de la región –donde la Revista Mexicana de Sociología ha ocupado un papel central–, favorecieron la generalización en nuestro país tanto de los planteamientos teóricos de la CEPAL y la llamada teoría de la dependencia como su crítica bajo la influencia del marxismo.

La centralidad de la cuestión del desarrollo en el marco de la creciente influencia de la teoría de la dependencia y el marxismo, además de la repercusión de los debates en los centros intelectuales de Europa y Norteamérica⁶ contribuyeron a reafirmar el descrédito del funcionalismo en los

Entre los artículos publicados en las revistas mexicanas especializadas en sociología en los que se ha empleado el término *paradigma* como una categoría para analizar las orientaciones teóricas en la investigación científica se destacan los siguientes: Rodolfo Stavenhagen (1984), "Notas sobre la cuestión étnica", *ES*, 2(4):135-168; Paul Shaw (1986), "La propensión de la humanidad a la guerra. Una perspectiva sociobiológica" *S**, 1 (1):119-152; Jorge Morales Moreno (1988), "Discurso, urbanismo y ciudades: de la Ciudad de la Razón a la Ciudad de México": *S**, 111 (6):35-71; Jorge Vergara (1988), "El paradigma liberal democrático, notas para una investigación", *So*, III (7/8):15-44; Rafael Farfán Hernández (1988), "La repercusión de los conceptos de paradigma y ciencia normal de Thomas S. Kuhn en las ciencias sociales", *S*, III (7/8):45-85; Alfredo Gutiérrez Gómez (1991), "Nuevos paradigmas teóricos", *AS** 4(2/3):49-62; Emilio Duhau (1992), "Ciencias Sociales y estudios urbanos ¿Adiós a los paradigmas?" *S*, VII (18):29-43; Enrique de la Garza Toledo (1989), "Historia de la epistemología, la metodología y las técnicas de investigación en la sociología mexicana", *RMS** 51(1):103-133; Alejandro Vial (1989), "Límites teóricos y políticos de la condición de posmodernidad de Lyotard", *ES*, 7(19): 105-138; Ximena Wolff Reyes (1989), "Representaciones histriónicas de mujeres" *S*, IV(10):37-60; Gottdiener M. y Joe R. Feagin (1990), "El cambio de paradigma en la sociología urbana", *S**, V (12):209-235; Nadia Araujo Castro y Antonio Sergio Guimaraes (1991), "Trabajo, sindicalismo y reconversión industrial en Brasil", *ES*, 9(25):105-126; Octavio Ianni (1991), "La crisis de paradigmas en la sociología", *AS*, 4(1):115-135; Bernardo Sorj (1991), "Crisis social y crisis de las ciencias sociales en Brasil", *sus*, 53(1): 107-119; Gabriel A. Imond (1992), "El retorno al Estado"; *S**, VII (19):241-269; Rafael Farfán Hernández (1992), "Realismo, elitismo y democracia en América Latina"; *So*, VII (19):79-107; Luis García Barrios y Raúl García Barrios (1992), "La modernización de la pobreza: dinámicas de cambio técnico entre los campesinos temporales de México"; *ES*, 10(29):263-288; Gilberto Giménez Montiel (1992), "En torno a la crisis de la sociología"; *So*, VII (20):13-30; Alfredo Andrade Carreño (1993), "Tradiciones intelectuales y contexto institucional en la formación de sociólogos: un estudio histórico", *AS*, 9: 11-40; Mario Bassols (1993), "Micro introducción a la sociología urbana", *TS**, 1(1); Carlos Prego Brizuela (1993), "Un enfoque de análisis curricular":

AS, 9:97-106; Gilberto Giménez (1994), "Los movimientos sociales. Problemas teórico-metodológicos", *Riv/S*, 56(2):3-14; Roberto P. Korzeniewicz (1994), "La diferenciación entre Estados, empresas y hogares en América Latina": *RMS**, 56(4):37-72; Murilo Kruschik (1994), "Unidad, diferencia y repetición en el ámbito rural", *So*, VIII (24):123-137. Como puede apreciarse las temáticas, los objetos de estudio y el tipo de análisis que refieren los trabajos según los títulos nos dan una idea de la variedad, e inclusive versatilidad, del uso del término.

* Las siglas empleadas en las referencias hemerográficas del presente trabajo son las siguientes: (*ES*) *Estudios Sociológicos*, (*RMS*) *Revista Mexicana de Sociología*, (*AS*) *Acta Sociológica*, (*I'S*) *Tiempo Sociológico*, (*S*) *Sociológica*, (*PAS*) *Polis Anuario de Sociología*, (*RMepS*) *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, (*RJS*) *Revista Iberoamericana de Sociología*.

4 Los principales trabajos en los que se han expuesto los elementos mencionados en esta caracterización son los siguientes: Enrique de la Garza Toledo (1989), *op. cit.*; Octavio Ianni (1991), *op.*

5 A.E. Solari, R. Franco y I. Jutkowitz (1976). *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*; México, Siglo XXI Editores.

6 En este proceso frente a las tradiciones de la sociología empírica, funcionalista y positivista que se desarrolló bajo la orientación de R.K. Merton, T. Parsons, E. Shils, P. Lazarsfeld, R. Aran, R. Roudon, R. Dahrendorf la creciente influencia de la crítica promovida por C. Wright Mills, Alvin Gouldner, en EE.UU.; de John Rex y T. Bottomore en Inglaterra; el impulso de una sociología reflexiva por Pierre Bourdieu en Francia; o la teoría crítica de T. W. Adorno, M. Horkheimer y H. Marcuse en Alemania, contribuyeron a la generalización a nivel internacional de planteamientos alternativos como la etnometodología, el interaccionismo simbólico, la "sociología radical" y a

países latinoamericanos. Entre los autores que desarrollaron elementos de fundamentación de una perspectiva crítica ante al funcionalismo para el análisis de la realidad mexicana latinoamericana destacan Roger Bartra, Luisa Paré, Guillermo Boils Morales, Liliana de Riz, Horacio Crespo, entre otros.

En el plano teórico la introducción de elementos de conceptualización estructural, de la noción de clases sociales, de la problematización del papel del Estado de la contextualización en un marco de relaciones económicas y políticas por encima del Estado-nación. Hasta entonces referente básico de lo que se abordaba como sociedad- cumplieron un papel renovador al aportar mayores recursos conceptuales para la reinterpretación de los procesos sociales en la región latinoamericana. Un esfuerzo en el que si bien la sociología se enriqueció con los avances de otras disciplinas como la economía, la historia, la antropología y la ciencia política no siempre favorecieron una articulación que fortaleciera enfoques integrales. La síntesis se efectuó bajo la orientación del marxismo, del paradigma estructural y mediante el privilegio de los temas económicos.

El relativo apocamiento de los precursores y de la generación identificada con la sociología científica, el funcionalismo y el desarrollismo, de una parte; y el fortalecimiento del prestigio académico del marxismo, de la sociología crítica y de las teorías de la dependencia, de otra, coincidieron con un proceso de crecimiento y multiplicación de los ámbitos universitarios y la creación de nuevos centros que favorecieron la generalización de las formas de producción intelectual y la formación de nuevas generaciones identificados con los enfoques radicales. Un proceso que se vio reforzado en el contexto social por la crisis de los gobiernos democrático-liberales, la imposición de los gobiernos militares y la inviabilidad de la pretendida modernización de los milagros económicos de la década de los años sesenta.

La generalización de la sociología crítica, en respuesta a la polarización de los conflictos, contribuyó a agudizar las tensiones entre la academia y las esferas de poder. En este contexto el desplazamiento de las concepciones positivista y funcionalista, por un lado. Y de los enfoques identificados con las teorías del desarrollo y la modernización, por el otro, aunque en términos generales tuvo su origen en los debates teóricos,⁷ se consumó sin embargo por la sobrecarga ideológica) el marcado carácter politizado del contexto universitario latinoamericano.

Hacia la década de los años ochenta. a nivel internacional el marxismo atravesaba por una etapa de discusión e inclusive cuestionamiento de sus tesis básicas. Durante las décadas precedentes en los círculos intelectuales a nivel internacional, la Teoría Crítica, a la par de otras corrientes no ortodoxas, había ganado mayor terreno en la academia: asimismo el surgimiento del "neo-marxismo", el atemperamiento de posiciones ideológicas revolucionarias bajo la influencia del eurocomunismo, fueron las orientaciones intelectuales y políticas que influyeron en este cambio.

Otras influencias que contribuyeron a reafirmar esta convicción de crisis y, en particular del "agotamiento" de los paradigmas se vinculan por una parte, con los debates en la filosofía y la sociología de la ciencia en torno al desarrollo científico derivados de la recepción de la obra de Th. Kuhn *La estructura de las revoluciones científicas* y de los planteamientos de I. Lakatos, L. Laudan, del Programa Fuerte (B. Barnes y D. Bloor) y, más adelante los estudios etnometodológicos de K. Knorr-Cetina, B. Latour y S. Woolgar. Y, por otra parte, con la contribución disolvente de los autores de los planteamientos de la postmodernidad y el post-estructuralismo (M. Foucault, J. F. Lyotard, G. Deleuze R. Rorty entre otros) que dieron como resultado la negación de los fundamentalismos, de un sujeto trascendental, de la pretensión de fundamentación racional de la cultura por la ciencia, de la atribución del significado por la realidad externa a los signos y de la existencia de significados literales o verdaderos.⁸

En América Latina el contexto de crisis de los sistemas políticos democrático-liberales, la imposición del militarismo, y los fracasos de las luchas políticas de la izquierda, de los movimientos obrero y campesino y el fortalecimiento de los sectores políticos de derecha generaron la decepción, la frustración o el escepticismo acerca de la efectividad de las tesis que sustentaron la concepción de la lucha revolucionaria y de la consistencia o validez de los postulados básicos del marxismo.

En las instituciones universitarias, la generación de los cuestionamientos al funcionalismo, al marxismo y a las teorías de la dependencia, de una parte; y los desequilibrios provocados por el súbito crecimiento de la matrícula y la improvisación de nuevos cuadros docentes, por otro, condujeron a la convicción de que las ciencias sociales atravesaban por una situación de crisis generalizada.

Aunque estos debates se habían prolongado por más de dos décadas hacia el final de los años ochenta, el prestigio intelectual del marxismo se disolvió en un amplio sector de las comunidades universitarias ante lo que se asumió como "el peso de las evidencias" la reorientación del modelo socialista chino, la crisis de los países socialistas, la reunificación de Alemania y la disolución de la Unión Soviética, fueron los procesos que precipitaron la generalización del descrédito del marxismo en condiciones, como en su rápida generalización, de escasa reflexión teórica autocrítica. En la práctica rutinaria de la investigación y la docencia lo que se asumió como súbito descrédito del marxismo, no permitió que se resolviera satisfactoriamente, sin embargo, la cuestión de qué planteamientos teóricos debían ser revisados o desarrollados y cuáles eran las contribuciones que debían ser conservadas y desarrolladas.

El fracaso de los modelos de desarrollo económico, la crisis de la democracia, la desarticulación de las formas de lucha revolucionaria, la pérdida de expectativas, el desencantamiento respecto del papel histórico atribuido a las ciencias sociales en el marco de la reorientación neo liberal de las políticas públicas y la emergencia de nuevas formas de movilización y organización social, no sólo modificaron la base de sustento de las ciencias sociales sino que también favorecieron la generalización del escepticismo⁹ e inclusive del pesimismo como actitudes intelectuales.

Así, con la combinación de estas influencias intelectuales se generó un clima favorable para el distanciamiento respecto de las tradiciones que hasta entonces habían gozado de gran prestigio.

3. Sucesión y coexistencia de las tradiciones intelectuales en México

En el desarrollo de la sociología en México los procesos de institucionalización y de profesionalización han sido paralelos a la constitución de comunidades y la alternancia de las orientaciones teóricas (Girola y Olvera 1994 a y 1994b).

El auge y la mayor influencia del positivismo y del funcionalismo coincidieron con las etapas preliminares de institucionalización (Murguía 1994; Andrade 1993). Su gradual opacidad, pesar de haber contado con la influencia de prestigiados autores y de su apogeo en centros internacionales, se explica, por una parte, por el hecho de que su sustentación en nuestro país corrió a cargo de precursores precedentes de diversas disci-

la reafirmación del marxismo como perspectiva académica.

7 Entre los pocos trabajos en los que se debaten en el plano teórico-metodológico los planteamientos y se fundamenta una ciencia social crítica alternativa podemos destacar los trabajos de Claudio Stern (1969). "La investigación norteamericana sobre las consecuencias de la incongruencia de Status: revisión y crítica", RAICPS. 15(57): 337-358 y (1969). "Notas sobre el concepto de función y la sociología funcionalista", RMCPS. 16(2):519-533; Pablo González Casanova. SI 970 "Las categorías del desarrollo latinoamericano; una guía para su estudio" IISUNAM y (1976), Sociología de la explotación", Siglo XXI Editores; Martha Robles (1976), "Funcionalismo y social", *Revista Estudios Políticos*, núm. 6; Roger Bartra (1972) "Campesinado y poder en México: un modelo teórico". RMS. 34(3-4):611-659_ Luisa Paré (1972). "Diseño teórico".

8 Stephan Fuchs y Steven Ward (1994), "What is deconstrucción, and where and when does it take place? Making facts in science, building case in law", *American Sociological Review*, vol. 59:481-500.

9 Sergio Zermeño (1990), "Los intelectuales y el Estado en la década perdida", RMS, 52: 213-236.

plinas que no lograron conformar una comunidad intelectual; y por otra, por las diversas confrontaciones en el plano teórico e ideológico que al mismo tiempo que centraron la atención en lo que se asumió como limitaciones, denunciaron sus implicaciones políticas y le atribuyeron un valor instrumental ligado a los intereses de las élites dominantes.

El auge y generalización de las teorías de la dependencia, del marxismo y de la sociología crítica en cambio, coincidieron con el momento de consolidación institucional, de expansión de la matrícula y de la ampliación y diversificación acelerada de la infraestructura universitaria (Torres Rivas 1989; Osorio 1993; Andrade; 1993). Los procesos de profesionalización de la disciplina y la conformación de una comunidad académica (especializada en investigación y docencia) tuvieron lugar en un contexto social que presionó hacia la radicalización de posiciones e inclusive a la confrontación política, por lo que no fueron pocos los casos en los que se precipitó una adopción doctrinaria y débilmente crítica de las conclusiones de los debates que tenían los líderes intelectuales nacionales y extranjeros.

La generalización de la perspectiva de una ciencia social crítica y comprometida agudizó la tensión entre los planteamientos teóricos sustentados en los intereses científicos y la necesidad de asumir compromisos del contexto social, en particular de aquellos identificados con las clases sociales y los grupos considerados progresistas y con potencial de transformar la sociedad. Por otra parte la pretensión de contrarrestar las influencias ideológicas de una sociología identificada con el equilibrio funcional del orden existente debilitó la formación teórica.

El ocaso del modelo de formación profesional sustentado en la sociología crítica se relaciona tanto con la agudización de los desequilibrios institucionales, la reorientación neoliberal de las políticas públicas y la contracción del mercado de trabajo, como con la escasa fundamentación teórica en que fue adoptado. Pero sobre todo se relaciona con la débil forma en que se pretendió resolver la exigencia de asumir compromisos radicales con la fundamentación científica en un contexto social e institucional que privilegiaba el uso instrumental del conocimiento.

Del análisis de la producción reciente, resulta evidente que más que abandono, sustitución e inclusive rechazo de los planteamientos ligados al marxismo, al funcionalismo, a los estructuralismos, observamos una creciente de los enfoques y multiplicación de comunidades identificados con ellos en la medida que a la vez que se continúan realizando investigaciones orientadas por estos planteamientos, se promueve la revisión y discusión tanto de sus fundamentos como de nuevas aplicaciones, y se formulan reflexiones que pretenden superar sus limitaciones o inclusive complementarlas con otros enfoques. En este sentido dichos planteamientos continúan vigentes a través de los investigadores e intelectuales identificados con ellos.¹⁰

Ante la constatación de la insuficiencia de los planteamientos holistas -bajo los orígenes diversos que han sido apuntados- una amplia porción de la comunidad académica ha optado por discutir las posibilidades del desarrollo teórico. Tres tendencias se destacan en este proceso:

En primer lugar una tendencia de corte teórico-metodológico, resultado de un empleo crítico de la teoría que ha puesto de manifiesto que las formas vigentes de crear el conocimiento bajo la orientación de los enfoques holistas, “pan-explicativos” u “omnicomprensivos”, en particular de base estructural, resultan insuficientes (Duhau, L. Girola y A. Azuela 1988; Girola y Zabludovsky 1991; Girola y Olvera 1994).

La segunda tendencia que se destaca es la creciente ampliación de temas de interés, de manera simultánea a la reafirmación de los temas tradicionales y a la diversificación de las prácticas científicas. Así, paralelamente al tratamiento de la cuestión de las clases sociales, se generaliza el interés por los sujetos, los nuevos actores y los movimientos sociales; conjuntamente a los estudios sobre la explotación, la desigualdad y la pobreza, se desarrollan estudios sobre la marginación y la inserción informal a la economía y la sociedad; a la par de los temas sobre la cuestión de la democracia, la naturaleza del sistema político y el Estado, se promueven trabajos sobre el nuevo papel protagónico de los movimientos sociales. El creciente interés por lo específico, por la conceptualización de las formas de acción y de organización social, y por las dimensiones subjetivas de la vida social, es posible una vez que la exigencia del rigor teórico circunscrito a los enfoques estructurales se ha reemplazado, o al menos conciliado, con otros criterios de fundamentación del conocimiento científico.

En tercer lugar se destaca como tendencia el creciente interés por perspectivas alternativas que se expresa de varias formas: de una parte como la recuperación de planteamientos que habían sido detenidos durante las etapas precedentes. Así observamos tanto el interés renovado por los clásicos de la sociología entre los que se destacan Durkheim¹¹ y Weber¹² y, de manera excepcional, Parsons;¹³ como también la reivindicación

10 Entre los artículos publicados en los últimos cinco años que analizan cuestiones relacionadas con el marxismo como perspectiva teórica se destacan los siguientes: Enrique de la Garza Toledo (1989), *Op. cit.*; Louis Panabiere (1989), “Economía política en los ensayos de Jorge Cuesta”, RAIS. 51(2):321-335; Josenh Ferraro (1990), “El problema del humanismo en el Marx maduro” PAS 90: 293-317; Jorge Fuentes (1990), “La relación campo-ciudad”, Polis, 90:255-272, Pablo González Casanova (1990), “La crisis del mundo actual y las ciencias sociales en América Latina”, AS, 3(3):93-104; Ma. Guadalupe Acevedo L. (1991), “Interdisciplina en ciencias sociales. Un legado para su desarrollo”, AS, 4(2/3):93-109; Lucio Oliver (1991), “El difícil retorno...Marxismo y Sociología a fines del siglo XX”, AS, 4(1):137-152; Luis Salazar C. Marxismo, socialismo y revolución (reflexiones ante el derrumbe del ‘socialismo real’), S. VI (15) 107: 122; Thomas Koelble (1991), “Nuevos movimientos sociales, postmarxismo y estrategia socialismo”, RMS, 53(2):223-233; Miguel González Madrid (1992), “El análisis político de coyuntura. En torno a ‘El dieciocho brumario de Luis Bonaparte’”, Polis, 92; Gabriel Almond (1992), “El retorno al Estado”, S, VII (19):241-269; José Cenobio Briones Sánchez (1993), “El estudio de la cuestión agraria hoy”, TS, 1(1):9-11; Juan Molinar Horcasitas (1993), “Escuelas de interpretación del sistema político mexicano”, RMS, 55(2):3-56

En relación las discusiones en tomo al funcionalismo se han publicado los siguientes trabajos: Gerald Turkel (1990), “El debilitamiento de las tensiones: Parsons acerca del individuo y la sociedad”, ES, 8(24):603-621; Jeffrey Alexander y Paul Colomy (1992). “El neofuncionalismo hoy; reconstruyendo una tradición teórica”: S, VII (20):195-236; Gabriel Almond (1992). “El retorno al Estado”, S. VII (19):241-269; Jorge Morales Moreno (1988), “Discurso. urbanismo v ciudades: de la Ciudad de la Razón a la Ciudad de México”, S. 111 (6):35-71; Virginia Sánchez Rubio (1988), “Algunas notas sobre la distinción entre acción estratégica y acción comunicativa. Comentarios al trabajo de Jeffrey Alexander”, S, III (7/8):131-154; José Hernández Prado (1992), “Tradiciones de investigación y presuposiciones generales en la sociología”, S, VII (20): 147-158.

Entre los trabajos en los que se emplea la teoría de la dependencia, sus categorías o se discuten sus planteamientos se destacan: Walter L Bemecker (1989), “El poder de los débiles: acerca del debate sobre el desarrollo ‘dependiente’ de México en el siglo XX”, RMS. 51(2):377-412; Eckhard Deutscher (1989), “La búsqueda de la identidad en Latinoamérica como problema pedagógico”: RMS, 51(3):251-262; Leopoldo Zea (1989), “Liberación nacional y socialismo en América Latina”: RMS, 51(3):149-163’, Margarita Carnarena Luhrs (1990), “Homogeneización del espacio”, RMS. S~(3):35-48; Raúl Conde (1991), “La capacidad biotecnológica de México frente al Tratado de Libre Comercio”, RMS, 53(2):55-69; Jaime Osorio (1993), “La democracia ordenada (análisis crítico de la nueva sociología del Cono Sur latinoamericano)”, ES, 11(31): 111-132; Danilo Martucelli y Maristella Svampa (1993), “Notas para una historia de la sociología latinoamericana”, S, IX (23); Cristóbal Kay (1993), “Estudios del desarrollo, neoliberalismo y teorías latinoamericanas”, RMS, 55(3): 31-48.

11 Juan Carlos Geneyro (1988). “E Durkheim: la racionalidad pragmática y la democracia”, RIS, 2(1-2): 297-319; Javier Uribe y Teresa Acosta (1990), “La psicología social en la perspectiva durkheimiana”, PAS, 90: 359-372; Mario Padilla Pineda (1990), “Durkheim y la formación social de la subjetividad”, S, V (14): 91-108; Emilio de Ipola (1992) “La democracia en el amanecer de la sociología”, RMS, 54(2): 215-232.

12 Bertha Lerner de Sheinbaum (1993), “La visión de la historia en Marx y en Weber”, RMS, 45(4):1115-1142; Max Weber (1986), “George Simmel como sociólogo”, S, (1):81-85; Francisco Gil Villegas (1986), “Max Weber y George Simmel”, S (I): 73-79; Eduard Weiss (1987), “La articulación de formas de dominación patrimonial, burocrática y tecnocrática: el caso de la educación pública en México”, ES, 5(14): 233-248; Luis Salazar C. (1987), “Materialismo y Política”, S, II (3): 9-19; José Hernández Prado (1988), “Sobre la relación entre sujeto moral y actividad política en Max Weber”, S, III, (6): 11-23; Vania Salles (1988), “Un acercamiento a los textos agrarios de Max Weber”, AS, 3 (3): 105-122.

13 Benetta Jules-Rosette (1990), “Talcott Parsons y la tradición fenomenológica en la sociología. Un debate no resuelto”; S, V (12):403-427; Catherine Nelson (1986), “Reflexiones en tomo a la Sociología parsoniana y ‘La Condición Humana’”, S, I. (1):27-44; Wolfgang Schluchter (1990), “Sociedad y cultura. Reflexiones sobre una teoría de la diferenciación institucional”, S, V (12):349- 385; Gerald Turkel (1990), “El debilitamiento de las tensiones: Parsons acerca del individuo y la sociedad”, ES, 8(24):603-

de enfoques que si bien no son nuevos, habían sido ignorados o escasamente atendidos como la hermenéutica, el individualismo metodológico, el interaccionismo simbólico,¹⁴ la Teoría Crítica, la etnometodología y la fenomenología. Y por otra parte, esta tendencia adopta la forma de una exploración teórica interesada en dar a conocer las nuevas síntesis teóricas: el neofuncionalismo, la teoría de la acción comunicativa, la sociología accionalista y la teoría de la estructuración.

Sin embargo, también hay que destacar que en este interés por la renovación de las tradiciones, por la reinterpretación de los clásicos y por nuevas propuestas que ha prestado escasa atención y valoración a la trayectoria mexicana y latinoamericana.¹⁵

4. Diversificación de comunidades y redefinición de los consensos en torno a las tradiciones

En el caso de la sociología mexicana y latinoamericana observamos que en el momento actual coexisten diversos enfoques y formas de prácticas científicas como perviventes de las etapas precedentes. Su sobrevivencia se debe en parte a la conservación de núcleos teóricos reafirmados tanto por los debates y reelaboraciones como por la generalización rutinaria de prácticas de construcción y reproducción del conocimiento por los integrantes de dichas comunidades a manera de seguidores del paradigma.

Se trata de una situación que corresponde a una diversificación de la comunidad científica, paralela a la ampliación y crecimiento de la actividad académica, a la actualización de los enfoques, a la consolidación de prácticas científicas diversas, y a la especialización de las disciplinas.

Así, lo que se ha dado en identificar como desplazamiento de teorías e inclusive paradigmas corresponde más bien a un predominio diferencial producto del proceso de conformación de las comunidades con la concurrencia de intelectuales procedentes de tradiciones, modelos formativos y proyectos académicos diversos. El carácter heterogéneo de la comunidad, ligado a este proceso de constitución y redefinición de consensos permite entender las relativamente inestables fronteras que demarcan generaciones, comunidades, tradiciones y culturas científicas.

Este proceso de diversificación de la comunidad académica se expresa también en la redefinición de los consensos en torno a las tradiciones y en la diversificación de identidades intelectuales (teóricas e ideológicas) y de las prácticas de investigación científica.

La imposibilidad de afirmar planteamientos teóricos y resultados de investigación de manera definitiva -a pesar de la renuencia a reconocerlo alienta y reaviva polémicas que en un momento dado se asumieron como resueltas -aunque de manera parcial- posibilitando el desarrollo teórico. Así el ideal del avance científico no es ni el triunfo de una perspectiva, ni la consumación garantizada de su potencial heurístico, ni la generalización del consenso. Por el contrario, es el reforzamiento de las tradiciones y de las prácticas científicas, así como de la búsqueda de alternativas con sustento en un tratamiento crítico de las formas de hacer ciencia y la discusión del rigor teórico-metodológico, no en la superficialización del debate y la adscripción precipitada a los planteamientos prestigiados.

La continuación de los debates y la reanimación de aquellos que en un momento dado fueron considerados como resueltos, favorece la incorporación de nuevos resultados y la revaloración de aquéllos dados por sentado. La incorporación de nuevas temáticas no está reñida con la recuperación de las temáticas precedentes. En cada fase del debate, las hipótesis, las categorías y las construcciones conceptuales y empíricas pueden ser retomadas, inclusive por los enfoques alternativos, favoreciendo el enriquecimiento de sus alcances y la constatación de sus límites.

El eventual predominio de enfoques, su coexistencia y sus dinámicas de cambio y la redefinición de comunidades en torno a ellos se relaciona con un rasgo central de las ciencias sociales en general: la sobre determinación teórica del dato y el carácter plural de las interpretaciones. Lo que no significa que una disciplina como la sociología esté en condiciones de producir conocimientos científicos y desarrollar interpretaciones de la realidad valoradas como intersubjetivas sólo hasta que haya logrado dirimir los problemas de su fundamentación. Por el contrario, como cualquier otra disciplina científica, la sociología reflexiona en torno a las formas desarrolladas para abordar sus objetos de estudio y regularmente monitorear su trayectoria. Una práctica disciplinaria que deriva a la vez en el replanteamiento de problemas, la revitalización de los debates, la redefinición de consensos y la reconstitución de comunidades, reproduciendo la diferenciación de escuelas. Un proceso que a su vez se traduce en intersecciones de comunidades, reorientación del sentido del desarrollo teórico y génesis de contradicciones al interior de las tradiciones y perspectivas desarrolladas.

La pérdida de centralidad de los enfoques holistas, o crisis de paradigmas, corresponde entonces a la reconfiguración de los consensos y de las formas de reconocimiento en torno a sus posibilidades heurísticas. Se trata de un proceso que opera en el plano de la forma en que se generan consensos en torno a lo que se considera como explicaciones o interpretaciones plausibles o válidas y sobre las prácticas de construcción conceptual reconocidas como apropiadas para los intereses del conocimiento; y no en función de la resolución definitiva de los debates teóricos, ni de la acumulación de evidencias incuestionables. Pues en rigor no es posible determinar ni demostrar la superioridad o la refutación de un paradigma ni de sus recursos teóricos, empíricos o metodológicos de manera irrevocable, reproduciendo con ello a su vez la imposibilidad de afirmar consensos definitivos.

Los consensos en torno a los núcleos teóricos reproducen las tradiciones y simultáneamente las comunidades que las sustentan. Sin embargo, esta reproducción tiene un carácter dinámico en la medida que conforme progresa la propia reflexión sobre sus fundamentos, son aportados nuevos elementos por la investigación empírica y consiguientemente se redefinen los consensos en torno a los componentes y contenidos del paradigma.

En la periferia del núcleo teórico del paradigma, e inclusive de la disciplina, el tratamiento de los temas en cuestión favorece la articulación

621.

14 Entre los trabajos que se plantean cuestiones relacionadas con la hermenéutica se destacan los de Margarita Olvera Serrano (1992), "Hermenéutica y teoría social", S, VII (20):53-93; y Mercedes de Vega Armijo (1993), "¿Modelos científicos o interpretación creativa?", PAS, 93.

Entre los trabajos referidos al individualismo metodológico: Luis Salazar C. (1990), "Individualismo, teoría y política", S, V (14):35-48; Paulette Dieterlen (1990), "El individualismo metodológico", S, V (14):273-289; Víctor Hugo Martínez Escamilla (1990), "Notas sobre el individualismo y la sociología norteamericana de principios de siglo", S: V (14):311-321; José Octavio Nateras Domínguez (1990), "Incapacidad aprendida: ¿del laboratorio a la Sociedad?", PAS, 90:373-396; Corina Yturbe (1990), "Individualismo metodológico y holismo en las explicaciones de las ciencias sociales" S V (14):49-61; René Millán (1991), "Calidad de vida: noción cultural y derivación política. Apuntes", RMS, 53(1): 153-165; Alejandro Cervantes Carson (1993), "Entretejiendo consensos: reflexiones sobre la dimensión social de la identidad de género de la mujer", ES, 11(31):237-264; Fernando Escalante (1993), "Los límites del optimismo. Un argumento liberal a favor del Estado"; ES, 11(32):399-417; María García Castro (1993), "Identidad nacional y. nacionalismo en México", S, VIII (21):31-42; María Luisa Tarrés (1993), "El movimiento de mujeres y el sistema político mexicano: análisis de la lucha por la liberalización del aborto, (1976-1990)", ES, 11(32):365-397.

Entre los que se refieren a las perspectivas interaccionistas podemos mencionar: Marie Odile Marion (1990) "El desarrollo económico y su impacto en las estructuras sociales e ideológicas de la comunidad lacandona", S, V (13):207-226; Estela Serret B. (1990), "La subjetividad. femenina en occidental moderna", S, V (14):155-169; Miguel Angel Aguilar D. y César Cisneros Puebla (1990), "La continuidad del presente: una visión desde la psicología social y psicología política", S, V (14):63-76; Miranda López Francisco (1992), "Descentralización educativa y la modernización del Estado", RMS, 54(2): 19-44.

15 En este sentido se destacan los trabajos recientes de autores como F. Castañeda, L. Girola, R. Farfán, J. Hernández Prado y Laura Cházaro que se interesan por el análisis de las décadas precedentes. Un ejercicio intelectual que va más allá de los homenajes, por ciertos merecidos, en la forma de una revisión crítica y una valoración teórica de la trayectoria y de sus contribuciones a nuestra sociología. En el caso de la sociología latinoamericana destacan los esfuerzos recientes de Jaime Osorio, Ricardo Yocelovsky, Ruy Mauro Marini, Margara Millán, Raquel Sosa, Lucio Oliver, entre otros.

de elementos diversos, volviendo menos nítidos los límites del paradigma, permitiendo la diversificación de las formas de problematización y abriendo la oportunidad de conciliar enfoques diversos y, con ello, la intersección de las comunidades académicas.

La génesis de las tendencias que reafirman o transforman las tradiciones y promueven los enfoques alternativos opera en el marco de una compleja y profunda reelaboración conceptual a cargo de un número reducido de precursores, sistematizadores o renovadores, es decir, de los líderes intelectuales reconocidos por las comunidades por sus aportes en gran medida producto de una actividad intelectual que ha asimilado y procesado los debates precedentes. La generalización de estas tendencias es llevada a cabo por los practicantes de la disciplina a manera de seguidores de la tradición o paradigma. La práctica académica disciplinaria, como generación de nuevos conocimientos, reproducción del saber y formación de nuevas generaciones de profesionales, es una actividad que da por sentado los elementos básicos de los paradigmas predominantes; una práctica que no siempre se acompaña necesariamente de la discusión autorreflexiva y que es menos capaz de reconocerlo de lo que supone. Son pocos los casos en los que el llamado “cambio de paradigmas” se ha llevado a cabo por desahogo de la discusión. La importante influencia ejercida por líderes intelectuales (nacionales o extranjeros, pero sobre todo estos últimos) coincide con la escasa consolidación de las tradiciones teóricas y con las formas de arraigo de la discusión del núcleo teórico, quedando generalmente limitada a los reducidos enclaves de “especialistas” en ciertos temas centrales a la disciplina y que permanentemente exploran la teoría sociológica o la filosofía y la epistemología de las ciencias sociales. Entre los líderes intelectuales y los practicantes académicos de la disciplina, de acuerdo con referencias precedentes, podemos distinguir un grupo de autores interesados en aspectos centrales de la teoría sociológica que, sin llegar a conformar una comunidad (Girola y Zabludovsky 1991), trabajan sobre una diversidad de temas, comprenden diversos paradigmas, han adoptado una actitud plural teórica y metodológica y que, no obstante que se asumen como diletantes de la teoría sociológica, se destacan por actuar como verdaderos pioneros¹⁶ y procesadores de los puntos de contacto entre diversos niveles, temas, problemas y dimensiones de la reflexión teórica.

Esta diversificación de la comunidad académica, la diferenciación de sus prácticas y la pluralidad y alternancia de orientaciones predominantes nos muestran que no se trata sólo de crisis de paradigmas, sino de que las prácticas de hacer sociología, y debemos remarcar, las prácticas rutinarias de hacer sociología -y sobre todo en el ámbito de la docencia- no han logrado arraigar la dimensión reflexiva de la crítica teórica. La influencia de las “modas” intelectuales, la presión de la renovación ligada al reconocimiento por “pares” y a la competencia por el prestigio y el acceso a los siempre limitados recursos de apoyo, son factores sociales que intervienen de manera importante en el proceso, provocando la desatención de problemas teórico-metodológicos. De ahí la rápida generalización de enfoques y también su rápido abandono como tendencias generalizadas sin que sea mediado por un proceso de depuración y valoración de sus alcances y limitaciones a cargo de las comunidades científicas. La pretensión de “renovación” y de “superación de las tradiciones” en condiciones de una débil fundamentación teórica explica que los cambios de paradigma y su crisis como disolución de consensos se acompañen de la pérdida del debate, o al menos de su superficialización,¹⁷ de la fragmentación de los planteamientos teóricos y de la generalización del escepticismo.

Reconocer esta situación conduce a la necesidad de explicar por qué los planteamientos son reemplazados o abandonados y cómo restaurar la reflexión teórica y el debate como parte consustancial a la práctica científica, a fin de posibilitar el desarrollo teórico, más que el desplazamiento de perspectivas, y ponderar con mayores elementos sus ventajas y limitaciones.

5. Coexistencia de tradiciones, diversificación de comunidades y pluralidad de prácticas

La constitución de tradiciones intelectuales y su reproducción, por un lado, y la coexistencia de diversos enfoques, por otro, influyendo rectamente en la conformación de las comunidades académicas. Entre los niveles de identificación comunitaria que subyacen a una disciplina como la sociología podemos reconocer los siguientes: por un lado los de carácter disciplinario; es decir, los elementos culturales propios de la ciencia en general y los específicos de las ciencias sociales, de la sociología, de sus especialidades, de las tradiciones y de los paradigmas reconocidos en cuanto tales. De otra parte los referidos a los entornos de carácter social e institucional: la nacionalidad la generación cultural, los sistemas educativos de formación, los establecimientos especializados en investigación y docencia y la profesionalización.

Evidentemente los niveles anteriores de ninguna manera son excluyentes, más bien correlativos y se combinan de distinta forma. La constatación de estos niveles de integración de las comunidades científicas ha sido una de las contribuciones de la sociología de la ciencia¹⁸ misma que se expresa en la importancia que ha cobrado en los enfoques recientes la inclusión de la noción de comunidad en términos lingüísticos, epistémicos y de interacción social como una forma directa para abordar la diversidad de niveles de integración de las comunidades científicas.¹⁹

Uno de los rasgos distintivos del desarrollo de una disciplina es su creciente especialización, en respuesta tanto al proceso de delimitación teórico-analítica de su(s) objeto(s) de estudio a la discriminación de niveles diferenciados de constitución de lo social, como de la diversificación de comunidades intelectuales identificadas con perspectivas teóricas y con modalidades de práctica científica. Cada una de estas formas de reconocimiento de la producción sociológica nos remite respectivamente a los objetos de estudio, a las trayectorias de las diversas formas de tratamiento y a las tradiciones, sus núcleos teóricos y el acervo de conocimientos sustantivos disponibles.

La consolidación diferencial de las especializaciones a la par de la prominencia diferenciada de las tradiciones intelectuales conduce, entonces a reproducir la diversificación de las prácticas científicas y la heterogeneidad de las comunidades. Hablar de sociología es, en última instancia, hablar de sociologías por las diversas orientaciones conceptuales, las distintas especializaciones y los diversos entornos institucionales de

16 Gerard Radintzky (1968), *Contemporary schools of metascience*, Henry Regnery Co. Chicago, p. 9.

17 Hugo Zemelman, “Los desafíos del conocimiento socio histórico”; J. Osorio, “La sociología latinoamericana: tendencias y perspectivas”, R. Yocelovsky, “Los paradigmas de las ciencias sociales en América Latina” en J. Felipe Leal y Alfredo Andrade Carreño *et al.*, *Op.cit.*

18 Los estudios teóricos han privilegiado la atención en tomo a los paradigmas como principal esfera de constitución de una comunidad en la acepción convencional de la filosofía de la ciencia no obstante que, como lo ha puesto de manifiesto Masternan (1970), la noción en su acepción kuhniana incluye una dimensión sociológica: La generalización de la noción y su uso convencional en sentido general alude a una identificación con las nociones afines de *tradición* (en cuanto al proceso de transmisión de generación en generación) o *escuelas* (en relación a precursores y continuadores, maestros y alumnos), *corrientes* o *tendencias* (en relación a la vigencia y prominencia de los enfoques), para referir a los atributos de continuidad y reproducción tanto de las formas de producción y difusión del conocimiento como de reproducción y renovación de las comunidades. Cada uno de estos énfasis si bien corresponde a nociones diversas de comunidad, de su conformación y de su práctica científica, coinciden en reconocer la existencia de consensos en tomo a un conjunto de postulados básicos -sean éstos exclusivamente teóricos o inclusive metateóricos- y de criterios sobre la práctica científica.

19 La mayoría de las reconstrucciones del desarrollo de la sociología y de las ciencias sociales en nuestro país han sido realizadas bajo una orientación práctica, relativamente improvisada y en el mejor de los casos con una influencia, aunque laxa, de la sociología del conocimiento clásico, por ejemplo de Mannheim. No obstante este rasgo, la sistematización de elementos empíricos ha resultado provechosa para la introducción de análisis e interpretaciones propiamente sociológicas del desarrollo de la disciplina. Sólo recientemente bajo la influencia de los planteamientos constructivistas y de las polémicas en tomo a la concepción paradigmática y de la sociología de la ciencia del *Programa Fuerte*, se abre paso una perspectiva que se interroga sobre el porqué de los cambios conceptuales: los desplazamientos de teorías; las particularidades de las comunidades y de las prácticas científicas, la influencia del entorno institucional, social y cultural; el estatuto de la teoría, etcétera.

los cuales depende su desarrollo.

La especialización de la sociología mexicana ha favorecido la consolidación de áreas de interés sobre los siguientes temas: en primer lugar, los contextos urbano y rural como ámbitos de configuración de relaciones de clase, de expresión de demandas sociales, de conflictos políticos, de organización de grupos sociales, de desarrollo de formas de vida y de expresiones culturales. En segundo lugar, una área de interés en la vida económica, centrando la atención en la economía nacional, los sectores productivos, los procesos de producción y las condiciones de trabajo. En tercer lugar, los estudios referidos al Estado, el sistema político, los obstáculos de la democracia, los partidos políticos y los procesos electorales. Como una prolongación diferenciada de esta área se destaca la atención a las acciones de gobierno y las políticas públicas, considerando su vinculación con los modelos económicos, las necesidades del sistema político y los intereses de clase. En cuarto lugar, las clases sociales, con especial atención a los obreros, los campesinos y los diversos productores rurales, y, recientemente, los empresarios. En este tema destaca la atención sobre su historia y configuración, las relaciones económicas y políticas, sus intereses, sus formas de acción política y de organización. Otro tema general lo constituye la población, sus características demográficas, sus dinámicas de cambio y las condiciones de vida. Conectado a este tema se encuentra el estudio de las necesidades sociales, entre los que se destaca la atención a la vivienda, las condiciones de trabajo, la educación y en menor medida la salud. Las características del sistema educativo, del sistema científico y, recientemente, los nuevos ámbitos de desarrollo tecnológico.

La incorporación de nuevos enfoques y sus formas de problematización, sobre todo a partir de la segunda mitad de la década de los años ochenta, ha promovido el desarrollo de áreas de interés como el estudio de los movimientos sociales; las formas de expresión cultural; la cuestión del género - y en particular la situación de la mujer-; el medio ambiente y la ecología; y los derechos humanos.

De manera transversal a todas estas áreas se destaca el estudio de la sociología. Sin que se la pueda considerar como un área de conocimiento propiamente dicha, se observa un interés permanente por cuestiones referidas a la propia disciplina, y por extensión a las ciencias sociales en general. Los temas principales son su fundamentación científica, el análisis de los problemas teórico-metodológicos y las reconstrucciones de la trayectoria de la disciplina o de sus áreas especializadas. Estos trabajos en ocasiones forman parte del interés por la educación superior y la enseñanza de las ciencias sociales. Una condición que expresa la particularidad de que se trata de una disciplina en la que un sector importante de sus practicantes se interesa permanentemente por analizar tanto su capacidad de representar conceptualmente la realidad, de demarcarse frente a las formas de práctica inmersas en la propia realidad, de tomar conciencia del grado de veracidad u objetividad de sus construcciones y de fundamentar tanto los alcances de su producción como de las prácticas dirigidas a la formación de nuevas generaciones.

6. Desarrollo teórico y avance del conocimiento

Existen pocos elementos sistematizados sobre el sentido del avance del conocimiento. Los estudios interesados en dar cuenta de la trayectoria de la disciplina y sobre todo de sus especializaciones o temas de interés se han caracterizado por una forma de tratamiento generalmente descriptiva. Sólo recientemente se ha perfilado un tratamiento explicativo (Castañeda 1989 y 1994; Girola 1986, 1989 Y 1993; Duhau *et al.* 1989; Farfán 1991 y 1993).

De la revisión de los trabajos que han reconstruido la trayectoria de la sociología, de sus temáticas y de sus especializaciones en nuestro país, se destaca que por desarrollo teórico se reconoce, según las perspectivas dominantes, alguna de las siguientes posibilidades:

- 1) *Desarrollo intraparadigmático*, consistente en la ampliación de los aspectos de la realidad que son abarcados por las teorías vigentes, ampliando la cobertura del paradigma en que se inscriben. En este caso la validez de las teorías y sobre todo su potencial heurístico se considera que son puestas a prueba en su capacidad de mostrar o inclusive demostrar su adecuación con los aspectos de la realidad. En esta apreciación predomina la concepción de una ciencia que progresa por incremento y acumulación de su contenido de conocimiento o expansión hacia nuevos ámbitos de aplicación. Este enfoque se observa en los estudios sobre el desarrollo de la disciplina bajo la influencia del positivismo en las décadas de 1940 a 1960²⁰ y bajo la sociología crítica en los estudios de la década de 1960.²¹
- 2) *Sucesión o reemplazo de enfoques o paradigmas*. En este caso la ampliación del acervo de conocimientos deriva de la prominencia de “nuevas” perspectivas que, gracias a su superioridad heurística, su mayor argumentación teórica, o los recursos de sustentación empírica, logran articular más resultados de investigación o al menos alcanzan la generalización de consensos en tomo a la explicación o comprensión de facetas de la realidad. En esta concepción escasamente se reconoce la posibilidad de coincidencia de diversos enfoques, o la generalización de los consensos y no se cuestiona la pretensión de refutación definitiva de teorías. Este es el caso de los estudios desarrollados durante la década de 1970.²²
- 3) *Cambio en las formas de problematización de la realidad, de tratamiento de los objetos de estudio o de las modalidades de práctica científica asociadas*. En este caso el cambio puede efectuarse al interior de las perspectivas o paradigmas, por la confluencia de diversas orientaciones teóricas, por convergencia de disciplinas; o por la emergencia de planteamientos alternativos. Este es el caso tanto de los cambios en el empleo de categorías²³ como del impulso de formas plurales de investigación de aquellas que se identifican con las propuestas sintéticas²⁴.

20 Carlos Echánove Trujillo (1953), “La sociología en México”, en *La sociología en hispanoamérica*, Imprenta Universitaria, La Habana; Raymond Lenoir (1954), “La Sociología en México”, RMS, 1:93-103; Emile Sicard (1957), “Panorama de la sociología mexicana”, RMS, 3:791-813; Lucio Mendieta y Nuñez (1965), “La sociología en México”, RMS, 27(2):373-389.

21 Fernando Holguín Quiñones (1961), “Evolución histórica de la investigación social directa en México”, RMCPS, octubre-diciembre; Aurora Loyo y Ledda Arguedas (1979), “La institucionalización de la Sociología en México”, *Sociología y Ciencia Política en México*, México, UNAM.

22 Manuel Villa Aguilera (1973), *Ideología oficial y sociología crítica en México*, CELA, FCPyS, UNAM. *Estudios*, núm. 16; Jorge Graciarena (1977), “Las ciencias sociales, la crítica intelectual y el Estado tecnocrático Una discusión del caso latinoamericano”, en *Poder y desarrollo en América Latina. Estudios sociológicos en homenaje a José Medina Echavarría*, México, FCE; Luis Ratinoff (1977) “Las ciencias sociales y el desarrollo reciente en América Latina”: en *Poder y desarrollo. Sociológicos en homenaje a José Medina Echavarría*. México, FCE; José Luis Reyna “La investigación sociológica en México”, en *Sociología y Ciencia Política en México*, México, UNAM.

23 Liliana de Riz (1977), “Algunos problemas teórico-metodológicos en el análisis sociológico y político de América Latina”, RMS 39(1): 873-885; Mario H. Otero (1979), *Ideología y ciencias sociales*, México, Coordinación de Humanidades, UNAM; Alfredo Gutiérrez Gómez (1991), “Nuevos paradigmas teóricos”, AS, 4(2/3):115-135; Jaime Osorio (1993), *Op. cit.*, y (1995) *Las dos caras del espejo: Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana Editores; Ricardo Yoclevsky (1994), *Op. cit.*

24 Lidia Girola (1986), *Op. cit.*; E. Duhau, L. Girola y A Azuela (1988), *Op. cit.*; Raquel Sosa Elizaga (1989), “El desarrollo de las corrientes contemporáneas de América Latina. Pensamiento y realidad social”; en *Estudios Latinoamericanos*, México, CELA-FCPYS, UNAM; E. de la Garza (1989), *Op. cit.*; L. Girola y G. Zabudovsky (1991), *Op. cit.*; L. Girola y M. Olvera (1994), *Op. cit.*

Las tres concepciones del desarrollo teórico están implicadas con la interpretación del estado actual de la ciencia como crisis de paradigmas. Las concepciones del cambio intraparadigmático y de sucesión o reemplazo de paradigmas coinciden en asumir que un tipo particular de construcción del conocimiento se evidencia como fallido una vez que sus implicaciones teóricas no corresponden con, o no se adecúan a la realidad. En el caso del cambio de las formas de problematización, el énfasis es puesto en la capacidad de autocrítica o monitoreo de las prácticas de conocimiento y de las estrategias desarrolladas para aproximarse a la realidad, en un proceso donde las formas de tratamiento empírico se subordinan a los marcos conceptuales desde los cuales se construye el dato.

Las diferencias de apreciación sobre el desarrollo teórico se relacionan con las concepciones de ciencia y de práctica científica compartidas por una comunidad y, por tanto, con la concepción de aquello que juega un papel definitivo en el proceso cognitivo y en la comparación de los acervos de conocimientos producidos por los diversos enfoques; es decir, de su capacidad para descifrar y explicar la realidad y los criterios que las sustentan.

En relación a las formas de desarrollo teórico y la constatación de las formas efectivas en las que ha operado el avance del conocimiento, con base en los elementos proporcionados por los diagnósticos y de la revisión de la producción reciente, podemos apuntar que en la sociología mexicana han operado en los años recientes los siguientes cambios:

En primer lugar, la redefinición de los consensos en torno a los núcleos teóricos que sustentan las tradiciones intelectuales y, en particular los paradigmas que rigen el trabajo científico.

En segundo lugar, la emergencia de consensos en torno a nuevos planteamientos. En este caso, se han introducido diversos enfoques, aunque todavía no se puede hablar de tradiciones constituidas ni de paradigmas propiamente dichos, tanto por el carácter crítico y relativamente de los elementos incorporados como también por los todavía escasos resultados de investigación empírica. En este sentido se trata de enfoques que todavía se encuentran en una etapa preliminar de desarrollo y que tienden a generar el disenso respecto de las tradiciones precedentes.

El resultado de la combinación de ambos procesos ha sido el descentramiento de los enfoques holistas y estructurales y la relativización de sus núcleos teóricos. En este contexto las posibilidades del desarrollo teórico se sustentan en los siguientes factores: la introducción de nuevas formas de problematización; la ampliación de los aspectos y niveles de la realidad considerados; la incorporación de nuevas categorías y la reelaboración de aquellas aportadas por las tradiciones; el impulso de la discusión intra e interparadigmática con base en la consideración de los nuevos aportes y del cuestionamiento de los precedentes.

La valoración de los aportes teóricos y empíricos, la discusión del rigor analítico y metodológico y el impulso del debate entre diversos enfoques son las bases del enriquecimiento de los planteamientos y del estímulo de la reelaboración teórica.

Las contribuciones de los diagnósticos y de los estudios críticos sobre las tradiciones y los enfoques renovadores permiten destacar como elementos de sustento del desarrollo teórico los siguientes:

- a) la disponibilidad de elementos conceptuales diversos, es decir, las teorías, las categorías, los instrumentos teóricos y metodológicos;
- b) el cuestionamiento de los enfoques globalizadores, las concepciones monocausales y las explicaciones reduccionistas, el interés por la especificidad y las formas concretas de expresión de los fenómenos sociales;
- c) con la pérdida de centralidad de los enfoques estructurales y sus categorías se produce la introducción de conceptualizaciones más elaboradas sobre la temporalidad, los procesos de estructuración la determinación y los mecanismos causales; la comprensión de las formas de intervención de las dimensiones subjetivas;
- d) el reconocimiento del carácter interpretativo de las formas de constitución y reproducción de lo social;
- e) el reconocimiento de que la práctica científica en todas sus dimensiones está mediada por orientaciones teóricas y metateóricas; de la sobredeterminación teórica del dato; y del carácter interpretativo de la ciencia social;
- f) la adopción de una actitud plural frente al rigor de los sistemas teóricos autosustentados.

Con base en estos elementos podemos apreciar que la cuestión del desarrollo teórico depende de las posibilidades de arraigo y desarrollo de una noción compleja de lo social y de formas de práctica científica orientadas por una actitud flexible y plural.

Esta práctica científica flexible y plural incluye el empleo de elementos generados en perspectivas diversas, la ampliación de elementos involucrados en el análisis, una construcción conceptual capaz de articular y sintetizar formulaciones teóricas complejas.

La conciliación de los aspectos procedentes de perspectivas diversas no asume la forma de eclecticismo, sino de una construcción conceptual de mayor complejidad; donde la reelaboración teórica integra un mayor número de elementos, introduce diferencias más específicas, identifica diversas relaciones y caracteriza procesos y mecanismos complejos. De esta forma la construcción teórica es asumida como capaz de brindar enfoques multidimensionales y sintéticos de mayor capacidad heurística, respecto de los enfoques globalizadores y reduccionistas.

Las modalidades de práctica plural y flexible emergentes que han sido identificadas involucran un trabajo colectivo de mayor envergadura que debe sustentarse en los resultados de diversos niveles reflexivos y analíticos que contribuyan a la explicitación de los fundamentos, la crítica y la depuración del rigor teórico y metodológico; la discusión y valoración de los elementos teóricos y empíricos precedentes.

La determinación de lo que se entiende por desarrollo teórico, sus formas de expresión y los criterios en que se sustenta radica en las comunidades. Es decir, forma parte de la práctica colectiva, no del esfuerzo o de los logros individuales, aunque no puede hacerse sin éstos. Así la prominencia de ciertas perspectivas depende de la forma en que se generalizan los consensos en torno a los cuales se integran las comunidades, los cuales a su vez se sustentan tanto de lo que es reconocido como acervo de conocimientos disponibles como de las formas de valoración compartidas por los integrantes de las comunidades.

La conformación de una perspectiva plural y flexible reclama a su vez la aplicación inmediata en la formación profesional y sobre todo en el entrenamiento de nuevos científicos a fin de garantizar la reproducción de comunidades capaces de dar continuidad al desarrollo teórico.

7. El desarrollo teórico y los nuevos planteamientos

La caracterización del desarrollo teórico y del sentido del avance supone criterios y parámetros propios de cada paradigma, pero susceptibles de ser reconocidos por paradigmas alternativos. En esta cualidad radica no sólo la posibilidad de afirmar conocimientos verdaderos relativamente universales. Es decir, universalmente relativos al momento de desarrollo histórico de la ciencia y comprensible por comunidades epistémicas diversas y, en la situación actual, en el terreno de sustentación de las formulaciones sintéticas y multidimensionales.

Las formulaciones sintéticas que comienzan a ganar terreno en nuestros círculos académicos plantean un nivel de problematización que trasciende los fundamentos de las construcciones teóricas precedentes; las cuales, a partir de ello, son reconocidas como parciales o unilaterales y,

por tanto, con potenciales heurísticos menos inclusivos o más fragmentarios, de nuevo desde el punto de vista epistemológico y teórico sustantivo de las nuevas síntesis. Entre éstas se destacan la teoría de la acción comunicativa de J. Habermas,²⁵ la teoría de la estructuración social de Anthony Giddens²⁶ la síntesis multidimensional neofuncionalista de Jeffrey C. Alexander,²⁷ la sociología reflexiva de Pierre Bourdieu,²⁸ la teoría accionalista de Alain Touraine,²⁹ la teoría de sistemas de Niklas Luhmann,³⁰ y la confluencia del marxismo y el individualismo metodológico de Jon Elster.³¹ Este interés por las síntesis integradoras se explica por la búsqueda de planteamientos de la teoría sociológica y las perspectivas heurísticas capaces de comprender la multidimensionalidad y la heterogeneidad de los fenómenos sociales.

Estas nuevas propuestas tienen varios elementos en común: parten de un nivel de problematización en cuyo centro se encuentran las teorías de la acción; se sustentan en la asimilación y reestructuración de los planteamientos clásicos del pensamiento social (Durkheim, Weber, Marx, Parsons, entre otros) y de los niveles de problematización desarrollados a partir de la hermenéutica, la fenomenología, el realismo crítico y el constructivismo; asumen una pretensión integradora ante los dualismos fundamentales de la teoría sociológica. Sus principales diferencias se derivan tanto de la matriz teórica que les sirve de base -y que a su vez ha sido producto de cierta lectura de los planteamientos precedentes y su asimilación sintética- como de los énfasis en ciertos niveles y dimensiones de lo social en la resolución de la síntesis; dos aspectos que se convierten en los límites de su cobertura integradora.

Es evidente que la influencia que estos enfoques ejercen en los ámbitos de la teoría sociológica, hace que las formas de problematización ligadas a las teorías de la acción social tiendan a imponerse en el corto plazo en la sociología mexicana como matriz disciplinar interparadigmática.

Conclusiones

El análisis del estado actual de la sociología contemporánea en México muestra que, más que crisis de paradigmas, en la década de los años noventa presenciamos la redefinición de los consensos en torno a ciertas tradiciones y ciertas concepciones de la ciencia, los cuales se relacionan directamente con la diversificación de comunidades.

Los elementos expuestos permiten comprender que se trata de la disolución de consensos en torno a una serie de aspectos (no la totalidad) de los paradigmas que favorece el impulso de prácticas alternativas y la diversificación de la ciencia social. Un consenso que no es restituible, a pesar de los esfuerzos de algunos académicos. No obstante su súbita introducción, estas propuestas no han logrado todavía generar un consenso en torno de sí, y por cierto no parecen ser capaces de lograrlo al menos en el otro plazo. El resultado es la reproducción de la situación de diferenciación de consensos y consiguientemente de la reproducción de la diversificación de comunidades y de sus prácticas.

La redefinición de los consensos en torno a los puntos de interés se explica por la diversificación de las prácticas científicas, la estratificación de las comunidades y por el desarrollo y arraigamiento desigual de las diversas modalidades de construir el conocimiento.

La supuesta incapacidad explicativa o predictiva y la supuesta equivocidad del potencial heurístico de las tradiciones holistas, no pueden ser asumidas como definitivas por la insuficiente correspondencia con evidencias empíricas o con las expectativas de las formas de aproximación empírica toda vez que los cambios en los planteamientos teóricos que las sustentan y de las formas de tratamiento arrojan nuevos elementos sobre los JUICIOS que han sido asumidos temporalmente como definitivos. Por ello, el cambio de paradigmas puede ser explicado cómo cambio de actitud, de una conversión hacia el reconocimiento de su agotamiento etcétera o de la necesidad de reformular sus aspectos vigentes.

El sentido del avance se ubica en el aprovechamiento de los aportes que las propias comunidades tienden a privilegiar en función de la noción de ciencia que orienta las prácticas científicas y el lugar atribuido a la leona, a la experiencia, y a cada uno de los niveles intermedios -cuando son reconocidos como tales- en el proceso de construcción del conocimiento.

La crisis de los paradigmas como constatación de la insuficiencia, unilateralidad o incongruencia de las teorías respecto de la realidad, no es una condición de las teorías sino de las comunidades. Las teorías no han dejado de ser útiles, ni han sido refutadas por las evidencias; son las comunidades, las que han “ampliado” o modificado su concepción de lo que es hacer ciencia y de lo que era asumido como acervo de conocimientos patrimonio de los integrantes de la comunidad y de los detentadores de un paradigma.

Así, el dinamismo de la forma en que se reproducen, actualizan y reelaboran las tradiciones y se redefinen los consensos que integran las comunidades, produce cambios tanto en la práctica científica como en la concepción de la actividad científica misma, de la disciplina y de las perspectivas teóricas que la orientan.

Esta diferenciación que es asumida tácitamente en la práctica social ante la necesidad de “resolver problemas concretos” de la investigación, es la base de redefinición de los consensos y al mismo tiempo de continuación de tradiciones o de la adopción de enfoques alternativos. La redefinición de los consensos permite la comprensión de cómo se transmiten y perviven de una generación, a otra ciertos elementos; de cómo operan los cambios de problematización; del por qué los paradigmas -al menos en sus planteamientos fundacionales, por ejemplo a través de los clásicos- son fuente inagotable de nuevas formulaciones; así como de la imposibilidad de considerarlos como superados de manera definitiva.

Asimismo, esta cuestión nos permite comprender por qué el signo distintivo del momento es que, paralelamente al relativo distanciamiento de las perspectivas holistas y la desarticulación de los paradigmas, se promueven esfuerzos de rearticulación de sus elementos e inclusive de las síntesis de enfoques diversos. Un esfuerzo que además se acompaña de tendencias pragmáticas e inclusive empiristas cuando se carece de elementos de sustentación teórica.

El desarrollo y la incorporación de diversas orientaciones teóricas los debates interparadigmáticos e intraparadigmáticos abren la posibilidad de introducir cambios diferenciales en los diversos planos de la práctica científica: en la forma de conceptualización de sus objetos de estudio, en

25 Miguel Angel González Block y Misael Gradilla (1986), “La recuperación de los clásicos en la obra de Jürgen Habermas y Anthony Giddens: ¿eclecticismo o superación?”, *ES*, 4(12):459-472; Nora Rabotnikof (1987), “Legitimidad y verdad (La filosofía política en la encrucijada)”, *S*, 11 (3):37-49; Rafael Farfán Hernández (1988), “Habermas-Foucault: dos diagnósticos de la modernidad”, *S*, III (6):85-109; Alejandro Labrador Sánchez (1991), “La teoría crítica de Jürgen Habermas. Génesis conceptual y motivaciones profundas”, *AS*, 4(2/3):63-86; Rafael Farfán Hernández (1992), “La teoría crítica: ayer y hoy”, *S*, VII (20):53-74.

26 José Luis Lezama (1990), “Hacia una revaloración del espacio en la teoría social”, *S*, V (12):33-45; Gina Zabludovsky Kuper (1992), “Los retos de la sociología frente a la globalización”, *S*, VII (20):53-7.

27 Virginia Sánchez Rubio (1988), “Algunas notas sobre la distinción entre acción estratégica y acción comunicativa. Comentarios al trabajo de Jeffrey Alexander”, *S*, III (7/8):131-154; José Hernández Prado (1992), “Tradiciones de investigación y presuposiciones generales en la sociología”, (20):147-158.

28 Murilo Kruschik (1987), “Nota sobre la sociología de Pierre Bourdieu”, *S*, 11 (5):19-23; Jean Francois Prud’homme (1988), “Identidad social y representación política en la obra de Pierre Bourdieu”, *S*, III (6):73-83.

29 Francois Dubet (1982), “Movimientos regionales en Francia: el caso de Occitania”, *RMS* 44(1):9-29; Francois Dubet (1987), “Los criterios de validación del método de la intervención sociológica”, *ES*, 5(15):555-574.

30 Silvia Molina y Vedia (1992), “Notas sobre el cambio de directriz: en la teoría de los sistemas”, *S*, VII (20):95-107; Luis Eduardo Gómez Sánchez: (1992), “Luhmann o el sistema (imposible. Cinco objeciones”: *S*, VII (20):109-123; Gonzalo Varela Petit (1992), “Niklas Luhmann en México”, *ES*, 10(30):759-787.

31 Philippe Van Parijs (1986), “El marxismo funcionalista rehabilitado. Comentario sobre Elster”, *S*, 1 (2):203-218.

el contenido y uso de las categorías, en las formas de problematización y en las formas de construcción de los referentes empíricos.

Estos cambios en la forma de tratamiento producen que el distanciamiento o acercamiento a las orientaciones teóricas sea diferencial. No se abandonan, rechazan o adoptan las tradiciones de manera absoluta, sino como producto de diversas mediaciones congruentes con las exigencias de la práctica científica, con los atributos de los objetos de estudio construidos, con la relevancia de los temas de interés y con los énfasis en la especialización de la práctica disciplinaria. Una condición que contribuye a relativizar las fronteras excluyentes entre perspectivas, a multiplicar los niveles de identificación de las comunidades y a favorecer la comunicación y convergencia entre tradiciones y comunidades. La intersección entre planteamientos que se deriva de estas formas de interacción e integración intercomunitaria se expresa en las formas de interacción de comunidades y grupos de trabajo que discuten los planteamientos sintéticos o complementarios de los enfoques que, vistos de manera rigurosa, parecen excluyentes.

Por ello no resulta extraño que surjan dilemas teórico-metodológicos, contradicciones y ambigüedades en la práctica rutinaria de la investigación al interior de las comunidades -una condición que revitaliza los debates y reafirma la formulación de reinterpretaciones ortodoxas y heterodoxas-, la alternancia de la centralidad o relevancia de autores, hipótesis o categorías.

Más que sistemas cerrados y absolutos, las tradiciones se reproducen y renuevan en cuanto tales en la medida que tienen algo vigente, algo actual que decir a sus practicantes. En este sentido cuando se alude a “tradiciones”, más que hacer referencia a elementos transmitidos de manera íntegra, fija y definitiva, se alude a perspectivas dinámicas en función de la forma en que son valoradas y aprovechadas por los practicantes de la disciplina según los consensos que se conforman en torno a los núcleos teóricos, a las áreas de aplicación y a las prácticas de construcción del conocimiento.

De la misma forma que la crisis no es total en cada paradigma tampoco lo es el sentido del avance. El desarrollo teórico, como el desarrollo de una disciplina en general, es diferencial. De ahí la importancia de entender qué es lo que se asume como avance; qué es lo que se conserva; y qué es lo que se descarta (y el cómo y el porqué de ambas posibilidades); qué es lo que presenta posibilidades de desarrollo y qué es lo que se debe someter a replanteamiento.

El reclamo por la ausencia de una tradición teórica o de sus debilidades, de una parte, y los esfuerzos por comprender y discutir la trayectoria de nuestra sociología por otra, más que expresar un porvenir incierto, nos perfilan puntos de referencia para comprender los retos de nuestra disciplina y de nuestra generación, o mejor dicho, de nuestras generaciones.

Bibliografía

- Andrade Carreño, Alfredo (1988), “La institucionalización de las ciencias sociales y las políticas de desarrollo científico en México”, *Acta Sociológica*. México, FCPyS-UNAM, núm.I-2.
- Andrade Carreño, Alfredo (1989), “La institucionalización de la investigación en ciencias sociales”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. México, FCPyS-UNAM, núm.136-137.
- Andrade Carreño, Alfredo (1990), “Trayectoria de las ciencias sociales en América Latina”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, México, FCPyS-UNAM, núm. 141.
- Andrade Carreño, Alfredo (1993), “La institucionalización de la sociología en Europa y Norteamérica”, *Convergencia*, México. Universidad Autónoma del Estado de México, núm. 1.
- Andrade Carreño, Alfredo (1993), “Tradiciones intelectuales y contexto institucional en la formación de sociólogos: un estudio histórico”, *Acta Sociológica*, México, FCPyS-UNAM, núm. 9.
- Andrade Carreño, Alfredo (1994), “Comunidades académicas en sociología: su integración a través de las revistas especializadas”, en Juan Felipe Leal y Fernández, Alfredo Andrade Carreño, Adriana Murguía Lores y Amelia Coria Farfán (coord.), *La sociología contemporánea en México: perspectivas disciplinarias y nuevos desafíos*, México FCPyS-UNAM.
- Andrade Carreño, Alfredo; Juan Felipe Leal y Fernández, Adriana Murguía Lores y Amelia Coria Farfán (1995), *Investigación sociológica en México: índice de revistas especializadas de sociología de la ciudad de México 1980-1994*, México, FCPyS-UNAM.
- Arguedas, Ledda y Aurora Loyo (1979), “La institucionalización de la sociología en México”, en *Sociología y Ciencia Política en México*, México, UNAM.
- Casas Guerrero, Rosalba (1975), “La investigación en las Ciencias Sociales en México”, en *Revista Mexicana de Sociología*, México, UNAM, vol. 37.
- Castañeda, Fernando (1987), “La crisis de la epistemología”, *Revista Mexicana de Sociología*, México, IISUNAM, vol. 49, núm. 1.
- Castañeda, Fernando (1990), “La constitución de la sociología en México”, en Francisco José Paoli (coord.), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*. México, CIIH. UNAM, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- De la Garza Toledo, Enrique (1989), “Historia de la epistemología, la metodología y las técnicas de investigación en la sociología mexicana”, *Revista Mexicana de Sociología*, México. IISUNAM, vol. 50, núm. 1.
- Delgado, César (1994), “Las revistas de sociología en México”, en J. F. Leal y Fernández, A. Andrade Carreño *et al.*, *Op. cit.*
- De Riz, Liliana (1979), “Algunos problemas teórico-metodológicos en el análisis sociológica y político de América Latina”, en Mano H. Otero *Ideología y ciencias sociales*, México, Coordinación de Humanidades, UNAM.
- Duhau, Emilio, Lidia Girola y Antonio Azuela (1988), “Sujetos sociales y explicación sociológica”, *Sociológica*, México, UAM-Azcapotzalco, vol. 3, núm.7/8.
- Farfán Hernández, Rafael (1988), “La repercusión de los conceptos de paradigma y ciencia normal de Thomas S. Kuhn en las ciencias sociales”, *Sociológica*, México, UAM-Azcapotzalco, vol. 3, núm. 7/8.
- Girola, Lidia (1986), “Nuevos enfoques teóricos en la investigación social: hacia el pluralismo”, en *Sociológica*, México, UAM-Azcapotzalco, vol. 1.
- Girola, Lidia y Gina Zabudovsky (1991), “La teoría sociológica en México en la década de los ochenta”, *Sociológica*, México, UAM-Azcapotzalco, vol. 6, núm. 15.
- Girola, Lidia y Margarita Olvera (1994a), “Cambios temático-conceptuales en la sociología mexicana de los últimos 20 años”, *Sociológica*, México, UAM-Azcapotzalco, vol. 9, núm. 24.
- Girola, Lidia y Margarita Olvera (1994b), “Comunidad disciplinaria. Etapas de desarrollo y cambios en la sociología mexicana de los años setenta y ochenta”, en J. F. Leal y Fernández, A. Andrade Carreño *et al.*, *Op. cit.*
- Benítez Zenteno, Raúl (1987a), *Las ciencias sociales en México*, México, COMECOSO-CONACYT.

- Benítez Zenteno, Raúl (1987b), *Los proyectos de las ciencias sociales en México*, México, COMECOSO-CONACYT.
- Benítez Zenteno y Silva Ruiz (1984), *Otra dimensión del desequilibrio: Las ciencias sociales en provincia*, México, IISUNAM, Instituto de Investigaciones Sociológicas y UABJO.
- González Casanova, Pablo (1970), “Los clásicos latinoamericanos y la sociología del desarrollo”, en *Sociología del desarrollo latinoamericano*, México, IISUNAM
- Gutiérrez Gómez, Alfredo (1991), “Nuevos paradigmas teóricos”, *Acta Sociológica*, México, FCPyS-UNAM, vol. 4, núm. 2-3.
- Guzmán Gómez, Carlota (1986), *Los proyectos de investigación en ciencias sociales y humanidades*, tesis de licenciatura, UNAM.
- Herrera Reyes; Agustín (1986), *Los investigadores de ciencias sociales y humanidades*, tesis de licenciatura, México, UNAM.
- Leal y Fernández, Juan Felipe, Alfredo Andrade Carreño, Adriana Murguía Lores y Amelia Coria Farfán (coord.) (1994), *La sociología contemporánea en México: perspectivas disciplinarias y nuevos desafíos*, México, FCPyS-UNAM.
- Masterman, Margaret (1970), “La naturaleza de los paradigmas”, en I. Lakatos y A. Musgrave (eds.) *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Barcelona, Ediciones Grijalbo.
- Murguía Lores, Adriana (1994), “Cuatro décadas de análisis sobre el desarrollo de la sociología en México”, en J. F. Leal y Fernández, A. Andrade Carreño *et al.*, *Op. cit.*
- Olvera Serrano, Margarita y Godofredo Vidal de la Rosa (1993), “La especialización del conocimiento”, *Sociológica*, México, UAM-Azcapotzalco, núm.23.
- Osorio, Jaime (1993), “La democracia ordenada (análisis crítico de la nueva sociología del Cono Sur latinoamericano)”, *Estudios Sociológicos*, México, COLMEX, vol. II, núm. 31.
- Osorio, Jaime (1994), “La sociología latinoamericana: tendencias y perspectivas”, en J. Felipe Leal y Alfredo Andrade Carreño *et al.*, *Op. cit.*
- Osorio, Jaime (1995), *Las dos caras del espejo: Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, México, Triana Editores.
- Paoli Bolio, Francisco J. (coord.) (1990), *Desarrollo y organización de las ciencias sociales en México*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades-UNAM, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, México.
- Perló Cohen, Manuel (coord.) (1994), *Las ciencias sociales en México: Análisis y perspectivas*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Consejo Mexicano de Ciencias Sociales, UAM-Azcapotzalco.
- Radintzky, Gerard (1968), *Contemporary schools of metascience*, Henry Regnery CO., Chicago.
- Reyna, José Luis (1979), “La investigación sociológica en México”, en *Sociología y Ciencia Política en México*, México, UNAM.
- Revista Mexicana de Sociología* (1989), México, IISUNAM, vol. 50. núm. 1.
- Solari, Aldo E., R Franco y I. Jutkowitz (1976), *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores.
- Torres Rivas, Edelberto (1990), “Retorno al futuro: las ciencias sociales vistas de nuevo”, *Acta Sociológica*, México, FCPyS-UNAM, núm. 2.
- Yoclevsky, Ricardo (1994), “Los paradigmas de las ciencias sociales en América Latina”, en J. Felipe Leal y Alfredo Andrade Carreño *et al.*, *Op. cit.*
- Zabludovsky, Gina (1994), “Reflexiones en tomo a la teoría sociológica en México: los nuevos retos”, en J. F. Leal y Fernández y A. Andrade Carreño *et al.*, *Op. cit.*

Notas al final del capítulo

Reflexiones sobre el desarrollo teórico de la sociología mexicana: comentarios mínimos para una ponencia enriquecedora

Alfredo Gutiérrez Gómez

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES Y POLÍTICAS

Universidad Iberoamericana

Esta es sólo una lectura, entre muchas que proceden y de seguro despierta el trabajo sistemático que sustenta la obra del maestro Alfredo Andrade y a la que cada día debemos más. Para seguirlo en su planteamiento, he tomado partes significativas del puño y letra del autor, mismas que a veces me atrevo a acompañar con algún comentario y con la mejor de las intenciones, mas no con las capacidades requeridas para esta tarea. Pero es ese trabajo que tendrán los que completen y corrijan lo que en esta oportunidad apuntaré. Él sabrá deslindarse de lo que yo agregue y ponerse a salvo de mis errores. Comparto el interés por los temas que él trata, terrenos en los que he hecho algunas incursiones desde otras perspectivas.

De los tres argumentos que se propuso desarrollar el maestro Andrade en su trabajo “Desarrollo teórico en la sociología mexicana en la década de los noventa: crisis de paradigmas y coexistencia de tradiciones”, el que llama mi atención es el tercero, porque de él depende la forma en que se dan el primero y el segundo, el cual nos dice que la reproducción y coexistencia de orientaciones teóricas y su eventual confluencia, se relaciona con la manera en que se constituyen y desarrollan los consensos teóricos en las comunidades académicas.

También llamó mi atención por la dificultad que debe entrañar la búsqueda misma de los elementos que darían pie para definir esa relación, sobre todo, si se le inquiere con las cargas de complejidad y diversidad, de dinamismo y demandas, de interpretación que en estos tiempos han introducido en el trabajo sociológico. Esto es para mí, -y esto no quiere decir que necesariamente sea así para los demás-, que lo más difícil, por complejo y heterogéneo: el encontrar con la forma en que se constituyen y desarrollan los consensos en las comunidades científicas. Pero no es imposible la búsqueda y ésta, que el maestro nos propone, es una propuesta sólida que difícilmente se puede desestimar, tan sólo quizá matizar y como siempre, para agradecer la invitación a comentar un trabajo excelente, sugerir lo que siempre se sugiere, los faltantes, que además son de obligada presencia y otros ángulos de interpretación o lecturas diferentes de la información.

Nos advierte que su interés se centra en las condiciones propias de conformación de la práctica académica que intervienen en el desarrollo teórico y cuya forma de influir es relativamente diferente de la ausencia o presencia de otros factores sociales e institucionales y de sus valores adversos o favorables.

Y en esto estriba la dificultad mayor: en buscar esa relación aislando las dinámicas del desarrollo teórico de los otros factores. Reconozco que tiene el autor todo su derecho a hacerlo así y es una lección aconsejable para elaborar trabajos, la decisión de ponerle sus límites. En este caso, otros investigadores igualmente cuidadosos se han ocupado de los factores institucionales y sociales que enmarcan el desarrollo teórico de la sociología, pero esta correcta precisión no quita la dificultad que introduce el trato por separado, dificultad que el maestro Andrade salva desde que identifica relaciones muy aprovechables para apoyar la interpretación que atraviesa la totalidad de su trabajo y en cuyos méritos no hay que agregar nada porque son evidentes.

Sólo después de mi reconocimiento y adhesión algo tengo que decir.

Una maldad de buena fe, que se me ocurre hacerle al texto del maestro, sería pedirle que cumpla en sus propios términos las líneas de desarrollo que descubre en la sociología de los noventa. Así, visto desde sus propias conclusiones, el texto que tenemos a nuestra disposición estaría infringiendo las orientaciones comunes de la época, al observar la producción de conocimiento, la investigación y los desarrollos teóricos, poniéndolos previamente a salvo de los enfoques de la complejidad y la heterogeneidad, y quizá hasta desaprovechando la posibilidad de nuevas síntesis bajo enfoques plurales, salvo que esto no es urgente ni necesario –como se verá adelante- cuando se realiza el trabajo con el cuidado que el maestro Andrade pone en él y al cual ya nos ha acostumbrado.

A punto de consumir esta maldad de mi parte, el texto nos rebasa y de todos modos se salva y con mucho, por sus propios méritos, que son otros y coinciden con los cuatro restantes criterios que garantizarían el desarrollo de la sociología en los años noventa. Y claro que para esto, el apoyo de la literatura que consulta, vasta y reciente, le dota de razón e información para sostener lo que dice.

Antes me proponía sugerir que el texto infringiría las tendencias de la época; está mal dicho, mejor dicho está bien y mal. Porque en los años noventa no se infringe nada y todo se vale. Como señala Alfredo Andrade, son tiempos de revisión, dispersión, mezclas, remisiones e innovaciones, además de propiciar enfoques especializados y rendición de cuentas al detalle delo observado. Una perspectiva particular cabe perfectamente dentro de esta línea de desarrollo de la sociología actual en México y son tan válidas como las más complejas y sintetizadoras. Con esto estoy diciendo que estos son los ejes sobre los que gira su exposición, que ya estamos nadando en el sentido que el trabajo propone y que se siente uno, además, muy a gusto. ¿Cuáles líneas de desarrollo?

Las que están en las conclusiones: enfoques tradiciones sobreviven dando más y mejor de sí, pero también integrándose con otros más recientes; ningún paradigma se clausura en su totalidad y ninguno de los nuevos ocupa todo el espectro de las expectativas explicativas y comprensivas. Dentro de esta relatividad de la práctica teórica de hoy, a nadie se le puede exigir que se sume a una sola dirección o que utilice una sola perspectiva, modelo o paradigma. Lo que hay es un libertad o búsqueda ganada gracias, entre otras cosas, al quiebre de las grandes soluciones omnicomprendivas de ayer. De aquí que subsistan y coexistan perspectivas, prácticas de aproximación a la realidad, medios y técnicas de todos los tiempos que llevamos desarrollando en este país con la intención del conocimiento de lo social. En esto estriba su riqueza y su promesa actual, aunque para otros esto sea el equivalente a los santos óleos para las ciencias sociales.

¿A qué consenso teórico y comunidad académica pertenecerá el maestro que pone a nuestra disposición el texto? Eso es algo que él, ustedes que lo tienen privilegiadamente cerca en la UNAM y sus colegas saben sin necesidad de ir a investigar nada. Un comentarista ajeno, que viene de lejos, encuentra muy útil su enfoque para conocerlo junto con su obra y contexto, que le son imprescindibles. Y si como él bien sostiene, uno es parte y reflejo –aunque diferenciable- de su contexto académico, podría yo desaparecer casi sin que alguien lo notara en esta mesa, dado que la comunidad académica de mi origen suele ser poco expresiva y bastante discreta en buena parte de sus integrantes.

Porque de esto trata también su trabajo, de cómo la obra personal de los investigadores responde al os consensos de sus comunidades y participa diferentemente de las características y orientaciones que ahí se cultivan.

Aquí, quiero agregar, que las dinámicas que alumbran nuevos derroteros temáticos en una comunidad y en cada uno de sus miembros suelen presentarse un poco más “retorcidas”.

Al respecto propongo que, aunque no sea lineal ni necesaria la relación, sucede que las investigaciones ya publicadas y difundidas, forman un acervo que contribuye permanentemente a la formación e información de los docentes, que los docentes forman a su vez estudiantes; que las publicaciones, los docentes y los estudiantes generan un público ampliado, forman lectores con una cierta lectura de la realidad, y que los lectores, por ajenos que parezcan al riguroso y afanoso trabajo científico de una comunidad, forman corriente y ambiente social a sus obras, se paran sobre un piso de datos, ideas e interpretaciones con los que comulga un sector de la población. Este sector de la población es casualmente un sector consumidor de información social y forma su propia demanda; son los mismos que hacen sensible su necesidad y proclividad temática a las casas editoras, que a su vez regresan el mensaje al mundo de los investigadores-autores, quienes así se ven confirmados y reafirmados en sus dichos, cuando menos hasta nuevo aviso.

Es este un circuito que –aunque simplificado al máximo– reclama un seguimiento puntual y al detalle de sus momentos, como los flujos económicos, y torna difícil la separación de sus tramos dentro de su movimiento continuo.

Pero podemos imaginar y reproducir el camino circunferente entrando a ese túnel de circulación continua por otro ángulo de ingreso. Sea el docente, que ya habíamos dejado de lado, o el lector profano, quienes redefinen su demanda impactados por hechos de la realidad efectivamente acontecidos –muros derrumbados, etcétera– o por la publicidad de las compañías editoras que deciden agotar existencias o reorientar su oferta, el caso es que se reorientan también como consumidores y ponen al día su demanda haciendo que la cadena transmita sus preferencias o urgencias a los demás eslabones de un proceso que, en estas ciencias, no puede ser sólo académico.

En algunos trabajos de los que se ocupan incluso de los factores institucionales y sociales del desarrollo disciplinar, se puede detectar demasiada ilusión en la capacidad de evolución autónoma de la teoría, verdadera fe en la capacidad de desarrollo endógeno de las preocupaciones temáticas de las comunidades académicas. Sin embargo, el contexto no es sólo un condicionante, no es indiferente ni ingenuo, puede llegar a ser brutal con tal de llevar el ojo científico a sus propios quehaceres, sobre todo en tiempos de los llamados de crisis, esto es, de pocos y muy selectivamente repartidos recursos y “oportunidades”.

En muchas fuentes se generan las expectativas y en diversas instancias hay alguien esperando que se cumplan los intereses temáticos suscritos por oficinas que nada tienen que ver con la investigación.

Surge la necesidad de otras obras o del tratamiento de nuevas preguntas que no habían obtenido respuesta de las investigaciones anteriores. No es de extrañarse que las comunidades interrumpen sus fidelidades tradicionales que parecían firmemente arraigadas para cambiar de giro, simple y sencillamente porque “son humanas” y por qué están inscritas en esta circuito indivisible de intereses, lógicas, patrocinios, preferencias y racionalidades disciplinares, más fobias, filias y obsesiones del sujeto cognoscente de que se trate y las subdivisiones internas a la comunidad.

Los cambios de consenso en las comunidades pueden ser inducidos también –¿hay quién lo dude ahora?– por el Estado, aun cuando parezca que surgen de su propia lógica, o por un gabinete exigente y prepotente por ejemplo, pero también por la visión importada de una universidad extranjera con capacidad para posgraduar líderes tercer mundanos, o por la consumación de hechos históricos importantes conectados ideológicamente con posturas teóricas que resultan debilitadas, también por reclamos empresariales de racionalidad, pertinencia y eficacia productiva, y hasta por los regaños de algún premio nobel al que aparentemente no se le hace caso pero al que finalmente se acaba obedeciendo, al menos en lo que se considera que es imposible negarle, y para no hacer la lista interminable, también por la presión periodística de espontáneos auscultadores de la realidad quienes, desde fuera de las comunidades autorizadas, critican, señalan, abren temas, quiebran enfoques o ridiculizan militancias y tradiciones duras y hasta innovaciones excesivamente innovadoras para su gusto y así, con su mejor ironía, subrayan su exterioridad al mundo científico, del que se ufanan en no participar.

Oportunos y magníficos servicios suelen prestar a la casa intelectual los francotiradores más libres e ingeniosos, pues logran muchas veces exhibir los anquilosamientos institucionales y provocan un debate de los que no abundan dentro de los recintos académicos y que para progresar parece que necesita transitar por fuera del lugar oficial de la discusión.

Con esto quiero señalar la dificultad de centrar el interés en las condiciones propias de la conformación de la práctica académica que procesa el desarrollo teórico. No quiero decir que el autor subestime los otros factores, creo que toma una decisión y trabaja dentro de un orden para darle sustento a su argumentación; tales son los acotamientos del trabajo, de los que él nos advierte desde el inicio. En todo caso la intención de enfocar preferentemente una parte acaba descentrando la atención e invitando a explorar las otras restantes, por esa lógica paradójica de los modos de pensar de hoy, pero este es un tema postmoderno al que todavía no puede entrar sin dar tumbos.

No podemos desconocer que hay comunidades científicas que tienen una buena parte del motor de su movimiento en otro lado. Hay comunidades revolcadas por las publicaciones donde constan las investigaciones de otras. Así es como las comunidades menos publicadas, ya sea por ser indiferentes al mercado, por falta de infraestructura institucional de difusión, por pobreza en la producción o por simple tradición intimista o espíritu franciscano, han seguido frecuentemente la agenda temática de los centros institucionales fuertes en medios. No obstante ese mutismo forzado o voluntario, faltaría hacer una investigación laboriosa; buscar las agujas en los pajares de un mundo académico más amplio, que incluye a los profesores de las universidades privadas, con menos fama y firmas conocidas.

Las caracterizaciones de la situación de la sociología tocan una gama amplia de aspectos académicos y otros no tanto. Destacan las que dicen reconocer un “crisis de las ciencias sociales”, sin precisar sus atributos y dejando en la ambigüedad el juicio. Dada la variedad de sus manifestaciones, la tal crisis requiere un tratamiento diferenciado, y como, desde el punto de vista del desarrollo de la teoría y de las formas de construcción del conocimiento sobresalen los rasgos que identifica el maestro. Lo primero que salta a la vista es la impresión de que aquí “pasa todo”, todo sucede. En efecto, hay prolongación de lo anterior, innovación, traslape, integración, reelaboración por parte de las herencias tradicionales como de los nuevos enfoques; coexistencia de todas las posibilidades. En otras palabras, hay tentación natural y hasta caída en el pragmatismo así facilitado por este clima (o levantada en el pragmatismo, para ser equitativos con las preferencias), como también hay, mediante aquellas operaciones, conformación de mezclas y combinaciones en formas plurales o flexibles de la práctica científica.

El funcionalismo, el marxismo, el dependentismo y la modernización, encarnan circunstancialmente lo sólido de las tradiciones que se desvanecen.

Queda el aire, en el que se dispersa, recrea e intenta no desaparecer el resto de los esfuerzos y de las búsquedas.

En cuanto al proceso de introducción de las grandes tradiciones teóricas, cada contenido buscó su tiempo para llegar, o cada tiempo, mejor dicho, trajo lo que convenía a sus posibilidades y a su fuerza, o a la fuerza de algunos de los grupos más influyentes y publicados, mejor patrocinados, salvados que sean sus convencimientos intelectuales.

No decir que los patrocinios se hacen presentes por múltiples vías y que de éstas las de las casas editoras y las de las potencias que alimentan partidos y corrientes políticas mundiales son determinantes, es saltar al vacío habiendo puente para pasar. En los países remolcados siempre hay una legión de “visionarios” importadores de la última verdad, redefiniendo el seguimiento intelectual y la dependencia temática.

Las condiciones y modos de su introducción a la atmósfera de este país y de América Latina varían, pero es fácil advertir una etapa en la que las prendas que exhibe la disciplina sociológica son las adecuadas a toda corteza presentación. Para entrar en aquellos ambientes había que ponerse modosa, bien peinada y con sus trenzas, servicial, tranquila, ordenada y moderada, credenciales confiables. No habiendo lugar, había que ganarlo y no se entra la foro y a las instituciones como vaquero del oeste, echando plomo y repartiendo miradas arrasadoras luego de arrancar las puertas de la cantina.

Ya habría tiempo después para descararse. Por lo pronto los gobiernos requerían de un nuevo lenguaje para hablar de la realidad y hacer planes; al discurso emotivo sucedieron pues las cifras. Cuando se tensó el ambiente y se cargó ideológicamente, se intentaron adaptaciones de lo importado, aumentar el porcentaje de partes conceptuales nacionales o regionales. Con eso se quiso abarcar más y ceñir mejor la realidad latinoamericana.

La explosión cuantitativa de los interesados en la sociología multiplicó los centros académicos y las publicaciones vinculantes por donde corrieron rápido tanto las tradiciones cuanto sus críticas de estirpe marxista y dependentista.

Hubo tiempos de lo magno estructural y de lo macro histórico social, ¿no estábamos para menos!

Entonces aprendimos a ver la sociedad a lo “macro”, de modo que si queremos quejarnos ahora de la impiedad lejana de la visión “macro neoliberal”, ya sabemos en donde empezó es impersonalidad descarnada del análisis, en el otro extremo, para recordatorio de los amnésicos que hoy se volvieron sensibles a la humanidad de los seres concretos del pueblo que no se valía llamar así. Ver la sociedad a lo macro era verla estructuralmente o históricamente, esto es, sin gente, como un compuesto enorme de relaciones entre grandes piezas arrastradas por un centro de gravedad que podía ser lo económico, planeando por encima del Estado-nación, con súper sujetos, sujetos transpersonales que se movían y decidían la historia, no menos. Pero estas herramientas conceptuales hicieron luz sobre zonas identificables de nuestra realidad. Nunca estuvieron de más porque no es necesario que le atinen de plano y completo al objeto para decir que cumplieron.

La sociología crítica desplazó a los precursores, los conflictos agudizados reclamaban con más lucidez y mayor cubrimiento de fenómenos que los que alcanzaba a explicar aquellos enfoques. Y hubo más lucidez, que vino mezclada con radicalidad, fuerza y cerrazón autosuficiente en los oráculos de ciertos planteamientos. En alguna visión se dogmatizó. De otra manera de cerillo, es que se unificó, se centró el universo de la posibilidad explicativa.

Se refiere a que no había de otra, más que la explicación interpretación dominante en las principales universidades (que eran los principales centros del quehacer sociológico). En los años setenta arrecia la crítica al marxismo que ya se había incrementado en los sesenta.

La idea de que habíamos entrado en crisis les vino a los sectores dominantes de la inteligencia por la generalización de los señalamientos críticos al marxismo, al funcionalismo y hasta a la teoría de la dependencia. Los grupos más fuertes se sintieron al desnudo teórico y en la orfandad.

La explosión demográfica de las escuelas generó desequilibrios (masas, ignorancias, rutinas, sobrepolitizaciones) en la segunda mitad de la década de los setenta. En América Latina fracasaba la democracia, resurgía el militarismo y, las luchas políticas de la izquierda y del progresismo decepcionaban debilitando la fe en las tesis teóricas que las sustentaban.

En la práctica de la investigación y la docencia no se resolvió, mediante el debate, si algo del anterior universo teórico y metodológico podía salvarse y desarrollarse. Simplemente ¡se cambió! Aunque este cambio no fue parejo ni simultáneo. Todo lo contrario. Hoy, todavía algunos son pasajeros en tránsito, otros siguen donde estaban, no los moverán, y hubo los ligeros de pies, quienes dieron el salto sin pensar y sin ver hacia dónde ni a qué costo. Hipótesis que agregó con su permiso: los científicos más responsables, pero abiertos, se encargaron de hacer la nueva composición del conocimiento y todavía no acaban. Les toca producir entre los estancados y los volubles y no siempre se llevan las palmas, ¡por indecisos!...

Otros autores y sus obras entraron en escena, algunos con nuevos aires “post” (estructuralistas, marxistas, etcétera), precursores de los aires “neos”, pero a través de cotos muy selectos. Quiere decir que aquí también las condiciones del cambio de los consensos en las comunidades ha pasado por filtros complejos; la diferente velocidad y profundidad de los cambios se explica también por el secreto o la reserva de las élites científicas mejor colocadas (que ya saben para dónde va el movimiento pero no lo dicen), por el papel estratégico de los generalizadores, que sobreviven, como las especies menos especializadas, a los cambios más bruscos, y por el ethos “profesional” de los grupos que usan y administran la información de vanguardia como una ventaja no compartible, más los que brincaron la tranca pero no lo dijeron, por ser brincadores tempraneros y vergonzantes. ¡Cuánta causalidad psicosocial, psicomotriz y psicopánica hay enredada en todos estos disimulos, disfrazamientos, ambidestrezas, y relocalaciones oportunas, que nada o muy poco tienen que ver con el desarrollo de la discusión académica y de la disciplina! Muchas ideas migraron, con todo y sus portadores, en busca de mejores salarios, por qué no decirlo, haciendo aleatorio y heterónimo el patrón de configuración de las comunidades académicas y de sus consecuentes agendas temáticas.

La sociología de la ciencia, la etnometodología, los postestructuralistas, y los postmodernos a los que se alude en el trabajo y que nos hicieron dudar de la razón, del lenguaje, del significado y hasta de nosotros mismos, cumplieron con la función de la devastación promisorio o terminal, según la actitud que guíe nuestros miedos y esperanzas.

En América Latina los fracasos económicos, políticos y sociales desangalaron el papel de las ciencias sociales como iluminadoras del camino liberador. Las políticas “neo” modificaron la base de sustentación de las ciencias sociales, adelgazaron el mercado profesional, favorecieron el escepticismo y el pesimismo de las actitudes intelectuales.

Entramos en la diversidad plural; el universo de la posibilidad explicativa se descentró, se dispersó. Ante la decadencia de los “grandes relatos” no se hizo el vacío. Se generalizó el relato corto, el cuento, la crónica, la instantánea social, porque también el objeto se desestructuró sin necesidad de teoría laguna, aparecía hecho pedazos en la práctica. A partir de 1968, México se convirtió para muchos en lo que siempre fue pero ocultábamos siguiendo el discurso oficial: una realidad múltiple de identidades circunstanciales. La fragmentación del discurso se apegó más a las realidades diversas que componían “la realidad social”, que algunos habían conseguido empaquetar con sus categorías y generalizaciones.

Desde aquí podemos discutir si es mejor, peor o indiferente el logro de un consenso unitario predominante o de consensos varios y diversos en el conocimiento de lo social y en la efectividad de dicho conocimiento.

Crecimiento poblacional de sociólogos, profesionalización de la disciplina y conformación de comunidades académicas especializadas en docencia o investigación, se dieron en el momento de la mayor fuerza y en un contexto social radicalizado, que evitó a muchos pasar por la prueba de la discusión del legado de líderes intelectuales nacionales e internacionales. Se dio el acto consagratorio del compromiso del conocimiento y de las comunidades con los sujetos sociales potencialmente transformadores, con el resultado que todos conocemos: los sujetos estaban sólo en los libros.

En la producción más reciente, en vez de eliminaciones definitivas y fundaciones a partir de cero, priva la diversificación de enfoques y multiplicación de comunidades científicas

Los planteamientos fundadores y las tradiciones continúan vigentes a través de sus fieles seguidores.

Cabe aquí otra pregunta acerca de las ventajas de estas añejas sobrevivencias o de un mejor funcionamiento con sólo los nuevos enfoques. Y la pregunta de si la sobrevivencia es del todo teórica o también por razones del fracaso histórico o de la creencia en el fracaso histórico de los modelos alternativos, menos que por el debate. Sobre todo ante la pregunta que los funcionarios teóricos –burocracias tecnolustradas de nuevo cuño– lanzan sistemáticamente a los sostenedores intelectuales del anterior régimen de ideas: ¿y ustedes qué proponen?, ante la cual siento que se hizo un silencio como de 10 años y todavía no se acaba de articular una respuesta proporcional a la pregunta.

Ante la insuficiencia de las propuestas holistas la comunidad académica opta por enfoques alternativos, muchos de ellos particularistas y segmentados, pero otra vez sin detenerse a procesar la experiencia latinoamericana y mexicana, salvo honrosas excepciones recientes. No está demás incluir un riesgo de la pluralidad y el descentramiento –no obstante sus beneficios–, la posibilidad de caer en la esotérica que hoy caracteriza a la prestigiada ciencia económica, veleidad apellidada científica que lleva a amplios sectores a consultar diariamente “el econóscopo”, como la página de las puras opiniones que cada colaborador de la sección financiera vierte, sin piedad, en nuestras esperanzas y desilusiones cotidianas.

No podemos descuidar el hecho de que “el corte de caja tatchereano” que anunció la liberación comercial privatizadora, fue sentido primero por los sectores intelectuales dominantes, por las comunidades académicas de las instituciones públicas o a éstas vinculadas, y por las burocracias de la investigación inercial, tan establecidas en sus visiones y preocupaciones. Está claro que advirtieron que esos cambios no tan académicos, no sólo eran una “amenaza conceptual”, sino una declaración de guerra financiera y presupuestal que otros ejércitos tratarían de implantar en beneficio de la ciencia, de la historia y de ellos mismos...

En este proceso de sustitución, lo destaca el maestro Andrade, se detectan tres tendencias:

1. Los enfoques holistas pan-explicativos u omnicomprensivos son insuficientes.
2. La ampliación de temas, reafirmación de los tradicionales y creciente interés por lo específico, por las formas de acción y organización social, por encima de la exigencia de rigor técnico de los enfoques estructurales.
3. Interés por planteamientos alternativos: incorporación de planteamientos inclinados hacia nuevas síntesis teóricas.

La segunda tendencia, hacia la ampliación temática, expresa la conciencia, tardía pero salvadora, de que existen múltiples formas de desagregación y de identificación social; de que existen más sujetos, actores y movimientos concretos y próximos, estos sí perfectamente reales, de los que teníamos calculados. De que es válida la atención puesta sobre el presente y lo inmediato, y de que el reconocimiento de las diferencias, contra la metafísica social ideológica, es señal del postrer aprendizaje del siglo XX.

La tercera tendencia revela una intención correctora de ignorancias y desestimaciones que por prejuicios y autosuficiencias cupulares no merecieron la atención de los macroanalistas y descomunales históricos.

La diversificación de la comunidad científica se expresa en crecimiento de la actividad académica, más la actualización de los enfoques, así como en la consolidación de prácticas científicas y en la especialización de disciplinas.

Lo que se identificó como desplazamientos de teorías y paradigmas es más bien un predominio diferencial producto de la manera en que se han conformado las comunidades con la aportación de intelectuales oriundos de diversas tradiciones, modelos formativos y proyectos académicos diversos. Esta heterogeneidad permite entender las inestables fronteras de generaciones, comunidades, tradiciones y culturas específicas. El avance científico no es triunfo de una perspectiva, ni la consumación generalizada de su potencial heurístico, ni la generalización del consenso, es reforzamiento de tradiciones y búsqueda de alternativas, sumado a la crítica de las formas de hacer ciencia. Este proceso de desagregación, depuración, confirmación, me parece uno de los señalamientos más pertinentes del maestro Andrade.

Imposible dejar de ver aquí que, es cuando menos una desgracia intelectual el que muchos desarrollos teóricos no lo sean ni de lejos, y que el conocimiento no avance ni siquiera cuando parece que lo hace. El escándalo publicitario o el ruido de los “fans” no hacen ciencia necesariamente; tampoco los recuerdos de glorias pasadas que se obstinan en seguirse explotando.

¿Qué quiero decir? Que los cambios parecen frecuentemente como fruto de meros crecimientos en la población científica de la sociología, de su desplazamientos de una comunidad a otra, o de la migración profesional que, caprichosa y circunstancial, hace surgir la especificidad y la justificación de cada comunidad, prendas que resultan de ser más y poder ocuparnos de aspectos que abonan la compartimentación y esas presencias institucionales con siglas puestas a competir con suficiente desahorro de recursos. Quiere decir lo mismo si decimos: no surgen esos avances, y por lo mismo no lo son, del debate y la discusión que desarrolla endógenamente las ideas; son como importación de partes, accesorios e instructivos desprendidos de innovaciones sustantivas que se dieron en otros mundos. Muchos de “los cambios” serían inducidos externamente a la lógica de la generación propia de conclusiones, evaluaciones y correcciones de la comunidad, y esto hace crecer desmesuradamente el pragmatismo de los resultados competitivos, listos para marchantearse en el mercado.

Algo semejante se puede decir cuando “los cambios” se producen por órdenes burocráticas y presiones administrativas de los financiadores públicos y privados, por los jueces del mérito premiable y por las consignas de negociantes o mandatarios urgidos de que su periodo sea reconocido como “el de los cambios” y “el de ésta es ya otra sociedad...”, a propósito, vista así, la autonomía universitaria no es nada si está vacía de impulsos propios y consecuentes desarrollo libres, y se merece le dicten línea desde fuera porque, por su propia dinámica no ha sido capaz de proponer algo sustantivo y de manifestar su autonomía como producción y orientación hacia afuera en el conjunto social, no solo como resistencia y defensa de la nada institucional autoconsentida. Existe también un corporativismo de la improductividad más descarada y placenteramente social.

Otra pregunta: aún si se reconoce como característica general de las ciencias sociales el que efectúen combinaciones con elementos dispersos, ¿no será que “el destino teórico manifiesto” de los grupos intelectuales y científicos sociales de países remolcados, como el nuestro, es de la forzada e inercial combinación que conserva, adquiere innovaciones y mezcla modelos traslapados y sobrepuestos permanentemente, sin mediar discusión alguna, para la que, además, no parece haber tiempo, financiamientos ni paciencia?, ¿no será que esta coexistencia de posturas diversas, siendo poco funcional a convocatorias ideológico-políticas de alta belicosidad, es, en cambio, más honesta y humilde intelectualmente hablando, y que esto no es tan nefasto?, ¿no es esta simultaneidad de posiciones y posibilidades diversas una realidad más que faltaba bautizar y especificar con aquella famosa salida o fórmula mágicamente rectificadora de: “este es un proceso relativo y desigual”, con lo cual se acabó de un plumazo la dogmática, unilateralidad y simplonería de muchas elaboraciones conceptuales cerradas y estáticas? Ahora no es el desarrollo el que es calificado de desigual y relativo, sino el pensamiento y el trabajo científico el que merece esa precisión.

¿De veras la pérdida de la hegemonía de las teorías o la crisis de los paradigmas corresponde entonces a la reconfiguración de los consensos y de las formas de reconocimiento en torno a sus posibilidades heurísticas?, ¿no será que también las mentes más transdisciplinarias y generalizadas son las que, paradójicamente, en este tiempo de tendencias especializantes, sirven de puentes y avanzadas para introducir los nuevos enfoques dentro de la disciplina?

Mas sustancialmente ¿no reflejará esta dispersión teórico conceptual y práctica la dispersión fáctica más sobresaliente de la realidad social contemporánea?, ¿por qué y con qué derecho se exige de la sociología y las ciencias sociales que tengan un pensamiento más estructurado, productivo, claro y propositivo en tiempos en los que su objeto de conocimiento muestra precisamente los rasgos contrarios de desarticulación, descentramiento desencanto, relativismo y escepticismo, en vez de reconocer que no estamos en crisis por reflejar tan puntualmente el caos y la indeterminación del convivir más agitado, tornadizo y veloz de la historia? ¿por qué la necesidad de inventar que existe ya un nuevo orden si éste no se ve ni necesariamente se ha establecido ya en lugar alguno?, ¿por qué la nostalgia y la angustia de no tener un líder monodisciplinar, un mega-autor como los de antes, un nuevo clásico, valga la expresión?, ¿por qué no dar cuenta de la dispersión, la fluidez, la pulverización, el empequeñecimiento, la significatividad y el capricho, del juego y la locura, de la desocialización, y el apartamiento, de la muerte y la duración sociales, aprovechando que ahora no tenemos las macro teóricas que cargar?, quien quita y hasta sabemos algo de la humanidad en este íter.

Y no podemos escapar a la pregunta de si ¿es peor, mejor o neutro el que no tengamos un centro teórico dominante?, ¿nos restará calidad científica o nos honrará con un tipo de científicidad más avanzada y que no conocíamos?

Las comunidades se autoidentifican por sus preferencias temáticas, por sus intereses en la investigación, pero también por sus antecedentes y condiciones de configuración, logro de consensos, factores que lo son de la disciplina y del entorno que revela precisamente lo social de la ciencia que ya no se cree más pura y apartada, objetiva y neutral.

Pero si uno de los rasgos distintivos del desarrollo de una disciplina es un creciente especialización, como se dice en el texto, ¿qué pasará con esta antigua concepción particularizante ante el renovado brío y mayores razones interdisciplinarias, el de la fertilidad de las zonas de intersección disciplinar, que es el de un mañana que ya llegó, donde se formulan las más ricas y mejores preguntas de fines del siglo?, ¿en dónde estábamos cuando se ecologizó el conocimiento, se trascendió el enfoque insular autorreproductivo, que acaba prohiendo monstruos y feos a pasto, cuándo se computarizó la información, se raudocomunicó el planeta y se planetizó la conciencia?, ¿qué clase de virus parroquiano y poquitero se habrá apoderado de nuestras entendederas, que dejamos pasar el correo electrónico y nos negamos a ver la realidad virtual, la construcción de mundos y realidades a gusto de poderosos clientes y poderoso papel de la subjetividad y lo imaginario en el comportamiento de las sociedades?

Una parte de la complejidad actual de la empresa científica radica en que el camino hacia el conocimiento no sólo pasa por la metodología que obtiene datos y permite resolver ignorancias, sino que debe hoy traspasar pantallas de realidades nuevas, de artificialidades tecnoproducidas como más reales que la realidad de antes, dilucidar entre dimensiones interpuestas entre el observador y los hechos: descubrir irrealidades nuevas.

De las posibilidades de desarrollo de las temáticas y especializaciones que se han estudiado en nuestro país según las perspectivas dominantes, surgen estas posibilidades listadas en el texto que comentamos.

1. Desarrollo intraparadigmático.
2. Sucesión o reemplazo de enfoques y paradigmas.
3. Cambio en las formas de tratamiento de los objetos de estudio.

¿Qué importancia tendrá el entender qué es lo que se asume y conserva como avance, qué es lo que se descarta, lo que se debe desarrollar o replantear y quiénes efectúan estas evaluaciones frente a, por ejemplo, los criterios de evaluación y excelencia del CONACYT para las ciencias sociales?

Sobre todo si los paradigmas, en nuestro campo, no se consumen o acaban del todo, sino que se prolongan, mezclan e intersectan, mueren y resucitan, ¿en dónde está la punta de la flecha del avance y dónde ponemos la de una posterioridad que se nos vuelve futuro sin mediar mayores trámites?, ¿sabría alguien en esas oficinas, que por otro lado cumplen funciones necesarias, si conservar algún párrafo de Marx es una posición retrógrada, o si incorporar un concepto de Luhmann es un avance indiscutible, o si mezclarlos es ignorancia o sapiencia?

Respecto de los cambios operados en la sociología mexicana, ¿no haría falta asombrarnos de no encontrar ahí que a la par de unos ánimos totalizantes se desvanecen, otros crecen y se están cocinando en estufas electrónicas de alcance mundial bajo el nombre de las “globalizaciones”, y que los enfoques sistémicos, informáticos comunicacionales, racional-comunicativos y biosociales no son juegos de niños, ni cadáveres de la batalla pasada, sino anuncios del porvenir que ya llegó?

¿No es el intento de tantos científicos que buscan el método de la complejidad un nuevo tipo de holismo pero con nuevos derechos sobre los anteriores que se habían desechado por monocausales y reduccionistas?

¿Acaso es con planteamientos simples, como aquellos en los que este servidor incurre cotidianamente y que son la medida real de sus incapacidades, que se capturaría la multidimensionalidad, la heterogeneidad y la alta dinamicidad de lo social, hoy más comprobadas que nunca antes, o se requerirá de planteamientos igualmente flexibles, policéntricos, abiertos, como medios de conocimiento proporcionales a la sociedad de nuestro tiempo?

¿Cuándo y por qué ganó por fin derechos el eclecticismo, ayer condenable, como parte de las rectificaciones que había que integrar a la visión nueva de lo social y de lo teórico?

¿Cuándo y por qué reaparece la investigación heurística, la exigencia interpretativa y comprensiva con la fuerza que hoy se impone?

¿Qué faltaba de dar cuenta con los enfoque hasta ayer predominantes?, ¿por qué se excluyó y desestimó el papel de la subjetividad en el conocimiento?, ¿qué dirección tiene hoy la marcha de las legiones de científicos que estudian la naturaleza y los que se ocupan de la sociedad?, ¿cómo nos estamos preparando para entendernos en los niveles del nuevo e ineludible encuentro entre ambas?

Cuando la historia es multidireccional, ¿qué pasa con el progresismo y la reacción en el desarrollo científico?, ¿siempre quedará adelante el progreso y atrás o en el pasado la oscuridad y el estancamiento?, ¿qué podemos decir ante las propuestas de los físicos que se nos acercan provocando analogías y sugiriendo traducciones, como las del universo plegado o implicado, o la de filósofos como Salvador Panicker que nos desafía con la retroprogresión?

Tampoco hay un consenso, en sustitución de los antiguos, en cuyo derredor se uniforme mayoritariamente la perspectiva sociológica mexicana de finales de siglo.

No hay crisis de paradigmas, sino de grupos de científicos y de sus visiones, prácticas, actitudes, poderes. Hay un proceso de diferenciación de la ciencia, sí, pero también de recomposición del conocimiento.

Personalmente puedo ahora resumir esta lectura –salvando algunas de mis deficiencias- valiéndome de una experiencia aleccionadora.

El tema “juventud” mostró las limitaciones de los enfoques autocerrados y monodisciplinarios, autorizando a decir de algunos especialistas demasiado especializados, que no era un tema sociológico. Pues claro que lo es, faltaba más, pero dentro de un enfoque interdisciplinar, que es más que simplemente sociológico y eso es tan difícil de digerir para las mentes a quienes se nos quedó pegado el acelerador en las telarañas de

los cincuentas, a quienes nos formamos hace treinta años y que no podemos procesar lo que viene y ya está aquí: la mujer, el medio ambiente, las etnias, las minorías, las culturas, lo internacional, etcétera, terrenos que no pertenecen a disciplina alguna tradicional, sino que son puntos de nuevos encuentros y del crecimiento del ojo del conocimiento humano.

Como también se nos puede escapar que el futuro de las relaciones intersociales, para cuyo conocimiento hacen falta otros saberes, habilidades y escuelas formadoras de esos nuevos profesionales que no lo son los internacionalistas que sirven a intereses estatales y transnacionales, de los buenos y de los peores, y contra los que nada tengo, salvo que la historia nos reclama otras definiciones y capacitaciones, y que asumamos estos espacios mayores en diversidad con enfoques interdisciplinarios más pertinentes para el conocimiento complejo de las redes sociales transnacionales.

Bien, así como en el pasado reciente unos muy poderosos y legitimados grupos, líderes y comunidades académicos tiraban línea para todos y por todos, incluyendo lo que pasaba por aduanas y marginando lo que no consonaba con sus verdades o con sus hipótesis, unos también hoy decretaron la crisis de las ciencias sociales para todos y por todos. Algo semejante al llamado a asumir como propia la deuda externa y a esforzarnos para pagar, entre todos, lo que solo a algunos benefició. La crisis, como bien establece el maestro Alfredo Andrade, es de ciertas comunidades primero y de sus estilos y visiones. De sus relaciones y poderes diría yo, para completar. Nunca he visto a una idea derrotar a otra, o luchar o declararse fracasada. Somos los portadores de ellas y los protagonistas de la acción intelectual, social, política y económica los que entramos en esas beligerancias.

Y si el conocimiento nunca está en crisis ni en derrota, hay que revisarnos nosotros mismos para ver qué peso tienen en nuestro optimismo o pesimismo los financiamientos, las relaciones, los premios, los reconocimientos, las presiones, los despidos, los desprecios o aprecio, los lectores, las migraciones, los dictados foráneos, las exigencias del mercado, los discursos de los gobernantes, los cantos de sirena de la iniciativa privada, las líneas eclesásticas, los compromisos internacionales, nuestros propios traumas y proclividades, la intersubjetividad densa y tensa, la explosión de la sociedad en las sociedades, la diferenciación que presagia nuevas concentraciones, la dispersión que ilumina las zonas oscuras que otros reflectores jamás pudieron vislumbrar.

En fin, parecería que el escuchar, el discutir y el debatir no han sido actividades confiables en nuestros ambientes científicos, entre otras razones, porque se ve que de ahí no suelen salir los más famosos y mejor reconocidos y más bien pagados, o porque creemos que en una extraña versión del conocer como auto confirmación solitaria.

Tenemos una cultura marcada por la indiferencia de los lectores especialistas y profanos; cultura de los que tomamos al otro como escalón pero sin discutir lo de él, cuya obra no examinamos atentamente y cuyos aportes nos rebotan incapacitándonos para integrar y avanzar. El coro del ego silencia las aportaciones de los demás, en una carrera que muchas veces, si me han de dispensar, es la de los presos o la de los dólares potencialmente excelenciadores.

Para éste que habla, la lectura de los trabajos anteriores y del que hoy me tocó estudiar, me permite confirmar que el maestro Alfredo Andrade es un sano y necesario provocador, y que su reflexión es una medida con la que hay que contar para volverla a repasar. Vine -agradecido- a cumplir con mi papel favorito: formular y multiplicar las preguntas, muestra de mis ignorancias más entrañables y de mis vicios más queridos. El documento que él ha presentado está lleno de sugerencias y desafíos, como para solicitarle que siga adelante y en nuestro provecho.

Me han de dispensar, quizá en momentos logré que pareciera que dominó este tema; debo decirles que no. Esa impresión, debo confesarlo, se debe a que me interesa el destino de las ciencias sociales, que siempre será más que el destino de un hacer científico, pero también a cierta capacidad histriónica, porque mis entendederas siempre van bastante retrasadas en la comprensión de estas cuestiones para las que soy lento y con pocas luces. De modo que, en honor a la universidad, no me crean mucho de lo que aquí he expuesto, nada más sospechen, no vaya a ser que algo sea cierto o alguna pista prometedora se haya colado entre mis dudas e incertidumbres más obvias.

Situación actual y perspectiva de la investigación sociológica

Gilberto Giménez M.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES, UNAM

1. Pluralidad y fragmentación de la sociología

Antes de abordar directamente el tópico de esta exposición, conviene tratar una cuestión previa: ¿qué significa la sociología hoy? O más precisamente, ¿cuál es el lugar y el estado actual de la investigación sociológica dentro del conjunto de las ciencias sociales?

La respuesta puede sintetizarse en los siguientes términos: nuestra disciplina, si bien sigue manteniéndose en las universidades como unidad formal por razones administrativas y de docencia, se caracteriza hoy por la pluralidad, la dispersión y la fragmentación en el campo de la investigación. En efecto, a partir de la posguerra, la sociología no sólo ha incrementado la producción de paradigmas contrapuestos, y divergentes (que frecuentemente se han manifestado como una sucesión de modas intelectuales), sino que también se ha ido fragmentando en una gran cantidad de subdisciplinas especializadas o hibridadas como si de repente hubiera entrado en un incontenible proceso de resquebrajamiento, por no decir pulverización.

Para convencerse, de ello basta con examinar la impresionante cantidad de comisiones de trabajo existentes en el seno de la Asociación Internacional de Sociología (incluida una comisión para investigar qué es la sociología),¹ o a las 50 secciones reconocidas por la *Guide To Graduate Study in Sociology*, publicada en 1986 por la Asociación Americana de Sociología.² Nos conduciría al mismo resultado una revisión somera de las numerosas revistas de sociología que hoy circulan por el mundo.³

En suma, hoy por hoy no parece existir un ámbito claramente acotado en el territorio de las ciencias sociales al que pudiera atribuirse el nombre de sociología *sine addito*, es decir, sin añadirle algún adjetivo. En consecuencia, ya no pueden existir sociólogos “generalistas” o “químicamente puros”.

Se comprende ahora por qué se tiende a ver a la sociología desde otras disciplinas como un mero *flatusvocis*, como una categoría puramente nominalista que no denota contenido identificable. El historiador Paul Veyne, quien paradójicamente se declara amigo de la sociología, ha llegado a escribir lo siguiente: “La sociología no es más que una palabra bajo la cual se cobijan actividades heterogéneas (...) Escribir la historia de la sociología de Comte a Durkheim, pasando por Weber, Parsons y Lazarsfeld, no sería escribir la historia de una disciplina, sino la de una palabra (...) Estudiar la sociología no es estudiar un cuerpo de doctrina, como se estudia la química o la economía, es estudiar las doctrinas sociológicas sucesivas, los placitas de los sociólogos presentes y pasados”⁴. Este diagnóstico, aunque un tanto extremo, ilustra bien el efecto óptico que producimos en los que nos observan desde afuera.

Pero en principio, la pluralización y dispersión de la sociología, lejos de ser un proceso perverso que preanuncie su muerte, debe considerarse más bien como signo de desarrollo normal. Además, los procesos de diferenciación afectan no sólo a la sociología, sino al conjunto de las ciencias sociales, incluidas las que suelen ser consideradas más “duras”, como la economía y la lingüística.

2. El ciclo vital de las disciplinas sociales

Llegado a este punto, quisiera apoyarme en un modelo de interpretación elaborado recientemente por Mattei Dogan y Robert Phare, en un libro importante aparecido simultáneamente en inglés y en francés: *L'innovation dans les sciences sociales*⁵. Según estos autores, las disciplinas científicas no deben considerarse como esencias o identidades inmutables, sino como organismos vivos que se desarrollan y complejizan por diferenciación e hibridación. En lo que atañe particularmente a las disciplinas sociales, todas ellas habrían pasado por una especie de ciclo vital determinado por la necesidad de superar los rendimientos decrecientes y de mantener el potencial de productividad en términos de capacidad innovativa. Se trata del ciclo: formación de un patrimonio originario –expansión del patrimonio– especialización/fragmentación/hibridación.

La primera fase, que es la fundacional, correspondería a la formación de un *patrimonio científico* básicamente constituido por uno o varios paradigmas fundadores que funcionan como una especie de capital adquirido; la segunda fase sería la de la *expansión* de este capital, que de este modo se convierte en “capital acumulado” gracias a la contribución de numerosos científicos que han ido enriqueciendo el patrimonio inicial. Pero en la vida de las disciplinas sociales llega un momento en que se presenta lo que Dogan y Phare llaman “paradoja de la densidad”. Es decir, la multiplicación de las investigaciones en un mismo ámbito disciplinario o sobre los mismos tópicos, lejos de aportar un progreso proporcional, tiende a sujetarse a la ley de los rendimientos decrecientes y a provocar fenómenos de saturación y repetitividad en el centro de la disciplina. De aquí la necesidad de desplazarse hacia los márgenes, buscando espacios despoblados y tierras vírgenes. Esta es la fase de la *especialización* que comporta la fragmentación de la disciplina en numerosas subdisciplinas cuyo número tiende a crecer en forma exponencial. Pero he aquí que al trabajar en los márgenes de su propia disciplina, los científicos interesados en un determinado tema se encuentran con científicos de otras disciplinas que también trabajan en los márgenes y están interesados en el mismo tema. La multiplicación e intensificación de estos encuentros provoca lo que Dogan y Phare llaman *hibridación*, que representaría la última fase en la vida de una disciplina, y sería la fase en que actualmente se encuentra, no sólo la sociología, sino el conjunto de las ciencias sociales.

Téngase en cuenta que la hibridación no atiene aquí una connotación negativa. No significa eclecticismo ni pluridisciplinaridad. Implica la recomposición coherente de dos o más “fragmentos” de disciplinas diferentes, aunque emparentadas entre sí, mediante la difusión de conceptos,

1 Por ejemplo, hay comisiones para la sociología de la educación, del derecho, de la ciencia, de la religión, de la medicina, de los valores, del conocimiento, de la política, de la economía, de la familia, de los entretenimientos, del deporte, de la desviación, de la comunicación, de la alienación, de la agricultura, de las organizaciones, del imperialismo, de la salud mental, de las migraciones, de los géneros, de la juventud, de las artes, etc., así como también para la sociología rural, la sociología urbana, la sociología militar, la sociología comparada, la sociolingüística, la psicología social, la sociocibernética, la ecología social, etc.

2 Se ha observado que de estas 50 secciones, 41 son hibridadas y sólo 9 pueden considerarse como pertenecientes al corazón de la sociología, entre ellas la teoría sociológica, la metodología, la historia de la sociología, la práctica sociológica, el estudio del comportamiento colectivo y el de estratificación. (Cf. Mattei Dogan y Robert Phare, 1991, *L'innovation dans les sciences sociales*, París, PUF, p. 143).

3 Se ha observado que de estas 50 secciones, 41 son hibridadas y sólo 9 pueden considerarse como pertenecientes al corazón de la sociología, entre ellas la teoría sociológica, la metodología, la historia de la sociología, la práctica sociológica, el estudio del comportamiento colectivo y el de estratificación. (Cf. Mattei Dogan y Robert Phare, 1991, *L'innovation dans les sciences sociales*, París, PUF). Tradicional o emergente tiene su propia revista. Por ejemplo, el grupo de Bourdieu edita una revista llamada *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, los individualistas metodológicos comandados por R. Boudon se apropiaron de la *Revue Française de Sociologie*; y los dinamistas (Balandier, Alain Touraine...) publican en *Cahiers Internationaux de Sociologie*.

4 Paul Veyne, 1971, *Comment on écrit l'histoire*, París, Seuil, pp. 326-328.

5 Mattei Dogan y Robert Phare, 1991, *Op. cit.*

teorías, paradigmas o métodos de una disciplina a otra, con absoluta falta de respeto a todas las fronteras, sean éstas disciplinarias, de facultades, de departamentos, de “campus” o de tradiciones nacionales⁶.

La tesis fundamental de Dogan y Pahres, que ellos presentan como un dato empíricamente verificado y no como una norma de conducta, es la de que desde hace aproximadamente unos quince años, el potencial de innovación en las ciencias sociales se ha concentrado mayormente en los intersticios fronterizos de las diferentes disciplinas y subdisciplinas. Es decir, la probabilidad de innovación en las ciencias sociales depende cada vez menos de las investigaciones monodisciplinarias y cada vez más de las de las hibridadas.

Pero, nuevamente, no hay que confundir hibridación con multidisciplinariedad. Esta última comporta de hecho la mera superposición de investigaciones monodisciplinarias alrededor de un tema común, lo que las más de las veces se produce en forma de un diálogo de sordos alojados en una misma torre de Babel. Según Dogan y Pahres, la multidisciplinariedad así entendida resulta más bien esterilizante y las virtudes que se atribuyen son míticas. La hibridación científica no se funda en la colaboración interdisciplinaria, sino en la especialización en la intersección entre dos o más disciplinas. Supone, por lo tanto, que los investigadores que participan en este proceso estén suficientemente familiarizados con los segmentos disciplinarios que se pretende hibridar y que, por lo mismo, se comprendan entre sí.

3. Obstáculos para la innovación científica en sociología

A partir del diagnóstico precedente y de su correspondiente interpretación, podemos detectar con mayor claridad algunos de los obstáculos que dificultan el progreso y la innovación en sociología.

El primer obstáculo radica en la ya mencionada pluralidad de paradigmas, no porque esta pluralidad signifique por sí misma una especie de calamidad epistemológica, sino por razones externas a la disciplina. En efecto, por una parte la multiformidad de paradigmas es connatural a la sociología —y a la mayor parte de las ciencias sociales— debido a la naturaleza histórico-cultural y a la complejidad de su objeto, como diremos más adelante; por otra parte, esta misma pluralidad podría ser, en principio, fuente de fecundidad y de progreso para la disciplina al permitir el debate y la confrontación entre diferentes visiones de la sociedad.⁷

Pero ocurre que un paradigma nunca se reduce a un mero juego de hipótesis intelectuales, sino que también implica frecuentemente lealtades institucionales y compromisos con determinados grupos o programas de investigación, todo lo cual tiene consecuencias múltiples sobre las condiciones de trabajo y las posibilidades de publicación. Y, sobre todo, los paradigmas sociológicos tienen inevitablemente implicaciones ideológicas y políticas que dificultan enormemente, no digamos ya el debate, sino la simple comunicación entre los seguidores de los diferentes paradigmas.⁸

El segundo obstáculo deriva de la propia *especialización y fragmentación* de la sociología en forma de subdisciplinas que frecuentemente comportan un lenguaje arcano y una metodología sofisticada que también dificultan la comunicación. Todos conocemos la dificultad de comunicación entre especialistas de diferentes disciplinas. Y todos hemos sido testigos alguna vez de cómo los contactos entre diferentes ámbitos de la sociología se resuelven a veces en esterilización recíproca y generalizada, a través de coloquios y simposiums que funcionan como torres de Babel interdisciplinarios, donde nadie entiende a nadie y cada quien sólo se escucha a sí mismo.

Los obstáculos hasta aquí señalados, son de carácter interno en el sentido de que son inherentes al desarrollo normal de la disciplina. Pero hay también obstáculos institucionales, entre los diferentes departamentos de las ciencias sociales, compartimentación que, sobre todo en México, refleja las más de las veces un estadio antiguo y ya superado de la clasificación de las ciencias sociales.⁹ Esta compartimentación institucionalizada tiene consecuencias funestas para el desarrollo, no solo de la sociología, sino del conjunto de las ciencias sociales, en la medida que promueve el enclaustramiento de los investigadores y maestros intramuros de su disciplina, estimula el chauvinismo disciplinario y, en consecuencia, inhibe toda posibilidad de comunicación o de confrontación entre las diferentes disciplinas sociales.

Otros obstáculos son de *carácter externo*, y provienen del lado de la demanda. Se puede afirmar, de modo general, que la *demand*a de productos sociológicos, principalmente la que proviene de las instituciones gubernamentales, no se interesa en la calidad científica de los mismos. Lo que se espera de nosotros es una especie de sociología instrumental que proporcione informaciones, indicadores sociales e instrumentos racionales de gestión y de dominación; o también, la legitimación “científica” de la sociología espontánea de los dominantes.

Podríamos señalar también de paso otros *obstáculos menores de carácter* más local o circunstancial. En México, por ejemplo, los sociólogos padecemos algunas debilidades específicas, como la insuficiente familiaridad con los clásicos (que nos permite apropiarnos adecuadamente del patrimonio de nuestra disciplina); una débil cultura epistemológica (que nos hace soñar sueños positivistas y despertarnos con fuertes complejos frente a las “ciencias duras”); y finalmente, cierta torpeza en la subsunción teórica de nuestros datos empíricos (que nos hacen más bien descriptivistas o cuantitativistas, pese a la solemne proclamación de nuestros “marcos teóricos”).

4. Perspectivas para la innovación científica

Hemos visto que la sociología se presenta hoy como la disciplina de la diversidad y de la movilidad de los ángulos de análisis. Esta movilidad y dispersión explican en gran parte su pérdida de visibilidad como disciplina unificada y por ende provista de un cuerpo central identificable. La pérdida de visibilidad ha originado el discurso de la “crisis de la sociología” y el consiguiente pánico de muchos sociólogos que sienten su identidad profesional amenazada.

En realidad, la sociología no ha desaparecido, sino que se ha pluralizado y diversificado. Más aún, esta pluralización y diversificación parecen ser una condición necesaria para el mantenimiento de su potencial de innovación frente a la amenaza de los rendimientos decrecientes. Por eso

6 Según Dogan y Pahres, hay dos tipos de hibridación, la *institucionalizada* en forma de subdisciplina o de programa de estudios reconocidos (como serán, por ejemplo, la sociología de la cultura, la sociolingüística y el análisis del discurso en perspectiva sociológica); y la informal, resultante del libre acuerdo entre científicos interesados en un mismo problema.

7 En general, los epistemólogos y los filósofos de la ciencia coinciden en la fecundidad de las confrontaciones entre teorías y paradigmas. “Debe admitirse —dice K. Popper— que una discusión entre personas de formación diferente no es cosa fácil. Sin embargo, no hay nada más fructífero que tal confrontación, porque es el choque entre culturas diferentes lo que ha engendrado algunas de las más grandes revoluciones intelectuales” (K. Popper, 1970), “Normal Science and its Dangers”, en Lakatos and Musgrave (eds.), 1970, *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 51-58.

8 Así, por ejemplo, Pierre Bourdieu interviene regularmente en revistas y periódicos de izquierda, mientras que Raymond Boudon, lo hace en los clasificados como de derecha. Por lo demás, éste último autor ha confesado sin rubor alguna la afinidad de su “individualismo metodológico” con la ideología liberal. Cf. R. Boudon, 1986, *L'ideologie ou l'Origine des idées reçues*, París, Fayard, pp. 226-228.

9 Por ejemplo, la sociología se ha divorciado desde hace tiempo, en términos institucionales, de la antropología, de la historia y, por supuesto, de la economía. Y en nuestra venerable Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM podemos observar una recia estructura de compartimentos estancos entre “coordinaciones” de disciplinas tales como ciencia política, ciencias de la comunicación, administración pública, estudios latinoamericanos y, por último, la sociología, que aparece como un simple disciplina más.

nuestra primera preocupación tendría que ser *mantener activa la capacidad de innovación* dentro del espacio plural de nuestra disciplina.¹⁰ Y si la innovación requiere como condición de posibilidad la autonomía institucional de la ciencia, así como también la comunicación y la confrontación entre paradigmas, pues nuestra tarea será, por una parte, defender la autonomía de la sociología frente a las pretensiones anexionistas de una demanda exterior frecuentemente esterilizante, y por otra derribar todos los “muros de Berlín” entre paradigmas y disciplinas bajo el lema: “se acabó la guerra fría”, como reza una canción española.

Por último, si se comprueba que la innovación en las ciencias sociales tiende a concentrarse hoy día en los intersticios híbridos entre disciplinas o fragmentos de disciplinas, pues habrá que buscar también los medios para estimular la formación de sociólogos híbridos y de favorecer los procesos de hibridación en las fronteras de nuestra disciplina.

Sin embargo, el excesivo optimismo depositado por Dogan y Pahre en el proceso de especialización/hibridación no logra disipar todas las inquietudes. ¿Qué tal si este proceso condujera finalmente a una situación en la que ya no se justificara la permanencia de la sociología como disciplina formal en el mapa académico de nuestras universidades? Es lo que prevén esos mismos autores cuando afirman que la sociología compartirá en el futuro el mismo destino que la filosofía: “su descendencia abandonará la casa paterna para construir nuevas fortalezas académicas”.¹¹

A mi manera de ver, este destino no es deseable ni para la sociología ni para las demás disciplinas formales del campo de las ciencias sociales. En primer lugar, porque para comunicarse beneficiosamente hacia afuera y poder establecer alianzas hibridizantes productivas, primero hay que ser, es decir, hay que poseer un centro, una identidad; en segundo lugar porque equivaldría a privar a los descendientes híbridos de la sociología de una genealogía y de un patrimonio acumulado. Y por último, porque implicaría convertir el campo de las ciencias sociales en un inmenso caleidoscopio de especialidades sin orden ni concierto.

Todo parece indicar entonces que a la tesis de Dogan y Pahres hay que contraponer una antítesis; y que el proceso centrífugo al que está sometida nuestra disciplina debe ser equilibrado con *un proceso centrípeto orientado a la reconstrucción de su identidad*. Acabamos de enunciar la segunda tarea fundamental que nos aguarda: reconstruir la unidad e identidad de nuestra disciplina sin menoscabo de la pluralidad de sus manifestaciones.

Todo el problema radica ahora en detectar el nivel donde todavía es posible encontrar esa unidad/identidad.

Por el momento parecen haber fracasado todos los intentos de situarla en el nivel de las grandes teorías globalizantes, a la manera de Parsons o de Gurwitsch o más recientemente, del sistemismo de Luhmann o del neofuncionalismo de Alexander.

Tampoco parece haber prosperado la idea –pensada originalmente por Víctor Turner para la antropología– de integrar todas las subdisciplinas especializadas o hibridadas utilizando como instrumento de enlace la teoría tradicional de los sistemas.¹²

Quizás haya mayor posibilidad de consenso si proponemos recuperar por lo menos la memoria de nuestro común linaje *mediante un movimiento de retorno a los clásicos*. En efecto, cualesquiera que sean nuestras divergencias, es indudable que los clásicos siguen viviendo en nosotros como patrimonio al menos diferencialmente compartido según nuestras lealtades y preferencias paradigmáticas.¹³

Pero creo que la identidad de nuestra disciplina tenemos que buscarla *sobre todos en plano epistemológico*. Aquí podría beneficiarnos enormemente una valiosa contribución de Jean –Claude Passeron que ha estado en el centro de un debate reciente en Francia.¹⁴

Este autor demuestra que, epistemológicamente hablando, la sociología (al igual que su “hermana carnal”, la antropología) comparte con la historia un mismo objeto: *el curso del mundo histórico* o, mejor, la fenomenalidad histórica. En efecto, las formaciones sociales están hechas de tiempo y de espacio, y quizás más de tiempo que de espacio. Por lo tanto la sociología debe considerarse como una disciplina histórica en sentido amplio o, más precisamente, como una ciencia empírica de observación del mundo histórico.

Ahora bien, los fenómenos propios del “mundo histórico” revisten una propiedad que los distingue radicalmente de otros fenómenos empíricos, como los estudiados por las ciencias de la materia y de la vida: nunca pueden disociarse plenamente de un determinado contexto espacio-temporal. Este contexto puede ser de mayor o menor amplitud (micro-contextos, áreas de civilización, largos periodos históricos, etc.) y más o menos difuso, pero siempre estará presente, al menos implícitamente en cualquier descripción o teorización de los fenómenos histórico-sociales. Y ni siquiera las ciencias sociales particulares, que han logrado abstraer ciertas variables consideradas específicas de su objeto razonando como si todos los demás factores fueran “variables externas”, pueden liberarse del contexto a la hora de tener que explicar los fenómenos concretos que se manifiestan en su ámbito.

De esta propiedad “deíctica” de los fenómenos históricos derivan ciertas consecuencias que marcan bien su especificidad epistemológica frente a las ciencias llamadas nomológicas:

1. La imposibilidad de estabilizar siquiera provisoriamente un paradigma único y mucho menos un “gran teoría” que pudiera ser comparada por la comunidad de sociólogos o de historiadores.¹⁵
2. La imposibilidad de argumentar bajo la cláusula “*ceteris paribus*”, es decir, suponiendo que las “variables externas” al fenómeno observado se mantienen igual (lo que implicaría la posibilidad de abstraer el fenómeno en cuestión de todo contexto).
3. La naturaleza “tipológica” de los conceptos utilizados en la disciplina, en la medida en que resultan siempre de la comparación entre fenómenos histórico -sociales semejantes. Lo que quiere decir que en historia y en sociología los conceptos son o *nombres comunes imperfectos* (que camuflan bajo sus definiciones “por género y diferencia específica” la presencia implícita de un “aquí y ahora”); o también *semi-nombres propios* que designan de manera no rígida a ciertos “individuos históricos” o a configuraciones histórico –sociales singulares.
4. Por último, la imposibilidad de que la historia y la sociología puedan enunciar *leyes universales* transhistóricas, como en el caso de las ciencias nomológicas, sino sólo *generalidades* contextualizadas o resultantes del cotejo entre contextos bajo algún aspecto seme-

10 En general, podemos decir que la innovación es un progreso que aporta una contribución significativa, no importa que ésta sea mayor o menor, a una disciplina dada. Según Dogan y Pahre, se trata de un fenómeno acumulativo de masa, que por lo mismo, no depende sólo del “sistema de estrellas” de la disciplina considerada. La innovación puede darse en todos los niveles del quehacer científico: colecta de datos, sistema conceptual, paradigmas, modelos, etc.

11 M. Dogan y E. Pahre, 1991, *Op.cit.*, p. 146.

12 Cf. Víctor Turner, 1977, “Process, System. And Symbol: A new Antropological Syntesis”, *Daedalus. Journal of the American Academy of Arts and Sciences*, vol. I, núm. 3, pp. 61-80.

13 Cf. A este respecto J.C. Alexander, 1989, *La centralidad de los clásicos*, en Giddens, Turner et. Al., 1989, *La teoría social hoy, México, Conaculta -Alianza Editorial*.

14 Jean-Claude Passeron, 1991, *Leraionnement sociologique. L'espace non-poppérien du raisonnement naturel*, París: Natahan. Véase también en torno a este mismo problema la revista *Le débat*, núm. 79, marzo-abril de 1994, pp. 91-133.

15 Ya Max Weber se había percatado de esta peculiaridad de las ciencias sociales al afirmar que la historia puede escribirse desde diferentes perspectivas igualmente válidas en sus propios términos. Puede encontrarse una buena argumentación a favor de la pluralidad de paradigmas en sociología en Raymond Boudon (*sous la direction de*), *Traité de Sociologie*, París, PUF, pp. 7-19.

jantes. De aquí se sigue una consecuencia fundamental: la imposibilidad de administrar la prueba según el criterio popperiano de la falsación.

La conclusión general que extrae Passeron de estas peculiaridades inherentes a los fenómenos histórico-sociales es la siguiente: la historia y la sociología (que según nuestro autor es indiscernible de la antropología) *no se mueven en un espacio lógico popperiano, sino en un espacio que el propio Passeron llama “weberiano”, donde se razona en lenguaje natural construyendo tipologías y comprando contextos bajo criterios sistemáticos y pertinentes.*

Por supuesto que la historia y la sociología se distinguen por sus respectivos regímenes disciplinarios. Así el discurso de la historia (“*histoirehistorienne*”) parece haber asumido como propio y exclusivo uno de los polos posibles de los enunciados sobre la fenomenalidad histórica: *la descripción de los hechos por referencia explícita a la singularidad espacio-temporal de los fenómenos observados.* La sociología en cambio, tiende siempre a desbordar lo estrictamente “ideográfico”, es decir, la singularidad de los contextos, mediante la producción de generalidades descriptivas y explicativas resultantes de razonamiento comparativos. En los hechos, dice Passeron, el discurso sociológico es un razonamiento mixto que oscila incesantemente entre el polo de la narración histórica y el del razonamiento experimental.

Por lo demás, nada impide que la historia se apropie también del estilo sociológico de razonamiento, como ocurre en la “síntesis histórica”. Así como existe una sociología histórica, también puede existir una historia sociologizante, como lo ha ilustrado sobradamente la escuela francesa de los Annales.

5. Colofón

En el periodo fundacional, Augusto Comte situaba a la sociología en la cúspide del sistema de las ciencias de su tiempo, muy por encima de la filosofía. En este mismo periodo, y gracias a la contribución de sus grandes clásicos, ella se convirtió en la reina de las ciencias sociales. Posteriormente, en su fase de expansión, se tornó “imperialista”, llegando a invadir, de una manera u otra, a las demás disciplinas sociales. Pero a partir de la última mitad de este siglo, la sociología se vio invadida a su vez por una variedad de disciplinas y subdisciplinas que tienden a vaciarla de substancia propia y a hibridizarla en sus fronteras.

Hoy día la sociología –estrechamente hermana con la historia (y con la antropología)- puede convertirse de nuevo, no ya en una disciplina imperialista, sino en un espacio centrado pero al mismo tiempo plural que funciones como lugar de recomposición y como gramática de todas las ciencias sociales.

Notas al final del capítulo

El estado actual de la investigación sociológica en México

Luis F. Aguilar

Quisiera trazar un panorama de lo que he llamado la primera sociología mexicana, para hacer algunos comentarios en adelante sobre lo que podríamos llamar una segunda sociología mexicana en formación y tratar de identificar cuáles son sus características principales, cuáles sus problemas y cuáles sus fallas.

I

La primera sociología mexicana se desarrolló en el seno de una sociedad remodelada por la Revolución, que comenzaba apenas a dar sus primeros pasos hacia la modernización y el mercado, en el marco de la Guerra Fría. Como la sociología europea del siglo diecinueve, la mexicana del veinte registró intelectual y también emocionalmente los sacudimientos del tránsito de una sociedad tradicional a una moderna con todo lo que este proceso de transformación implica: estado nacional, mercado capitalista, centralidad de la ciencia y la tecnología, secularización de las costumbres, individualización y agudización de las desigualdades sociales. La primera sociología mexicana y sus autores se ubican en este escenario con el ánimo entusiasta o desilusionado de quien tiene una revolución social a sus espaldas y que observa además esperanzada o nerviosamente el jaque del socialismo a los Estados Unidos, el polémico referente del nacionalismo mexicano.

Este trasfondo social inspirará las grandes decisiones teóricas y prácticas de la naciente disciplina mexicana. La primera sociología se caracteriza por ser el tiempo de la recepción teórica y el aprendizaje metodológico, por su proceso de institucionalización universitaria, por sus primeros acelerados pasos en la construcción de su identidad profesional, por la búsqueda de reconocimiento social y también, como se titula un libro de Charles Tilly, por su inclinación al estudio de “grandes estructuras, procesos amplios y comparaciones enormes”. Producto de su entorno tradicional en transformación, la sociología de esos años se entendió además como visión del mundo, valorativa, y no solo factual, no sólo escolar. Por ello se involucró intensamente en actividades políticas y morales de emancipación y transformación social.

En retrospectiva podríamos qué le debemos a esta primera generación de sociólogos, y creo pertinente reconocer que le debemos tres cosas.

Primero: el primer tramo sociológico se caracterizó por su trabajo de recepción teórica y metodológica de clásicos y modernos, y por el esfuerzo de traducir intelectual y prácticamente las teorías y métodos a las condiciones mexicanas. Hay varios ensayos de gran calidad que plasman este erudito trabajo de recepción y traducción teórica y metodológica a la circunstancia mexicana. Por ello, muy frecuentemente, la primera sociología fue historia de ideas, investigaciones clarificadoras sobre los enfoques teóricos y métodos dominantes, más que una investigación de realidades.

Segundo: el mérito de la primera generación fue introducir y practicar inéditamente, en nuestro medio, el oficio de sociólogo. Es decir, los sociólogos fundadores introdujeron y mostraron cómo se practicaba el oficio de la investigación sociológica genuina, rompiendo con las maneras entonces usuales de entender, explicar y criticar la realidad mexicana, maneras que provenían de los enfoques normativos del derecho o de la filosofía política y social, o que se apoyaban en las prácticas estándares de la investigación histórica mexicana, que solía ser fundamentalmente narrativa, con añadidos interpretativos sobre la ocurrencia y concatenación de los hechos, pero con pobre control sobre la corrección de sus interpretaciones. En contraste, el aporte fundamental de la primera generación es haber mostrado qué significa y cómo se hace una investigación sociológica. Nos enseñaron cómo se lleva a cabo la búsqueda y el empleo riguroso de datos, cómo hay que plantear el problema y el objeto de estudio en el marco de una concepción mayor de la estructura, funcionamiento y conflictualidad del todo social; cómo se formulan las hipótesis explicativas y cómo se reúnan las evidencias contundentes o satisfactorias para probarlas.

El mérito central de esta generación es haber emancipado la investigación sociológica del juridicismo y del historicismo y aquí, el trabajo “La democracia en México” de Pablo González Casanova fue señero. Hoy día, releendo este trabajo, puede identificarse en él una polémica explícita contra los abordajes sesgados, improvisados y elusivos que en su acercamiento a los hechos sociales ponían en juego los que entonces se consideraban a sí mismos sociólogos y politólogos, pero que dejaban de lado la sustancia efectiva de las relaciones sociales, mezclando juicios normativos y factuales, con un tono ensayista quizá erudito y deslumbrante, pero pobre de factualidad depurada y probada. Obviamente hay notables excepciones que confirman la regla.

Tercero: a mitad de los años setenta, esta práctica de investigación va a sufrir un proceso de ideologización y politización, cuya óptica arrojará sin duda buenos frutos en campos tales como la sociología rural y del trabajo, del movimiento obrero, de la sociología urbana y política, pero también productos ramplones, ideologizados y doctrinarios: declaraciones de principios más que análisis, aplicación automática del marco teórico a los hechos y, frecuentemente, valoración más que factualidad. Esta sobrecarga ideológica y politizada de la primera sociología mexicana en su última fase, involucrada en una gran variedad de causas y frentes, fue la que propició su agotamiento y desencanto. La llamada crisis del marxismo, que constituyó la referencia teórica dominante de los años setenta mexicanos, fue un episodio político e intelectual que nos sobrevino en medio de nuestra insatisfacción intelectual, agravándola. Para mí será siempre un enigma saber por qué el entusiasta marxismo mexicano se desplomó sin explicaciones, debates y precisiones. Fue un decreto de defunción, emotivo más que racional, a la carrera, sin una revisión crítica ciudadana y rigurosa.

II

Hacia los años ochenta comienza a perfilarse una segunda generación de sociólogos. Esta denotación de “segunda sociología”, más que responder a una clasificación intelectual propiamente dicha, es una manera de decir lo que en mi opinión, son los nuevos estilos, prácticas, énfasis y actitudes de la práctica profesional de la sociología. Esta nueva generación de sociólogos empieza a producir y actuar en los años ochenta en condiciones muy adversas, derivadas de la crisis fiscal, administrativa y política del sistema mexicano, cuyas políticas de ajuste conllevaron el recorte drástico del gasto público en educación superior e investigación (particularmente en investigación social), a la vez que provocaron el desplome de los ingresos de las universidades y de los universitarios, con el resultado de interrumpir las oportunidades de formación en posgrados y romper los lazos de las comunidades científicas más o menos constituidas. Se caracteriza además por el reflujo del sindicalismo universitario militante, la dispersión de los investigadores en variadas instituciones y también por los efectos que en la práctica de la investigación va a introducir la competencia por estímulos y prestaciones, centrada en la producción individual. Una segunda condición adversa de esta generación va a ser que inician sus exploraciones y ofrecen sus primeros productos en un clima de inestabilidad y hasta confusión teórico-metodológica, resultado de la

asimilación apresurada de ciertas teorías y problemáticas, particularmente las del marxismo, con su posterior abandono. A la incertidumbre teórico-metodológica contribuyó también el proceso de institucionalización de la política de izquierda en México a finales de los años setenta y, sobre todo, el clima mundial teórico, político y cultural de la década de los años ochenta que hizo perder significado justamente al marxismo, a la socialdemocracia, al keynesianismo, al desarrollismo, al colectivismo, y que impulsará otras posiciones, provenientes de la filosofía y la política (neo) liberal, el individualismo metodológico, las tesis de la “elección racional” y el análisis microsociológico. Es decir en este escenario los enfoques teórico-metodológicos se desplazan internacionalmente hacia aquello que se ha ido denominando apresuradamente *socioeconomics*, o sea, pensar la sociología bajo los supuestos de un individuo racional, libremente autoreferido, calculador, informado y acucioso de los costos y beneficios de su actuar e interrelacionarse social, orientado a fines propios más que a valores compartidos. Una tercera, en mi opinión, condición adversa en la que se va a mover esta segunda generación de sociólogos –y que, obviamente, se desprende, de la crisis político-administrativa del sistema político mexicano y del cambio de clima político-cultural mundial-, es un abrupto giro en los objetos de estudio y en su procesamiento intelectual. Algunos temas y objetos de estudio pierden de golpe significación teórico-política y otros se convierten en temas de interés prioritario. Por ejemplo, temas como el proceso democrático (“transición”) y el sistema plural de partidos empiezan a ser un objeto de estudio no sólo teóricamente desafiante, sino cultural y políticamente más significativo. Lo mismo puede decirse del interés por estudiar la emergencia de sectores y movimientos sociales nuevos (organizaciones ciudadanas, iglesias, empresarios, etcétera), sin inspirarse el tradicional abordaje estructural de “clases sociales”. O bien la aparición del estudio de movimientos sociales regionales, como una defensa y alternativa teórica, política y cultural al centralismo uniformador. Figuran en este listado también los estudios sobre la pobreza. Creo que los sociólogos que trabajamos en los años setenta y la mitad de los ochenta, concentrados en ciertos objetos de estudio, de repente vimos cómo perdieron con rapidez su significación teórica, política y cultural. En su lugar emergen en el ánimo de la sociedad mexicana y en las prioridades de las comunidades científicas otros problemas, otros objetos de estudio y otras preocupaciones y abordajes. Es, en verdad, un cambio de época, con jóvenes sociólogos que ya no son hijos de la Revolución Mexicana ni de la Revolución Cubana o del 68, pero tampoco propagandistas dogmáticos del neoconservadurismo o del neoliberalismo. Son, tal vez, la generación de la crisis y del ajuste; con otro temple y otra mirada, con otro horizonte existencial e intelectual: el de la transición democrática, el de la globalización, el de la fragmentación de las identidades colectivas, el de la ciudadanía pública y la vida privada, el de la pobreza, el de la sociedad civil, etcétera.

III

La actual situación de la sociología mexicana, a juzgar por ciertos indicadores –y me basaría en algunas investigaciones realizadas por el Sistema Nacional de Investigadores-, se sigue caracterizando por el predominio de los centros de investigación tradicionales, es decir, por los marcos teóricos, las problemáticas y los objetos de estudio que los investigadores que trabajan en esos centros, si no imponen, si hacen atractivos y canónicos para los demás. Estos centros de investigación tradicional, hegemónica, que en nuestro país son los que definen qué vale y qué no vale teórica y culturalmente en el estudio sociológico siguen siendo obviamente la UNAM. El Colegio de México, la UAM-Azcapotzalco y, en la fila, El Colegio de la Frontera Norte y El Colegio de Michoacán. Si se quiere saber qué ocurre en la sociología mexicana y hacia dónde se dirige, deberíamos ir a preguntarle justamente a los grandes líderes institucionales que definen lo correcto e incorrecto, lo significativo o lo insignificante de la disciplina sociológica.

Por otro lado, asistimos también a una expansión muy promisoriosa, aunque en este momento miscelánea de centros de investigación alternativos que empiezan a desarrollarse con fuerza en ciertas regiones de México. Un indicador de este proceso descentralizador serían las treinta y seis revistas trimestrales o cuatrimestrales que han solicitado su registro en el “índice de calidad” de las revistas mexicanas con arbitraje y cuerpo directivo estable. De estas treinta y seis, ocho han sido aprobados sin condiciones y pertenecen a UNAM, COLMEX, UAM-Azcapotzalco, COLEF, catorce tiene condicionado su registro y diez más están en proceso de evaluación. Los nueve centros que participan en la sociología mexicana en términos de revistas con arbitraje, con cuerpos directivos estables y con producción propia de sus investigadores son: Puebla, Veracruz, Oaxaca, Jalisco, Michoacán, Colima, Estado de México, Nuevo León y Yucatán.

Al examinar rápidamente los productos publicados en esas revistas vemos mayor profesionalización que la que se podría observar en los años sesenta y setenta. Observamos mayor oficio de investigación, mayor rigor en la problematización, conceptualización y formación de conjeturas, mayor aporte de datos y evidencias relevantes. Por otra parte, encontramos ya temáticas de superespecialización y, por consiguiente, significativas sólo para grupos muy especializados, muy avanzados y muy conocedores, donde los aficionados y ensayistas no tienen cabida o son tolerados. En cuanto al fortalecimiento regional, los centros de investigación hegemónicos todavía se ubican con el Valle de México, con excepción de El Colegio de la Frontera Norte y El Colegio de Michoacán, pero comienzan a surgir investigación, investigadores y buenos productos en otras regiones. Otra característica de la sociología actual es su marcada diferenciación institucional: las revistas muy buenas o buenas y los productos muy buenos y buenos siguen concentrados en el Valle de México. Un rasgo llamativo es que se trata de la producción de individuos más que de equipos, hecho que puede dar pie a pensar en que no existen comunidades científicas estables, o bien a registrar que las comunidades nacen, no se reproducen y sí mueren. Pero, a pesar de hallar una producción más de personalidades que de grupos de trabajo, existe continuidad, eslabonamiento y acumulación de conocimientos en varias áreas de estudio, mostrando que existen comunidades ya formadas, consolidadas, activas, en permanente comunicación, por más que su producción siga siendo prácticamente individual. Pienso en los grupos de investigación sobre empresarios, partidos políticos, procesos de trabajo, educación, etcétera.

De todos modos, en la mayor parte del territorio sociológico, se sigue observando baja acumulación, producciones que no se eslabonan, que no hacen referencia a las investigaciones o productos de otros investigadores mexicanos en campos afines o que sólo mencionan al pequeño círculo de colegas afines. Investigadores que obviamente prefieren citar a Habermas en alguna trivialidad y no a Luis Villoro en algo sustantivo. ¿Qué indica todo esto? Que no hay acumulación sistemática en la tradición de investigación mexicana, que en su lugar hay una suerte de colonización mental que asigna mayor estatus al citar a un autor extranjero que a un autor mexicano, el cual puede haber desarrollado lo mismo que aquel con igual seriedad. Aún en estas condiciones es creciente la presencia de nuevos investigadores. Cada vez más vemos nuevos nombres que no conocemos y quedamos sorprendidos del manejo, la habilidad y el rigor de sus trabajos. Existe una regeneración de la comunidad científica de sociólogos mexicanos.

IV

En sentido inverso, observamos también que los productos contemporáneos no reflejan en sus textos los problemas, debates y corrientes teórico-metodológicas de la actual comunidad sociológica internacional. Seguimos siendo una comunidad científica doméstica y autocontenida, en la

que sólo los “mexicanistas”, particularmente los analistas de procesos políticos de coyuntura, mantienen una interacción sistemática y privilegiada con los investigadores de otros países. Pero los que trabajan otros temas o temas de mayor alcance teórico viven en la incomunicación con colegas de otros países o sus contactos son esporádicos, con el efecto que los desarrollos de la sociología mexicana contemporánea y varios productos de gran calidad no son conocidos ni reconocidos en el extranjero.

Puede ser que este distanciamiento de la comunidad internacional se deba a que no hemos hecho nuestros los intentos teóricos y metodológicos que se están llevando a cabo en otras comunidades para superar los límites y anomalías en que cayeron las teorías sociales que nos fueron familiares. El desencanto y quizá la nostalgia por la teoría coherente y recapituladora nos ha hecho reticentes en comprometernos con nuevas propuestas “globalizadoras” (en los términos del Gilberto Giménez), pero el efecto final es que son hoy pocos en nuestro medio, incluyendo a los jóvenes investigadores, los buenos conocedores y expertos de los nuevos desarrollos internacionales. Me alarma que no conozcan a fondo ciertas escuelas y enfoques sociológicos recientes, hablen de oídas a partir de algún artículo traducido (con la autosuficiencia del aficionado que rápidamente pontifica sobre la consistencia o inconsistencia de sus enunciados y enfoques) o se refugien en los libros de algunos autores contemporáneos que se han vuelto significativos y multicitados, pero no necesariamente por su solvencia y originalidad teórica.

Algunos han preferido cortar de tajo el trauma y la incertidumbre que supone la frustración de no poder ensamblar los componentes que integran un marco de referencia o un sistema teórico, y se han dedicado a desarrollar investigaciones específicas, con cuidado o descuido en la problematización, conceptualización y explicación. Otros, en cambio, viven la fatiga de articular todas las nuevas propuestas o nuevas críticas en un marco coherente de lenguaje y de acercamiento a la realidad social, y siguen en el esfuerzo de encontrar una teoría plausible, con numerosas búsquedas que no son resolutorias, que consumen muchísimo tiempo, que implican la lectura de muchos autores, para llegar frecuentemente a un punto en el que con otras palabras, con otras categorías, se termina diciendo lo mismo que uno ya decía o reiterando la búsqueda que uno ya hacía. Evidentemente en este trayecto se pierde mucho tiempo, pero hay una lealtad a la propia vocación científica que demanda encontrar una teoría coherente, probada y convincente.

Por otro lado, se ve que hay una orientación cada vez mayor hacia la solución de problemas. Puede ser que en el pasado, cuando nos inscribíamos en una sociología más estructural y más totalizadora, pensábamos que la solución de los diversos problemas sociales habría ocurrido como efecto de la solución de las cuestiones estructurales mayores, de la relación capital-trabajo, de la relación periferia-metrópoli, o bien de la sincronización entre los diversos componentes que conllevaba el proceso de modernización y cambio social. Quizá por estar inscritos en una sociología estructural mayor, pensábamos que era más importante y decisivo, tanto teórica como políticamente, concentrar la atención sobre los problemas estructurales y no tanto sobre los problemas que podríamos considerar sus efectos o derivaciones, a pesar de que fueran el origen de inconformidades y conflictos sociales.

Hoy, en cambio, se asiste a una creciente investigación orientada a problemas; no se trata sólo de una investigación más específica, más micro, sino también más profesional. Profesional, en el sentido de que es una investigación más buscada, reconocida y favorecida por los empleadores públicos, privados o de las organizaciones sociales. La investigación orientada a la solución de problemas recoge los datos relevantes de un hecho social, lo cual permite un planteamiento más informado o tal vez más correcto del problema social y, por consiguiente, ofrece explicaciones del mismo, susceptibles de generar propuestas de acción para atenderlos o, por lo menos, para cancelar aquellos factores que provocan los daños más intolerables y generalizados. Ya no se trata de una sociología revolucionaria sino reformista, que no renuncia a sus compromisos prácticos de emancipación y cambio social, pero tampoco convierte la sociología en patología, en un ejercicio que denuncia males y profetiza cataclismos mediante críticas ideologizadas o quizá factual, sino en uno que colabora resueltamente a la remoción de males, conflictos y dolores colectivos. No creo que sea una capitulación política y moral. Es, más bien, un ajuste a las condiciones y procesos de la sociedad de fin de siglo, más plural, complejo, laico y relativo. Por ello más inmune a dogmas, utopías, prédicas y juicios finales. Hemos visto así crecer la línea de investigación aplicada en varios terrenos, cargados de problemas sociales reales, como en educación, salud, nuevos procesos de trabajo, pobreza y vida urbana.

Esto se relaciona con lo antes mencionado sobre el abandono de ciertas temáticas. Investigadores en activo han abandonado ciertos objetos que para nosotros eran muy significativos y que siguen siendo problemas reales de la sociología y de la sociedad, aunque hayan podido perder significación político-administrativa en los últimos años y por algún motivo se han dejado de lados. Por ejemplo, la sociología rural. Este es un tema que justo en el momento de mayor tensión y desastre agrícola no ha sido atendido más que por los investigadores que vienen de los años setenta, conocedores y expertos en este campo. Lo mismo se puede decir de la cuestión indígena, que es una recriminación teórica para los sociólogos. Otro caso: abandonamos el estudio de los medios de comunicación, un tema de fuerte interés en los años setenta, y, sin embargo, ahora enfrentamos el problema de cuál es la función y desempeño de los medios de comunicación en un contexto democrático, plural y abierto. Estos casos ilustran que ha habido ciertas temáticas que por algún motivo perdieron relevancia y que, no obstante esto, siguen siendo problemas reales.

Asimismo, hay abandono de la pasión teórico-metodológica que hacía que nuestra generación perdiera el sueño, la vida y hasta amigos en busca de un cuerpo teórico, preciso y convincente, que pusiera orden y guiara la investigación. Tal vez nos planteamos problemas demasiado grandes, globalizadores, y consecuentemente nos embarcamos en la búsqueda de la gran teoría. Pecando de exceso, propio de la juventud; pero la nueva generación puede pecar de defecto, si pierde la pasión por la teoría y el método, por los finos problemas de la construcción conceptual, la explicación y prueba, por los problemas complejos que plantea la interdependencia entre teoría y práctica social, entre curso de la historia y discurso de la razón. Es una generación más resignada, quizás contagiada por el desencanto y la confusión que nosotros sembramos. Abandonar esta pasión teórico-metodológica no es conveniente para el éxito del segundo tiempo sociológico.

También he notado que ha regresado un problema tratado con frecuencia en los años setenta y ochenta: la gran influencia y el peso de temas valorativos en el ejercicio empírico. Decía antes que debemos a la primera generación el haber puesto un alto al juridicismo y al historicismo, a las interpretaciones valorativas de la historia mexicana, y haber iniciado estudios empíricos contextualizados. En cambio, se percibe ahora un regreso de temas valorativos que dejan caer todo su peso sobre la investigación; estos temas están hoy más ligados a los argumentos y exigencias de la filosofía política y moral de los derechos humanos, las libertades políticas, la justicia y la solidaridad. Sin embargo, no debemos confundir los rigurosos, inteligentísimos e interesantes desarrollos de filosofía política y moral con el ejercicio sociológico. Evidentemente quedó ya muy demostrado a muchos colegas míos que uno no se puede improvisar como filósofo trabajando en sociología, y no se puede improvisar como sociólogo si se está más interesado en problemas filosóficos. Por ejemplo, se ha replanteado entre nosotros el problema de lo privado y lo público y ha obtenido alta significación teórico-político-cultural; sin embargo, se nos ha olvidado que la sociología nació justamente para dejar en claro que esa dualidad estructural de lo privado y lo público, con la que arrancó la modernidad estatal y económica, era imperfecta y reductiva y opacaba el ámbito de lo social, dejándolo en un limbo teórico.

Finalmente, veo en la sociología actual –y con esto concluyo– todavía un débil manejo de tecnologías cuantitativas. Evidentemente las tecnologías tienen que ubicarse en cuerpos teóricos que le proporcionan su sentido y pertinencia. Está fuera de discusión la importancia del manejo

de tecnologías cuantitativas, de estadística y cálculo para poder ordenar procesos de grandes números o de fenómenos que tal vez nombramos teóricamente con corrección, pero que no podemos especificar y precisar en su magnitud social efectiva. Por ello, la teoría de juegos ha ido teniendo cada vez mayor peso en ciertas temáticas y logra explicar los fenómenos de poder, lucha, concertación, asociación, intercambio, etcétera. Sin familiaridad con la modelación cuantitativa nos resultarán impenetrables y enigmáticos ciertos procesos que consideramos todavía problemas y que solemos estigmatizar y ahuyentar sólo con la retórica de la denuncia, a falta de conceptos.

En suma, veo una investigación sociológica con mayor oficio, con mayor capacidad y con mayor conciencia del alcance teórico y práctico de sus exploraciones, más rica en temas y objetos de estudio, más involucrada en hechos sociales concretos, también más orientada cognoscitivamente a la solución de problemas prácticos, pero aquejada por dos dolencias. La primera es una cierta indiferencia por las preguntas teóricas y epistemológicas de fondo. Y la segunda, su vuelta a confundir juicios normativos y factuales, recetas prácticas y explicaciones, deseos del corazón y verdades de la inteligencia, debido quizá a la presión interior que la nueva generación experimenta de que su investigación no sea sólo algo bibliotecario y escolar, sino tenga significado e incidencia real en la vida de las sociedades. La segunda sociología mexicana llegará más lejos y más hondo si no renuncia, entonces, a una más rigurosa autoconciencia teórica y si no capitula frente a la realidad social dada, no rinde sus armas de la razón, pero tampoco se deja seducir por las fantasías, pasiones, fideísmos y ganas de su propio tiempo. Permanecer fieles al compromiso con la Ilustración es hoy, como ayer, la tarea de los modernos, sociólogos o no.

La sociología en México. Dos diagnósticos de su estado actual

Rafael Farfán H.

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA, UAM-AZCAPOTZALCO

1. La condición actual de la sociología

Hace algunos años, en un viejo artículo, Jeffrey Alexander (1988) pronosticaba el regreso de la teoría a la sociología como resultado de un estado crítico, de una encrucijada, decía, a la que enfrentaba producido por la extinción gradual de la hegemonía que durante tantos años ejerció el estructural-funcionalismo. La reacción a esta extinción fue el surgimiento de una diversidad de teorías, todas ellas en competencia, disputándose el terreno dejado por lo que fue el paradigma dominante en la “sociología occidental” (Gouldner 1973): el funcionalismo de Parsons. Muy lejos parecían estar aquellos años dorados en los que se instaló un cómodo concepto de teoría cuya pretensión era establecer un programa de investigación válido para todas las ciencias sociales, por lo menos tal y como Parsons y E. Schils lo concibieron (1968), en el que resuenan ecos de la vieja ambición e intolerancia del positivismo lógico por fundar un lenguaje con el cual unificar la ciencia.

Bajo esta coyuntura que pone en el centro la extinción gradual de una manera de pensar y hacer la ciencia social, que durante muchos años se consideró la única posible, tiene sentido comprender el reconocimiento que Alexander hace de la importancia del regreso de la teoría a la sociología. Pues a través de este movimiento teórico se volvía a problematizar lo que se pensaba era algo fuera de toda discusión y reflexión: el carácter epistemológico y metodológico de la sociología, es decir de su objeto y método. El regreso de la teoría quería decir, pues, la posibilidad de repensar la naturaleza de la teoría en la que funda su cientificidad la sociología. Quería decir, también, volver a pensar tanto el pasado como el futuro de la disciplina, reconstruyendo su historia de acuerdo a una lógica no acumulativa ni lineal, en la que el conflicto y la lucha son el medio principal para su continuidad.

Sin embargo este regreso de la teoría abrió lo que quizás siempre ha sido el estado natural de la sociología, como lo reconocen Giddens y Turner (1987): una dispersión y proliferación de paradigmas y/o programas de investigación que compiten entre sí y se disputan el sentido de lo que es la ciencia social. El antiguo consenso que reinó se rompió para dar paso a la emergencia de nuevas y viejas teorías, en las que se recuperan antiguas tradiciones que hacen posible innovadoras perspectivas de investigación social. Ahora coexisten y dialogan la fenomenología sociológica de Alfred Schütz con la hermenéutica de Gadamer y Ricoeur; la teoría crítica de Habermas discute con la teoría de sistemas de Luhman y la teoría de la estructuración social de Giddens elabora un capital teórico que nace de las más diversas y encontradas tradiciones de la teoría social.

Lejos estamos, por lo tanto, de la homogeneidad y la unidad que hizo posible el paradigma de Parsons, y ahora, por el contrario, es necesario aprender a aceptar un sano estado de dispersión y proliferación de la teoría en la sociología. Ciertamente este estado no deja de tener sus inconvenientes teóricos que son los responsables de cierta confusión y eclecticismo desorientador que domina en algunos casos de investigación social. Sólo bajo tal situación es que la expresión, tan de moda, de “crisis de paradigmas” refleja más que nada un cierto estado desolador del “espíritu científico”. Pero dejando de lado tal expresión emotiva, la condición objetiva a la que hoy apunta la sociología nos habla de una cultura ligada a la tolerancia, a la diferencia, al diálogo entre distinto, al reconocimiento del otro como diferente, en suma, a un modo de vida que Pierce idealizó a través de su concepción de las comunidades científicas en las que las disputas se resuelven a través del diálogo y triunfa el mejor argumento. Cultura que, por cierto, sólo a través de un largo y doloroso proceso de aprendizaje llega a formarse y asimilarse.

De este estado de la sociología participan y son expresión tradiciones sociológicas que durante mucho tiempo se identificaron a partir de sus respectivas culturas nacionales pero que hoy, bajo la presión de la “globalización de las ideas” que es parte de la globalización del mundo, han derribado fronteras y divisiones nacionales para sólo ser identificadas como parte de un enorme y complejo movimiento teórico. Ello explica que en las más importantes revistas occidentales de las ciencias sociales aparezcan diálogos y discusiones entre las distintas tradiciones de la teoría social, rompiendo así la pretensión de que una tradición es sólo patrimonio de una determinada cultura nacional. Los resultados que esto ha provocado en la investigación social son reveladores en términos de los objetos, problemas y ámbitos que ahora se exploran. La identidad y la práctica del científico social también se han alterado y han adquirido dimensiones bajo las que coexisten los más diversos y encontrados sentidos. En suma, como otros procesos que son parte del mundo actual, la sociología, también se ha globalizado y así ha cambiado en su modo de insertarse y ser parte de su cultura cotidiana. Quizás es así como se puede comprender el “ambiguo triunfo” de la sociología del que habla Salvador Giner (1994) en su sugerente ensayo.

Bajo el estado que guarda la sociología a nivel mundial y reconociendo el intenso proceso globalizador al que había estado sometido, tiene entonces sentido preguntarse: ¿cómo ha cambiado nuestra disciplina bajo el influjo de la recepción de lo que ocurre en los principales centros académicos donde se produce y discute la teoría social?, y más todavía, ¿Cómo ha contribuido la sociología mexicana a la formación del movimiento teórico bajo el cual se define hoy la sociología? De alguna forma responden a estas acuciantes preguntas los ensayos del doctor Gilberto Giménez y del doctor Luis Aguilar, y tengo la impresión de que sus respuestas implícitas no forman un diagnóstico totalmente positivo del estado en el que se encuentra hoy la investigación sociológica en México. ¿Cuál es la diferencia? Esto quiero explicarlo en la próxima sección, comentando los ensayos del doctor Giménez y del doctor Aguilar Villanueva.

2. Sociología mexicana o sociología en México, la disyuntiva actual de nuestra disciplina¹

Los dos ensayos mencionados que quiero comentar aquí, representan uno de los momentos más altos en la auto reflexión de la sociología mexicana actual.

Son, pues, un momento de la (auto) conciencia el estado en el que hoy se encuentra la investigación sociológica mexicana y por tal motivo, sin dificultad, se puede situar el tipo de análisis que realizan en el nivel metateórico de la sociología. Y dada la complejidad que supone este nivel de análisis, quiero distinguir los planos en el que se puede separar siguiendo para ello las sugerentes divisiones topológicas que hace George Ritzer (1993).

La metateoría sociológica es un nivel de análisis de esta disciplina cuyo objeto es “el estudio profundo de la estructura subyacente a la so-

¹ Como ya lo mencioné, debo esta idea a las discusiones que he mantenido con la maestra Margarita Olvera, quien se encuentra desarrollando investigaciones muy en línea con lo que aquí se trata. Sin embargo por otro lado también ha sido formulada, aunque bajo conclusiones distintas. Me refiero con esto al ensayo de Fernando Castañeda, “La sociología mexicana: la constitución de su discurso” (1994), así como al de Gina Zabludovsky, “Reflexiones en torno a la teoría sociológica en México: los nuevos retos” (1994). Estoy de acuerdo con mucho de lo que este par de artículos plantean y difiero solamente en el tono optimista con el que ven las perspectivas actuales de la sociología en México.

ciología en general y sus diversos componentes” (Ritzer 1993:424), ya se trate de áreas específicas de estudio, de conceptos, de métodos o bien de datos. Sin embargo este nivel global de análisis de la sociología se descompone a su vez en tres niveles, de acuerdo a la naturaleza de los productos finales que arroja cada uno. Veamos de qué trata cada uno de estos niveles, pues en uno de ellos es donde pienso se sitúan el análisis del doctor Giménez y el del doctor Aguilar Villanueva.

El primer tipo de meta teorización tiene como objeto obtener una comprensión más profunda de una teoría con la finalidad de alcanzar una mejor explicación de su formación y composición a través de la elaboración de una teoría general (Ritzer 1993:424). Este primer tipo se divide a su vez en cuatro subtipos básicos, a saber: 1) el estudio formal de una teoría sociológica para alcanzar una mejor comprensión de su estructura interna, aquí por lo tanto el análisis se sitúa en el contexto interno de la teoría; 2) el estudio de la estructura interna de una teoría pero estableciendo la correlación que mantiene con factores sociales e institucionales, que hacen posible la formación de las comunidades de investigadores responsables de su continuidad (interno social); 3) el estudio de la teoría que utiliza conceptos, herramientas y teorías de otras disciplinas (externo-intelectual); por último 4) el enfoque externo-social que estudia la teoría bajo el contexto social en el que surge y se desarrolla.

El segundo tipo de metateorización en sociología es cuando su objeto es el desarrollo de una teoría a partir de una de las teorías existentes. Los casos más claros de esta clase de análisis metateórico son los que ofrece la historia de la teoría sociológica, clásica y contemporánea, a través de nombres como los de Durkheim, Weber, Marx o Parsons, Habermas, Luhmann y Giddens.

El tercer tipo se refiere a la reconstrucción de la historia de una teoría a partir de una teoría más general, que fija criterios y conceptos bajo los cuales se comprende su formación. Aquí es donde se sitúan los trabajos de algunos investigadores actuales, que buscan darle un sentido a la historia de la teoría sociológica que rompa con las nociones usuales de la evolución, la acumulación y la biografía. En este tipo de análisis metateórico sitúa Ritzer su propio libro dedicado al estudio de la teoría sociológica clásica y contemporánea. En un nivel modesto he intentado hacer lo mismo en un ensayo dedicado a la sociología de Pablo González Casanova (Farfán 1994).

De los tres tipos en que se descompone el análisis metateórico de la sociología, se pueden desprender tres ventajas: 1) ofrece métodos sistemáticos para la comprensión, la evaluación, la crítica y la mejora de las teorías existentes (Ritzer 1993:430); 2) representa una de las bases para explicar la formación de nuevas teorías a partir de teorías ya existentes y 3) proporciona a los investigadores sociales herramientas útiles para el uso de las teorías en sus proyectos de investigación.

La tesis que aquí quiero proponer sostiene que los análisis que hacen tanto el doctor Giménez como el doctor Aguilar Villanueva en torno al estado actual de la investigación sociológica en México se pueden situar en el primer tipo de análisis metateórico que define Ritzer. Sin embargo ambos ensayos oscilan entre los primeros tres subtipos, pues se ocupan desde una precisión conceptual del estado actual que guarda la sociología a nivel interno (Giménez), hasta la formación de lo que son las líneas por las que hoy camina la investigación sociológica en México (Aguilar). Bajo esta perspectiva, ambos ensayos se complementan y mantienen, por lo tanto, una relación de reciprocidad. Y de ambos nace un diagnóstico de conjunto bajo el cual propongo una segunda tesis: la ausencia de sólidas y continuas tradiciones de investigación en nuestro medio académico-institucional es lo que impide hablar de la existencia de una sociología mexicana, definida con un claro y nítido perfil y con comunidades de investigadores identificables cuya identidad permita situar con precisión conceptual los ámbitos en los que hoy se distribuye y reproduce la investigación social en México. Lo que sin duda existe es la sociología en México, como un conjunto heterogéneo, variado y disperso de investigaciones e investigadores, con respaldo institucional (lamentablemente concentrados en el Valle de México, como lo menciona el doctor Luis Aguilar), cuyos cambios de objeto de estudio (del indigenismo a los procesos electorales, de la dependencia y el subdesarrollo a la cultura política y la globalización) reflejan, muchas veces, la irreflexiva inserción de la sociología en nuestra sociedad. Pero esta tesis quiero fundamentarla un poco más, comentando finalmente los ensayos del doctor Giménez y del doctor Aguilar Villanueva.

Bajo el marco global que el doctor Giménez establece de la condición actual de la sociología occidental a nivel interno se puede comprender el estado en el que hoy se encuentra la investigación sociológica en nuestro país, que en líneas generales define bien en su ensayo el doctor Aguilar. Y bajo la típica relación lógica de “género próximo y diferencia específica” podemos comprender lo que nos falta frente a lo que otros tienen.

El doctor Giménez parte de un reconocimiento que es hoy un dato de partida en el estudio de la sociología actual y que ya traté al inicio de este comentario²: la pluralidad, dispersión y fragmentación que existe en el ámbito de la teoría social. Pero frente a este dato, propone un modelo de interpretación (el de Dogan y Phare) con el cual explicar la formación y expansión de las relaciones entre las distintas ciencias sociales e incluso dentro de una disciplina. Este modelo propone una discutible lógica de evolución de las ciencias, que comienza con la formación de un patrimonio originario, le sigue la expansión del patrimonio, continúa con la especialización-fragmentación y termina con la hibridación. Según lo menciona el doctor Giménez los autores de este modelo de reconstrucción de la evolución de las ciencias sociales no lo presentan como un modelo normativo sino como un dato, lo cual es discutible y creo que el mismo doctor Giménez discute su plausibilidad la confrontarlo con los obstáculos a los que hoy se enfrenta, como él lo dice, el progreso y la innovación sociológica sólo puede participar del proceso centrífugo al que hoy apunta la ciencia social si al mismo tiempo mantiene un proceso centrípeto orientado a la reconstrucción de su identidad, sin que ello sea en detrimento de la pluralidad de sus manifestaciones. Pero ¿cómo alcanzar esta identidad en medio de la diversidad teórica que hoy caracteriza a la sociología? El doctor Giménez propone dos medios esenciales, ambos reveladores de nuestras propias ausencias sociológicas.

El primero es un retorno a los clásicos, pues cualesquiera sean las divergencias de interpretación que existan todas ellas reconocen, por lo menos, un patrimonio común de autores y teorías. El segundo medio es el más interesante y provocador: a través de una epistemología de la sociología que establece dos variables como condición en el estudio de todo fenómeno social, tiempo y espacio, y así funda un vínculo con la historia. El autor de esta propuesta es el sociólogo francés Jean Claude-Passeron y nace de la recuperación de ese patrimonio común de la sociología formado por los clásicos como Weber y Durkheim. La conclusión de esta propuesta epistemológica con la cual concebir la unidad de la sociología en su diferencia, es la siguiente: tanto la historia como la sociología se mueven en un espacio lógico no popperiano sino más bien weberiano, en el cual se razona construyendo tipologías y comparando criterios sistemáticos y pertinentes.

¿Qué clase de ausencias revela el diagnóstico que se desprende del análisis metateórico del doctor Giménez, cuando se le contrasta con el estado actual de la sociología en México? Primero, que los modelos de reconstrucción que ahora se discuten (como el de Dogan y Phare), tienen como punto de partida ciertos datos del origen de la sociología occidental, a saber: la dispersión y extrema especialización de la sociología supone una historia en la que se tejen procesos de institucionalización y formación de comunidades de investigación a partir de las cuales se producen y reproducen tradiciones sociológicas que son, como lo establece el modelo de Dogan y Phare, el “patrimonio originario” de una disciplina. Sin estos datos de partida, es decir, institucionalización y formación de tradiciones de investigación, no es posible discutir las consecuencias que hoy producen la dispersión y especialización de la sociología, y por lo tanto, también carece de sentido plantearse el problema de la identidad de esta

2 La interpretación de este dato es también el punto de partida del ensayo de Gina Zabłudovsky (1994). También está presente en mi ensayo dedicado a la sociología de González Casanova (Farfán 1994).

disciplina. Estos son datos constantes que se pueden reconocer en la historia de la formación de ciencias como la sociología y la historia, y que ilustra bien el caso de la sociología francesa con Durkheim y la revista que fundó, *L'Année Sociologique*, así como la escuela de los Annales y la revista que lleva el mismo nombre, para el caso de la historiografía francesa³. Frente a esto la sociología mexicana se debate también, como lo explica el doctor Luis Aguilar, en un estado de dispersión y fragmentación pero por razones distintas a lo que sucede en la sociología occidental, pues a pesar de que hace mucho hemos alcanzado el nivel de la institucionalización de la disciplina esto no asegura ni indica la presencia de tradiciones consolidadas a partir de las cuales se proyecten hoy diversos ámbitos de investigación, conquistados al precio del trabajo de largas generaciones y de productos reconocibles como patrimonio común de nuestra ciencia social. Sujetos al influjo continuo de las modas teóricas que nos llegan de Europa y de los Estados Unidos, vivimos en un estado de reinención continua de la sociología perdiendo así nuestra memoria histórica.⁴ Ante tales circunstancias cabe también plantearse el problema de la identidad de la sociología en México, pero obviamente por razones distintas a su similar europea o estadounidense. Y a través de este problema quiero pasar a comentar, para terminar, el ensayo del doctor Aguilar Villanueva.

Si el ensayo del doctor Giménez se sitúa en el nivel metateórico del análisis estructural de la sociología actual (su composición y evolución), el del doctor Luis Aguilar se detiene en un nivel de análisis en el que se establece una relación entre formación de la sociología en México y contexto social y político. Bajo esta premisa establece que la sociología mexicana es el resultado de “los sacudimientos del tránsito de una sociedad tradicional a la modernidad”, lo cual imprime a la sociología de cierto tipo de problemas y objetos. Bajo este trasfondo distingue dos cohortes generacionales en la sociología mexicana: la primera se forma bajo el incipiente proceso de institucionalización de la disciplina con el cual adquiere cierta autonomía, desligándose de otras áreas del conocimiento con las que se le confundió (como la filosofía y el derecho) para devenir cada vez más en una ciencia empírico-analítica.⁵ Una segunda generación de sociólogos nace en los años setenta. Entonces la disciplina alcanza un nivel más riguroso de profesionalización pero al mismo tiempo cae en cierta confusión metodológica, “derivada de un asimilación apresurada y hasta emocional de ciertas teorías (...), particularmente del marxismo”. Bajo tal situación es que ocurre un cambio conceptual y de objetos de estudio en la disciplina. Temas y problemas de la primera generación son abandonados para poner en su lugar unos nuevos, ligados sin duda la situación política y social que guarda el país entonces, así como a la extrema ideologización a la que fue sometida la sociología. De aquí nace la situación actual de la disciplina en México, que se debate entre lo promisorio y lo frustrante.

Lo promisorio nace de la cantidad de instituciones en las que hoy se enseña e investiga la sociología, la mayor parte de ellas situadas en el Valle de México. Nace también de las publicaciones de calidad en las que se dan a conocer las diversas investigaciones que hoy se realizan, muchas de ellas expresión de la especialización que se ha logrado alcanzar en la ciencia social. Pero esto mismo se puede leer como un dato frustrante, cuando se sitúan los productos de investigación más que nada como resultado de esfuerzos individuales y no del trabajo concertado de equipos. Lo cual es un indicador “de la ausencia de comunidades científicas estables, o bien de formación de comunidades que nacen, no se reproducen y si mueren”. La investigación sociológica se desarrolla entonces no bajo líneas que reflejen el patrimonio acumulado por las generaciones que nos han precedido, sino más bien bajo la fuerza de la contingencia que establece la coyuntura política de momento o el ingreso que tenga a la academia algún autor o tema de moda en Europa o en los Estados Unidos. Las erráticas oscilaciones de la investigación social son el producto de ambos factores: de demandas que nacen de momentos políticos y sociales o de modas teóricas acriticamente asimiladas. A ello obedece también el sentido bajo el cual se forma el quehacer sociológico.

Es esta situación la que invita a pensar que, en la medida en que carecemos de claras tradiciones de investigación que sean el patrimonio bajo el cual se forma y difunda la disciplina, no contamos con una sociología mexicana sino más bien con el cultivo de la sociología en México. Por lo primero no entiendo un producto en el que se exprese la idiosincrasia de una cultura nacional, algo por otro lado mítico que sólo puede funcionar como consigna de un discurso nacionalista. Entiendo más bien algo producido a lo largo de la existencia de diversas comunidades de investigadores, que son las responsables de crear tradiciones en las que se funde la teoría con la investigación empírica, formando así eslabones que hacen posibles ciertas continuidades necesarias para lograr asegurar la identidad de una disciplina. De otra forma lo que existe son individuos receptivos a lo que ocurre tanto a su alrededor como a nivel de los cambios teóricos que se originan en los centros académicos de Europa o los Estados Unidos, y que realizan investigaciones cuyos productos expresan ambas cosas: tanto los grandes problemas nacionales como las teorías bajo las que se les interpreta y explica. Pero no dejan de ser obras brillantes de investigadores solitarios, en los que nace y muere una preocupación, una labor, en suma un esfuerzo intelectual.

Pienso que esta es la gran disyuntiva a la que hoy se enfrenta la sociología en México, es decir, la de recuperar los fragmentos de tradiciones que no florecieron y proyectar su presencia hacia nuestro presente con la finalidad de realizar un patrimonio a partir del cual fundar nuestra disciplina, lo que supone un intenso y largo trabajo histórico para lograr consolidar una memoria sociológica. Supone también intensificar el trabajo docente con las nuevas generaciones, situándolas en medio de esta memoria y al mismo tiempo formándolas en los clásicos de la sociología. Supone por último, una cultura científica en medio de la cual se formen nuestras comunidades de investigadores en las que se cultiven valores como la disciplina, la constancia, la modestia, la tolerancia y el pluralismo. De ahí es de donde puede nacer la aspiración a la verdad y no al poder⁶. Pero esto implica ya un modelo normativo que quizás en otro lugar podré explicar con más calma.

3 Dos testimonios de investigaciones históricas que muestran el peso que tiene la formación de tradiciones a partir de la conquista de espacios institucionales son los siguientes. Para el caso de la sociología durkheimiana, el documentado ensayo de Johan Heilbron, *Les métamorphoses du durkheimisme, 1920-1940* (1985). Para el caso de la historiografía francesa y la formación de los Annales como institución y tradición, el polémico libro de Francois Dosse, *La historia en migajas* (1988). En ambos casos queda clara una consigna que explica que las tradiciones sin respaldo institucional no pueden tener continuidad, pero a su vez la conquista de espacios institucionales no asegura por sí misma la formación de tradiciones: “todo proyecto científico es inseparable de un proyecto de poder... La voluntad de convencer y la voluntad de poder están unidas como la luz y la sombra”, citado por F. Dosse.

4 Tal es el caso de nuestra recepción de un clásico como lo es Max Weber. Hoy varios de los que, de acuerdo a la clasificación generacional que establece el doctor Aguilar Villanueva en su ensayo, nos situamos en la tercera generación de los que se han formado entre la filosofía y la sociología sabemos que a él le debemos nuestro descubrimiento de este clásico de la sociología alemana, que es la puerta para lograr comprender y discutir autores contemporáneos como Habermas y Giddens. Pocos saben, sin embargo, que el trabajo del doctor Aguilar está fundado en una enorme labor de traducción realizada por los intelectuales españoles que llegaron a México huyendo de la represión franquista y del fascismo europeo. A este grupo de intelectuales, entre los que sobresalen los nombres de José Medina Echavarría, Eugenio Imaz y Luis Recaséns Siches, debemos lo que con propiedad es nuestra primera recepción de Weber en México, hoy por desgracia casi olvidada.

5 Esta primera generación, formada entre otros por Pablo González Casanova, el mismo Luis Aguilar, el doctor Giménez, etcétera, se distingue (entre otras cosas) de los precursores, de la disciplina, como el doctor Lucio Mendieta y Núñez, por la formación académica alcanzada y porque desarrollan sus trabajos de investigación en el marco de las instituciones creadas por los precursores.

6 Esta misma idea la expresa de la siguiente forma Fernando Castañeda, al tratar la ambigua relación que ha mantenido la sociología académica con la política en México, o lo que Weber llamó “ciencia y política”, “Las reglas y normas que constituyen la vida académica son constantemente desbordadas por procesos políticos que la rebasan. La magnitud de los intereses políticos, ideológicos y aún económicos que se juegan hacen imposibles que las modestas normas y reglas de una comunidad académica las puedan regular. La carrera política sustituye con frecuencia a la carrera académica. Los méritos burocráticos se confunden con frecuencia con los méritos académicos. Los recursos para hacer academia están más cerca de los puestos burocráticos que de las jerarquías académicas (...)”, (1994:27)

Bibliografía

- Alexander, Jeffrey (1988), “El nuevo movimiento teórico”, *Estudios Sociológicos*, El Colegio de México, vol. VI, núm. 17.
- Castañeda, Fernando (1994), “La sociología mexicana: la constitución de su discurso”, *La sociología contemporánea en México*, México, UNAM.
- Dosse, Françoise (1988), *La historia en migajas*, Valencia, Ediciones El Magnífico.
- Farfán, Rafael, (1994), “La contribución de Pablo González Casanova a la formación de una teoría crítica de la sociedad en México”, *Sociológica*, núm. 24, UAM-A-
- Giddens, Anthony y Thurner, H. Jonathan (1987), “Introducción a *La teoría social, hoy*”, México, Alianza-CNCA.
- Gouldner, Alvin (1973), *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Giner, Alvin (1973), “La inteligencia sociológica, una victoria incierta”, *Sociológica*, núm. 24, UAM-A.
- Heibron, Johan (1985), “Les métharphoses du durkheimisme, 1920-1940”, *Revue Française du Sociologie*, vol. XXVI.
- Parsons, Talcott y Schils, Edward (1968), *Hacia una teoría general de la acción*, Buenos Aires, Kapelusz.
- Ritzer, George (1993), *Teoría sociológica clásica*, México, McGraw-Hill.
- Zabludovsky, Gina (1994), “Reflexiones en torno a la teoría sociológica en México: los nuevos retos”, *La sociología contemporánea en México*, México, UNAM.

Notas al final del capítulo

La propuesta metateórica y su validez para el estudio de la sociología en México

Gina Zabudovsky

CENTRO DE ESTUDIOS BÁSICOS EN TEORÍA SOCIAL
FCPyS, UNAM

Uno de los rasgos más significativos del desarrollo de las ciencias sociales durante los últimos años es la inexistencia de un enfoque predominante que pueda presentarse como el único válido o como el más cercano a la verdad. Si bien es cierto que no se trata de un hecho totalmente nuevo –en el análisis teórico siempre han confluído distintas posiciones– en la actualidad nos enfrentamos a una diversidad de puntos de vista que acaso no tenga precedente.

La multiplicidad de escuelas que confluyen en la ciencia social contemporánea y la “competencia” que entre ellas se ha establecido, ha hecho evidente que la ciencia social no avanza únicamente a partir de la compulsión de expandir los estudios dedicados a la investigación empírica sino que uno de los motores principales del progreso científico es precisamente el conflicto y la síntesis entre diferentes corrientes del pensamiento. En este sentido se puede afirmar que el carácter multiparadigmático de la sociología ha pasado de ser una profecía a ser una realidad (Alexander y Colomy 1990).

Por el ámbito constante que experimentan las escuelas establecidas y el número creciente de tradiciones emergentes, los límites que las vinculan y separan están en constante cambio. Las escuelas no están selladas de manera hermética y la confluencia entre ellas puede provocar ciertas convergencias tanto en el discurso general como en sus programas de investigación (Alexander y Colomy 1992).

Las circunstancias hasta ahora mencionadas son a su vez causas y efectos de la creciente introspección de los académicos interesados en cuestiones teóricas. La necesidad de estudios específicos sobre las distintas corrientes y la tendencia a centrarse cada vez más en la reflexión en torno al quehacer teórico en sí mismo, ha dado lugar a la emergencia de un área disciplinaria a la cual algunos autores identifican como metateoría y que considera la interpretación de los textos (y los “contextos” en que éstos se presentan) como una de las tareas fundamentales de la especialización en ciencias sociales (Ritzer 1990 y 1992; Antonio y Kellner 1992; Tiryakian 1992).

Entendida en cierta forma como una “teoría de la teoría”, la “metateoría” pretende constituirse como un elemento distinguible de la sociología contemporánea que se vincula con el estudio de las formas culturales de la disciplina. Este tipo de reflexión se plantea el doble propósito de profundizar en los distintos aspectos de la producción teórica existente y de colocarse a su vez como un punto de arranque para nuevos enfoques (Ritzer 1988, Wallace 1992; Weinstein y Weinstein 1992).

En la medida en que reconoce la importancia relativa de las teorías con base en su propia historicidad, la metateoría es una práctica disciplinaria que parte de la diversidad y competitividad y que, en consecuencia, no tendría ningún sentido si la sociología fuera una disciplina uniparadigmática. La posibilidad del desarrollo de este punto de vista está precisamente en la multiplicidad de posibilidades teóricas que a su vez hacen posible un segundo nivel de reflexión en torno al proceso y las formas de constitución del objeto teórico. Las consecuencias inevitables de este enfoque son precisamente la relativización de las pretensiones de cualquiera de los “jugadores” mediante la búsqueda de una estructura lógica que permita identificar las relaciones cualitativas de oposición y similitud de las teorías existentes (Weinstein y Weinstein 1992:24-147).

Los autores que adoptan la perspectiva metateórica señalan que no se pretende hacer una defensa de las “reglas para el trabajo sociológico” con base en argumentos sobre la “validez” de un corriente y el rechazo acrítico de las otras. Lejos de buscar un “discurso teórico maestro” o tomar posición por una escuela determinada, esta orientación se guía por la búsqueda de posibilidades para identificar, describir y contextualizar elementos y estructuras subyacentes dentro de la diversidad teórica existente.

El análisis de las condiciones sociales en que se producen las teorías y las continuidades y rupturas entre las mismas, permiten detectar tanto las convergencias entre las teorías que “compiten”, como las diferencias entre las que son aparentemente similares. Se trata de un enfoque en el cual prevalece el interés por el estudio de los textos cuyos contenidos son reordenados constantemente en una serie de juegos infinitos de contextualización provisional (Weinstein y Weinstein 1992:149).

Tomando en cuenta las contribuciones que se han dado en este terreno, el presente artículo se divide en dos partes. En la primera de ellas, se exponen y evalúan las aportaciones básicas y los niveles que la metateoría propone para el estudio y desarrollo de la teoría sociológica.¹ En la segunda parte, se muestra la aplicabilidad y pertinencia de estas estrategias para los estudios sobre el estado de la sociología que se llevan a cabo en México.

2. Dimensiones y modalidades del análisis metateórico

Uno de los autores que más se ha ocupado de definir el campo de la metateoría es George Ritzer quien sostiene que más que una subdisciplina nueva, ésta debe entenderse como una sistematización del estudio sobre la teoría que –en función de sus propios objetivos y resultados– distingue varios tipos y dimensiones de análisis (Ritzer 1991). Desde esta perspectiva pueden considerarse tres modalidades básicas:

Modalidad 1: la metateoría como una forma para profundizar en la comprensión de la teoría sociológica. La finalidad de esta opción es el estudio de las teorías en sí mismas.

Modalidad 2: la metateoría como el estudio de la teoría sociológica con el propósito de producir una nueva teoría.

Modalidad 3: la metateoría como una forma de ir más allá de las distintas teorías existentes en la búsqueda de una perspectiva que pueda retomar un parte de varios enfoques teóricos para plantear nuevas alternativas que de alguna forma, logren trascender o sistematizar elementos de varias teorías.

A estas tres modalidades propuestas por Ritzer, hay que agregar una cuarta más sugerida por Paul Colomy, quien considera que la metateoría también debe ser capaz de distinguir y evaluar los patrones extra empíricos y universales de las distintas teorías previas. En la medida en que no está alineada con ninguna tradición teórico específica, la perspectiva metateórica tendría una posición favorecedora para juzgar el “avance” de las

1 Esta primera parte es una versión resumida de un artículo previo en el cual se abordan y discuten más ampliamente las principales aportaciones y limitaciones de la propuesta metateórica (Zabudovsky 1994,2).

diversas teorías (Colomy 1991:279; Ritzer 1991:239; Weinstein y Weinstein 1992).²

Además de esta tipología, existen distintas perspectivas para el análisis de la metateoría (que se manifiestan en particular dentro de la metateoría del tipo I) que llevan a diferenciar por un lado, a los factores “internos” y “externos”, y por el otro, a los “intelectuales” y los “sociales” (Smelser 1989). La diferenciación interno-externo es útil para distinguir los fenómenos que constituyen una parte intrínseca de las ciencias sociales de los que se producen fuera del desarrollo de la propia disciplina pero que tienen un impacto importante dentro de la misma. El binomio intelectual-social permite diferenciar entre la producción de las ideas y el ámbito social ampliado que suele tener un impacto importante en la propia generación del conocimiento sociológico.

El entrelazamiento entre las perspectivas interna-externa e intelectual-social permite a su vez distinguir cuatro dimensiones de análisis para la sistematización del estudio y clasificación de las teorías: 1) dimensión interna-intelectual; 2) interna-social; 3) externa-intelectual; 4) externa-social (Ritzer 1988:189-190). A continuación se describen brevemente los objetivos de cada una de ellas.

1.1. Demisión intelectual-interna

Se vincula con la identificación de los principales “paradigmas” y “escuelas de pensamiento” en la sociología. Algunas perspectivas adoptadas en esta dimensión denotan una importante influencia de Thomas Khun (1962 y 1970) y de la filosofía de Lakatos (1978) en las ciencias sociales. A pesar de que la propuesta kuhniana incluye factores relacionados con los aspectos comunitarios y sociales, muchos sociólogos la han retomado para enfatizar los elementos primordialmente intelectuales. En el plano propiamente cognoscitivo, la idea de paradigmas se ha utilizado como sinónimo de teorías (Friedrichs 1970; Effrat 1972; Leinhart 1977; Colclough y Horan 1983); como “grupos de teorías” o como una variedad de componentes cognoscitivos que incluyen las teorías y los métodos (Albrow 1974; Platt 1986; Ritzer 1975).³

No todos los estudios que se centran en el análisis de las estructuras cognoscitivas de la teoría social son de inspiración kuhniana. Desde una óptica muy distinta, nos encontramos con las propuestas de diferenciación entre la “estructura funcional” y la “orientación interpretativa interracional” de la teoría (Wagner 1964) y la distinción entre “estrategias orientadoras”, “teorías” y “programas de investigación” (Wagner y Berger 1985; Ritzer 1988).

Dentro de la dimensión intelectual-interna pueden también ser considerados los diversos estudios en torno a las “escuelas de pensamiento” (Sorokin 1928; Martindale 1960; Ritzer 1988). En términos generales se ha considerado que constituyen una “escuela” aquellos académicos que –independientemente de sus contactos personales– poseen la identidad común que les da una orientación teórica particular (Harvey 1987).

Desde esta perspectiva también deben ser consideradas las investigaciones que proponen instrumentos y categorías específicas tanto para el análisis de las teorías existentes como para el desarrollo de nuevas alternativas: la propuesta en torno a la “estructura subyacente” de la teoría sociológica que lleva a cabo Alvin Gouldner (1970); el énfasis en la acción y el orden en el análisis de las teorías desarrollado por Alexander (1982); los esfuerzos para conciliar niveles de análisis dentro de la teoría sociológica (Edel 1959; Blau 1979); y toda la polémica en torno a las perspectivas micro-macro en sociología (Wallace 1969; Kemeny 1976; Collins 1981; Ritzer 1988; Alexander 1987).

El último cuerpo de trabajo metateórico que se podrá tomar en cuenta dentro de esta dimensión, son los textos especializados sobre autores conocidos por sus aportaciones a la teoría social. En términos generales, estos estudios profundizan sobre un aspecto particular de la obra de un autor y arrojan nuevas luces en torno a un tema específico. Las investigaciones que parte de este enfoque son muy numerosas, entre estas se pueden mencionar el estudio de Camic (1987) sobre Parsons; la lectura subjetivista de Hilbert sobre la concepción weberiana de la burocracia (1987); la interpretación a nivel micro de Elster en torno a Marx, y los estudios de Collins sobre Mead (Collins 1989; Ritzer 1988).

1.2 Dimensión interna-social

En ésta también destaca la fuerte influencia de las ideas de Kuhn y de otros autores como Price (1969) que han enfatizado los aspectos comunitarios del surgimiento y consolidación de las teorías sociológicas.

Desde este punto de vista, las “escuelas” suelen tener una connotación más delimitada ya que se considera que éstas no se constituyen únicamente por académicos que comparten perspectivas teóricas comunes, sino que generalmente surgen u se consolidan como producto de fuertes vínculos comunitarios que se establecen entre un reducido número de científicos sociales con estrecho contacto entre sí (Tiryakian 1979 y 1986; Besnard 1983; Bulmer 1984; Wiley 1979). Así consideradas, las escuelas que más se han documentado y sobre las que existe una considerable investigación en sociología son la Escuela durkhemiana y la escuela de Chicago.

Como ocurre con el concepto de paradigmas, el trabajo sobre las escuelas ha creado todo un cuerpo de teoría casi independientes (Monk 1986; Harvey 1987; Tiryakian 1979 y 1986). En el contexto de la sociología actual, quizá puedan ser consideradas dentro de esta concepción de “escuela” la que se ha formado en Francia teniendo como eje de los planteamientos teórico-metodológicos de Pierre Bourdieu.

Al respecto, habría que considerar si muchas de las “tradiciones” propiamente “nacionales” de la sociología y la ciencia política podrían ser retomadas dentro de esta dimensión. Sin embargo, no hay que perder de vista que el término “tradicición” tampoco está del todo claro. En ciencias sociales también se ha utilizado para referirse a contextos que trascienden los límites de un país como el que alude a la “tradición anglo-sajona” o la “tradición continental-europea”. Así entendidas, la concepción de “tradicición” se vincula a factores lingüísticos y culturales de relevancia para estudiar el desarrollo y significado de ciertas nociones clave de la teoría política (como las de “federalismo” y “republicanismo”) que han adquirido distintos significados según el contexto y la “tradicición cultural” donde se inscriben.

Es importante tener presente que este sentido del término “tradicición” se diferencia del empleo que de él hacen otros enfoques que utilizan el concepto para referirse a orientaciones teórico-metodológicas que tiene sus orígenes en el pensamiento clásico, a presuposiciones generales de las ciencias sociales (Alexander 1992; Hernández Prado 1992) o a la asociación con una “familia de teorías” que comparten los presupuestos filosóficos que forman el núcleo de un “programa de investigación” en el sentido utilizado por Lakatos (Farfán 1994).

Otra perspectiva para el análisis de las teorías que puede ser considerado dentro de la dimensión interna-social son los estudios en torno a los propios individuos que han destacado por sus trabajos de teoría: su afiliación institucional, sus patrones de carrera, su posición dentro del campo

2 Esta cuarta posibilidad de pensamiento metateórico propuesta por Colomy ha sido a su vez criticada por Ritzer quien afirma que ésta parte de expectativas erróneas en torno al progreso y acumulación del conocimiento en ciencias sociales. La metateoría no debiera concebirse como una disciplina cuya función primordial es el juicio sobre los avances de las distintas teorías existentes. A juicio de Ritzer, esta propuesta únicamente cobra sentido en el contexto de un paradigma pospositivista que considera que el progreso científico depende de la formulación de enunciados de carácter universal. Consecuentemente, se espera que los académicos dedicados a la “metateoría” sean capaces de distinguir los enunciados, y de emplearlos desapasionadamente para que –con ambiciones comteanas– califiquen con pretendidos “índices de superioridad” a las distintas tradiciones teóricas en competencia (Ritzer 1991:240-241).

3 Albrow (1974), propone una metodología para diferenciar entre el paradigma “dialéctico” y el “categorial”. El trabajo de Platt es más específico, en él se estudian los vínculos entre la teoría estructural-funcionalista y los métodos de investigación. (Ritzer 1988:190).

de la sociología, etcétera (Gouldner 1970). Desde este punto de vista, se considera que las experiencias del autor de alguna manera explican su orientación teórica (Gouldner 1970); tenemos así, algunas biografías intelectuales como las que se han hecho en torno a la obra de Wright Mills (Horowitz 1983; Tilman 1984) o las propias autobiografías intelectuales de autores como Homans (1984) (Ritzer 1988).

En el plano de la revaluación de la sociología clásica se podrán señalar la célebre biografía sobre Karl Marx a cargo de Isahia Berlin y el trabajo acerca de Max Weber realizado por Arthur Mitzman (1969).

1.3. Dimensión externa-intelectual

Se apoya en otras disciplinas en la búsqueda de ideas, herramientas y conceptos que pueden ser utilizados para el análisis de la teoría sociológica. Así por ejemplo, la influencia de la filosofía –en particular las ideas de Kuhn y Lakatos- ha sido fundamental para la adopción del concepto de “paradigma” en la sociología; el análisis del discurso y el rescate de instrumentos lingüísticos también ha tenido una influencia importante en el estudio de la teoría sociológica (Brown 1987:192).

1.4. Dimensión externa-social

Su carácter es más amplio y general ya que se preocupa por la naturaleza del impacto de la sociedad en la teoría sociológica: el marco nacional, el sociohistórico, el proceso de institucionalización y profesionalización de la sociología, etcétera (Schils 1970; Tiryakian 1979). En este sentido, han resultado muy sugerentes los trabajos de Michael Foucault en torno a los orígenes históricos de las ciencias humanas (Foucault 1965, 1975, 1979).

Las perspectivas social-externa y la social-interna han sido útiles para estudiar las relaciones entre las teorías y los contextos nacionales donde se generan y desarrollan, como lo lleva a cabo Richard Münch en sus análisis sobre las distintas “tradiciones teóricas” en las ciencias sociales de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania (Munch 1991; Ritzer 1991).

Al respecto, es importante tener presente que –en la medida en que se conciben como “tipos ideales”- las distintas modalidades y dimensiones del análisis metateórico no son opciones rígidas que se descartan mutuamente. Por el contrario, en la práctica intelectual tienden a confluír. Los académicos interesados en el estudio de la teoría suelen recurrir a distintas perspectivas de análisis.⁴

Algunos planteamientos básicos de la propuesta metateórica ya han recibido fuertes críticas que en términos generales, denuncian su carácter excesivamente formalista, su dependencia del trabajo ajeno y su tendencia a dejar a un lado lo que “verdaderamente” importa en ciencias sociales, que es el desarrollo de la investigación empírica y la teoría substantiva. Por su parte, los “defensores” de la metateoría han contestado que lo que sucede es que aún no se ha logrado valorar en su debida dimensión la importancia de un marco que permita analizar y describir el campo discursivo de las ciencias sociales y proveer alternativas frente a posturas en las cuales todavía prevalecen fuertes contenidos ideológicos.

Por rebasar los objetivos del presente trabajo, no me detendré en esta ocasión en el análisis pormenorizado de estas críticas ni de sus perspectivas réplicas.⁵ Como lo he señalado previamente, el interés del presente artículo se centra en otro nivel. Lo que se pretende es mostrar cómo los conceptos y estrategias de investigación sugeridas por la metateoría pueden ser útiles para el estudio de la sociología en México.

2. Los “usos” de la metateoría en México

De forma similar a lo ocurrido en otras partes del mundo, durante la década de los ochenta el pensamiento sociológico en México, se caracterizó por un cambio en las perspectivas de análisis. La situación, a nivel teórico, se ha concebido en términos de un “crisis de paradigmas” que en América Latina se relaciona por lo menos con dos situaciones.

Tenemos, por un lado, los cambios de la sociología a nivel mundial a los que ya se ha hecho referencia y que evidencia la incapacidad de las grandes teorías (el estructural-funcionalismo por un lado, y el marxismo por el otro) para dar cuenta de las transformaciones de la sociedad contemporánea, por lo menos al nivel omnicomprendivo que algunas de ellas pretendía. Como consecuencia, se produce el resurgimiento del interés por corrientes de pensamiento que –sin las pretensiones globalizadoras de los paradigmas anteriores- permitieron abordar desde otras perspectivas, los procesos complejos de las relaciones en las sociedades contemporáneas (Duhau, Girola, Azuela 1988; Girola y Zabudovsky 1991:28).

Por otro lado, la sociología de América Latina tiene que rebasar sus propias dificultades. Como señala Sefchovich (1989) “... la crisis de los paradigmas en América Latina tuvo influencias externas y también fuentes vernáculas”. Esta últimas se relacionan con el abandono de las consideraciones sobre los aspectos globales de la estructura social, política y económica de América Latina que habían sido los objetos privilegiados de la teorías del desarrollo y de la dependencia prevalecientes en décadas anteriores. Como resultado tenemos el renacimiento de distintas corrientes del pensamiento y las posibilidades de confluencia de varias teorías (Girola y Zabudovsky 1991:28).

Frente al abanico teórico existente, la comunidad académica de México ha asumido actitudes diversas.

Como en otras partes del mundo, muchos sociólogos interesados fundamentalmente en estudios empíricos encuentran en la existencia de escuelas disímolas la “comprobación” de la poca importancia del debate teórico en las investigaciones que llevan a cabo. El desacuerdo ha sido considerado así como una prueba de que se argumentaba previamente: que la teoría resulta irrelevante en la práctica cotidiana. Esta postura ha llevado al desarrollo de un gran número estudios específicos con pocas o nulas referencias teóricas y con el énfasis puesto en problemas localizados. Al respecto, Sara Sefchovich señala que “los años ochenta se caracterizaron por ser críticos de todo, y por devolver a las ciencias sociales el camino a la humildad: ya no los grandes estudios, los grandes planteamientos teóricos-políticos, las militancias, sino la actitud de conocimientos concretos...” (Sefchovich 1989:76).

Sin embargo, como también ha ocurrido a nivel mundial, la proliferación de enfoques con los que la ciencias sociales inician la década de los años noventa ha causado gran entusiasmo en algunos círculos académicos mexicanos donde la “competencia entre escuelas” es percibida como la forma óptima para evitar el dogmatismo que se produce –de forma casi inevitable- cuando se defiende un punto de vista único e inmodificable (Giddens y Turner 1987; Ritzer 1990; Zabudovsky 1994-1).

Entre los efectos positivos que la llamada “crisis de paradigmas” ha tenido en nuestro medio vale la pena señalar los relacionados con la intensificación del debate epistemológico; el redescubrimiento de los clásicos; el interés por la obra de autores contemporáneos de diversas posiciones y el abandono de explicaciones rígidas con pretensiones omnicomprendivas (Girola y Zabudovsky 1991).

De forma similar a lo que ha sucedido en la sociología a nivel internacional, en nuestro país se ha manifestado un creciente interés por estu-

4 Como ejemplo de los trabajos donde se abordan un conjunto de perspectivas está el de Randall Collins sobre Mead, en donde su teoría se analiza tanto desde la perspectiva interna-intelectual (las limitaciones de su obra en relación con otros sistemas teóricos) como desde la interna-social (los vínculos personales que se establecen entre Mead, Dewey y otros autores) y la de los vínculos externos (intelectuales y sociales) (Ritzer 1988:192).

5 En un texto previo he analizado de forma detallada los puntos más relevantes de este interesante debate de la sociología contemporánea (Zabudovsky 1994-2).

dios específicos en torno a los distintos autores, corrientes y escuelas. Como resultado tenemos un incremento exponencial de los textos dedicados a la reflexión sobre teoría sociológica clásica y contemporánea. A la imperante necesidad de conocer más sobre pensadores como Durkheim, Marx y Weber, se suman las demandas de actualización en torno a autores contemporáneos –Alexander, Bordieu, Collins, Foucault, Luhman, Giddens, Habermas, Touraine, entre otros- y la compenetración en el conocimiento de intelectuales que desarrollan su pensamiento en México y América Latina como Caso, Gamio, González Casanova, Prebish, y Pozas.⁶

Tanto a nivel de investigación como en el propiamente docente, la pluralidad de alternativas teóricas de la sociología es ya una realidad que tiende a institucionalizarse. Los programas de estudio de las distintas carreras y las prácticas docentes de los académicos tienden a integrar o consolidar el estudio de diversas alternativas dentro de sus objetivos temáticos.

Paralelamente, se ha manifestado en nuestro medio académico un creciente interés en torno a la historia y al diagnóstico del ejercicio de la sociología. En este sentido se puede afirmar que la importancia que en México ha tomado el “meta-análisis sociológico” –entendido como el estudio reflexivo de la propia disciplina- está fuera de toda duda. Una prueba de ello es la edición del presente libro, la conformación de los grupos de investigación sobre el tema en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y en la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco y los diferentes eventos organizados a iniciativa de éstos y de otras instituciones como el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México y el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales.

Como producto de estos esfuerzos tenemos ya varias publicaciones recientes sobre el estado de nuestra disciplina, entre las cuales se pueden mencionar las siguientes: el libro de Benítez Zenteno (1988) sobre las ciencias sociales; dos números de la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* publicados en 1989 (núms. 135-136); el libro coordinado por Francisco José Paoli titulado *Desarrollo de las Ciencias Sociales en México* (1990); dos números (en 1991 y en 1994) de la revista *Sociológica* de la UAM-A sobre el estado de la sociología en México; el libro publicado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM sobre *Las Ciencias Sociales en los noventa* (Pozas (coord.) 1993); la compilación de textos editada por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales con el título de *La Sociología Contemporánea en México* (1994) y el libro publicado y coordinado por Manuel Perló sobre *Las Ciencias Sociales en México: análisis y perspectivas* (1994).

Si echamos un vistazo a estos textos, es fácil darse cuenta que uno de los temas más tratados es precisamente el de la “crisis” de las ciencias sociales en general y el de la “crisis de los paradigmas” en particular. Desde distintas perspectivas los académicos mexicanos hemos reflexionado en torno a las características y alcances de la crisis; sus dimensiones teóricas, institucionales y políticas; así como las propias ambigüedades y contradicciones que plantea la conceptualización de “crisis” (Giménez y Zabudovsky 1991; Zimmelman 1994). Como lo señala Edel Cadena:

De unos años a la fecha, mucha tinta y palabras han corrido en relación a la llamada crisis de la sociología, identificando dicho fenómeno, entre otros muchos elementos, con la ausencia (o disolución) de una comunidad científica en esa disciplina, el no arraigo (o abandono) de una teoría o grupo de teorías en el conjunto del discurso sociológico, el desdibujamiento (o ausencia) de un compromiso social por parte de dicho gremio, la influencia creciente de otras disciplinas en la sociología, la falta de acuerdo respecto de los criterios de demarcación de su objeto de estudio y particularmente en el supuesto descenso de la matrícula de las escuelas de sociología y el cierre de escuelas de sociología (Cadena 1994:237).

Desde el aspecto fundamentalmente teórico se han abordado, problemas relacionados con los grados de complejidad asociados a la multiplicidad de corrientes y la proliferación y diversificación de las mismas. Los esfuerzos por sistematizar el estudio sobre pensadores y escuelas han llevado a la reflexión en torno a los conceptos e instrumentos teórico-metodológico más adecuados con la consecuente producción de literatura sociológica que de una u otra forma rescata y discute nociones como las de “paradigma”, “tradicción de investigación”, “programa”, “corriente de pensamiento” etcétera (Castañeda 1990; De la Fuente Mora 1994; Farfán 1994; Giménez 1992 y 1994; Girola 1992; Girola y Zabudovsky 1991; Hernández Prado 1994; Muñoz 1993).

Por las anteriores circunstancias, considero que se puede afirmar que existen en nuestro país las condiciones de pluralidad y apertura que se requiere para el desarrollo y sistematización de perspectivas de análisis que podrían ser consideradas como metateóricas. Como ocurre en otras partes, en México se puede detectar a un grupo de académicos que se concentra cada vez más en la reflexión en torno al quehacer teórico a partir de la interpretación de los textos y del estudio de las comunidades donde éstos se producen y generan. Con base en lo hasta aquí expuesto, a continuación retomo las distintas dimensiones metateóricas propuestas por Smelser como una guía para sistematizar las perspectivas presentes en algunos trabajos realizados recientemente en nuestro medio.

2.1. Perspectiva⁷ intelectual-interna

Como se ha mencionado previamente, esta dimensión rescata los elementos propiamente intelectuales y cognitivos de las teorías. Algunas interpretaciones se nutren de aquellos elementos presentes en las ideas de “paradigma” y “escuela” que –más allá de las características comunitarias o de los posibles contactos personales de los autores- enfatizan las orientaciones particulares que se desprenden del análisis de los textos y del propio discurso sociológico.

Dentro de la dimensión intelectual interna deben ser considerados aquellos trabajos que se apoyan en instrumentos y categorías para el análisis de las teorías que se construyen a partir del propio desarrollo interno de la sociología, y de la problematización en torno a algunas características de la misma sin relacionarlas (necesariamente) con el contexto más amplio del país (Murguía 1994:71). Tenemos así estudios teóricos como los de Gilberto Giménez (1992) y Lidia Girola (1992) que incorporan el análisis sobre el peso de lo “cuantitativo” y lo “cualitativo”; el “determinismo”; la “inconmensurabilidad de los paradigmas”; las relaciones entre la estructura y la acción; los vínculos micro-macro, etcétera.

Entre las modalidades de trabajos que se producen con frecuencia en nuestro medio y que pueden también ser considerados dentro de la dimensión interna-intelectual, están los textos especializados sobre autores conocidos por sus aportaciones a la teoría social. Se trata de estudios que profundizan en un aspecto particular de la obra de un autor y arrojan nuevas luces sobre un tema específico.

De hecho, gran parte de la reflexión teórica en México durante los años ochenta y principios de los noventa se dio alrededor de la reinterpretación de los clásicos.

Durante esta etapa, México recibió el impacto del renovado interés que se produjo por la obra de Max Weber a nivel mundial y que se reflejó en una abundante y variada producción de estudios sobre este autor. Sorprende que –sin tomar en cuenta las traducciones, los textos escritos por autores de otras latitudes, ni la producción que se ha dado a conocer en revistas académicas- de 1984 a 1994 se publican en nuestro país por lo

6 Para un análisis más detallado de la forma en que se ha recuperado y analizado el pensamiento de los distintos autores en los libros y revistas académicas se pueden consultar los textos de Andrade 1994; Girola y Zabudovsky 1994-1.

7 Se utiliza el término perspectiva, enfoque o nivel como sinónimos. En esta sección he optado por el término perspectiva en los subtítulos para diferenciarlos de los subtítulos referidos a las dimensiones.

menos nueve libros que profundizan en distintos aspectos de la sociología weberiana: los dos tomos de Luis Aguilar que abordan detalladamente las influencias e innovaciones teóricas (1989); los textos de varios autores coordinados por Francisco Galván y Luis Cervantes en los cuales se analizan aspectos de la sociología política y de la metodología weberiana (1984 y 1985); los libros de Nora Rabotnikof (1989) y Griselda Gutiérrez (1994) en los cuales se analizan las concepciones de democracia y burocracia; el estudio de Serrano en torno a la noción de legitimidad (1994) y los dos libros de Zabudovsky sobre patrimonialismo y modernidad (1989 y 1993).

Además de Max Weber, tenemos trabajos que analizan aspectos de la obra de otros clásicos de la sociología. Entre éstos vale la pena mencionar los de Mónica Guitián y Mario Padilla (1986 y 1989) sobre la causalidad social y formación de la subjetividad de Durkheim (Guitián 1986 y 1989; Padilla 1990) y los de Susana Ralsky (1994) en torno al interaccionismo simbólico de Herbert Mead (Ralsky 1994).

En lo que se refiere al marxismo, pueden considerarse dentro de esta dimensión las reflexiones metodológicas de Enrique de la Garza (1983), algunos textos del filósofo Enrique Dussel (1985 y 1986) y desde luego una vasta literatura producida en décadas anteriores (Girola y Zabudovsky 1991).

Con respecto al análisis de la obra de contemporáneos, tenemos en la academia mexicana distintos artículos que analizan las contribuciones de autores como Jeffrey Alexander (Hernández Prado 1992; Zabudovsky, entrevista); Norberto Elias (Montesinos 1992; Zabudovsky 1992); Michael Foucault (González Ayerdi, Ocaña, Marcos et al., 1987); Anthony Giddens (Zabudovsky 1992); Jürgen Habermas (Farfán 1992); Niklas Luhman (Gómez 1992; Molina 1994; Varela Petitio 1992; Torres Navarrete, Zermeño Padilla 1992) y Alain Touraine (Zapata 1992) entre otros más.

Además de la reflexión en torno a las propuestas sociológicas de autores europeos y estadounidenses se debe considerar, dentro de la dimensión interna-intelectual, algunas publicaciones que profundizan en aspectos de la obra de autores latinoamericanos. En ella se aborda desde aspectos generales del surgimiento de nuevos enfoques teóricos para la investigación (véase Girola 1986; Murguía 1994; Osorio 1993); hasta el análisis específico sobre una cuestión determinada (como ejemplo puede consultarse la concepción de microsociología en Guillermo O'Donnell que desarrolla Girola 1992). En la medida en que se enfatizan los elementos del propio discurso sociológico –y no las relaciones con la política y el contexto social- también pueden ser consideradas dentro de este nivel algunos artículos que retoman la reflexión en torno a la “teoría de la dependencia” como paradigma de investigación (consúltese por ejemplo el texto de Zimmelman 1994).

Asimismo, es posible agrupar dentro de este enfoque a una serie de estudiosos, que exploran –con distintos grados de profundidad- un tema determinado con el fin de precisar, definir y discutir el contenido de ciertas perspectivas analíticas o conceptuales a partir de la obra de un autor o conjunto de autores. Tenemos así trabajos en torno al significado de conceptos como “modernidad” (Gil Villegas 1988; Zabudovsky 1988; Nieto 1994); “patrimonialismo” (Zabudovsky 1992), “etnia” (Stavenhagen 1992); “sociabilidad” (Girola 1992); “democracia” (Geneyro 1991); “globalización” (Zabudovsky 192-1993), etcétera.

Dentro del marco de las aportaciones de la sociología latinoamericana pueden mencionarse los estudios en torno a las concepciones de “colonialismo –interno” (Castañeda 1990:422) y de “explotación” (Farfán 1994).

Si tomamos en cuenta el trabajo de décadas anteriores –que en ciertos sentidos pueden ser considerados como “nuestros clásicos”- vale la pena mencionar el esquema de clases desarrollado por Rodolfo Stavenhagen en el segundo capítulo de su libro *Las clases sociales en las sociedades agrarias* (1979). En la medida en que, como señala Fernando Castañeda (1994), Stavenhagen hace depender su discurso de la propia explicación sociológica y no de algo que está por encima de ella,⁸ considero que sus definiciones deben ser evaluadas como contribuciones que se construyen dentro de la perspectiva interna-intelectual (Stavenhagen 1979, Castañeda 1994:29).

Para el análisis de las ciencias sociales en América Latina también han sido importantes los estudios en torno a las influencias de las corrientes e ideas europeas en la formulación de un discurso sociológico propio. Algunos trabajos rescatan la idea de paradigmas para analizar las similitudes teóricas que suelen darse entre académicos y que son independientes de sus contactos personales.

Entre los textos que adoptan esta perspectiva pueden señalarse los que analizan la influencia del positivismo europeo, el darwinismo y el organicismo en la primera sociología en México y en particular en las obras de Andrés Molina Enríquez, Gabino Barreda y García Granados (al respecto pueden consultarse los artículos de Castañeda 1992; Hernández Prado 1994 y Murguía 1994). Asimismo, por la gran influencia que tuvo el marxismo dentro de la discusión académica mexicana y latinoamericana durante muchos años, resultan de especial interés los artículos sobre el tema que suelen vincular el peso de esta corriente con el proceso de institucionalización de la sociología en México (Castañeda 1992:428, Farfán 1994; Zabudovsky y Girola 1991).

De igual manera, en la medida que se centran en el cuerpo constitutivo de la teoría más que en las distintas realidades sociopolíticas, dentro de esta perspectiva podrían considerarse algunos estudios (o secciones de ellos) que establecen paralelismos y diferencias entre autores. Como ejemplos de ellos se pueden señalar los que abordan la relación ciencia política y la discusión metodológica en Weber y en Caso (Castañeda 1994:26) y las polémicas con la visión naturalista que caracteriza el pensamiento de Gaos, Medina Echavarría y Recasens Siches (De la Garza 1989; Hernández Prado 1994; Murguía 1994).

2.2. Perspectiva interna-social

Como ya se ha señalado anteriormente, este enfoque parte de una concepción de “escuela” que es producto de fuertes vínculos comunitarios.

En México se han publicado algunos trabajos sobre las escuelas que han sido consideradas como tales a nivel mundial, en especial la “Escuela de Frankfurt”⁹ (Farfán 1992; Solares 1994; Waldman 1989) y la “Escuela de Chicago” (Ralsky de Cimet 1994).

Como he señalado previamente, otra perspectiva para el análisis de la teoría que puede ser considerada dentro de la dimensión interna-social es el estudio en torno a los propios pensadores que han destacado por sus trabajos teóricos teniendo en cuenta su afiliación institucional, sus patrones de carrera y su posición en el campo de la sociología.

Entre los textos sobre autores clásicos en los que prevalece esta visión pueden mencionarse el de Raquel Sosa (1988) sobre Durkheim que analiza las contribuciones teóricas a la luz del contexto histórico-institucional y el libro titulado *La sociedad a través de los Clásicos* donde se reúnen una serie de artículos que exponen las contribuciones de varios pensadores en relación a sus circunstancias biográfico-intelectuales y la etapa histórica en la cual desarrollaron sus ideas (Zabudovsky y Torres coord. 1988).

En lo que se refiere a investigaciones sobre autores contemporáneos, pueden considerarse dentro de esta perspectiva los trabajos de Alejandro Labrador y Blanca Solares que parte n de una síntesis biográfico-intelectual para exponer las ideas de Jürgen Habermas (labrador 1991;

8 Si Stavenhagen hiciera énfasis en el contexto político e ideológico y no en el propio discurso sociológico, sus contribuciones deberían ser consideradas más dentro de los niveles externo social o interno social.

9 Aunque durante mucho tiempo la “Escuela de Frankfurt” se desarrolla en el exilio y se pierden los vínculos entre los intelectuales que inicialmente la integraron, considero que puede ser tomada como “escuela” dentro de la dimensión interna social ya que las relaciones y colaboraciones entre sus dos autores más representativos (Max Horkheimer y Theodoro Adorno) siempre permanecen muy estrechas.

Solares 1994)

Sin embargo, sin negarle relevancia a los textos sobre autores europeos y estadounidenses, considero que la perspectiva intelectual social ha sido especialmente importante para el estudio de la sociología mexicana. Gran parte de las explicaciones en torno al surgimiento y consolidación de la práctica sociológica enfatizan los vínculos comunitarios. Tal es el caso por ejemplo de varios trabajos donde se valora la trascendencia de las labores de Lucio Mendieta y Núñez y Pablo González Casanova en las distintas etapas que tuvieron bajo su responsabilidad la dirección del Instituto de Investigaciones Sociales.

Como un ejemplo de estudios que destacan los contactos personales para analizar la obra de Lucio Mendieta y Núñez puede mencionarse el texto de Mauricio Tenorio quien a partir de una sugerente comparación entre las ciencias sociales en México y Estados Unidos expone los vínculos intelectuales y afectivos que el académico mexicano establece con Pitirim Sorokin: sus encuentros en Congresos Internacionales, la correspondencia que mantienen entre ellos y otras coincidencias biográficas. Considero que en análisis de Tenorio prevalece la perspectiva intelectual-social porque en la comparación entre autores, las diferencias y similitudes no se establecen a partir de la dimensión interna del propio discurso ni de la comparación entre sus textos. Aunque Mendieta y Núñez no era un seguidor de Sorokin, sus afinidades se resaltan a través de las experiencias similares y del impacto que tuvieron sus ideas entre sus seguidores y alumnos. En sus respectivas universidades ambos son creadores y directores de Departamentos Académicos o Institutos de Investigación y sus tareas son de gran trascendencia para el proceso de institucionalización de la sociología en México y Estados Unidos¹⁰.

En lo que respecta al análisis de la obra de González Casanova, la revisión de varios trabajos me lleva a afirmar que se trata de un claro ejemplo de la prevalencia del enfoque intelectual-externo que permite considerar como parte de una “escuela”, “corriente” o “tradicción de investigación” a un conjunto de académicos que en un momento dado se agrupan alrededor de él. Al explicar la forma que González Casanova desarrolló su “sociología crítica”, los distintos autores enfatizan los aspectos institucionales y sociales en función de las propias posibilidades que brinda la Dirección del ISSUNAM para coordinar a grupos de investigación. Este tipo de análisis podría ser considerado como una de las manifestaciones más evidentes de lo que Ritzer considera como la dimensión interna-social que conlleva una connotación delimitada (y en este sentido menos universal) de las “escuelas”, ya que éstas no se constituyen únicamente por académicos que –independientemente de su lugar geográfico- comparten perspectivas teóricas comunes, sino que su surgimiento y consolidación son producto de los vínculos que se establecen entre un reducido número de investigadores con un estrecho contacto entre sí (Tiryakian 1979 y 1986; Bernsard 1983; Bulmer 1984; Wiley 1979).

Como lo muestran este tipo de análisis, en México la posibilidad del surgimiento y consolidación de una “corriente” se vincula frecuentemente con una fuerte presencia académica –y a menudo también política- de un líder intelectual con el cual además de sus teorías propiamente sociológicas puede compartirse el ámbito ampliado de lo que podríamos considerar como una “concepción del mundo” que (en términos gramscianos) suele vincularse con un proyecto político determinado. Así, más que centrarse en los aspectos cognoscitivos y la propia estructura teórica del discurso (dimensión intelectual interna) la atención se pone en las características de una comunidad científica que incluso parece llegar a organizar sus trabajos en torno a una presencia de tipo “carismático”.

Así, Gustavo de la Vega afirma que el impulso vigoroso que recibe la enseñanza de la sociología en México a partir de 1957, se explica por el papel fundamental que como director del Instituto de Investigaciones Sociales tuvo Pablo González Casanova, “al frente de un conjunto de profesores que le imprimen una condición que por varios años hizo de la sociología mexicana una de las más creativas y comprometidas”. (De la Vega 1994:255).

Este papel también es enfatizado por Aurora Loyo quien señala que: “con la llegada del Doctor (González Casanova) el ISSUNAM fue reorganizado por segunda vez” pero no se trata, agrega Rafael Farfán, de una “simple reorganización administrativa”, que también se dio, sino fundamentalmente de un “cambio en el conjunto de orientaciones y valores en que reposaría la nueva política de investigación”. Como también lo señala Sara Sefchovich, esta transformación, se explica porque bajo su gestión, González Casanova se planteó convertir a la “sociología mexicana en un ciencia crítica” (Farfán 1994; Loyo 1990; Sefchovich 1989).

Al abordar de una forma más detallada este punto, en un interesante artículo Rafael Farfán considera que con Pablo González Casanova se desarrolla una “teoría crítica” que puede ser considerada como un “programa de investigación” en la medida en que tanto su impacto inicial como su posterior abandono se explican en relación con un marco comunitario específico que presenta condiciones favorables o desfavorables para “aglutinar a una comunidad de científicos” (Farfán 1994:74; Murguía 1994:83). La perspectiva adoptada por Farfán se evidencia en la siguiente cita: “...sostengo la tesis de que su obra sociológica de los años sesenta PGC hace una contribución importante a la formación de una tradición de pensamiento crítico social que nace de condiciones institucionales, académico-universitarias”¹¹ (Farfán 1994).

Este tipo de enfoques han servido también como sustento de la existencia de tradiciones de investigación definidas en términos nacionales. Tal es el sentido que parece darle Fernando Castañeda, cuanto opone la “tradicción débil” del conocimiento de la sociología mexicana a la tradición norteamericana o francesa (Castañeda 1994:24) y Mauricio Tenorio cuando en su comparación entre las ciencias sociales en México y Estados Unidos se refiere dos tradiciones nacionales diferentes (Tenorio 1994).

2.3. Enfoque externo-intelectual

Con base en los textos hasta ahora revisados propongo que esta dimensión se divida a su vez en dos subniveles.

Enfoque externo-intelectual-conceptual. Se trata del nivel que George Ritzer considera como “externo-social”. La connotación “conceptual” ha sido agregada por mí debido a que esta perspectiva se apoya en otras disciplinas en la búsqueda de ideas, herramientas y terminología que puedan ser utilizadas para el estudio de la teoría sociológica y que consecuentemente se convierten en conceptos para el análisis de la misma.

Enfoque externo-intelectual-comparativo. Esta dimensión no está contemplada en los subniveles considerados por Ritzer, sin embargo considero que debe añadirse por la relevancia que ha tenido para el estudio del desarrollo de la teoría sociológica. Dentro de este enfoque, las otras disciplinas adquieren importancia como objetos de estudio y no por las posibilidades que brindan para conceptualizar los problemas. Se trata de una perspectiva que, desde un punto de vista comparativo, tiende a enfatizar las relaciones que se establecen entre las diversas especialidades y el desarrollo de la sociología. Por eso a la clasificación “externa-intelectual” he añadido el término comparativo.

Dentro de este nivel, entrarían los innumerables estudios sobre las relaciones que históricamente se han establecido entre la sociología y otras especializaciones como la ciencia política, la economía, la antropología; las relaciones internacionales, etcétera.

10 El autor destaca otros datos como el hecho de que fuera precisamente Mendieta y Núñez quien promoviera la traducción de las obras de Sorokin. Desde esta misma perspectiva Tenorio establece comparaciones que enfatizan las coincidencias biográficas e intelectuales de otros autores, como la formación médica de algunos representantes del positivismo (Gabino Barrera, Porfirio Parra, Nicolás Leon y Antonio Peñafiel) (Tenorio 1994).

11 Farfán continúa señalando que “una tradición de investigación sólo puede continuar y convertirse en tal si existe una comunidad convencida del poder heurístico de ella y si, en consecuencia, acepta guiar su trabajo rutinario bajo los conceptos que forman el núcleo del programa”, (Farfán 1994:82).

A continuación me referiré a la importancia que estos dos subniveles han tenido en algunos estudios sobre la sociología en México.

2.3a. Enfoque externo-intelectual-conceptual

Como ya se ha señalado, una de los debates que más ha estado presente en la sociología contemporánea es el que se relaciona con la dimensión epistemológica y metodológica de la llamada “crisis de las ciencias sociales”: las discusiones sobre la naturaleza de las ciencias sociales; el “viejo” y “nuevo” debate en torno al estatuto de la sociología, etcétera (Giménez 1993).

Como en otras partes del mundo, la influencia fundamental en este terreno proviene de la filosofía.¹² De hecho, muchas de las ideas que sustentan las nociones de “paradigmas” y de “programas de investigación” utilizadas en el análisis propiamente sociológico se yerguen sobre las consideraciones filosóficas de Thomas Khun e Imre Lakatos (Gutiérrez Gómez 1991; Hernández Prado 1992 y 1994; Murguía 1994; Zimmelman 1994).¹³

Sin embargo, si bien es cierto que la noción de paradigma acompaña el desarrollo de la ciencia social en México desde hace varios años (incluso se ha comentado que ha llegado a ser una moda intelectual), ésta no siempre ha estado acompañada de una justificación explícita de las posibilidades que estos modelos filosóficos brindan al análisis propiamente sociológico. Con excepción de los debates que se han desarrollado en el plano propiamente epistemológico (como los que lleva a cabo Hugo Zimmelman 1987) me parece que en los otros terrenos la discusión sobre la cuestión sólo empieza a plantearse de forma sistemática y pormenorizada hasta los años noventa.

En 1992 se publica un artículo de Fernando Castañeda en el cual explica por qué recurre la noción de “programas de investigación” en Lakatos para analizar la trascendencia de *La Democracia en México* de González Casanova como “obra fundante” de la sociología académica mexicana. (Castañeda 1992: 419-424).

En 1994 la revista *Sociológica* dedica un número a la sociología en México en el cual las propuestas de la nueva filosofía de la ciencia (KhunLakatos, Laudan, entre otros) se incorporan como instrumentos que pueden proveer la coherencia necesaria para hacer posible una historia razonada del pensamiento sociológico (Farfán 1994:52; Murguía 1994:81).

En un sugerente artículo incluido en este volumen. Rafael Farfán fundamenta cómo las ideas de Kuhn, Lakatos y Laudan pueden ser útiles para precisar los conceptos de “programas”, “tradiciones de investigación” y “comunidades científicas” y, a partir de ellos, repensar la sociología en México (Farfán 1994: 52-53).¹⁴

Asimismo, otros autores han reflexionado en torno a la importancia que puede tener la filosofía para la concepción de la hermenéutica en la teoría social (Olvera 1993) y para definir la naturaleza y objetivos del conocimiento histórico y sociológico (Bauman 1978:12; Olvera 1993:79).

Dentro de esta perspectiva vale la pena también mencionar otras disciplinas que han sido importantes como proveedoras de conceptos al análisis sociológico, dentro de los cuales los instrumentos lingüísticos y el análisis del discurso han tenido un papel fundamental.

2.3b. Enfoque externo-intelectual-comparativo

Como se señaló anteriormente, este subnivel se diferencia del anterior ya que su interés en las otras disciplinas no depende del apoyo que éstas puedan brindar para esclarecer conceptos y plantear estrategias de investigación sino en el estudio de las formas concretas en que han establecido sus relaciones con la práctica sociológica en distintos periodos históricos.

El papel de la filosofía también ha sido muy relevante en este sentido. La adopción de este enfoque ha permitido que algunos académicos mexicanos estudien las relaciones entre el historicismo, la hermenéutica y ciertas corrientes sociológicas como la sociología weberiana (Aguilar 1989; Lince 1990; Olvera 1993).

En lo que respecta a la sociología mexicana en su etapa inicial, se ha enfatizado la importancia de la influencia de disciplinas como la antropología,¹⁵ la historia y el derecho.

Más adelante, son otras especialidades que se vincularon de forma más estrecha con el discurso sociológico. El peso del marxismo y la teoría de la dependencia durante la década de los setenta explican la importancia de lo económico para el análisis de la sociedad latinoamericana.

En los años 80, con el viraje que se produjo en América Latina del tema del socialismo y la revolución a los problemas del Estado, la democracia, las elecciones y los partidos, nos encontramos con una fuerte presencia de la teoría política en los debates sociológicos. El tema de la democracia ocupa entonces un lugar fundamental:

Si los números sirven de algo, podemos señalar que el hecho de que éste sea el tema que, en sus diversos aspectos ha recibido mayor atención por parte de los investigadores en México puede avalarse haciendo notar que en los ochenta, se escribieron casi sesenta artículos sobre la democracia, el estado y el sistema político, teoría y filosofía política en las revistas especializadas. Esto constituye un aumento significativo con respecto a la cantidad de textos sobre estos temas que aparecieron en las revistas académicas en la década anterior (Girola y Zabludovsky 1991:56-47).

Consecuentemente, hemos encontrado que, la diferenciación del campo propio de la teoría política y de la teoría sociológica puede ser muy difícil. Al interés por la democracia y por las nuevas formas de participación corresponde un énfasis en lo político en las teorías sociales. La teoría sociológica es en gran medida análisis del poder y a su vez la teoría política sobre la democracia no se limita al estudio de los “factores tradicionales” como partidos, grupos de poder, élites, etcétera, sino que incorpora otras categorías desde perspectivas propiamente sociológica como son los movimientos y actores sociales (Girola, Zabludovsky 1991:46).

En la actualidad, desde una posición académico-política totalmente diferente a la que prevalecía en décadas anteriores, la importancia de la economía en el discurso sociológico parece recobrar importancia. En algunos ámbitos institucionales de investigación y docencia de las ciencias sociales en México que tienen una fuerte presencia de carreras económicas —como el Instituto Tecnológico Autónomo de México y el Centro de Investigación y Docencia Económica— se percibe que ciertas orientaciones de los análisis de sociología política están permeadas por una teoría del *rational choice* que ha retomado importantes elementos de la teoría económica.

Dentro del contexto más amplio de la sociología a nivel mundial se puede señalar la influencia de teorías provenientes de otros campos que han mostrado una creciente influencia en el discurso sociológico. En un artículo sobre el tema, Silvia Molina señala la influencia de la teoría de los sistemas en autores como Deutsch y Easton y analiza la incorporación que en la actualidad hace Niklas Luhmann de la cibernética. En América

12 En especial, algunos debates como el de Popper-Lakatos-Feyerabend han sido muy importantes para las ciencias sociales (Habermas 1987; Olvera 1993).

13 A los nombres de estos autores se agrega también la propuesta de Larry Laudan en torno a las “tradiciones de investigación” (Hernández Prado 1994).

14 Como lo hemos señalado anteriormente, Farfán aplica estas categorías al análisis concreto de la obra de González Casanova.

15 Como se sabe, en la medida en que la cuestión campesina e indígena constituía una de las temáticas más permanentes, las relaciones con la antropología fueron particularmente estrechas en los inicios de la sociología en México (Castañeda 1990).

Latina, la teoría de sistemas ha repercutido en el pensamiento de autores como Maturama y Varela (Molina 1993).

Otras disciplinas que sin duda tienen una influencia creciente en el discurso sociológico son la teoría de la comunicación (Molina 1993) y la de las relaciones internacionales. Ambas tienden a adquirir una creciente importancia debido a los distintos fenómenos sociales y las nuevas dimensiones que la dialéctica entre lo local y lo global, lo nacional y lo internacional adquieren frente a las condiciones de globalización. (Al respecto pueden consultarse los textos de Giddens 1990; Stavenhagen 1990 y Zabludovsky 1992 y 1993).

2.4. Enfoque externo-social

Esta dimensión se preocupa por la naturaleza de la sociedad en la teoría sociológica: el marco nacional, el sociohistórico, el proceso de institucionalización y profesionalización, etcétera.

Por las propias características del desarrollo de la sociología en nuestro país y sus peculiares relaciones con el Estado y los distintos proyectos políticos, así como los complejos vínculos que suelen establecerse entre la llamada “crisis de la sociología” y las “crisis políticas e institucionales”, creo que se puede afirmar que esta perspectiva de análisis ha sido la predominante en los estudios sobre la sociología en México.

Antes de tratar de demostrar esta afirmación, considero que –de una forma similar a la que formulé par el nivel intelectual-social- esta dimensión debe subdividirse en dos niveles que a continuación propongo:

2.4a. Enfoque externo social-académico

Esta perspectiva aborda cuestiones ajenas a la teoría sociológica propiamente dicha pero que están inmersas dentro de la vida académica o profesional: estructura de las universidades, papel de los centros de investigación; características de la matrícula; perfil de los investigadores; temas e intereses fundamentales; etcétera.

2.4b. Enfoque externo-social-político

Se trata de trabajos que relacionan las características de la sociología con el ambiente extrauniversitario y en particular analizan los vínculos que se establecen entre nuestra disciplina y la “vida pública”: el contexto nacional; las relaciones entre los intelectuales y el poder; el saber universitario y el poder público etcétera.

A continuación menciono algunos temas de la sociología en México que pueden ser considerados dentro de este nivel.

2.4c. Externa-social-académica

Dentro de esta perspectiva se encuentran los estudios de reciente aparición que da cuenta de algunos rasgos de las instituciones académicas.

El creciente interés sobre este tema se explica porque como lo ha señalado Humberto Muñoz, las instituciones “constituyen el contexto en el que las personas producen, transmiten o reciben conocimiento en los campos de lo social. Las instituciones son las que abren o cierran opciones intelectuales que los individuos aprovechan diferencialmente para formarse según sus propias características” (Muñoz 1994).

Dentro de los trabajos que abordan esta cuestión –más allá del interés meramente teórico- pueden mencionarse el de Raúl Benítez (1988) donde se analizan las características de los centros de investigación, y los textos en torno a la profesionalización e institucionalización de la sociología que han realizado Alfredo Andrade (1988), Gilberto Silva (1990), Agustín Herrera (1986:50-56) y Giovanna Valenti (1990).

Algunos trabajos enfatizan ciertos elementos específicos de la propia vida de las instituciones académicas: las distintas reformas universitarias y los cambios en los planes de estudio (Castañeda 1990); la burocratización y el manejo del presupuesto (Silva 1994); el mercado de trabajo (Paoli 1993); la formación de recursos humanos en ciencias sociales (Muñoz 1993); las relaciones entre la investigación y la docencia (Bejar Navarro y Hernández Bringas 1994, De la Peña 1994, Ibarrola 1994); el diagnóstico de la planta académica (Pérez Franco, Grediaga, Antón et al., 1991);¹⁶ las peculiaridades del proceso de institucionalización de la sociología en México y en América Latina y sus diferencias con las sociedades industrializadas (Castañeda 1994; Graciarena 1977; Murguía 1994; Tenorio 1994, etcétera).

En estos textos podemos encontrar datos concretos en torno a la fundación y desarrollo de una institución o conjunto de instituciones: la creación en 1938 de la Casa de España, que posteriormente será El Colegio de México y la fundación del Centro de Estudios Sociológicos dentro del mismo en 1971; la creación de la Universidad Metropolitana a mediados de la década de los setenta; la fundación de la Escuelas Nacionales de Estudios Profesionales; etcétera (puede consultarse al respecto Castañeda 1992:426).

Otro conjunto de trabajos que se pueden considerar dentro de esta perspectiva son los que estudian problemas relacionados con el mercado de trabajo, la demanda hacia la profesión, la cotización de la sociología, las expectativas de la carrera y las pautas del desarrollo de la matrícula universitaria, la orientación de los diferentes programas de posgrado y su repercusión en la creación de investigadores, las relaciones entre los apoyos y financiamientos los temas de los proyectos de investigación, etcétera. (pueden consultarse los trabajos de Béjar y Hernández Bringas 1994; Cadena 1994; Giménez 1993; Paoli 1993; Rodríguez 1994; Silva 1994).

En este contexto también deben contemplarse los análisis en torno al impacto de las políticas gubernamentales en las ciencias sociales (Kent 1994; Paoli 1993): el papel del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) en la fundamentación de la política científica (Yacamán y Alzati 1993; Andrade 1988; Zapata 1981; Murguía 1994; Perló 1994); los debates en torno a la conveniencia de homologación y deshomologación de los sueldos para el personal académico (Ibarrola 1994), etcétera.

En este sentido, una de las controversias que más atención ha recibido en años recientes, es precisamente la relacionada con el creciente papel de las evaluaciones en la vida académica e institucional (Perló *et al.*, 1994; Silva 1994). En particular se han hecho estudios sobre el Sistema Nacional de Investigadores creado en 1984 con el cual, como señala María de Ibarrola, “adquirió su carta de naturalización la evaluación de los productos de los investigadores, al ser acompañada de una sanción económica eficiente” (Ibarrola 1974:173). Dentro de los estudios sobre el SIN tenemos ya una amplia gama de contribuciones: desde los que nos presentan un perfil estadístico del total de investigadores y áreas que lo conforman (Yacamán y Alzati 1994) y analizan el peso numérico de la especialización de las ciencias sociales en relación a otras disciplinas (Bejar y Hernández 1994; Yacamán y Alzati 1994); hasta los análisis críticos en torno a los criterios de evaluación e indicadores de calidad (De la Peña 1994; Fernández 1994; Ibarrola 1994).¹⁷

16 Estos autores hacen un interesante análisis de la planta académica en relación a su expansión; su diversidad; su especificidad como “catedráticos” y como “académicos”, etcétera (Pérez Franco, Grediaga, Antón *et al.* 1991).

17 Estos diagnósticos pueden estar acompañados de recomendaciones prácticas. En lo referente al SIN se ha propuesto la necesidad de diferenciar entre las evaluaciones que se pueden llevar a cabo en ciencias sociales y ciencias naturales (Ibarrola 1994; Krotz 1994, replantear la naturaleza de las publicaciones periódicas en las distintas ramas del conocimiento (De la Peña 1994; Zabludovsky 1994) y matizar la productividad individual en el contexto institucional a la luz del papel necesario pero relativo de la evaluación (Ibarrola 1993). Algunos autores han llegado incluso a sugerir medidas de “acción afirmativa” para ampliar las posibilidades de ciertos grupos de los procesos

Asimismo, dentro de este enfoque deben tomarse en cuenta la influencia de otras instituciones, que aunque no se insertan en la estructura universitaria propiamente dicha, han tenido un impacto sumamente importante dentro de ella. Por ahora mencionaré únicamente a dos de ellas con sede en distintos países, pero cuya influencia se ha extendido al contexto latinoamericano y de habla hispana: el Fondo de Cultura Económica (fundado en 1940) y la consecuente relevancia de su sección de obras de sociología y política, y la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (creada a finales de los cuarenta) con su papel fundamental en la propuesta y discusión de los problemas del desarrollo y en el planteamiento de un análisis estructural de la problemática latinoamericana que puede ser considerado como antecedente de las concepciones dependentistas que serían características de la investigación sociológica de los años sesenta y setenta (Castañeda 1990 y 1992; González Casanova 1984; Murguía 1994; Osorio 1994).

Otras reflexiones que se han hecho en torno a las condiciones de la “comunidad científica” mexicana también deben ser consideradas dentro de esta perspectiva: las relaciones que los sociólogos mexicanos establecen entre sí (Véase Andrade 1994; Girola y Zabludovsky 1991; Girola y Olvera 1994) y sus vínculos con la comunidad científica latinoamericana e internacional en función de sus características regionales, nacionales y continentales (Krotz 1994; Girola y Zabludovsky 1991; Zabludovsky 1994).

También considero que dentro de los factores social-externo de tipo académico pueden considerarse las propias formas de producción y las modalidades para dar a conocer los avances y resultados de investigación. En este sentido, vale la pena mencionar los estudios recientes que se han ocupado del papel de las revistas académicas en la conformación de las comunidades científicas (Andrade 1994; De la Peña 1994; Girola y Zabludovsky 1991; Zabludovsky 1994).¹⁸

Para el presente trabajo resulta especialmente significativo que el recorrido por la producción de las revistas se haya dado en gran medida con el fin de poder localizar las principales corrientes teóricas (este objetivo principal de los artículos de Andrade 1994; Girola y Zabludovsky 1991 y Zabludovsky 1994-1). Así se detectan los principales problemas intelectuales que sobresalen como objeto de estudio: el marxismo, la teoría crítica, el funcionalismo, la hermenéutica, la teoría de sistemas, el individualismo metodológico, el construccionismo, la teoría de la estructuración; el debate en torno a la democracia; la importancia de los clásicos; los principales autores contemporáneos; las polémicas sobre la “crisis de paradigmas”; las relaciones modernidad-posmodernidad, etcétera, (Andrade 1994, Girola y Zabludovsky 1991).¹⁹

2.4d. Externo social-político

En este nivel se tratan los trabajos que abordan los vínculos entre el discurso académico y la vida pública: el doble papel de los sociólogos como intelectuales contestatarios y como ideólogos del sistema (Castañeda 1992; De la Vega 1994); las relaciones entre sociología y acción política (Villa 1973; Castañeda 1990:428; González Casanova 1984) y en la “crisis política” y la “crisis de la sociología” (Giménez 1994; Girola y Zabludovsky 1992); los vínculos entre Estado, universidades y ciencias sociales (Andrade 1990; Castañeda 1990 y 1992; Murguía 1994); la influencia en el desarrollo sociológico de los movimientos populares y la conformación de la sociedad civil (Castañeda 1992; Girola y Olvera 1994; Murguía 1994); la influencia en el desarrollo sociológico de los movimientos populares y la conformación de la sociedad civil (Castañeda 1992; Girola y Olvera 1994; González Casanova 1984) y otros “usos públicos” de las ciencias sociales (Kent 1994). Se trata de una perspectiva que ha sido particularmente importante para el estudio de la sociología en México y América Latina. La siguiente afirmación de Octavio Ianni es muy ilustrativa al respecto:

[...] si es verdad que existe reciprocidad entre el pensamiento científico y las configuraciones sociales de vida, este principio es especialmente válido para las ciencias sociales. En particular, es verdadero para la sociología, la economía política y la ciencia política. Sea en cuanto a la problemática, sea con referencia a la concepción del mundo subyacente en las contribuciones de esas disciplinas, en éste o en aquel país, es obvio que siempre existe cierta correspondencia entre el pensamiento sociológico por ejemplo y las condiciones de existencia social (Ianni 1965:454, citado por Murguía 1994:71-72).

Asa por ejemplo, para el análisis de la sociología durante los años sesenta el énfasis estuvo dado en la polémica entre la sociología crítica y la visión oficial de la Revolución y el Estado mexicano (Villa 1973:3, Murguía 1994:216-217); en la influencia de la Guerra Fría y de la Revolución Cubana y la agudización de los conflictos sociales en América Latina (González Casanova 1984; Osorio 1994; Valencia 1994; Murguía 1994:217). Como lo ha señalado Murguía al referirse al periodo de la “sociología crítica” en México:

[...] los análisis sobre el desarrollo de la disciplina destacan la conflictiva situación social tanto del país como del exterior. En México, los movimientos sociales de finales de la década y la represión que los siguió; el estancamiento del modelo de sustitución de importaciones y las consecuentes dificultades para el modelo de desarrollo económico. En el exterior la Revolución Cubana, los movimientos de liberación nacional y la Guerra Fría. Todos estos elementos propiciaron un clima de cuestionamiento de la situación del país, que aunados a la creciente influencia del marxismo en Latinoamérica posibilitaron el surgimiento de la concepción crítica de la sociología en México (Murguía 1994).

En los estudios recientes en torno a la sociología contemporánea se han enfatizado nuevas realidades internacionales y nacionales como lo son el derrumbe a nivel mundial del “socialismo realmente existente” (Girola y Zabludovsky 1991); la influencia del discurso neoliberal en la sociología (Castañeda 1990) y otras cuestiones vinculadas con la redefinición de las relaciones entre saber y política.

Esta perspectiva también se ha adoptado para el análisis de otros periodos históricos como lo hace Fernando Castañeda (1990) cuando apunta algunas relaciones entre sociología y porfirismo y entre sociología y el régimen postrevolucionario (Castañeda 1990). En lo que se refiere al estudio de cuestiones más puntuales nos encontramos con trabajos como el de Aurora Loyo y Ledda Arguedas (1979) que emplea esta perspectiva para analizar el surgimiento del IISUNAM en 1930 como parte de un proyecto más amplio de transformación de la realidad nacional y del papel que, según los gobiernos posrevolucionarios, deberían de tener las ciencias sociales en la solución de los “grandes proyectos nacionales” y de evaluación (De la Peña 1994). Más allá de sugerencias en torno a las evaluaciones, en otros trabajos se hacen recomendaciones diversas relacionadas con la importancia de ampliar los apoyos financieros hacia el trabajo en equipo y las actividades de difusión, implementar programas de intercambio y la búsqueda de otros incentivos para la profesionalización (Perló y Valenti 1994:69-72).

18 Al respecto, César Delgado afirma que la importancia de las revistas es fundamental ya que ellas son “productos institucionales y colectivos que constituyen el modelo de desarrollo más diáfano para conocer el desarrollo y el estado actual de la disciplina, el desarrollo de ciertos temas, las reconsideraciones y nuevas adquisiciones teóricas y metodológicas, y también en su lugar las dudas, olvidos y omisiones” (Delgado 1994:55). Por su parte, Alfredo Andrade afirma que la consolidación de revistas especializadas deben ser consideradas como “un medio de difusión del trabajo intelectual, de enlace entre comunidades a distancia, de atribución de prestigio y reconocimiento académico y de expresión de un perfil institucional que ha sido producto de las distintas etapas de desarrollo intelectual y de las formas de organización de las comunidades y de las instituciones” (Andrade 1994:195). Las revistas se consideran como la expresión de una diversidad de estilos de trabajo, orientaciones teórico-metodológicas y de prácticas científicas que subyacen a la investigación (Girola y Zabludovsky 1992).

19 Otros autores se han concentrado en el análisis específico de una revista como la Revista Mexicana de Sociología (Sefchovich 1989).

la “comprensiva unión” entre investigación y Estado (Loyo y Arguedas 1979; Farfán 1994; Murguía 1994:75).

Asimismo pueden incluirse dentro esta dimensión a aquellos estudios que explican nuestra recepción y reinterpretación de la teoría estadounidense y europea a la luz de la cultura nacional y de las circunstancias políticas (más que de los elementos intrínsecos del propio discurso sociológico que se señalaron en el nivel intelectual-interno).²⁰

Otro elemento que se podría tomar en cuenta desde esta perspectiva es la importancia que pueden adquirir los fenómenos migratorios para la historia intelectual. Como se sabe, la inmigración de intelectuales españoles a nuestro país fue fundamental para el desarrollo e institucionalización de la sociología en México donde han destacado figuras como la de José Medina Echavarría y Luis Recaséns Siches (Aguilar 1984; Hernández Prado 1994). En otro momento las ciencias sociales recibieron el impulso de académicos latinoamericanos que vinieron a México huyendo de las dificultades militares de sus respectivos países. (González Casanova 1984).

Consideraciones finales

Lejos de intentar de hacer un análisis exhaustivo de la producción en torno a la “sociología de la sociología” que se realiza en México, el presente artículo se apoya en las distintas publicaciones para utilizarlas como ejemplos con el doble propósito de mostrar el camino que se ha recorrido y de destacar ciertas estrategias que podrían ser útiles para la sistematización de nuestros estudios futuros.

Así, más que una reflexión en torno al “estado de arte” del estudio de las teorías y de otros aspectos de la sociología en México, lo que se pretende es señalar algunas tendencias y puntos de partida que de alguna forma han estado presentes en distintas investigaciones, aunque no se encuentren fundamentados de forma explícita. Las referencias a trabajos se hacen primordialmente con la finalidad de ejemplificar y no de hacer un diagnóstico –en términos cuantitativos o cualitativos- de los mismos.

Sin embargo, quiero subrayar que el interés de este estudio no es tampoco el de proponer una serie de compartamentalizaciones que podrían parecer sin sentido. Sería demasiado ocioso utilizar las concepciones en torno a la teoría y sus niveles con la finalidad única de proponer una “nueva clasificación” para los trabajos que se han hecho en México sobre el tema. La búsqueda de esta finalidad daría la razón a algunos autores que señalan que la metateoría es una subdisciplina irrelevante que sólo busca una serie de clasificaciones al infinito.²¹

Es este sentido, el artículo sólo ha intentado mostrar la utilidad y adecuación de perspectivas de análisis pensadas en otro contexto pero que pueden ser aplicables para el caso de la sociología en México. Lo anterior nos puede servir para tender puentes entre la reflexión a nivel mundial y nacional y detectar algunos problemas relevantes dentro de la agenda próxima de nuestras disciplinas.

Para emprender estas tareas es importante tener presente que las distintas dimensiones de análisis planteadas en este trabajo no deben interpretarse de una forma rígida sino que, por el contrario, deben considerarse como “tipos ideales” que como tales, no se encuentran en forma pura. En realidad los distintos estudios sobre el desarrollo de la sociología y de la teoría sociológica tienden a mezclar distintas perspectivas.

De hecho gran parte de los trabajos que analizan el impacto de una corriente o de un autor y la forma en que esta es reinterpretada e incorporada a nuestro medio tienden a tomar en cuenta los atributos propiamente teóricos del discurso (perspectiva intelectual-interna); las características de la comunidad académica que explican su recepción (intelectual-social); las influencias que se reciben de otras disciplinas; la forma en que éstas últimas pueden apoyarnos en nuestros instrumentos de análisis (externo-intelectual) y las circunstancias sociales en las cuales las corrientes sociológicas cobran relevancia en función de los rasgos propios del desarrollo institucional de nuestras disciplinas y de las características económicas, políticas y sociales de la realidad mexicana (externo-social).

La distinción entre dimensiones de análisis es particularmente difícil en lo que respecta a aquellas vinculadas con aspectos sociales. En general los trabajos que abordan el análisis de las escuelas sociológicas desde la perspectiva “social” lo hacen tomando en consideración tanto los niveles propiamente “internos” (dimensión 2) como los externos (dimensión 4).²² Las distintas dimensiones de lo social también confluyen y se tocan en aquellas investigaciones que abordan el desarrollo de la sociología dentro de momentos históricos particulares.

Por otro lado, también es necesario aclarar que en mi interés por “demostrar” que las perspectivas metateóricas pueden ser útiles para el caso de México no me he apoyado únicamente en los estudios sobre teoría, sino que, como se hace evidente en el caso específico de la dimensión externa-social, he incorporado referencias a trabajos que abordan el estudio de la sociología en términos más generales. Lo anterior tiene su explicación en el hecho de que considero que las estrategias sugeridas pueden ser de utilidad al “metaanálisis” sociológico en un sentido más amplio y no únicamente para la teoría en particular. Sin embargo, a partir de estos niveles es posible también plantear preguntas que nos llevarían a un análisis más centrado en el propio desarrollo teórico: ¿cómo influyen las circunstancias institucionales y políticas en el surgimiento de una corriente de pensamiento?, ¿Cómo pueden servir los rasgos comunitarios y discursivos para diferenciar entre una “escuela” y un “paradigma”?, ¿qué papel juega el liderazgo intelectual en México en la identificación de una corriente de pensamiento?, ¿Cómo repercute la conformación del “ethos profesional” en las posibilidades de sostener un “pluralismo teórico”?, ¿Cómo y con qué mecanismos se puede llevar a cabo un debate más fructífero?, etcétera.

Con base en los anteriores cuestionamientos y en los puntos hasta aquí expuestos creo poder afirmar que, en la medida en que la “metateoría” proporciona una mayor conciencia de nuestra propia producción, los enfoques propuestos pueden contribuir a que los estudios sobre teoría y sobre el estado de la sociología en México se lleven a cabo de forma más rica y sistemática. Las distintas dimensiones y niveles de análisis abren nuevas posibilidades para comparar nuestras investigaciones con las que se desarrollan en otras partes del mundo, permiten detectar aportaciones y puntos ciegos, y nos proveen de herramientas teórico-conceptuales útiles para abordar con la necesaria precisión terminológica algunas características que han sido esenciales para la historia, desarrollo, alcances y proyección de nuestra disciplina.

Bibliografía

- Aguilar, Luis (1984), “El programa teórico-político de Max Weber”, en *Política y des-ilusión*, Galván y Cervantes (comps.), México, UAM-UAP.
Aguilar, Luis (1989), *Max Weber: la idea de una ciencia social*, México, Ed. Porrúa.
Albrow, Martin (1974), “Dialectical and Categorical Paradigms of a Science of Society”, en *Sociological Review*, núm. 22.
Alexander, Jeffrey (1982), “Theoretical logic in sociology”, vol. 1, *Positivism, presuppositions and current controversies*, Berkeley, University of

20 Entre estos textos puede mencionarse el del positivismo mexicano que realiza Hernández Prado (1994:172-173). Girola y Olvera (1993) señalan la necesidad de tomar en cuenta características específicas de la sociedad mexicana para el análisis de la sociología, debilidad de las clases sociales, la heterogeneidad, la escasa capacidad política que han conducido a los investigadores a reconocer la falta de adecuación de la realidad de aquellas a las teorías de clases generadas en otros contextos y, por lo tanto, a modificar sus postulaciones teóricas.

21 Estos argumentos han sido expuestos en otro texto (Zabludovsky 94-2).

22 Como ejemplo de estos puede mencionarse el trabajo de Sosa sobre Durkheim y los estudios sobre autores mexicanos cuyas aportaciones se analizan a la luz de sus datos biográficos y su entorno político (tal es el caso de el trabajo sobre Ricardo García Granados de Moya López 1994).

California Press.

- Alexander, Jeffrey (1987), "Action and its environments" en *The Micro-macro link*, California, University of California Press.
- Alexander, Jeffrey y Paul Colomy (1990), "Neofuncionalism Today: Reconstructing a Theoretical Tradition", en George Ritzer (comp.) *Frontiers of Social Theory*, Columbia University Press.
- Alexander, Jeffrey y Paul Colomy (1992), "Traditions and competition: preface to a postpositivism approach to knowledge cumulation", en Ritzer, G. (comp.) *Metatheorizing*, Sage, Newbury Park.
- Andrade, Alfredo (1988), "La institucionalización de las ciencias sociales y las políticas de desarrollo científico en México", *Acta Sociológica*, vol. 1, num. 2, México., FCPyS.
- Andrade, Alfredo (1994), "Comunidades académicas en sociología: su interacción a través de revistas especializadas" en *La Sociología Contemporánea en México*, México, FCPyS-UNAM.
- Antonio, J. Robert y Kellner Douglas (1992), "Metatheorizing historical ruture", en *Metathoeorizing, Key issues in sociological theory*, London, Sage Publication.
- Arguedas, Ledda y Aurora Loyo(1979), "La institucionalización de la sociología en México" en *Sociología y Ciencia Política en México*, México, FCPyS-UNAM.
- Baumman, Z. (1978), *Hermeneutics and Social Theory*, Londres, Hutchinson and Co.
- Béjar, Raúl y Hernández, Héctor (1994), "La investigación y la docencia en ciencias sociales, elementos para discutir su vinculación con la sociedad", en *Las ciencias sociales en México, análisis y perspectivas*, México, IISUNAM.
- Benítez, Raúl (1988), *Las ciencias sociales en México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.
- Besnard, Phillipe (comp.) (1983), *The sociological domain*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Blau, Peter M. (1979), "Levels and types of structural effects: the impact of the university structure on professional schools", en Snizek, Fuhrman an Miller (eds.) *Contemporary issues in theory and research*.
- Brown, Richard (1987), *Society as Text*, Chicago. University of Chicago Press.
- Bulmer, Martin (1984), *The Chicago school of sociology: institutionalization, diversity and the rise of sociological research*. Chicago, University of Chicago Press.
- Cadena, Edel (1994), "La crisis de la sociología ¿en México?, el caso de la matrícula 1980-1993", en *La Sociología Contemporánea en México*, México, FCPyS, UNAM.
- Camic, Charles(1987), "The marking of model: a historical representation of the early Parson" en *American Sociological Review*,núm. 52.
- Castañeda, Fernando (1990), "La constitución de la sociología en México", en *Desarrollo y Organización de las Ciencias Sociales en México*, Francisco Jose Paoli (coord.), México, Centro de Estudios Interdisciplinarios en Humanidades y Miguel Angel Porrúa Editores.
- Castañeda, Fernando (1994), "La sociología mexicana: la constitución de su discurso", en *La Sociología Contemporánea en México, perspectivas disciplinarias y nuevos desafíos*, coordinado por Juan Felipe Leal, Alfredo Andrade et. al., México, FCPyS, UNAM.
- Colclough, Glenna y Patrick Horan (1983), "The status attainment paradigm: an application of Khunian perspective", en *The Sociological Quarterly*,núm. 24.
- Collins, R. (1981), "On the microfoundations of macrosociology" en *American Journal of Sociology*, núm. 86.
- Collins, R. (1989) "Sociology: proscience or antiscience?", en *American Sociological Review*, núm. 54.
- Colomy, Paul (1991), "Metatheorizing in a pospositivist frame", en *Sociological Perspectives*, núm. 34.
- Crane, Diana (1969), "Social structure in a group of scientist: a test of the 'invisible college' hypothesis", en *American Sociological Review*, núm. 34.
- De la Garza Toledo, Enrique (1983), "El método del concreto-abstracto-concreto", *Cuadernos de Teoría y Sociedad*, México, UAM-I.
- De la Vega, Gustavo (1994), "Historia de la epistemología, la metodología y las técnicas de investigación en la sociología mexicana", en *Revista Mexicana de Sociología*, México, enero-abril, IISUNAM.
- De la Vega, Gustavo (1994), "Sobre la profesionalización de la sociología en México", en Juan Felipe Leal y Alfredo Andrade (coords.), *La Sociología Contemporánea en México, perspectivas disciplinarias y nuevos desafíos*, México, FCPyS, UNAM.
- De la Peña, Guillermo (1994), "Algunas dificultades en la evaluación de los científicos sociales", en *Las ciencias sociales en México, análisis y perspectivas*, México, IISUNAM.
- Delgado, César (1994), "Las revistas de sociología en México", en *La Sociología Contemporánea en México, perspectivas disciplinarias y nuevos desafíos*, México, FCPyS, UNAM.
- Duhau Emilio, Girola Lidia y Azuela Antonio (1988), "Sujetos sociales y explicación sociológica", en *Sociológica*, núms. 7-8, México.
- Dussel, Enrique (1985), *La producción teórica de Marx*, México, Siglo XXI.
- Dussel, Enrique (1986), *Hacia un Marx desconocido*, México, Siglo XXI.
- Edel, Abraham (1959), "The concept of levels in sociological theory", en L. Gross, (ed.) *Symposium on sociological theory*, Evanston, III: Row Peterson.
- Effrat, Andrew (1972), "Power of paradigms", en *Sociological Inquiry*, núm. 42.
- Farfán, Rafael(1987), "Viena: fin de siglo y la modernidad como proyecto histórico", *Sociológica*, núm.3, México.
- Farfán, Rafael (1988), "La repercusión del os conceptos de paradigma y ciencia normal de Thomas Khun en las Ciencias Sociales", México. UAM-A, *Sociológica*, núms. 7-8, México.
- Farfán, Rafael (1989), "Modernidad, democracia (crisis del) sistema político", en *Sociológica*, núm. 11, México.
- Farfán, Rafael (1992), "La teoría crítica: ayer y hoy", en *Sociológica*, México, UAM-Azcapotzalco.
- Farfán, Rafael (1994), "La contribución de Pablo González Casanova a una teoría crítica de la sociedad en México", en *Sociológica*, núm. 24, México, UAM-A.
- Fernández, Alfredo (1994), "Dificultades para la evaluación de la investigación social", en *Las ciencias sociales en México, análisis y perspectivas*, México, IISUNAM.
- Foucault, Michel (1965), *Madness and Civilization: a History of Insanity in the Age Reason*, Nueva York, Vintage.
- Foucault, Michel (1975), *The Birth of the Clinic: an Anchaelogy of medical Perception*, Nueva York, Vintage.
- Foucault, Michel (1979), *Discipline and Punish: the Birth of the Prision*, Nueva York, Vintage.
- Friedrich, Robert W. (1970), *A Sociological of Sociology*, Nueva York, Free Press.

- Galván, Francisco (comp.) (1986), *Touraine y Habermas: Ensayos de Teoría Social*, México, UAM-UAP.
- Geneyro, Juan Carlos (1991), *La Democracia Inquieta*, E. Durkheim y J. Dewey, Barcelona, Antrophos.
- Giddens, Anthony y Jonathan Turner (1987), *Social Theory Today*, Stanford California, Stanford University Press.
- Giménez, Gilberto (1994), “Obstáculos para el progreso de la razón sociológica en México”, en *La Sociología Contemporánea en México*, Perspectivas Disciplinarias y Nuevos Desafíos, México, FCPyS-UNAM.
- Girola, Lidia (1986), “Sobre la Metodología de Max Weber: explicación y comprensión”, en *Max Weber: elementos de sociología*, México, UAM-UAP.
- Girola, Lidia y Gina Zabudovsky (1991), “La teoría sociológica en México en la década de los ochentas”, en *Sociológica*, núm. 15, UAM-8, México.
- Girola, Lidia (1992), “Desafíos teóricos después de la crisis”, en *Sociológica*, año 7, núm. 20, México, UAM-Azcapotzalco.
- Girola, Lidia y Olvera Margarita (1994), *La Sociología Contemporánea en México, perspectivas disciplinarias*, México, FCPyS, UNAM.
- Gómez, Luis (1992), “Luhmann o el sistema imposible: cinco objeciones”, en *Sociológica*, año 7, núm. 20, México, UAM-A.
- González, Ayerdi, Francisco, Lucila Ocaña, Patricio Marcos et. al. (1987), *La Herencia de Foucault*, México, UNAM- El Caballito.
- Goulder, Alvin (1970), *The Coming Crisis of Western Sociology*, Nueva York, Equinox Book.
- Guitian, Mónica (1986), “La Construcción Teórica en Durkheim”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm.124, México, FCPyS-UNAM.
- Habermas, Jüngenn (1987)m “*The nature of schools in the sociology of knowlege. The case of the Chicago school*”, en *Sociological Review*, núm. 35.
- Hernández Prado, José (1994),”Tradiciones de investigación y presuposiciones generales de la sociología”, en *Sociológica*, núm. 20, México, UAM-A.
- Hernández Prado, José (1994), “El replanteamiento de la sociología profunda en Antonio Caso”, en *Sociológica*, enero-abril, México, UAM-A.
- Herrera Reyes, Agustín (19869, *Los investigadores en ciencias sociales en México*, tesis, FCPyS, UNAM.
- Hilbert, Richard, A. (1987), “Bureaucracy as belief rationalization as repair Max Weber in a post-functionalist age”, en *Sociological Theory*, núm. 5.
- Homans, George (1984), *Coming to Mr. senses: the autobiography of a sociology*, Nueva Jersey, Transaction Boo.
- Horowitz, Irving Louis (1983), *Wright Mills an American utopian*, Nueva York, Free Press.
- Ibarrola, María de (1994), “Evaluación de investigación en Ciencias Sociales, las preguntas clave”, en *Las ciencias sociales en México, análisis y perspectivas*, México, IISUNAM.
- Ianni, Octavio (1965), “La Sociología en América Latina”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, enero.
- Kemeny, Jim (1976), “Perspective on the micro-macro distinction” en *Sociological Review*, núm. 24.
- Kent, Rollin (1994), “Políticas gubernamentales hacia las ciencias sociales” en *Las ciencias sociales en México, análisis y perspectivas*, IISUNAM.
- Krotz, Esteban (1994), “¿Los prescindibles? Ensayo sobre las tensiones entre los científicos sociales y sus campos de actividad”, en *Las ciencias sociales en México, análisis y perspectivas*, IISUNAM.
- Kunh, Thomas (1962), *The structure of the scientific revolutions*, Chicago, University of Chicago Press.
- Kunh, Thomas (1962), *The structure of the scientific revolutions*, 2a. ed.,Chicago, University of Chicago Press.
- Lakatos, Imre (1978), *The methodology of scientific research programs*, Cambridge University Press.
- Leinhart, Samuel (1977), *Social networks developing paradigms*, Nueva York, Academic Press.
- Lerner de Sheinbaum, Bertha (1993), *Democracia política o dictadura de las burocracias, una lectura de Max Weber con miras al porvenir*, México, Fondo de Cultura Económica-UNAM.
- Lince, Rosa María (1990), “Dilthey, Un extraño y misterioso hombre viejo”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, México, núm. 140 Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- Loyo, Aurora (1990), *La Sociología Mexicana desde la Universidad*, México, ISSUNAM.
- Martín Tantaka, Ricardo (1994), “Individuo y racionalidad en el análisis de los movimientos sociales y la participación política en América Latina”, en *Estudios Sociológicos*, vol. XII, núm. 36, México, El Colegio de México.
- Martindale, Don (1960), *The nature and types of sociological theory*, Houghton, Boston.
- Mitzman, Arthur (1969), *La Jaula de Hierro*, Madrid, Alianza Editorial.
- Molina y Vedia, Silvia (1994), “Notas sobre los cambios de directriz en la teoría de sistemas”, en *Sociológica*, año 7, núm. 20, México, UAM-A.
- Monk, Richard (ed.) (1986), *Structures of Knowing, University Press of America*, Lanham, MD.
- Münch, Richard (1991), “American and European social theory: cultural identities and social forms of theory production”, en *Sociological Perspectives*, núm. 34.
- Murguía, Adriana (1994), “Cuatro décadas de análisis sobre el desarrollo de la sociología en México, en *La Sociología Contemporánea en México*, FCPyS-UNAM.
- Nieto Sotelo, Enrique (1994), “Max Weber y las paradojas del proceso de racionalización moderno” en *Acta Sociológica*, núm. 12, México, FCPyS-UNAM.
- Olvera, Margarita (1993), “Hereméutica y teoría social” en *Sociológica*, año 7, núm 20, México, UAM Azcapotzalco.
- Osorio, Jaime (1993), “La democracia ordenada (análisis crítico de la nueva sociología del cono sur latinoamericano)”, en *Estudios Sociológicos*, vol. XI.
- Osorio, Jaime (1994), “La Sociología Latinoamericana: Tendencias y Perspectivas”, en *La Sociología Contemporánea en México*, FCPyS-UNAM.
- Padilla, Mario (1990), “Durkheim y la Formación Social de la Subjetividad”, en *Sociológica*, núm.14.
- Paoli, José Francisco (coord.) (1994), *Desarrollo y Organización de las Ciencias sociales en México*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, México, UNAM, Miguel Angel Porrúa.
- Paoli, José Francisco (1994), “Perspectivas de Antropología, Economía y Sociología”, en *Las Ciencias Sociales en México*, Análisis y perspectivas, México, FCPyS-UNAM.
- Pérez, Franco, Licial, Rocío Grediaga, Anton Manuel Gil et. al. (1991), “Los académicos de las universidades mexicanas. Contexto, discusión conceptual y dimensiones relevantes para la investigación”, en *Sociológica*, año 6, núm 15, México, UAM-A.
- Perló, Manuel y Valenti Giovanna (1994), “El desarrollo reciente de la investigación en ciencias sociales en México”, en Manuel Perló (coord.),

- Las Ciencias Sociales en México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, COMECOSO y UAM.
- Platt, Jennifer (1986), "Functionalism and the survey: the relation of theory and method", en *Sociological Review*, núm. 34.
- Price, Derek J. de Solla (1963), *Little science, big science*, Nueva York, Columbia University Press.
- Rabotnikof, Nora (1989), *Desencanto, Política y Democracia*, México, UNAM.
- Ralsky de Cimet, Susana (1994), "Un enfoque interpretativo: interaccionismo simbólico" en *Acta Sociológica*, núm. 12, México, FCPyS- UNAM.
- Ritzer, George (1975^a), *Sociology: a multiple paradigm science*, Boston, Allyn and Bacon.
- Ritzer, George (1988), "Sociological Metatheory: a Defense of a Subfield by a Delineation of Its Parameters", en *Sociological Theory*, núm. 6.
- Ritzer, George (1990), "The Current Status of Sociological Theory", en *Frontiers of Social Theory*, Columbia University Press.
- Ritzer, George (1991), "The changing nature of neo-marxist theory: a metatheoretical analysis", en *Sociological Perspectives*, núm. 34.
- Ritzer, George (1992), "Metathorizing in Sociology" en *Metatheorizing*, Key Issues of Sociological Theory, London, Sage Publications.
- Rodríguez, Roberto (1994), "La Demanda de estudios profesionales en ciencias sociales 1980-1990", en *Las ciencias sociales en México, análisis y perspectivas*, FCPyS-UNAM.
- Salles, Vania (1990), "Modernidad/Posmodernidad: un contexto para pensar algunas cuestiones planteadas por Marshall Berman", *Estudios Sociológicos*, núm. 23, México.
- Sechovich, Sara (1989), "Los caminos de la sociología en el laberinto de la *Revista Mexicana de Sociología*", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, IISUNAM.
- Schils, Edward (1970), "Tradition Ecology and Institutions in the History of Sociology", en *Daedalus*, núm. 99.
- Silva, Gilberto (1994), "Las políticas de educación superior y los escenarios del trabajo sociológico", en *La Sociología Contemporánea en México*, UNAM-FCPyS.
- Smelser, Neil (1989), "External influences on sociology", *International Sociology*, núm. 4.
- Solares Altamirano, Blanca (1994), "El Desarrollo de la teoría de la sociedad de Jurgen Habermas", en *Acta sociológica*, núm. 12, septiembre-diciembre, FCPyS-UNAM.
- Sosa, Raquel (1988), *Conciencia Colectiva y Control Social en Durkheim*, México, UNAM.
- Sorokin, Pitirim (1928), *Contemporary sociological theories*, Nueva York, Harper Brothers.
- Stavenhagen, Rodolfo (1979), *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México, Siglo XXI Editores.
- Stavenhagen, Rodolfo (1990), "Los conflictos étnicos y su internacionalización", en *Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 24, México, El Colegio de México.
- Stavenhagen, Rodolfo (1992), "La cuestión étnica: algunos problemas teórico-metodológicos", en *Estudios Sociológicos*, vol. X, núm. 28, México, El Colegio de México.
- Tarres, María Luisa (1992), "Perspectivas analíticas de la sociología de la acción colectiva", en *Estudios Sociológicos X*, núm. 30, México, El Colegio de México.
- Tenorio, Mauricio (1994), *Contrasting Social Sciences, Mexico and the U.S. 1880-1990*, Histories of Interactive Moments, mimeo (documento de investigación presentado para su discusión en el Centro de Investigación y Docencia Económicas), México.
- Tilman, Rick (1984), *C. Wright Mills: a native radical and his american intellectual roots*, Pennsylvania, States University Press.
- Tiryakian, Edward (1979), "The significance of schools in the development of sociology", en Snizek, Fuhman, y Miller (eds.), *Contemporary issues in theory and research*.
- Tiryakian, Edward (1986), "Hegemonic schools and the development of sociology: rethinking the history of the discipline", en Monk, (ed.), *Structures of Knowing*.
- Tiryakian, Edward (1992), "Pathways to Metatheory, rethinking the Presuppositions of Macrosociology", en George Ritzer, (ed.), *Metatheorizing, Key issues in sociological theory*, London, Sage Publication.
- Torres Nafarrete, Javier y Zermeño Padilla, Guillermo (1992), "Niklas Luhmann en México", en *Estudios Sociológicos*, vol. 30, núm. 3, El Colegio de México.
- Valencia, Enrique (1994), "La teoría social latinoamericana: tradición intelectual y problemas actuales", en *La Sociología contemporánea en México*, México, FCPyS-UNAM.
- Valenti, Giovanna (1990), "Tendencias de la institucionalización de las ciencias sociales en México" en *Desarrollo y Organización de la Ciencias Sociales en México*, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, México, UNAM y Miguel Angel Porrúa, editores.
- Villa Aguilera, Manuel (1973), *Ideología Oficial y sociología crítica en México*, Estudios, núm. 16, CELA, FCPyS-UNAM.
- Wagner, David y Joseph, Berger (1985), "Do sociological Theories Grow?", en *American Journal of Sociology*, núm. 90.
- Waldman, Gilda (1989), *Melancolía y Utopía*, México, UAM.
- Wallace, Walter (1969), "Overview of contemporary sociological theory" en Walter Wallace, *Sociological Theory*, Chicago, University of Chicago Press.
- Wallace, Walter (1992), "Metatheory, conceptual standardization, and the future of sociology", en George Ritzer, (ed.), *Metatheorizing, Key issues in sociological theory*, London, Sage Publication.
- Weinstein, Deena. y A. Michel Weinstein (1992), "The Postmodern discourse of Metatheory" en George Ritzer, (ed.) *Metatheorizing, Key issues in sociological theory*, London, Sage Publication.
- Wiley, Norbert (1979), "The rise and fall the dominating theories in american sociology" en Snizek, Fuhman, and Miller (eds.), *Contemporary issues in theory and research*.
- Yacaman, Miguel y Fausto Alzati (1994), "El perfil del SNI y los posgrados de excelencia en México", en Manuel Perló (coord.) *Las Ciencias Sociales en México, análisis y perspectivas*, México, FCPyS-UNAM.
- Zabludovsky, Gina (1988), "La Sociedad a Través de los Clásicos", (coord. con David Torres), *Cuaderno de Extensión Académica* núm 47, México, UNAM.
- Zabludovsky, Gina (1989), *La Dominación Patrimonial en la Obra de Max Weber*, FCE/UNAM, México.
- Zabludovsky, Gina (1992), "Los retos de la sociología frente a la globalización", en *Sociológica*, año 7, núm. 20, UAM-Azcapotzalco.
- Zabludovsky, Gina (1994-I), "Reflexiones en torno a la teoría sociológica en México: los nuevos retos", en *La Sociología Contemporánea en México*, México, UNAM.
- Zabludovsky, Gina (1994-2), "Teoría sociológica a fin de siglo: las posibilidades de la lectura", en *Acta Sociológica*, núm. 12, México, FCPyS.

- Zapata, Francisco (1981), "La innovación sociológica en México: la contribución de Rodolfo Stavenhagen," en *Ciencica Revista de la Academia Mexicana de la Ciencia*.
- Zapata, Francisco (1992), "Premisas de la sociología accionalista", en *Estudios Sociológicos*, vol. X, núm. 29, México, El Colegio de México.
- Zemmelman, Hugo (1987), "Razones para un debate epistemológico", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XX, núm. 1, México, ISUNAM.
- Zemmelman, Hugo (1994), "Desafíos del conocimiento sociohistórico en América Latina", en *La sociología contemporánea en México: perspectivas disciplinarias y nuevos desafíos*, México, UNAM.
- Zermeño, Sergio (1989), "El regreso del líder, crisis, neoliberalismo y desorden", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 89-4, México, ISUNAM.

Notas al final del capítulo

La problemática de la racionalidad en la teoría de la acción

Ángel Federico Nebbia Diesing

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-IZTAPALAPA

Teoría y metateoría de la acción

La acción social presupone interacción, o si se quiere la interacción es acción social, o la clara indicación de que de acción social se trata. El ser humano es en este sentido un ser “dialógico” el diálogo constituye su naturaleza habitual, cuando no “dialoga” con “otro”, dialoga consigo mismo. En el centro mismo del “diálogo” nos encontramos con una reciprocidad subjetiva, una intersubjetividad.¹ Decimos que la interacción presupone intersubjetividad, es decir, que el ser humano, el actor, es un ente social por naturaleza, es decir social de un modo radical e indubitable, la subjetividad es intersubjetividad, en este sentido que el ser humano es social por antonomasia. Hemos recorrido medio camino, sin embargo, debido a que para que la intersubjetividad sea posible debemos trascenderla en un sentido limitado, la “diada” o unidad dialógica supuesta hasta aquí, es una “triada”, pues presupone necesariamente un ámbito de subjetividad mayor, al que denominaremos “intrasubjetividad”, representado simbólicamente por la intervención de un tercer elemento generalizado, sería el “otro generalizado” siempre presente, el depositario de todos los elementos que trascienden la unidad dialógica haciéndola al mismo tiempo posible.

Turner² anota en su libro dedicado a la interacción, que bajo el término interacción se han descrito fenómenos propios de la microsociología, lo que no se ha hecho es transitar a través de la barrera que lleva el análisis al plano macrosociológico. Esto es debido sin duda a que se ha cercado la explicación, de modo que la transición resulta imposible. Si el sujeto es social y se le puede analizar como un centro de actualización de un fenómeno que lo constituye como tal, esta actualización implica una perspectiva a partir de la cual opera, la distinción deja de ser limitante y se transforma sólo en artificios delimitados precisamente para satisfacer esa intención.

Habermas habla de una identidad racional a nivel de las sociedades complejas.³ Hegel habla de espíritu como resultado de la reciprocidad intersubjetiva, sin embargo existe un estado más profundo constituido de la intersubjetividad, que denominamos “intrasubjetividad”. Hemos referido este plano a un modelo “diádico-triádico” completando la diada con un tercer elemento integrante generalizado. Habíamos así de la diada-triada, como de una unidad compleja sobre la que descansa tanto lo real individual como lo real social. Tomamos en cuenta aquí una observación de Levi-Strauss,⁴ cuando el antropólogo habla de una relación diádica, en realidad se está refiriendo a una relación triádica.

Veamos en forma esquemática lo que acabamos de decir: Tenemos la unidad analítica clásica de la unidad de análisis elemental A-B, que denominamos diada donde A se considera el ego en la relación B, el alter. Sin embargo, esta unidad intersubjetiva no puede satisfacer ninguno de los criterios constitutivos del ser social, y por lo tanto no puede servir de unidad social analítica. A y B, al comunicarse hacen uso de otro contexto de sentido que no tiene origen en la relación recíproca AB, la comunicación presupone necesariamente, y aquí se completa la triada, con un tercero generalizado. A y B pueden constituir un fenómeno de reciprocidad intersubjetivo sólo si se da un fenómeno intrasubjetivo radical complementario. Una relación “triádica” esta fundamentada a este nivel, haciendo del ego y del alter en la relación un ser social fundado. De otra manera A y B carecerían de los atributos de sentido fundamentales. “A o B”, o “A y B” no constituyen la realidad social, pues sólo pueden darle continuidad, y esto es lo que hacen, habiendo sido parte “previamente”, o mejor dicho A y B no pueden entrar en la relación AB sin ser ya sociales. A la diada A-B se la ha atribuido un papel que no le corresponde en la constitución del fenómeno social. A este equívoco ha contribuido sin duda el concepto de “socialización” tomado tanto en sentido amplio como en sentido restringido.

Esta explicación analítica no es indudablemente “espontánea” sino histórica, en ese sentido representa un proceso analítico-histórico, de modo tal que la metafísica constitutiva social es de naturaleza temporal, se da en la historia, como de hecho se da. La memoria histórica es un mito a través del cual las etapas superadas persisten como “entre paréntesis”, de dos maneras, como “resabios” actualizados por una práctica que ha crecido en complejidad y por muestras reales que actualizan “nuestro” pasado en formas permanentemente estables.

Esta concepción no necesita considerarse necesariamente evolutiva, puede entenderse dentro de un despliegue analítico en la historia o en el tiempo, en este último caso la historia es la consecuencia y uno de sus horizontes constitutivos, otro sería sin duda la cultura o la “idea del otro generalizado” que tuviera una formulación original en la psicología social de Herbert Mead.

La racionalidad en las tres dimensiones de complejidad del fenómeno social

Las tres dimensiones de la subjetividad permiten hablar de las orientaciones de la acción, la considerada ya por Aristóteles como intelectual, más tarde rebautizada como racional o cognitiva, la emocional, y la evaluativa o referida a valores. Aquí nos vamos a referir a las tres con la particularidad sin embargo de destacar en la emocional y en la valorativa el “complemento” racional.

Así tendríamos: una orientación racional, una orientación valorativa con un complemento racional, y finalmente una orientación emocional-afectiva con un complemento racional. Recordemos que Weber habló de *Zweckrationalitat*, al referirse a la orientación racional formal o instrumental, y de una orientación llamada *Wertrational* (*lawertrationalitat*) o sea una racionalidad ligada al valor, la racionalidad argumentativa en Habermas. Lo mismo cabría hablar de una racionalidad ligada a la orientación “formal” emocional-afectiva que nosotros preferimos denominar “racionalización”.

En un cuadro que construye Habermas⁵ (figura 1), recuperado luego por McCarthy⁶ en un ensayo sobre el primero, se muestra una integración de este tipo, donde se relaciona la racionalidad donde ésta se integra, además de mostrar su carácter autónomo como racionalidad instrumental, con el valor y con la expresividad emocional-afectiva.

1 Véase A. F. Nebbia, el modelo desarrollado en “Cultura y acción social”, en *Sociología de la cultura*, libro colectivo compilado por A. Chiu, UAM-1, 1955, pp. 161-186.

2 Turner, Jonathan H. A., *Theory of Social Interaction*, Stanford, Stanford University Press, 1988.

3 Habermas, Jürgen, “¿Pueden las sociedades complejas desarrollar una identidad racional?”, en Jürgen Habermas. *La reconstrucción del materialismo histórico*, España, Taurus, 1981, pp. 85-114.

4 Murphy, Robert F., *The Dialectics of Social Life*, Nueva York, Basic Books Inc., 1971, p. 140.

5 Habermas, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus, 1987, tomo 1, p. 311.

6 Mc Carthy, Thomas, “Reflexiones sobre la racionalización en la Teoría de la acción comunicativa”, en la obra colectiva compilada por Anthony Giddens y otros, *Habermas y la modernidad*, Madrid, Ed. Cátedra, 1988.

Figura 1 - Complejos de racionalización

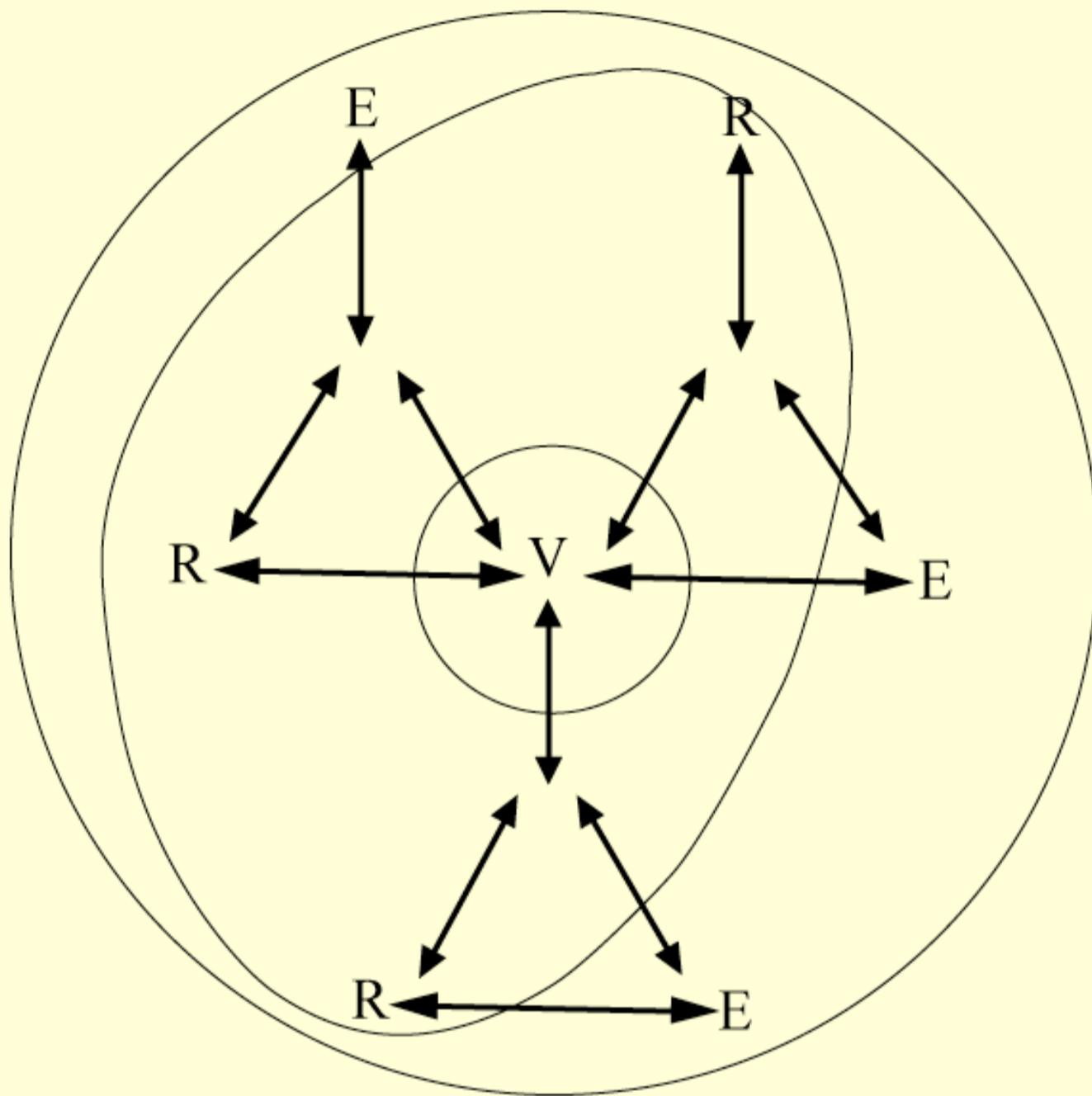
| Mundos Actitudes básicas | 1 | 2 | 3 | 1 |
|-----------------------------|---|---|--|---|
| 3 | Arte | | | |
| 1 | Racionalidad Cognotivo-instrumental Ciencia técnica | Técnicas de intervención social | X | |
| 2 | X | Racionalidad Práctico-moral Derecho | Moral | |
| 3 | | X | Racionalidad Práctico-estética Erotismo Arte | |

No olvidemos lo que ya dijimos con respecto a la dualidad que Weber hace referencia a la racionalidad, faltaría aquí una cosa que se encuentra en Habermas, una, por decirlo así, *Emotionalrationalität*. Todo el desarrollo de la problemática weberiana parece girar alrededor de la *Wertrationalität* más que de la *Zweckrationalität*. En la introducción a los ensayos sobre sociología de la religión que Nelson⁷ denomina la célebre introducción del autor, es decir Max Weber, éste hace referencia al arte, sin considerar a la racionalidad en términos de la emoción como fuente de la obra de arte, sino a la técnica que la respalda, la referencia se hace sobre todo con respecto a la música, generó artístico en el cual Weber era un verdadero experto. Aquí se destaca la técnica musical.

Siempre es posible establecer una distinción entre lo que podríamos denominar el plano “especializado” relacionado con cada una de las orientaciones de la acción y las categorías tal como se dan a nivel del saber cotidiano. Distinguiendo así un plano de sofisticación “conceptual” a nivel de las orientaciones formales de la acción, comparado con un plano de sentido genérico que se correspondería con el saber compartido cotidiano. Un plano especializado y un plano ordinario. Si lo establecemos para la orientación racional, lo debemos establecer asimismo para las otras dos orientaciones de la acción social, así la orientación con respecto a los valores tendrá un plano de especialización digamos propio del desempeño del político profesional; con respecto a la emoción el plano especializado correspondería al artista en general. Todas las dimensiones que configuran en esta concepción la actividad a nivel de cada una de las orientaciones de la acción poseen la misma característica general. Digamos aquí, por lo tanto, como cuestión central a mi propósito, que las diversas modalidades en que se despliega la racionalidad en las distintas configuraciones de la acción es la misma en los casos señalados respecto a las orientaciones dentro del plano del saber cotidiano. Si quisiéramos representar lo anterior, podemos utilizar la siguiente figura:

7 Nelson, Benjamin, “Max Weber’s Author’s Introduction (1920): A Master Clue to his Main Aims”, *Sociological Inquiry*, 44:269-78.

Figura 2. Configuración por áreas de actualización



Esta figura es en cierto modo análoga a la que la figura como 1, permitiéndonos hablar aquí de áreas de actualización de acción social⁸ y podríamos hacer jugar a nivel de cada área de actualización de una configuración integrada por las distintas categorías “homólogas”, destacando aquella que juega el papel más importante en la actividad macrosociológica de que se trate. No es éste evidentemente el lugar para un análisis de esta naturaleza.

La racionalidad en Weber

Es usual considerar a la racionalidad como un elemento decisivo en la definición de la modernidad, y su negación en las variaciones especulativas en torno a la posmodernidad.

Es ilustrativa aquí la reivindicación que hace Gillian Rose⁹ de la razón a este respecto:

“El posmodernismo es realmente un desesperado racionalismo sin razón. No se puede evitar la razón. Se recurre a la misma aun cuando se la está destruyendo”.

Según Casanova el término racionalidad cambia de sentido a lo largo del desarrollo de su pensamiento que varía de acuerdo a los tres énfasis siguientes: 1) capitalismo; 2) modernidad; 3) occidental; con la superposición de tres líneas interpretativas: 1) neomarxistas; 2) sociológica; 3) una donde se acentúa el concepto de civilización.

De este modo Casanova afirma que existen tres líneas de análisis del proceso de racionalización, la primera relacionada con la organización de la conducta –de– vida, la segunda hace referencia a la racionalización institucional, y finalmente a la tercera trata de la racionalización intelectual y cultural.

Según Casanova¹⁰, esta correspondencia a lo largo del tiempo cubre “áreas problemáticas” destacadas en cada una de las fases señaladas en primer lugar. A la primera le corresponde el ascetismo vocacional; a la segunda le corresponde el tema de la burocracia; y a la tercera y última, el

⁸ Véase Nebbia, A.F., *An Analysis of the Socialization Process based on a Social Action Model*, Disertación doctoral, Reg. A746177, University Microfilms, Ann Arbor, Michigan, 1975.

⁹ William, Elaine “Elaine Williams talks to Gillian Rose”, en *The Times Higher Education Supplement*, abril 14, 1995, pp. 15-17. En el original aparece así: “Post Modernism Really is despairing rationalism without reason. You cannot avoid reason. You appeal to it as you are devastating it”.

¹⁰ Casanova, José V., “Interpretations and Misinterpretations of Max Weber: The Problem of Rationalization”, en *Max Weber’s Political Sociology: A Pessimistic Vision of a Rationalized World*, Ronald M. Glassman y Vatro Murvar (comps.), Westport, Greenwood Press, 1984, pp. 14-153.

de las ciencias, las teodiceas y las concepciones del mundo.

Gittleman, citado por Casanova en el mismo texto denomina a este proceso “la racionalización de la racionalidad”.

A través de todo lo comentado, las acusaciones de que Weber identificó la racionalidad formal del capitalismo con la racionalidad como tal, no es sino parcialmente cierta, su cosmovisión fue mucho más lejos. Hay una racionalidad “formal” que va mucho más allá de la racionalidad inherente al capitalismo, la racionalidad sustantiva va mucho más acá, para decirlo de algún modo, de la racionalidad sustantiva que como tal se caracterizó al capitalismo contemporáneo de Weber. Sin embargo, el dilema entre una y otra, o la disonancia que por momentos se plantea entre una y otra debido claramente a la naturaleza distinta entre una y otra, hace que esa disparidad represente por momentos verdadera confusión. Wallach Bologh¹¹ señaló: “Weber vio este dilema como central a la vida moderna”.

Ya anotamos que Weber distingue dos racionalidades, la formal, propia de la ciencia y la tecnología, y la sustantiva ligada al valor, propia de la política y de la administración entre otras áreas; sin embargo, se ve obligado dado el conflicto o disonancia entre las dos y tratando de ser equitativo en suponer que desde una perspectiva, la racionalidad de la otra se torna irracional. En realidad pudo haber hablado de tres racionalidades, la “formal” y dos “sustantivas” una ligada al valor y la segunda ligada a la orientación emocional-afectiva. Weber vio un valor relacionado con la racionalidad “formal” al que consideró relativo. De haber completado el cuadro, se habría podido establecer que las orientaciones de la acción social se interconstituyen y que las tres están integradas en una totalidad distintiva, que lo único que destaca la posibilidad de hablar de tres es debido a que las mismas pueden ser “formales” teniendo en cada caso a las otras dos como complementarias, jugando sin embargo un papel fundamental en la configuración particular de la acción. Frente a la racionalidad no hay posibilidades de una irracionalidad a menos que juguemos con este último concepto como comodín estableciendo que donde no se da la racionalidad se debe dar necesariamente la irracionalidad. Siguiendo esta lógica Alan Sica¹² desencadenó una verdadera polémica en torno a este equívoco conceptual, enfatizando el carácter irracional de las categorías weberianas.

Aquí surge un juego de alternativas, ligado en Weber a la distinción medios-fines. En mi esquema, la racionalidad con respecto de los valores, argumentativos, no tiene nada que ver con la racionalidad instrumental, debido a que las dos cubren áreas de acción separadas y distintas, las tres señaladas corresponden por decirlo así, a tres áreas de “intereses” claramente distinguibles, que se corresponden con un fundamento óntico de la naturaleza humana. La racionalidad argumental está relacionada con el compromiso valorativo, no está relacionada con el valor sino subordinada al mismo; lo mismo ocurre con la racionalidad, la racionalización, subordinada a la orientación emocional-afectiva, no tiene nada que ver con la racionalidad instrumental o con la racionalidad argumentativa, sino que está subordinada a la orientación emocional-afectiva. En el esquema de Weber es como si hubiera no dos racionalidades, la *Zweckrationalität* y la *Wertrationalität*, sino además una *Gefühlrationalität* o *Emotionalrationalität*. La ciencia, la política, y el arte son actividades separadas conceptualmente y eso no tiene nada que ver con el hecho de que en el plano real puedan ser parte de fricciones entre grupos o fracciones. Ninguna de las orientaciones puede hacer irracional a la otra u otras debido a que la “razón” que las separa es irreducible a la “razón” que las sustenta. Si seguimos esta línea de razonamiento, debemos, de acuerdo a nuestro esquema la racionalidad argumental. La participación en la militancia política o la preferencia por una u otra forma de convivencia política como la más conveniente no se da por exclusión objetiva de otras alternativas, sino por subordinación a una forma preferible. Es posible pensar que un tipo de orientación, en este caso la racionalidad “formal” se haya fortalecido por el desarrollo de la ciencia y la tecnología, atribuyéndole a las mismas cierto carácter acumulativo, y que ese hecho haya modificado el plano emocional o valorativo, eso se podrá ver si de algún modo las distintas racionalidades se integran en un área de actualización como el que ya fuera presentado en la figura 1.

La racionalidad y sus peripecias contextuales.

En el centro de la problemática sociológica de Weber está la problemática de la racionalidad. Brubaker¹³ la considera un tema que comprendía la obra de Weber. Schluchter¹⁴ le ha dedicado al tema una obra importante y desde esa publicación se han sucedido numerosísimos trabajos sobre el tema. El trabajo de Schülechter *La paradoja de la racionalización: sobre la relación de las éticas y el mundo*¹⁵ sirvió de base al extenso análisis que Weber recibe en la obra sistemática sobre la acción comunicativa de Habermas con un reconocimiento expreso de este autor.

Según Brubaker, todos los vectores de sentido de una obra tan vasta como la de Weber apuntan a un concepto fundamental, la explicación de “una racionalidad específica y peculiar”, que alcanza un punto álgido en la historia de Occidente. Proceso éste, que se inicia con el viraje revolucionario que la razón manifiesta en el pensamiento helénico. Por primera vez, la razón hace “objeto” de análisis e investigación para la razón misma. Desde la sociedad tribal, donde se puede hablar de una “razón de uso” ligada en general a una tecnología sorprendente, a la revolución griega, el tiempo transcurrido estuvo poblado de intentos que fueron calladamente madurando la gran explosión. Desde los griegos la razón ha ido, sin duda, definiendo nichos específicos, madurando como ciencia y tecnología muchas áreas de preocupación humana, definiendo incluso tales preocupaciones.

Si quisiéramos redefinir los términos en que se expresa lo racional de la acción social podríamos denominar “racionalismo” a las formas argumentales de expresar la razón en términos de valores, valores “libres” no subordinados al ámbito referencial objetivo; como aquellos caracterizados por la ideología que domina el ámbito político de un modo característico; “racionalización” cubriría toda la orientación apetitiva, emocional-afectiva, de la acción social, adquirido su relevancia en la actividad artística en general y en ciertas manifestaciones mágicas místicas, de culto, o religión en general, en situación de fe y devoción. Todo el concepto posee de acuerdo a un esquema clásico tres dimensiones capaces de ser evidenciadas a través del análisis semántico, la *denotativa*, por la cual el concepto apunta a un “objeto”, la *connotativa*, por la cual el concepto se funde con otros en el discurso, y finalmente la *abductiva*, por la cual el concepto se hace problemático, apuntando a un poder ser. Así en este último sentido tendríamos una dimensión del ser, una segunda del deber ser, y una tercera hipotética del poder ser.

No es extraño que estas dimensiones intervengan en toda definición y atenten contra el rigorismo del sentido lógico y unívoco de todo concepto. Veamos, hemos planteado esto para comprender lo que Brubaker nos dice acerca del concepto de racionalidad en la obra de Weber. Justamente debido a la multidimensionalidad en el sentido conceptual, el término racionalidad no posee un sentido unívoco. La multivocidad del mismo fue anotada por el mismo Weber, la palabra racional, nos dice, es compleja en términos de su sentido propio y a lo largo de la historia. Algo que hemos dicho ya en este ensayo, es que el término racionalidad tiene para Weber a través de los distintos intereses que fueron marcando como hitos en su vida, una dimensión histórica, pero ahora queremos referirnos a otra dimensión donde del mismo modo se abre el abanico en todas las

11 Wallach Bologh, Roslyn, “Max Weber and the Dilemma of Rationality”, en *Max Weber's Political Sociology: A Pessimistic Vision of a Rationalized World*, Ronald M. Glassman y Vatro Murvar (compiladores), Westport, Greenwood Press, 1984, pp. 175.185.

12 Sica, Alan, *Weber, Irrationality, and Social Order*, Berkeley, University of California Press, 1988.

13 Brubaker, Rogers, *The Limits of Rationality, An Essay on the Social and Moral Thought of Max Weber*, Londres, George Allen y Unwin Ltd., 1984.

14 Schluchter, Wolfgang, *The Rise of Western Rationalism: Max Weber's Developmental History*, Berkeley, University of California Press, 1981.

15 Schluchter, Wolfgang, “The Paradox of rationalization: On the Relation of Ethic and World” en Guenther Roth y Wolfgang Schluchter, *Max Weber's Vision of History*, Berkeley, University of California Press, 1979.

alternativas de sentido que latían en su interior antes de abrir esta “caja de pandora”.

El protestantismo ascético, lo mismo que el capitalismo, son para Weber racionales. Brubaker distingue en las características constitutivas de esa racionalidad diez y seis sentidos distintos implícitos en este mismo concepto. Los sentidos implícitos en el concepto de racionalidad, de acuerdo a la caracterización de Weber son las siguientes: Deliberado, sistemático, calculable, impersonal, puramente instrumental, exacto, cuantitativo puro, gobernado por reglas, predecible, metódico, de acuerdo a propósitos, sobrio, escrupuloso, eficaz desde una perspectiva psicológica, lógicamente inteligible y consistentes.

Brubaker habla en su libro de las primeras dos dimensiones anotadas en términos del concepto empleado, denotación y connotación, y compara los énfasis connotativos en cuanto a su relación con el valor y el decisionismo de Habermas en su interpretación de Weber.

A modo de resumen y conclusión.

Pensar “conceptualmente” es pensar racionalmente.¹⁶ Esta afirmación presupone que es posible pensar no racionalmente, y este supuesto es perfectamente aceptable para lo que sigue. Sin embargo hemos limitado el pensar racional al concepto, lo cual no es aceptable en general sino con las reservas que pudieran darse y que no tratamos aquí. No olvidemos que Weber planteó lo racional del pensar tanto en la dirección instrumental como en aquella otra relacionada con el valor. El concepto es un símbolo pero el símbolo en tanto que tal supera al concepto en sentido.

Así, pues, el concepto como tal se halla en el centro de la actividad racional y como tal en el centro colectivo del pensamiento y sus productos. El tipo ideal de Weber implica la extensión del concepto. Sin embargo, debemos aclarar aquí que el concepto no se agota en la razón. Lleva implícito el desarrollo *in situ* de la razón pero contiene dimensiones distintas en tanto referido a la acción social. Weber hizo una referencia a esto cuando afirmó que “no podemos descifrar el sentido del mundo a partir de nuestra investigación, aun cuando perfecta, más bien debemos crear este sentido”, citado por Mommsen, éste agrega, “esto no significa una vuelta al irracionalismo, sino que constituye en cambio el punto de partida para desarrollar un sistema de “sociología interpretativa” que permitirá al individuo calcular tan racionalmente como sea posible la base para su acción en términos de su propia situación”.¹⁷ Aquí Weber está teniendo en cuenta, en cierto modo, la racionalidad argumentativa, pero donde el valor se plantea “relativo” al objeto.

Notas al final del capítulo

16 Mommsen, Wolfgang, “Personal Conduct and Societal Change: Toward a Reconstruction of Max Weber’s Concept of History” en *Max Weber, Rationality and Modernity*, Sam Whimster y Scott Lash (comps.), Londres, Allen y Unwin, 1987.

17 *Op. cit.*, p. 36.

Colofón

La primera edición electrónica de *Estudios de teoría e historia de la sociología mexicana*, fue realizada por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, se finalizó el 2 de diciembre de 2015. La producción de este ePub estuvo a cargo de Erika Maya Vargas. Corrección y revisión de la edición: Martha Verónica Camero Medina. Portada y maquetación: Leonel Rivera. El cuidado editorial estuvo a cargo del Departamento de Publicaciones, FCPyS, UNAM.